

ARKADI Y BORÍS

STRUGATSKI

STALKER

PÍCNIC EXTRATERRESTRE



Lectulandia

Unos extraterrestres hacen una breve parada en la Tierra y prosiguen el viaje sin mostrar ningún interés en la humanidad. Pero, como excursionistas displicentes, dejan restos y basura tras sus pasos, y los lugares así sembrados pasan a llamarse Zonas. Redrick Schuhart es ayudante de laboratorio en el instituto internacional que estudia el fenómeno, pero de noche es *stalker*: se juega la vida entrando en la Zona para sacar tecnología alien de contrabando.

Con prólogo de Ursula K. Le Guin y posfacio de Borís Strugatski, la novela presenta en su versión íntegra, libre de censura, y en traducción directa del ruso. Se la considera, junto con *Qué difícil es ser dios* y *El lunes empieza el sábado*, la obra cumbre de los hermanos Strugatski, y la fuerza y la crudeza de sus personajes la han convertido en la más popular. Con un desarrollo ágil y seductor, indaga en el extrañamiento más abstracto y hasta en los mecanismos de la búsqueda de la felicidad, y deja una huella profunda e indeleble a su paso.

Arkadi Strugatsky & Boris Strugatsky

Stalker: Pícnic extraterrestre

ePub r1.0

Watcher 05-04-2022

Título original: *Пикник на обочине*
Arkadi Strugatsky & Boris Strugatsky, 1972
Traducción: Raquel Marqués García
Ilustración de cubierta: Alejandro Terán

Editor digital: Watcher
ePub base r2.1



PRESENTACIÓN

Ursula K. Le Guin

Parte de esta presentación está extraída de una reseña de *Pícnic extraterrestre* que escribí en 1977, el año en que se publicó el libro en inglés.

[1] Mi intención era documentar la reacción de un lector en una época en que los peores días de la censura soviética aún estaban frescos en la memoria, y en que novelas rusas muy interesantes tanto en lo moral como en lo intelectual todavía poseían el glamour de la valentía y lo intrépido. Una época, asimismo, en que publicar una reseña positiva de una obra soviética de ciencia ficción en Estados Unidos era una declaración de principios pequeña pero auténtica, puesto que parte de la comunidad estadounidense de ciencia ficción había tomado posiciones en la Guerra Fría asumiendo que todo escritor que viviera al otro lado del telón de acero era un enemigo ideológico. Esos reaccionarios conservaban su pureza moral (como suelen hacer los reaccionarios) no leyendo; de ese modo no tenían que ver que los escritores soviéticos llevaban años usando la ciencia ficción para escribir, con relativa libertad y al margen de la ideología del Partido, sobre política, sociedad y el futuro de la humanidad.

La ciencia ficción se presta a subvertir cualquier statu quo mediante la imaginación. Burócratas y políticos, que no pueden permitirse cultivar la imaginación, tienden a asumir que todo son pistolas de rayos y tonterías graciosas para los críos. Las críticas a la utopía tenían que ser tan flagrantes como la que llevó a cabo Zamiatin en *Nosotros*^[2] para que el censor les cayera encima. Los hermanos Strugatski no eran flagrantes y nunca (al menos, por lo poco que sé) fueron abiertamente críticos con la política de su gobierno. Lo que hicieron —que es lo que yo encontraba más admirable, y no he cambiado de opinión— fue escribir como si la ideología les fuera indiferente, cosa que a muchos de nosotros, escritores de las democracias

occidentales, nos ha costado lo nuestro. Escribían como escriben los hombres libres.

* * *

Pícnic extraterrestre es el relato de un «primer contacto», pero algo peculiar. Unos extraterrestres han visitado la Tierra y se han marchado, y han dejado las áreas donde han aterrizado (llamadas después Zonas) llenas de basura. Los excursionistas se han ido; los ratones, cautos pero curiosos, se acercan a las bolas de papel de celofán y a las brillantes anillas de las latas de cerveza y tratan de llevárselas a sus agujeros.

Buena parte de esa misteriosa basura es en extremo peligrosa. Algunos objetos se revelan útiles —como las baterías eternas con las que funcionan los coches—, pero los científicos nunca saben si están dándoles el uso correspondiente o si están empleando (por decir algo) un contador Geiger a modo de hacha o un componente electrónico como argolla para la nariz. No son capaces de sacar en claro las leyes que rigen los artefactos, la ciencia que los sustenta. Un instituto internacional se responsabiliza de investigar. Florece el mercado negro; los stalkers entran en las Zonas prohibidas y, arriesgándose a sufrir distintas clases de espantosas deformidades e incluso a morir, roban migajas de basura alienígena, la sacan y la venden, a veces al propio instituto.

En el típico relato de un primer contacto, se consigue establecer la comunicación gracias a astronautas valientes y afanosos; después tiene lugar un intercambio de conocimiento, un triunfo militar o un negocio estupendo. En cambio, aquí los visitantes del espacio, si han detectado siquiera que existimos, no están en absoluto interesados en comunicarse con nosotros. Tal vez para ellos seamos salvajes, o tal vez ratones. No ha existido la comunicación: no puede haber conocimiento.

Pero el conocimiento es necesario. Las Zonas afectan a cualquiera que esté relacionado con ellas. La corrupción y el crimen acompañan a la exploración; el desastre persigue literalmente a quienes huyen de la Zona; los hijos de los stalkers sufren tales alteraciones genéticas que apenas parecen humanos.

El relato construido sobre estos oscuros fundamentos es enérgico, vívido e impredecible. El escenario parece ser América del Norte, Canadá tal vez, pero los personajes no poseen ningún rasgo nacional distintivo. Sin embargo, son individuos verosímiles y llenos de vida; hasta el traficante más viejo y degenerado posee una vitalidad repulsiva y entrañable a la vez. Las relaciones

humanas son veraces. No aparece ninguna inteligencia suprema; la gente es normal. Red, el protagonista, es un hombre tan curtido y vulgar que hasta tiene malas pulgas. Casi todos los personajes son tipos duros con una vida triste y denigrante, la cual se presenta sin cinismo ni sentimentalismos. No se exalta a la humanidad, pero tampoco se la descalifica. La mano de los autores destila ternura y conciencia de la vulnerabilidad.

El hecho de que los personajes principales fueran personas corrientes era bastante poco habitual en ciencia ficción en la época en que salió el libro, y el género, todavía ahora, sigue tendiendo hacia cierto elitismo: mentes brillantes, talentos extraordinarios, oficiales en lugar de tripulación, las altas esferas del poder en vez de la clase obrera de las cocinas. Quienes quieren que el género siga siendo especializado —*hard*— suelen preferir el estilo elitista. Quienes consideran que la ciencia ficción es una manera más de escribir novelas acogen de buena gana el enfoque tolstoiano, en el que la guerra no solo se describe desde el punto de vista de un general, sino también a través de los ojos de las amas de casa, los prisioneros y los chavales de dieciséis años, o en el que una visita alienígena no solo es narrada por científicos eruditos, sino también desde la perspectiva de qué efectos produce en la gente común.

Gran parte de la ciencia ficción, embriagada con el cientificismo, solía responder con un rotundo «sí» a la cuestión de si los seres humanos son o podrán ser capaces de comprender cualquier información que reciban del universo exterior. El novelista polaco Stanisław Lem lo llamaba «el mito del universalismo cognitivo». De sus libros que versan sobre el tema, *Solaris* es el más conocido: los personajes humanos acaban vencidos, humillados por su fracaso en comprender mensajes o artefactos extraterrestres. Han suspendido el examen.

La idea de que la especie humana pueda resultar de nulo interés para una especie «más avanzada» podría conducir fácilmente al sarcasmo abierto, pero el tono de los autores permanece irónico, simpático y compasivo. Su complejidad ética e intelectual se revela, avanzada la novela, en una brillante conversación entre un científico y un empleado desilusionado del instituto sobre el significado y las implicaciones de la visita alienígena. No obstante, el núcleo del relato sigue siendo el destino individual. Los personajes de la literatura de ideas son marionetas, pero Red es un hombre íntegro. Nos preocupamos por él, y están en juego tanto su supervivencia como su salvación. Al fin y al cabo, es una novela rusa.

Y los Strugatski suben la apuesta ante la cuestión que plantea Lem respecto al conocimiento humano. Si el modo en que la humanidad maneja lo que han dejado los alienígenas a su paso es un examen, o si Red, en las terribles escenas finales, debe sufrir una prueba de fuego, ¿de qué está examinándose? ¿Y cómo sabemos si hemos aprobado o suspendido? ¿Qué es *conocer*?

La promesa final de «felicidad para todos, gratis» tiene un regusto político amargo e inconfundible. Sin embargo, la novela no puede reducirse a una mera fábula sobre el fracaso soviético, ni siquiera sobre el fracaso del sueño científico del conocimiento universal. Las últimas palabras de Red en el libro, dirigidas a Dios, o a nosotros, son: «¡No le he vendido el alma a nadie, jamás! ¡Es mía, es humana! ¡Saca de mí lo que deseo, porque no puede ser que yo desee el mal!».

El bien [...] hay que hacerlo a partir del mal. [...] Porque no se puede hacer a partir de nada más.

Robert Penn Warren

PRÓLOGO

Extracto de la entrevista al doctor Valentine Pillman, recientemente galardonado con el Premio Nobel de Física de 19..., realizada por un enviado especial de Radio Harmont

—Doctor Pillman, el llamado radiante de Pillman es su primer descubrimiento importante, ¿no es así?

—La verdad es que no. El radiante de Pillman no ha sido el primero, ni es importante, ni en el fondo es un descubrimiento. Y desde luego no es mío.

—¿Lo dice en serio, doctor? Pero si el radiante de Pillman es una noción que conocen hasta los colegiales...

—No tiene nada de extraño. De hecho, el radiante de Pillman lo descubrió un colegial. Por desgracia no me acuerdo de cómo se llamaba. Consulte la *Historia de la Visitación*, de Stetson; allí está explicado con detalle. Un colegial descubrió el radiante y luego un estudiante publicó las coordenadas, pero, no sé por qué, lo bautizaron con mi nombre.

—Sí, a veces pasan cosas curiosas con los descubrimientos. ¿Le importaría explicar a nuestros oyentes...?

—Preste atención, compatriota: el radiante de Pillman es algo muy sencillo. Imagínese una esfera grande que gira y le dispara varias veces con un revólver. Los agujeritos se situarán a lo largo de una determinada curva. Lo que usted ha llamado mi primer descubrimiento importante consiste en un hecho muy simple: en la superficie de nuestro planeta, las seis Zonas de Visitación se disponen como si se hubieran disparado seis tiros a la Tierra desde un punto de la línea entre la Tierra y Deneb. Deneb es la estrella alfa de la constelación del Cisne, y el punto del firmamento desde el cual se emitieron los disparos, por decirlo así, se llama radiante de Pillman.

—Muchas gracias, doctor. ¡Queridos harmonteses! Por fin hemos escuchado una explicación clara de lo que es el radiante de Pillman. Por cierto, anteayer se cumplieron trece años del día de la Visitación. Doctor

Pillman, ¿podría decir a nuestros compatriotas algunas palabras sobre este acontecimiento?

—¿Y qué les gustaría saber exactamente? Piense que yo no estaba en Harmont en aquel entonces...

—Seguro que les interesará saber qué pensó cuando su ciudad natal se convirtió en objetivo de la invasión de una civilización extraterrestre superior...

—Francamente, lo primero que pensé fue que era un bulo. Costaba imaginar que en nuestra pequeña y vieja Harmont pudiera suceder algo semejante. En Siberia oriental, Uganda o el Atlántico sur, todavía, pero ¿en Harmont?

—Pero al final tuvo que creérselo.

—Sí, al final, sí.

—¿Y entonces?

—De repente me di cuenta de que Harmont y las otras cinco Zonas de Visitación... No, disculpe, entonces solo se conocían cuatro... Bien, vi que todas se encontraban en una misma curva. Calculé las coordenadas del radiante y las mandé a *Nature*.

—¿Y en ningún momento se preocupó por la suerte de su ciudad natal?

—Mire, entonces yo ya creía en la Visitación, pero lo que no me tragaba eran todos aquellos artículos dantescos que hablaban de barrios en llamas, de monstruos que devoraban selectivamente niños y viejos, de batallas sangrientas entre extraterrestres invulnerables y tanques monárquicos que se sacrificaban con valentía...

—Supongo que tenía usted razón. Creo recordar que nuestro compañero informador al parecer fue víctima de una serie de confusiones... Pero volvamos a la ciencia. El descubrimiento del radiante de Pillman fue su primera contribución al estudio de la Visitación, pero no habrá sido la última, evidentemente...

—La primera y la última.

—Bueno, pero, sin duda, durante todo este tiempo habrá seguido con suma atención el desarrollo de las investigaciones internacionales en las Zonas de Visitación...

—Sí... De vez en cuando hojéo los *Informes*.

—¿Se refiere a los *Informes del Instituto Internacional de Culturas Extraterrestres*?

—Sí.

—Entonces, según su opinión, ¿cuál ha sido el descubrimiento más importante de estos trece años?

—La Visitación en sí.

—¿Cómo?

—La Visitación en sí es el descubrimiento más importante no solo de los trece últimos años, sino de la historia de la humanidad. No importa tanto quiénes fueran aquellos extraterrestres. No importa de dónde vinieran ni para qué, por qué se quedaron tan poco tiempo ni adónde se marcharon después. Lo que de verdad importa es que ahora la humanidad sabe con certeza que no estamos solos en el universo. Temo que el Instituto de Culturas Extraterrestres jamás vuelva a hacer un descubrimiento tan fundamental.

—Todo esto es muy interesante, doctor Pillman, pero yo me refería a los descubrimientos de tipo tecnológico, los descubrimientos que resultan de utilidad para la ciencia y la técnica terrestres. Hay una larga serie de eminentes científicos que son del parecer de que los hallazgos de las Zonas de Visitación son capaces de cambiar el curso de la historia.

—Bueno, yo no me cuento entre los que comparten ese punto de vista. Y por lo que respecta a los hallazgos concretos, no soy especialista en ese campo.

—Sin embargo, ya lleva dos años como asesor en la Comisión de la onu para los Asuntos de la Visitación...

—Sí. Pero no me dedico al estudio de culturas extraterrestres. En la comisión, mis colegas y yo representamos la opinión de la comunidad científica internacional frente a las decisiones que toma la onu respecto al control de la internacionalización de las Zonas de Visitación. Hablando en plata, velamos por que solo el instituto internacional disfrute de las maravillas extraterrestres que se obtienen en las Zonas.

—¿Es que alguien más intenta apropiarse de esas maravillas?

—Sí.

—Se refiere a los stalkers, ¿verdad?

—No sé qué es eso.

—Así es como llamamos en Harmont a los intrépidos que se cuelan en la Zona por su cuenta y riesgo y sacan de allí todo lo que encuentran. Se ha convertido en una nueva profesión.

—Entiendo. No, eso está fuera de nuestra competencia.

—¡Faltaría más! Para eso está la policía. Pero sería interesante saber qué entra exactamente dentro de sus competencias, doctor Pillman...

—Está teniendo lugar una fuga constante de material de las Zonas de Visitación, que va a parar a manos de personas y organizaciones irresponsables. Nosotros nos ocupamos de las consecuencias de esta fuga.

—¿No puede concretar un poquito más, doctor?

—¿Por qué no hablamos mejor de arte? ¿A los oyentes no les interesa mi opinión sobre la incomparable Gvadi Müller?

—¡Oh, por supuesto! Pero antes me gustaría terminar con la discusión científica. Como científico, ¿no se siente atraído por el estudio de las maravillas extraterrestres?

—¿Cómo se lo diría...? Supongo que sí.

—Así pues, ¿los harmonteses pueden albergar la esperanza de encontrarse un lindo día a su ilustre compatriota paseando por las calles de su ciudad natal?

—Es posible.

UNO

Redrick Schuhart, 23 años, soltero, auxiliar de laboratorio del Instituto Internacional de Culturas Extraterrestres de Harmont

El día antes estábamos los dos en el depósito. Ya era tarde, solo nos faltaba quitarnos el mono de trabajo y ya podíamos largarnos al Borcht para acoger en el organismo un poquito de alcohol. Yo ya había terminado de trabajar y ahí estaba, apuntalando la pared, con un cigarrillo listo en la mano. Me moría de ganas de fumar, hacía dos horas que no fumaba, pero él seguía entretenido con sus tesoros: ya tenía una caja de caudales llena, cerrada y sellada, y estaba llenando otra. Cogía vacíos de la cinta transportadora, los miraba por todos lados y con un gruñido (pesan lo suyo, los condenados, seis kilos y medio) los colocaba en la estantería con todo cuidado.

Lleva siglos peleándose con los vacíos, digo yo que sin sacar nada de provecho para la humanidad. Si estuviera en su lugar, hace tiempo que los habría mandado al cuerno y por el mismo dinero me dedicaría a otra cosa. Aunque, si uno se para a pensar, la verdad es que los vacíos son algo muy raro, un misterio. No sé cuántísimos habré llevado a cuestras, y no importa: cada vez que veo uno, me sorprende igual. Un vacío solo son dos discos de cobre del tamaño de platos de café, cada uno de unos cinco milímetros de grueso, separados entre sí unos cuatrocientos milímetros. No hay nada entre ellos, solo ese espacio. Nada. Puedes pasar la mano entre ellos y, si sigues sin creértelo, hasta la cabeza: está vacío, solo hay aire. Pero tiene que haber algo, por narices que hay algo, una fuerza o lo que sea, porque nadie ha conseguido juntarlos ni separarlos.

Nada, chicos, que es muy difícil describirlo a quien no lo haya visto, aunque en realidad sea una cosa muy simple, sobre todo cuando te acostumbras y acabas por creer a tus ojos. Es como querer describir un vaso o, aún peor, una copa: te pones a mover los dedos, te cagas en todo, y nada. Bueno, vamos a suponer que lo entendéis, y si alguien no lo entiende, que

coja los *Informes* del instituto: en cualquier número hay artículos de vacíos con fotografías.

La cuestión es que Kiril lleva peleándose con estos vacíos casi un año. Llevo con él desde el principio, pero todavía sigo sin entender qué espera de ellos, aunque la verdad es que tampoco lo pretendo. Que lo averigüe él primero, que les mire las tripas, y a ver qué dice luego. Lo único que tengo claro es que quiere destrozar un vacío cueste lo que cueste: corroyéndolo con ácido, espachurrándolo en una prensa o fundiéndolo en el horno. Y entonces lo entenderá todo, lo cubrirán de honores y aplausos, y la ciencia mundial se meará de gusto. Pero me da que aún falta mucho para eso. Todavía no ha conseguido nada, está agotado, se ha vuelto gris y callado, y se le han puesto ojos de perro enfermo, hasta le lagrimean. Si fuera otro, lo pondría hasta las cejas de alcohol y lo llevaría a casa de una chavala para que lo espabilara; a la mañana siguiente volvería a emborracharlo, y a casa de otra chavala distinta, y así todos los días. Al cabo de una semana estaría como nuevo, con las orejas tiesas y la cola levantada. Pero a Kiril esta medicina no le va; no vale la pena ni proponérselo. No es de ese palo.

Como iba diciendo, estamos en el depósito. Lo miro, veo cómo ha cambiado, veo esos ojos hundidos, y me da pena, no sé explicar por qué. Y entonces decido decírselo. No, tampoco es que lo decida, es como si alguien hablara por mí.

—Oye, Kiril...

Está con el último vacío en las manos, mirándolo con cara de querer meterse dentro de él.

—¡Oye, Kiril! ¿Y si tuvieras un vacío lleno? ¿Eh?

—¿Un vacío lleno? —repite, frunciendo el ceño, como si estuviera hablándole en chino.

—Sí. Esto, lo que llamáis trampa hidromagnética, ¿cómo era? El objeto 77-b. Pero con una cosa dentro, una mierda azul.

Bueno, por fin reacciona. Levanta la cabeza y me mira con los ojos medio cerrados, y detrás de la lagrimilla de perro aparece un destello de inteligencia, como a él mismo le encanta decir.

—Espera —dice—. ¿Lleno? ¿Cómo que lleno? ¿Lo mismo que esto, pero lleno?

—Ajá.

—¿Dónde está?

Ya está, mi Kiril se ha curado. Las orejas tiesas y la cola levantada.

—Vamos a fumar —digo.

Le falta tiempo para dejar el vacío en la caja de caudales, la cierra de un portazo, da tres vueltas y media a la rueda y volvemos al laboratorio. Por un vacío vacío, Ernest paga cuatrocientos al contado, pero por uno lleno ese hijo de puta se dejaría chupar toda su sangre putrefacta; en fin, tanto si os lo creéis como si no, ni se me pasa por la cabeza porque mi Kiril ha resucitado, vuelve a estar tenso como una cuerda de guitarra, parece que hasta vibra y todo, y salta los escalones de cuatro en cuatro. No me deja ni encenderme el pitillo. Se lo explico todo: cómo es, dónde está y cuál es la mejor manera de llegar hasta él. Enseguida saca un mapa, encuentra el garaje y le pone el dedo encima. Entonces me mira y, como era de esperar, ata cabos sobre mí. Tampoco era tan difícil...

—¡Vaya con el tío! —dice, sonriendo—. Venga, hay que ir. Mañana por la mañana mismo. A las nueve pido el pase y el chanclo, y a las diez nos dejan salir. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. ¿Y quién será el tercero?

—¿Para qué queremos un tercero?

—Ah, no. Esto no es un pícnic con chatis. ¿Y si te pasa algo? Es la Zona. Hay que respetar las reglas.

—¡Como quieras! —Sonríe con media boca y se encoge de hombros—. En eso, tú eres el experto.

¡Vaya si lo soy! De todas formas, ha sido un detalle por su parte, lo ha hecho por mí: «No haría falta un tercero, iríamos los dos solos, lo cogeríamos a escondidas, nadie sospecharía de ti». Pero los del instituto no van de dos en dos a la Zona. La norma es que dos trabajen y un tercero mire, para que luego lo cuente todo cuando le pregunten.

—Yo cogería a Austin —dice Kiril—. Pero tú no querrás, ¿verdad? ¿O no te importa?

—No. Austin, no. Ya te lo llevarás otro día.

Austin no es mal tipo, tiene el equilibrio justo de valentía y cobardía, pero en mi opinión ya está condenado. No puedo explicárselo a Kiril, pero yo lo veo así: el tipo se figura que conoce la Zona al dedillo, que la tiene controlada; por tanto, va a meterse una hostia muy pronto. Cojonudo. Pero yo no quiero estar allí cuando eso pase.

—De acuerdo —sigue Kiril—. ¿Y Tender?

Tender es su segundo auxiliar de laboratorio. No es mal tío, y es tranquilo.

—Es un poco viejo —digo—. Y tiene hijos...

—¿Y qué? Ya ha estado en la Zona.

—Bueno. Que venga Tender.

Al final, Kiril se queda estudiando el mapa y yo me largo al Borcht porque me muero de hambre y tengo la garganta seca.

A la mañana siguiente me presento a las nueve, como siempre, y enseño el pase. En la garita está de guardia el sargento larguirucho al que metí una hostia el año pasado, un día que se pasó con Guta, todo borracho.

—Hombre, Pelirrojo. Te buscan por todo el instituto...

—No me llames Pelirrojo —lo interrumpo con bastante educación, para lo que podría ser—. No te tomes esas confianzas conmigo, escoba sueca.

—¡Santo cielo, Pelirrojo! —dice, asombrado—. Pero si todos te llaman así...

Siempre me pongo nervioso cuando tengo que entrar en la Zona. Además, estoy sobrio. Lo cojo por la bandolera y le explico con todo lujo de detalles qué clase de individuo es y quién es su madre. Escupe al suelo y me devuelve el pase.

—Redrick Schuhart —dice ya sin amabilidad—, debe comparecer inmediatamente ante el jefe del Departamento de Seguridad, el capitán Herzog.

—Así está mejor. Esto es otra cosa. Sigue por este camino, sargento, y llegarás a teniente.

Pero me pregunto a qué se debe esta sorpresa. ¿Para qué quiere verme el capitán Herzog en horas de trabajo? Muy bien, voy a verlo. Tiene el despacho en el segundo piso, un buen despacho, con rejas en las ventanas, como en las comisarías. Willy está sentado a la mesa tecleando un papelote en la máquina de escribir mientras chupetea la pipa. En un rincón, un sargento rebusca algo en un armario metálico. Debe de ser nuevo; no lo conozco. En este instituto hay más sargentos que en las divisiones, y son todos fuertes, coloradotes, sanos como manzanas... No tienen que entrar en la Zona y los problemas del mundo les importan un comino.

—Buenos días —saludo—. ¿Me ha mandado llamar?

Willy me mira como las vacas al tren, aparta la máquina, coge una carpeta gruesa, se la pone delante y empieza a hojearla.

—¿Redrick Schuhart?

—El mismo —respondo. De repente me parece lo más gracioso del mundo y casi se me escapa una risita nerviosa.

—¿Cuánto hace que trabaja en el instituto?

—Dos años; este es el tercero.

—¿Tiene familia?

—No. Soy huérfano.

Entonces se gira hacia el sargento.

—Sargento Lummer —le ordena, seco—, vaya al archivo y traiga el expediente número ciento cincuenta.

El sargento se cuadra, saluda y se esfuma, y Willy cierra el cartapacio de golpe.

—¿Otra vez la misma historia? —me pregunta con cara de palo.

—¿Qué historia?

—Ya lo sabes. Ha vuelto a llegarme información.

Así que es eso, pienso.

—¿Y por dónde te ha llegado?

Frunce el ceño y se pone a vaciar la pipa en el cenicero con golpecitos irritados.

—Eso no te importa. Te lo advierto en nombre de nuestra amistad: deja ese asunto, déjalo ya. Te echarán el guante por segunda vez y no te caerán solo seis meses. Y te expulsarán del instituto para siempre, ¿entiendes?

—Sí. Claro que lo entiendo. Lo que no entiendo es quién ha sido el cabrón que se ha chivado...

Pero él me mira de nuevo sin interés, chupa la pipa vacía y sigue hojeando el cartapacio. Eso quiere decir que ha vuelto el sargento Lummer con el expediente número ciento cincuenta.

—Gracias, Schuhart —dice el capitán Willy Herzog, alias el Cebón—. Es todo lo que quería aclarar. Puede marcharse.

Me voy al vestuario, me pongo el mono de trabajo y enciendo un cigarro sin dejar de pensar de dónde ha salido el soplo. Si viene del instituto, entonces es un bulo, porque aquí nadie sabe ni puede saber nada de mí. Y si el rumor viene de la policía, nada, lo mismo: ¿qué pueden saber, aparte de mis antiguos negocios? ¿Habrán cogido al Buitre? Ese hijo de puta es capaz de vender a su madre con tal de salvar el culo. Pero hace tiempo que el Buitre no sabe nada de mí... Después de darle vueltas y más vueltas y no llegar a ninguna conclusión, decido que me da igual. La última vez que estuve en la Zona de noche fue hace tres meses, y ya he vendido casi todos los regalitos y me he gastado casi todo el dinero. No me pillaron entonces, así que ahora, menos. Soy una puta anguila.

Pero mientras subo la escalera caigo en la cuenta de repente. La idea me da semejante bofetón que vuelvo al vestuario, me siento y enciendo otro cigarro. Resulta que hoy no podré ir a la Zona. Ni hoy, ni mañana, ni pasado mañana. Resulta que los perros me tienen echado el ojo, que no se han olvidado de mí, y si me habían olvidado, alguien ha vuelto a recordarles que

existo. No importa quién haya sido. Ningún stalker en su sano juicio se mete en la Zona si sabe que le siguen la pista, ni a punta de pistola. Lo mejor sería que me escondiera en el último rincón. ¿La Zona? ¿Qué Zona? ¡Llevo meses sin pisarla, ni siquiera con pase! ¿No tienen nada mejor que hacer que molestar a un honrado ayudante de laboratorio?

Sigo cavilando y no me quedo tranquilo hasta que no decido que ese día no iré a la Zona. Pero ¿cuál es la manera más delicada de decírselo a Kiril?

—No voy a ir a la Zona —le digo a bocajarro—. ¿Tienes instrucciones para mí?

Primero se queda con la boca abierta, como era de esperar, pero después se le debe de encender una bombilla, porque me coge del codo, me lleva a su despacho y me hace sentar. Él se encarama al antepecho de la ventana. Encendemos un cigarro y fumamos en silencio.

—¿Ha pasado algo, Red? —me pregunta con cautela.

¿Y qué quiere que le cuente?

—No, no ha pasado nada. Bueno, ayer perdí veinte al póquer. Es bueno jugando ese sinvergüenza de Noonan...

—Espera. ¿Qué pasa? ¿Te lo has pensado mejor?

Estoy tan tenso que no puedo evitar un gemido.

—No puedo ir —mascullo—. No puedo. ¿Entiendes? Herzog acaba de llamarme a su oficina.

Kiril flaquea. Le vuelven la cara de pena y los ojos de caniche enfermo. Suelta un suspiro tembloroso y se enciende otro cigarro con la colilla del primero.

—Te juro que no he abierto la boca, Red —dice casi en un susurro.

—Pero ¿qué dices? Nadie ha dicho nada de ti.

—Ni siquiera se lo he dicho a Tender todavía. He sacado un pase para él, pero no le he preguntado si quiere ir o no...

Fumo en silencio. No sé si reír o llorar; el tío no entiende nada.

—¿Qué te ha dicho Herzog?

—Pues no mucho. Alguien se ha chivado sobre mí; nada más.

Me mira extrañado, baja del antepecho de un salto y se pone a dar zancadas por el despacho como un tigre enjaulado. Yo sigo sentado, echando el humo por la boca, sin decir nada. Me da pena, cómo no, y me sabe mal que todo haya salido como el culo. ¡Menuda cura para su tristeza! ¿Y quién tiene la culpa? Yo, nadie más que yo. Primero le pongo el caramelo en la boca, pero luego resulta que el caramelo está escondido y los malos lo vigilan... De repente deja de dar vueltas y se para a mi lado.

—Oye, Red —me pregunta con torpeza, sin mirarme de frente—, ¿cuánto puede valer un vacío lleno?

Al principio no lo pillé. Primero pensé que querría comprar uno. Pero, por un lado, a saber dónde podría comprarlo. Y por otro, igual nuestro vacío lleno era el único en el mundo. Además, no le llegaría el dinero. ¿De dónde iba a sacar tanta pasta un científico extranjero, y encima ruso? Y entonces lo entendí, y lo que entendí me sentó como una patada. ¿Qué se había creído ese desgraciado? ¿Que hacía semejante tontería por pasta? Ah, cabrón, ¿por quién me tomas? Ya había abierto la boca para decirle de todo menos guapo, pero, de repente, me corté. Porque en realidad me estaba tomando por lo que soy. Un stalker es un stalker. Solo le importa el dinero, y cuanto más, mejor. Se juega el tipo por dinero. En definitiva: el día anterior le había echado la caña y después tiraba del hilo, subiendo el precio.

La idea me dejó mudo. Kiril me miraba fijamente, sin bajar los ojos, y en ellos no vi desprecio, sino comprensión o algo parecido. Entonces decidí explicárselo bien.

—Todavía no ha ido nadie con pase al garaje —dije, manteniendo la calma—. Todavía no hay ninguna ruta marcada para llegar hasta allí, ya lo sabes. En cuanto volvamos, Tender empezará a vacilar de que fuimos directamente al garaje, cogimos lo que necesitábamos y nos volvimos. Igual que si hubiéramos bajado al depósito. Todo el mundo se dará cuenta de que sabíamos exactamente qué íbamos a buscar. Y eso quiere decir que alguien conocía el camino. Y, de nosotros tres, ¿quién es el que tiene más números? Es evidente, ¿no? ¿Entiendes la que puede caerme?

Cuando termino de hablar, nos miramos a los ojos en silencio. Entonces, de pronto, da una palmada y se frota las manos.

—Muy bien. Si es que no, es que no —me dice muy animado—. Te entiendo perfectamente, Red, y no soy quién para juzgarte. Iré solo. Seguro que me las arreglo. No será la primera vez que voy...

Extiende el mapa en el antepecho de la ventana, apoya las manos encima, se inclina sobre él... y todo su entusiasmo se esfuma a ojos vistas.

—Ciento veinte metros... —oigo que farfulla—. Ciento veintidós, tal vez. Y unos cuantos más en el garaje... No, no me llevo a Tender. ¿Tú qué opinas? Mejor que no, ¿verdad? Al fin y al cabo, tiene dos críos...

—No te dejarán pasar a ti solo.

—Ya verás como sí. —Sigue farfullando—. Conozco a todos los sargentos... y a los tenientes. ¡No me gustan nada esos camiones! Hace trece años que están ahí a la intemperie y siguen como nuevos. A veinte pasos hay

un camión cisterna que está todo oxidado y con más agujeros que un colador, pero esos parecen recién salidos de fábrica... ¡La Zona es así!

Levanta la cabeza del mapa y mira por la ventana. Yo también. Al otro lado del grueso vidrio de plomo está la madre Zona, casi al alcance. Desde el decimosegundo piso parece caber en la palma de la mano...

A primera vista es un sitio como cualquier otro. El sol brilla allí como en el resto del mundo. Nada parece haber cambiado; todo está igual que hace trece años. Mi padre, descanse en paz, la miraría y no le encontraría nada de especial. Todo lo más, preguntaría: «¿Y por qué no sale humo de esa fábrica? ¿Es que están en huelga?». Conos gigantescos de roca amarilla, altos hornos que brillan al sol, raíles, raíles y más raíles, locomotoras con vagonetas enganchadas... En definitiva, un paisaje industrial. Pero sin gente. Ni viva ni muerta. Allí está el garaje: una manga larga y gris con el portalón abierto y una explanada de asfalto delante donde descansan los camiones. Trece años llevan allí, y siguen como si nada. Kiril tiene toda la razón: Dios nos libre de meternos entre dos; hay que rodearlos. En el asfalto hay una grieta, a menos que hayan crecido las zarzas. Ciento veintidós metros. ¿Cómo demonios lo ha calculado? ¡Ah! Habrá empezado a contar desde el último jalón. Es correcto, desde allí no hay más de ciento veintidós. Aunque sea poco a poco, estos cuatro ojos van avanzando... Anda, han jalonado un camino hasta el vertedero, y lo han hecho pero que muy bien. Ahí está el canal donde se cayó el Babosa, solo a dos metros del camino. Mira que el Huesos le dijo veces al Babosa: «Ten cuidado con esos canales, idiota, o no quedará nada de ti que podamos enterrar». Y cuando fue a mirar al agua... no había nada que enterrar. La Zona es así: si vuelves con un regalito, es un milagro; si vuelves con vida, un éxito; si vuelves con una bala de las patrullas, has tenido suerte. El resto queda en manos del destino.

Me giré y vi que Kiril me miraba de reojo con tal cara que volví a cambiar de idea. Que se vayan todos a la mierda, pensé. A fin de cuentas, ¿qué podían hacer esos perros? No habría hecho falta que Kiril dijera nada más, pero lo remató.

—Auxiliar de laboratorio Schuhart: fuentes oficiales, subrayo, oficiales, me han comunicado que inspeccionar el garaje constituiría una operación de gran valor científico. Propongo una inspección del garaje. Y garantizo una recompensa. —Y sonrío como una rosa de abril.

—¿Y cuáles son esas fuentes oficiales? —le pregunto, sonriendo también como un bobo.

—Eso es información confidencial, aunque a usted sí que puedo decírselo... —Se pone serio y frunce el ceño—. Qué sé yo, el doctor Douglas.

—Ah. El doctor Douglas. ¿Y quién es ese?

—Sam Douglas —dice, seco—. Murió el año pasado.

Se me puso la carne de gallina. ¡Pero, hombre! ¿A quién se le ocurre decir semejantes cosas antes de entrar en la Zona? Mira que llegan a ser zoquetes a veces estos cuatro ojos. No entienden nada... Aplasté la colilla en el cenicero.

—De acuerdo. ¿Dónde está Tender? ¿Vamos a tener que esperarlo mucho rato?

En fin, asunto zanjado. Kiril llamó a las patrullas de reconocimiento y pidió un chanclo volador. Yo cogí el mapa y estudié los trazados. No estaba mal; bastante apañado. Estaba hecho a partir de una fotografía tomada desde el aire y muy ampliada. Se veían hasta las rayas del neumático tirado delante de la puerta del garaje. Ah, ojalá los stalkers tuviéramos un mapa como ese... Sí, anda que nos iba a servir mucho de noche, cuando estás con el culo mirando a las estrellas y no ves más allá de tu nariz...

Por fin apareció Tender, colorado y resoplando. Su hija se había puesto enferma y había ido corriendo a buscar al médico. Se disculpó por el retraso. Y le dimos la sorpresita: nos vamos a la Zona. Al pobre se le cortó la respiración en seco.

—¿Cómo que a la Zona? ¿Y por qué yo?

Pero, en cuanto oyó lo de la doble recompensa y que Red Schuhart también iría, se calmó y volvió a respirar.

Después bajamos al tocador. Kiril fue en un periquete a buscar los pases y se los mostramos a otro sargento, quien nos dio los monos especiales. Estos monos son lo mejor del mundo. Lástima que sean rojos; si los tiñeran de cualquier otro color menos chillón, un stalker pagaría quinientos por uno con los ojos cerrados. Hace tiempo que me prometí que tenía que agenciarme uno como fuera. A primera vista no tienen nada de particular: son como trajes de buceo, y el casco tiene una ventana frontal bastante grande. No, en realidad se parecen más a los de los pilotos de aviones de reactor o a los de los astronautas. Son cómodos, no pesan, no aprietan por ningún sitio, no dan calor y transpiran. Son resistentes al fuego, y el gas no penetra. Dicen que las balas tampoco. Claro que el fuego, el gas mostaza y las balas son cosas terrestres, de los hombres. En la Zona no hay nada de eso, en la Zona hay otros peligros. Pero no nos engañemos: también ha muerto gente que llevaba mono. Otra cosa es que, si no lo lleváramos, igual caeríamos todos como

moscas. Por ejemplo, los trajes protegen de la pelusa ardiente al ciento por ciento. Y de los escupitajos de la col del diablo. En fin.

Nos pusimos los monos. Cogí las tuercas de mi bolsa y me las metí en el bolsillo de la pernera, y cruzamos el patio del instituto en dirección a la entrada de la Zona. Lo hacen siempre así, para que todo el mundo vea a los héroes de la ciencia que ofrecen su vida en el altar de los sacrificios en nombre de la humanidad, el conocimiento y el Espíritu Santo, amén. Y, desde luego, por todas las ventanas, hasta por el agujero del decimocuarto piso, se asomaban caras compasivas. Solo faltaban los pañuelos blancos ondeando al viento y la banda de música.

—¡Pasos más largos! —le dije a Tender—. ¡Mete la barriga, nenaza! ¡La humanidad te estará eternamente agradecida!

Me miró y vi que no estaba para bromas. Tenía razón: aquello no era ninguna broma. Pero es que antes de entrar en la Zona solo pueden hacerse dos cosas: reír o llorar. Y yo jamás he llorado. Miré a Kiril. Camina recto, como si nada, aunque mueve un poco los labios, como si estuviera rezando.

—¿Estás rezando? —le pregunto—. ¡Reza, reza! Cuanto más te metes en la Zona, más cerca estás del cielo...

—¿Qué?

—¡Que reces! —grito—. ¡Los stalkers no hacen cola para entrar en el paraíso!

En su cara estalló una sonrisa y me dio una palmada en la espalda como si dijera: «No tengas miedo, conmigo todo irá bien, y si no, no pasa nada, porque solo nos morimos una vez». La verdad es que el tipo tiene sentido del humor.

Entregamos el pase al último guardia. Para variar, en aquella ocasión se trataba de un teniente; lo conozco, su padre vende vallas para cementerios en Rexopolis. El chanclo volador ya estaba ahí; lo habían traído los chicos de la patrulla de reconocimiento y lo habían dejado aparcado delante del puesto de control. Ya estaban todos ahí: la ambulancia, los bomberos y nuestra valiente guardia, la intrépida patrulla de rescate, un montón de holgazanes sebosos con su helicóptero. No los puedo ni ver...

Subimos al chanclo y Kiril se puso a los mandos.

—Bueno, Red, tú mandas —me dice.

Con toda tranquilidad me bajo la cremallera del mono, saco la petaca, echo un buen trago, enrosco el tapón y vuelvo a guardármela. No puedo entrar sin eso. Mira que he ido veces a la Zona, y sin eso no puedo. Kiril y Tender me miran, esperando.

—Bueno —digo—. No os ofrezco porque es la primera vez que voy con vosotros y no sé cómo os sienta el alcohol. Las normas son estas: haréis todo lo que diga, al momento y sin rechistar. Si alguno se niega o empieza a hacer preguntas, le sacudiré con lo primero que pille. Pido perdón de antemano. Por ejemplo, si le ordeno al señor Tender que se ponga a cuatro patas y camine, al punto, señor Tender, levantarás ese culo gordo que tienes y harás exactamente lo que te haya dicho. Porque, si no lo haces, es posible que no vuelvas a ver a tu hijita enferma. ¿Está claro? Tranquilo, que yo me ocuparé de que vuelvas a verla.

—Tú no te olvides de dar órdenes —masculla Tender. Está muy colorado, ya suda y le tiemblan los labios—. Caminaré con los dientes si me lo dices. No soy novato.

—Para mí, los dos sois novatos —replico—. No os preocupéis, no dejaré de dar instrucciones. Por cierto, ¿sabes conducir el chanclo?

—Sí que sabe —interviene Kiril—. Y muy bien.

—Estupendo. Entonces, vámonos. Bajaos la visera. Sigue los jalones en línea recta a baja altura, a tres metros del suelo. En el poste veintisiete, alto.

Kiril eleva el chanclo tres metros y conduce en línea recta, y yo vuelvo disimuladamente la cabeza y escupo por encima del hombro izquierdo sin hacer ruido. Veo que los de la patrulla de rescate van subiendo al helicóptero y los bomberos se han levantado en señal de respeto. El teniente de la entrada nos hace el saludo militar, será imbécil, y por encima de todos ellos ondea una enorme pancarta ya desteñida que dice: «¡Bienvenidos, señores visitantes!». Tender está a punto de levantar la mano para despedirse, pero le di tal codazo en el costado que se le quitaron las ganas de ceremonias. Ya te enseñaré yo a despedirte, culo gordo. Despídete de mí, si tienes huevos.

Partimos.

A la derecha tenemos el instituto; a la izquierda, el barrio de la Peste. Avanzamos de jalón en jalón por medio de la calle. Hacía muchísimo que nadie pasaba por allí, ni a pie ni en coche. El asfalto está lleno de grietas en las que crece la hierba, pero todavía es hierba de la nuestra, humana. En la acera de la izquierda hay zarzas negras. La Zona se define perfectamente por estas plantas negras: parecen segadas a ras de suelo. Bah, a pesar de todo, estos visitantes fueron tipos decentes. Es verdad que lo dejaron todo patas arriba, pero marcaron límites muy precisos con su mierda. No llega ni una brizna de pelusa ardiente desde la Zona hasta nuestra parte, por mucho que parezca que en cualquier momento el viento pueda arrastrarla hasta nosotros...

Las casas del barrio de la Peste están desconchadas, muertas. Los cristales de las ventanas se conservan casi enteros, pero están tan sucios que parecen ojos ciegos. Si uno pasa de noche por allí, se ve un brillo dentro, una especie de llamas azuladas, como si quemaran alcohol. Es la gelatina de bruja, que sube desde los sótanos. De día parece un barrio como cualquier otro, con casas normales y corrientes que piden reparaciones a gritos, como todas, pero no tiene nada de especial, fuera de que no se ve a nadie. Mira, en aquella casa de ladrillo vivía nuestro maestro de aritmética, ese al que llamábamos el Coma. Era un pelmazo y un infeliz. Su segunda mujer lo dejó justo antes de la Visitación y su hija tenía una mancha blanca en un ojo; recuerdo que nos metíamos con ella hasta hacerla llorar. Cuando cundió el pánico, todos los vecinos del barrio, él también, salieron de casa en ropa interior y corrieron hasta el puente, seis kilómetros sin descansar. Después el Coma estuvo mucho tiempo enfermo de peste y se le cayeron la piel y las uñas. Casi todos los vecinos de aquel barrio cogieron la peste; por eso el barrio se llama así. La mayoría de los que murieron eran viejos, pero no todos. Aunque creo que no murieron por la peste, sino por el miedo. Fue horrible.

Y luego están los barrios donde la gente se quedó ciega. Ahora se llaman el Primer Barrio Ciego, el Segundo Barrio Ciego y el Tercer Barrio Ciego. No es que perdieran la vista del todo, sino que sufren una especie de ceguera nocturna. Entre otras cosas, cuentan que no se quedaron ciegos por un fogonazo (aunque dicen que también hubo un fogonazo), sino por un ruido tremendo. Dicen que fue tan fuerte que se quedaron todos ciegos de golpe. Los médicos les dicen que eso es imposible, que hagan memoria. Pero no: ellos insisten en que fue un trueno muy fuerte lo que los dejó sin visión. Y lo curioso es que nadie más que ellos lo oyó...

Nadie diría que aquí ha pasado algo. Hay un kiosco de cristal todo enterito. Más allá, un carrito de bebé delante de una puerta; incluso la manta parece limpia... Lo único raro son las antenas: están cubiertas por una especie de pelusa que parece paja. Los cuatro ojos llevan mucho tiempo observando esas antenas y devanándose los sesos, preguntándose qué será esa pelusa. Lo más gracioso es que no se encuentra en ningún otro sitio más que en las antenas del barrio de la Peste, ahí mismo, en sus narices. El año pasado tuvieron una idea. Bajaron un ancla desde un helicóptero con un cable de acero y engancharon un poco de pelusa. Cuando tiraron, se oyó un psssh. Empezó a salir humo de la antena, del ancla y luego del cable, y no era simplemente que humeara, sino que soltaba un siseo tan venenoso como una serpiente de cascabel. El piloto, a pesar de ser teniente, era bastante

espabilado: desenganchó el cable y salió pitando. Y el cable se quedó colgando casi hasta el suelo, todo cubierto de la pelusa esa...

Poquito a poco llegamos al final de la calle, a la curva. Kiril me mira: ¿giro? Le hago un gesto con la mano: ¡muy despacio! El chanclo cambia de dirección y avanza despacito sobre los últimos metros de suelo humano. La acera está cada vez más cerca y la sombra del chanclo pasa sobre las zarzas. ¡Ya estamos en la Zona! El escalofrío de rigor me sacude el cuerpo. Cada vez que entro en la Zona tengo un escalofrío, y aún no sé si es la manera que tiene la Zona de darme la bienvenida o si son los nervios de stalker que se ponen alerta. Siempre pienso: cuando vuelva, les preguntaré a los otros si les pasa lo mismo. Y siempre se me olvida.

Pues nada. Vamos flotando sobre los antiguos huertos, con el motor zumbando a nuestros pies, monótono y tranquilo; a él qué más le da, no le afecta la Zona. Y entonces Tender no aguanta más. No hemos llegado ni al primer jalón que empieza a decir tonterías. A los novatos siempre se les afloja la lengua en cuanto entran en la Zona. Les castañetea los dientes, el corazón les va como loco, pierden los nervios y, aunque se mueren de vergüenza, no consiguen controlarse. A veces pienso que es como la diarrea: no te puedes aguantar y lo sueltas todo de golpe. ¡Y las chorradas que dicen! Que si empiezan con lo bonito que es el paisaje, que si filosofan sobre por qué vinieron a vernos los visitantes, que si explican cosas que no tienen nada que ver con el trabajo... Y eso es lo que está haciendo Tender: se ha puesto a hablar sobre su traje nuevo sin poder parar. Cuánto le había costado, lo fino que era el paño, los botones nuevos que le había puesto el sastre...

—Cállate —le digo.

Me mira con infinita tristeza y chasquea los labios, pero al cabo de nada sigue hablando de la cantidad de seda que habían empleado para el forro. Los huertos se terminan y ante nosotros se extiende un solar de tierra, donde antes estaba el vertedero municipal. Siento una brisa en este punto. Antes no soplaba ni una gota de aire, pero se ha levantado una ráfaga de repente. Veo como corren los remolinos de polvo y me parece oír un ruido.

—¡Cállate, gilipollas! —le digo a Tender.

Nada, no hay manera de que pare. Ahora le ha dado por la crin de caballo. Bueno, pues entonces lo siento.

—Para —le digo a Kiril.

Frena de inmediato. Muy bien, qué reacción tan rápida. Cojo a Tender por el hombro, lo giro con fuerza hacia mí y le pego con toda la mano plana en la visera de protección. El cristal le aplasta la nariz, qué daño, y el pobre cierra

los ojos y se calla. Y justo entonces oigo un trrr, trrr, trrr. Kiril me mira con los dientes apretados y los labios separados. Le hago una señal con la mano: quieto, por lo que más quieras, quieto, no te muevas. Pero al oír el ruido, como todos los novatos, siente el impulso de hacer algo, de actuar.

—¿Marcha atrás? —susurra.

Niego desesperadamente con la cabeza y agito el puño frente a su casco para que cierre el pico. ¡Madre mía! Con novatos como estos no sabe uno adónde tiene que mirar, si al terreno o a ellos. Pero entonces me olvido de ellos. Una especie de temblor recorre la superficie de un montón de basura vieja, estremeciendo los cristales rotos y los harapos de colores, como el aire caliente del mediodía sobre un tejado de hierro. Acaricia el montículo, se acerca hasta el camino y se detiene justo al lado del jalón. Se queda quieto una fracción de segundo (¿o solo me lo parece?) y se marcha por el campo, por detrás de los arbustos, más allá de las vallas podridas, hacia el cementerio de coches.

La madre que parió a los cuatro ojos, ¿a quién se le ocurre jalonar por la hondonada? Y yo también parezco tonto: ¿en qué estaba pensando cuando cantaba las virtudes del mapa?

—Sigue despacio —digo a Kiril.

—¿Qué era eso?

—¡Y yo qué coño sé! Tal como ha llegado, se ha ido, y en paz. Y cierra la boca, por favor. Ahora no eres una persona, ¿entiendes? Ahora eres una máquina. Eres mi palanca, una rueda de un engranaje... —De repente me doy cuenta de que a mí también me ha entrado la diarrea verbal—. Punto. Ni una palabra más.

¡Necesito un trago, por Dios! Lo que daría por abrirme el traje, sacar a mi amorcito, desenroscar el tapón sin prisa, apoyar la petaca en los dientes, echar atrás la cabeza para que fluya por la garganta y la queme hasta que me arranque las lágrimas. Luego, mecer un poco el frasco y amorrarse otra vez... Estas escafandras son un coñazo, os lo digo yo. Dios sabe que he sobrevivido muchas veces sin escafandra y sobreviviré muchas más, pero sin un buen trago en el momento justo... ¡Bueno, vale ya!

Parece que ha cesado la brisa y no se oye nada raro, solo el zumbido sosegado y soñoliento del motor. El sol cae a plomo, hace calor, la calima flota sobre el garaje... Todo parece casi normal y los jalones se suceden uno tras otro. Tender está callado, Kiril está callado: los novatos se han curtido. Tranquilos, chicos, si se sabe cómo, en la Zona también se puede respirar...

Por fin llegamos al vigesimoséptimo jalón, una vara de hierro con el número 27 en un redondel rojo. Kiril me mira, yo digo que sí, y el chanclo se detiene.

Se han acabado los juegos de niños. Ahora lo más importante es la calma absoluta. No hay prisa, no hay viento, la visibilidad es buena, todo está claro como el agua. Por ahí pasa el canal donde la palmó el Babosa. Hay una mancha de colores; tal vez sean los restos de su ropa. Que Dios acoja su alma, pero era un mal tipo, codicioso, estúpido, sucio... Solo gente como él tiene tratos con el Buitre; el Buitre Burbridge los ve venir a la legua y los barre para su casa. Pero la Zona no pregunta si eres bueno o malo, así que muchas gracias, Babosa. Fuiste un imbécil; ni siquiera se acuerda nadie de tu verdadero nombre. Enseñaste a los listos dónde no hay que poner el pie.

Bien. Por supuesto, lo mejor sería llegar al asfalto. El asfalto es liso, se ve todo bien y está la grieta. Pero esos montículos no me gustan nada. Si queremos ir al asfalto en línea recta, tenemos que pasar entre ellos. Míralos, ahí están, si hasta parece que se rían, esperándonos. No, ni en broma voy a pasar entre vosotros. Segunda regla del stalker: el campo debe estar despejado por lo menos cien pasos a derecha e izquierda. Por el montículo de la izquierda se podría cruzar... Aunque no sé qué hay detrás de él. En el mapa no parece haber nada, pero ¿quién se fía de los mapas?

—Oye, Red —me susurra Kiril—. ¿Por qué no saltamos? ¿Eh? Subimos veinte metros y luego bajamos, y ya estamos en el garaje, ¿eh?

—Calla, idiota —le digo—. Calladito estás más guapo.

Hacia arriba, dice. ¿Y si nos pasa algo a veinte metros de altura? No encontrarían de nosotros ni los huesos. El claro de mosquitos, por ejemplo, puede aparecer en cualquier parte, y entonces no quedarán ni huesos, ni carne, ni nada. Ya me conozco yo a estos valientes; no pueden esperar y mira qué dicen: «¿Por qué no saltamos?».

Bueno, está más o menos claro cómo ir hasta el montículo, y desde allí, ya veremos. Me meto la mano en el bolsillo, saco un puñado de tuercas y se las muestro a Kiril.

—¿Te acuerdas del cuento de Pulgarcito? ¿Te lo contaban en el colegio? Pues nosotros haremos lo mismo, pero al revés. ¡Mira! —Y arrojo la primera tuerca. No la tiro lejos, como debe ser. A unos diez metros. La tuerca no se desvía—. ¿La has visto?

—¿Y qué? —pregunta.

—«Y qué», no. Te digo si la has visto.

—Sí.

—Pues conduce el chanclo en línea recta hacia la tuerca, y a dos metros de ella te paras. ¿Entendido?

—Sí. ¿Buscas graviconcentrados?

—Busco lo que tengo que buscar. Espera, voy a tirar otra. Fíjate bien en donde cae y no le quites los ojos de encima.

Lanzo otra tuerca, que también hace un recorrido normal y cae junto a la primera.

—Vamos —le digo.

Pone el chanclo en marcha. Tiene la cara tranquila, sin sombra de dudas; ya lo entiende todo. Los cuatro ojos son así. Para ellos, lo importante son los nombres. Mientras no los tienen, dan pena, parecen idiotas. Pero como ha encontrado uno, graviconcentrado, todo se ha vuelto claro como el agua y su vida ya tiene sentido.

Rebasamos la primera tuerca, después la segunda y la tercera. El pobre Tender suspira, cambia el peso del cuerpo de un pie a otro y cada dos por tres bosteza de nervios con un gemido de perro aburrido. El pobre lo está pasando mal. Da lo mismo, al final, todo eso que saldrá ganando. Hoy adelgazará cinco kilos; mucho más que con cualquier dieta... Arrojo la cuarta tuerca, pero recorre una trayectoria un poco extraña. No puedo decir por qué, pero siento que algo va mal y cojo a Kiril del brazo.

—Para —le digo—. No te muevas.

Cojo una quinta tuerca y la lanzo más alta y más lejos. ¡Ahí está el claro de mosquitos! La tuerca asciende con normalidad y empieza a caer también como corresponde, pero a medio descenso vira bruscamente hacia un lado, se sale al barro y desaparece de la vista.

—¿Habías visto eso antes? —susurro.

—Solo en las películas —dice Kiril, y se inclina tanto hacia delante que parece que se va a caer del chanclo—. Tira una más, anda.

Ay, señor. ¡Una! Como si bastara con una. Ah, la ciencia... Bueno, tengo que lanzar otras ocho tuercas en distintas direcciones para delimitar el claro. En realidad solo habrían hecho falta siete, pero tiro una más especialmente para él, justo al centro, para que se regale con el concentrado. La tuerca aterriza en el barro con un golpetazo; no parece que haya caído una tuerca, sino un peso de ochenta kilos, y forma un agujero en el suelo. Kiril grita de la emoción.

—Muy bien, ya vale —digo—. Ya nos hemos divertido un rato. Ahora presta atención. Voy a tirar otra para indicarte el paso. No le quites los ojos de encima.

Bien, pues rodeamos el claro de mosquitos y nos colocamos encima del montículo. Parece lleno de cagadas de gato, no me había dado cuenta nunca. En fin... Nos quedamos flotando encima de él. Tenemos el asfalto ahí mismo, a veinte pasos. El sitio está despejado: se ven hasta la última hoja de hierba y la grieta más pequeña. O eso parece. Venga, otra tuerca, y andando.

No puedo tirar la tuerca.

No lo entiendo, no entiendo qué pasa conmigo, pero soy incapaz de tirar la tuerca.

—¿Todo bien? —me pregunta Kiril—. ¿Qué esperamos?

—Un momento —le digo—. Calla, por Dios.

Ahora tiro la tuerca, pienso, y pasaremos despacito, suaves como la seda, sin agitar ni una brizna de hierba, en medio minuto llegamos al asfalto... ¡Y de golpe empiezo a sudar a chorros! Hasta se me mete el sudor en los ojos, y sé que no voy a lanzar la tuerca hacia allí. A la izquierda, todas las que queráis. El camino es más largo por ahí, y esas piedrecitas tienen mala pinta, pero voy a tirar la tuerca en esa dirección. Al frente, ni hablar. Y tiro la tuerca a la izquierda. Kiril no dice nada; se limita a girar el chanclo y conducir en dirección a la tuerca. Después me mira. Debo de tener una cara espantosa, porque al momento vuelve a girarse.

—No pasa nada —le digo—. A veces, un rodeo es el camino más corto. —Y arrojo la última tuerca al asfalto.

Después, la cosa se vuelve más fácil. Ahí estaba mi grieta, qué limpita, qué bonita ella, no tiene hierbajos ni nada, no ha cambiado de color. Solo con mirarla ya me pongo contento. Nos lleva directamente a las puertas del garaje mucho mejor que ningún camino de jalones.

Le ordeno a Kiril que descienda hasta quedarse a un metro y medio del suelo. Me tumbo boca abajo y observo por las puertas abiertas del garaje. Al principio no veo nada por el sol, pero luego se me acostumbran los ojos y veo que casi no ha cambiado nada desde la última vez. El volquete sigue en el foso, igual que siempre, enterito, sin agujeros ni manchas, y en el suelo de cemento de alrededor todo está como antes, seguramente porque en el foso no se ha acumulado gelatina de bruja y no ha rebosado desde la última vez. Solo hay una cosa que no me gusta: al fondo del garaje, donde están los bidones, hay un brillo plateado que antes no estaba. Bueno, qué más da, no vamos a volvernos porque haya un brillo plateado ahí, ¿no? En realidad no es exactamente un brillo, sino algo más suave y apagado, más sereno y sutil. Me levanto, me sacudo el traje y miro alrededor. En el descampado están los camiones. Sí que parecen nuevos, diría que hasta más nuevos que la última

vez. En cambio, a su lado, el pobre camión cisterna está lleno de herrumbre y a punto de caerse a pedazos. Y allí está el neumático, en el suelo, tal como indica el mapa...

Ese neumático no me gusta. Su sombra no es normal. Tenemos el sol a la espalda, pero la sombra cae hacia nosotros. Bueno, no importa, aún está lejos. Además, se puede trabajar igualmente. Pero ¿qué será aquel brillo plateado? ¿O son imaginaciones mías? Me fumaría un cigarro y me sentaría un momentito en silencio a reflexionar... ¿Por qué brilla la parte de arriba de los bidones? ¿Por qué en los lados no? ¿Por qué la sombra del neumático va al revés? El Buitre Burbridge decía algo de las sombras, algo muy raro, pero inofensivo... En la Zona pasan cosas raras con las sombras. Pero ¿qué es ese brillo? Es como una telaraña suspendida en un árbol del bosque. ¿Qué clase de araña la habrá tejido justo allí? Jamás he visto una araña ni ningún bicho en la Zona. Pero lo peor de todo es que mi vacío está justo allí, a dos pasos de los bidones. Debí habérmelo llevado la vez anterior; ahora no tendría estos problemas. Pero el jodido pesa como un muerto, es un vacío lleno. Pude levantarlo, pero luego tenía que llevarlo a la espalda, moverme a gatas, a oscuras... Quien no haya llevado nunca un vacío, que lo pruebe: es como llevar quince litros de agua sin cubo.

Entonces, vamos, ¿no? Hay que entrar. Ojalá pudiera echar un trago antes...

—Kiril y yo entramos en el garaje —le digo a Tender—. Tú te quedas aquí, en el puesto del conductor. No toques los mandos a menos que te lo ordene, pase lo que pase, aunque la tierra arda bajo tus pies. Si te acojonas, te encontraré en el otro mundo.

Asiente muy serio, como diciendo: «No voy a acojonarme». Tiene la nariz como una ciruela; menudo golpe le he dado. Suelto despacio los cables de emergencia, vuelvo a mirar el brillo plateado, le hago un gesto a Kiril y empiezo a bajar. Aterrizo en el asfalto y espero a que Kiril descienda por el otro cable.

—No corras —le digo—. Camina despacio. Intenta no levantar polvo.

Ya estamos los dos en el asfalto, el chanclo se balancea al lado y los cables se agitan a nuestros pies. Tender saca el cabezón por la borda y nos mira desesperado. Hay que entrar.

—Sígueme dos pasos por detrás —le ordeno a Kiril—. Pisa donde yo pise. No me quites los ojos de la espalda y no te distraigas.

Y entré. Me detuve en el umbral y eché un vistazo. ¡Qué sencillo es trabajar de día, comparado con la noche! Me acuerdo de cuando estuve

tumbado aquí mismo. Estaba oscuro como boca de lobo y salían lenguas de gelatina de bruja del foso, azules como llamas de alcohol, pero lo peor era que no alumbraban una mierda, al revés: el garaje parecía más oscuro. Y ahora, ¡mira!, los ojos se te acostumbran a la oscuridad y lo ves todo perfectamente, hasta el polvo del rincón más negro. Y sí, allí estaba el brillo. Desde los bidones hasta el techo había una especie de hilos plateados que se parecían mucho a una tela de araña. Puede que solo fuera eso, una telaraña, pero sería mejor mantenerse alejados de ella. Y ahí fue cuando la cagué. Debí decirle a Kiril que se pusiera a mi lado, debí haber esperado hasta que sus ojos también se hubieran adaptado a la oscuridad, debí haberle enseñado la telaraña, señalársela con el dedo. Pero estoy habituado a trabajar solo. En cuanto pude ver en la oscuridad, seguí y me olvidé de Kiril.

Avancé hasta los bidones y me acucillé junto al vacío. No parecía que se le hubiese pegado la telaraña. Lo cogí por un extremo.

—Venga, agárralo bien, que no se te caiga. Pesa mucho.

Levanté la mirada y me quedé mudo; se me hizo un nudo en la garganta. Quise gritar: ¡Quieto, no te muevas! Pero no pude. Tampoco me habría dado tiempo, todo ocurrió demasiado deprisa. Kiril pasó por encima del vacío, se quedó justo al lado de los bidones, se giró y se llevó la telaraña con la espalda. Lo único que pude hacer fue cerrar los ojos. Todo me daba vueltas y no oía nada, nada excepto el ruido de la telaraña al romperse, un crujido débil y seco, como si estallara una telaraña normal y corriente, pero más fuerte. Me quedé sentado con los ojos cerrados, sin sentirme los brazos ni las piernas.

—¿Qué? —dice Kiril—. ¿Lo cogemos?

—Vamos.

Cogemos el vacío y lo llevamos hasta la puerta, caminando de lado. Cómo pesa el jodido; hasta nos cuesta llevarlo entre dos. Salimos al sol y llegamos al chanclo. Tender ya extiende las manazas hacia nosotros.

—Venga —dice Kiril—. Uno, dos y...

—No —lo interrumpo—. Espera. Déjalo un momento.

Lo dejamos en el suelo.

—Date la vuelta —le ordeno—. Ponte de espaldas.

Se gira sin decir palabra. Le miro la espalda; no tiene nada. Miro y remiro, y nada de nada. Entonces me vuelvo hacia los bidones. Allí tampoco hay nada.

—Una cosa —le digo sin dejar de mirar los bidones—. ¿Has visto la telaraña?

—¿Qué telaraña? ¿Dónde?

—Bien. Supongo que Dios nos ha ayudado. —Pero para mis adentros pienso que en realidad aún no lo sabemos—. Venga, cógelo.

Cargamos el vacío en el chanclo y lo ponemos de pie para que no ruede. Míralo qué bonito, qué nuevo, qué reluciente; el relleno azul fluye formando ondas de colores entre los dos discos de cobre, que relampaguean como miel al sol. Ahora vemos con claridad que no es un vacío, sino una especie de recipiente, como un tarro lleno de jarabe azul. Nos quedamos admirándolo unos momentos, después subimos al chanclo y emprendemos el regreso sin decir ni una palabra de más.

¡Qué suerte tienen los científicos! En primer lugar, trabajan de día. En segundo, lo difícil es hacer el viaje de ida por la Zona, porque de vuelta el chanclo se conduce solo. Tiene un mecanismo, registro de ruta me parece que se llama, que lleva el chanclo de vuelta por el mismo camino que el de la ida. Navegamos de regreso repitiendo todas las maniobras: nos detenemos, nos quedamos unos momentos suspendidos en el aire, seguimos. Pasamos por encima de las tuercas; casi podría haberlas recogido y devuelto al saco.

Como era de esperar, mis novatos se animaron de golpe. Empezaron a mirar a todas partes, ya casi sin miedo, solo con una mezcla de curiosidad y alegría porque todo hubiera salido a pedir de boca. Se pusieron a hablar por los codos. Tender no paraba de gesticular y decía que nada más comer volvería a la Zona a jalonar el camino hasta el garaje. Kiril me cogió de la manga y se puso a explicarme cosas de los graviconcentrados, es decir, de los claros de mosquitos. Les hice callar, aunque no enseguida. Les expliqué con calma cuántos idiotas la habían diñado mientras volvían a casa más contentos que unas pascuas. Callaos, les dije, y mirad a los lados como Dios manda, que, si no, os pasará como a Lyndon el Enano. Funcionó. Ni siquiera preguntaron qué le había pasado a Lyndon el Enano. Mejor. Uno puede pasar cien veces por un camino conocido y palmarla a la centésima primera. Flotábamos en silencio. Solo pensaba en una cosa: en cómo iba a desenroscar el tapón de la petaca. Mi mente se llenó con la sensación del primer trago que daría, pero de vez en cuando se me aparecía el brillo de la telaraña plateada.

Resumiendo, salimos de la Zona y nos metieron con chanclo y todo en el despiojador o, como lo llaman los científicos, el hangar sanitario. Nos lavaron con tres tandas de agua hirviendo y tres de álcali, nos irradiaron no sé qué, nos espolvorearon con no sé qué más y nos volvieron a lavar. Después nos secaron.

—¡Andando, chicos! ¡Ya sois libres!

Tender y Kiril llevaban el vacío. La gente se amontonaba para mirar e intentaba abrirse paso a codazos. Lo de siempre: miran y saludan y gritan, pero no hay ningún valiente que se acerque y eche una mano a los que llegan cansados... Bueno, qué más me daba, a mí no me afectaba. Ya no me afectaba nada...

Me quité el mono especial y lo tiré al suelo; ya lo recogerían los sargentos lacayos. Fui a las duchas porque estaba empapado de los pies a la cabeza. Me metí en una cabina, cerré la puerta, saqué la petaca, la abrí y me amorré a ella como una garrapata. Me senté en la banqueta. Me flaqueaban las rodillas, tenía la cabeza vacía, el alma vacía, bebía y bebía con avidez como si fuera agua. Estaba vivo. La Zona me había dejado salir. La muy puta me había dejado con vida. Mi zorra, mi cabrona. Vivo. Los novatos no tienen ni puñetera idea. Nadie que no sea stalker puede entenderlo. Las lágrimas me resbalaban por las mejillas, no sé si por el alcohol o por algo más. Apuré la petaca hasta la última gota; la petaca, seca, y yo, empapado. Ya no quedaba para más tragos. Bueno, daba igual, eso tenía remedio. Ya cualquier cosa tenía remedio. Estaba vivo. Me encendí un cigarro y sentí que volvía a mi ser. Me acordé de la prima. El instituto lo tiene muy bien organizado: tal como llegas, puedes ir a recoger el sobre. A veces hasta te lo llevaban allí, a las duchas.

Empecé a desnudarme lentamente. Al quitarme el reloj vi la hora. ¡Habíamos pasado más de cinco horas en la Zona, Dios mío! Cinco horas. Me recorrió un escalofrío. Cielo santo, es la pura verdad: en la Zona, el tiempo no existe. Cinco horas... Pero, pensándolo bien, ¿qué son cinco horas para un stalker? Nada, miseria y compañía. Y cuando hay que pasar doce horas, ¿qué? ¿Y dos días? Cuando una noche no es suficiente y hay que pasar todo el día siguiente tumbado con el morro pegado al suelo, cuando ya no eres capaz ni de rezar, solo de delirar, sin saber siquiera si estás vivo o muerto... Y la segunda noche acabas el trabajo, atraviesas la Zona como puedes hasta el cordón con el regalito bajo el brazo, y allí te esperan las patrullas con sus ametralladoras, los perros que tanto nos odian y que se cagan de miedo cuando tienen que arrestarnos por si estamos infectados. Les falta tiempo para liquidarnos, y encima tienen la sartén por el mango: corre y ve luego a demostrar que te han matado ilegalmente... Así que pega otra vez el morro al suelo, reza hasta el alba, y espera de nuevo hasta que se hace oscuro, con el regalito a tu lado, sin saber si está ahí, tranquilito e inofensivo, o está matándote lentamente. O como le pasó a Isaac el Huesos: el amanecer lo pilló en campo abierto, se fue por el sitio equivocado y se quedó atrapado entre dos

canales, sin poder ir ni a derecha ni a izquierda. Estuvieron disparándole dos horas y él se hizo el muerto todo el tiempo. No le dieron. Gracias a Dios, se cansaron de él, creyeron que la había palmado y se marcharon. Yo lo vi después y no lo reconocí; nunca había visto a nadie tan hecho polvo.

Me sequé las lágrimas y abrí el grifo. Me di una ducha bien larga, primero con agua muy caliente, después fría, luego caliente otra vez. Gasté una pastilla entera de jabón. Al final me cansé. Cerré el grifo y oí como aporreaban la puerta.

—¡Eh, stalker, sal de una vez! —gritaba Kiril con alegría—. ¡Huele a dinerito!

Dinerito, qué bueno. Abrí la puerta y allí estaba Kiril en calzoncillos, más feliz que una perdiz, sin rastro de melancolía, alargándome un sobre.

—Toma. De parte de la humanidad agradecida.

—Me la suda la humanidad. ¿Cuánto hay?

—Teniendo en cuenta la excepcionalidad de la tarea y tu comportamiento heroico ante las peligrosas circunstancias... ¡El doble!

Sí, así sí que se puede vivir bien. Si en el instituto me pagaran eso por cada vacío, haría tiempo que habría enviado a tomar por saco a Ernest.

—¿Qué? ¿Estás contento? —me preguntó Kiril, radiante, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Pse. ¿Y tú?

No dijo nada. Me cogió por el cuello, me apretó contra su pecho sudoroso y me abrazó con fuerza. Luego me soltó con un empujón y desapareció en la ducha de al lado.

—¡Eh! —grité a sus espaldas—. ¿Y Tender? ¿Qué hace? ¿Está lavándose los calzoncillos?

—¡Qué va! Está rodeado de periodistas. Tendrías que verlo, se lo ve tan importante... Está amenizándolos con una explicación de lo más erudita.

—¿Ameniqué?

—Amenizándolos.

—Ah, muy bien, señor. El próximo día recuérdame que me pille el diccionario. —Pero, de pronto, sentí como si me pasara la corriente—. ¡Kiril! Espera. Sal un momento de la ducha.

—Ya me he desnudado.

—¡Venga, hombre, sal, que no soy una señorita!

Y salió. Lo agarré por los hombros y le di la vuelta. No había nada. Tenía la espalda limpia. Solo dos hilos de sudor seco.

—¿Qué te pasa con mi espalda? —preguntó.

Le di una patada en el culo, me metí en la ducha y cerré.

¡Malditos nervios! Primero tengo imaginaciones en la Zona, luego aquí... ¡Al infierno con todo! Hoy voy a ponerme como una cuba. Y voy a desplumar a Richard, ¡vaya si no! Cómo juega, el cabrón... No hay por dónde pillarlo, al tío. Hasta he intentado hacerle trampas, hacer la señal de la cruz a las cartas por debajo de la mesa, y no hay manera...

—¡Kiril! —grité—. ¿Vas al Borcht hoy?

—No se pronuncia Borcht, sino Borsch. Cuántas veces tendré que repetírtelo...

—¡Bah! El cartel dice «Borcht». Vete a cascar con tus normas. ¿Vas a ir o no? A ver si desplumo a Richard...

—Uf, no sé, Red. Como eres un alma sencilla, no sabes apreciar lo que hemos traído.

—Ah, y tú sí, ¿verdad?

—En realidad, yo tampoco. Lo confieso. Pero ahora ya entiendo para qué servían estos vacíos, y si mi idea es cierta... Voy a escribir un artículo y voy a dedicártelo: «Para Redrick Schuhart, un stalker honorable, con veneración y gratitud».

—Claro, y me pondrán dos años a la sombra.

—¡Pero pasarás a la historia de la ciencia! Y a la cosa esa la llamaré *el tarro de Schuhart*. ¿Verdad que suena bien?

Mientras hablábamos de aquellas tonterías, me vestí. Me guardé la petaca vacía en el bolsillo, conté los billetes y me marché.

—Que vaya bien, alma compleja.

Kiril no respondió. El agua de la ducha era muy fuerte.

Salgo al pasillo y veo al señor Tender en persona, colorado e hinchado como un pavo real, rodeado de un montón de gente: trabajadores, periodistas y hasta un par de sargentos (que acaban de salir de comer, se mondan los dientes). Habla a trompicones: «La tecnología de la que disponemos ofrece una garantía de éxito y seguridad casi del ciento por ciento...». Entonces me ve y se achica un poco, sonríe y me saluda con la mano. Bueno, parece que tengo que largarme. Pies para qué os quiero, pero ya es tarde. Oigo pasos a mi espalda.

—¡Señor Schuhart! ¡Señor Schuhart! ¡Un par de palabras sobre el garaje!

—Sin comentarios —respondo, y echo a correr.

Pero no puedo quitarme de encima a dos de esos desgraciados. Tengo uno a la derecha con un micrófono y otro a la izquierda con una cámara.

—¿Han visto algo extraño en el garaje? ¡Por favor, solo dos palabras!

—¡No hay declaraciones! —grito, intentando mantenerme de espaldas a la cámara—. Es un garaje vulgar y corriente.

—Muchas gracias. ¿Qué opina de las turboplateformas?

—Son muy bonitas. —Voy directo hacia el lavabo.

—¿Cuáles cree que han sido los objetivos de la Visitación?

—Pregunten a los científicos. —Y cierro la puerta del baño detrás de mí. Oigo como arañan la puerta—. Les sugiero que le pregunten al señor Tender por qué tiene la nariz como una remolacha —les digo a través de la puerta—. No lo ha contado por modestia, pero ha sido nuestra aventura más interesante.

¡Cómo salen corriendo por el pasillo! Parecen caballos, madre mía. Espero un minuto; no se oye nada. Asomo la cabeza; no hay nadie. Salgo y me voy silbando. Bajo al vestíbulo y enseño el pase al larguirucho. Veo que el tío me hace el saludo militar. Señor, parece que soy el héroe del día.

—Descanse, sargento —le digo—. Estoy muy contento de usted.

El sargento sonrío de oreja a oreja como si le hubiera lanzado un elogio del otro mundo.

—Gran trabajo, Pelirrojo. Me siento orgulloso de conocerte.

—Bueno, ahora ya tienes algo que contar a las chicas cuando vuelvas a Suecia.

—¡Vaya! ¡Se van a mear de gusto!

Bah, no es mal tipo. Lo que pasa es que no me gustan esos tíos tan altos y colorados. Vuelven locas a las chicas, no entiendo por qué. Como si el secreto estuviera en la altura... Salgo a la calle preguntándome a qué se deberá. Brilla el sol y no hay nadie fuera. De repente me entran ganas de ver a Guta. Ahora mismo, sin ningún motivo en especial. Mirarla, cogerla de la mano. Nada más. Después de la Zona, lo único que se puede hacer es coger a una chica de la mano. Sobre todo cuando uno se acuerda de lo que cuentan sobre los hijos de los stalkers, sobre cómo salen... Anda, tira, que ahora no es momento de ver a Guta. Ahora lo que te hace falta es una botella por lo menos de algo bien fuerte.

Paso por el aparcamiento y después por el cordón. Hay dos coches de policía en todo su esplendor, grandes, amarillos, con sus reflectores y sus ametralladoras, los perros cabreados y, cómo no, los cascos azules. La calle está cortada, no se puede pasar. Camino mirando al suelo, mejor no los miro, mejor no se me ocurra mirarlos a la luz del día, porque hay un par o tres de caras que me parece reconocer, y como las reconozca la lío parda. Han tenido suerte de que Kiril me convenciera para trabajar en el instituto, porque, si no, habría buscado a esos cerdos y los habría hecho picadillo...

Me abro paso por la multitud con el hombro por delante. Ya he cruzado cuando oigo que gritan:

—¡Eh, stalker!

La cosa no va conmigo, sigo andando y saco un cigarro del paquete. Alguien me alcanza por detrás y me agarra de la manga. Me suelto de un tirón.

—¿Se puede saber qué coño pasa, caballero? —le pregunto todo lo amablemente que me sale, girándome a medias.

—Espera, stalker. Solo dos preguntas.

Levanto la mirada y descubro que es el capitán Quarterblood, un viejo amigo. Está amarillento y más seco que una pasa.

—Ah —le digo—. Salud, capitán. ¿Cómo va su hígado?

—No te hagas la mosquita muerta, stalker —responde, irritado, y me taladra con la mirada—. Será mejor que me digas por qué no te paras cuando te llaman.

Y en esas aparecen dos cascos azules detrás de él, con las zarpas en las fundas de las pistolas. No se les ven los ojos; solo la mandíbula inferior rumiando bajo el casco. ¿De qué parte de Canadá sacan a estos tíos? ¿Los mandan de alguna tribu? De día no me dan miedo las patrullas, pero los perros podrían cachearme, y en estos momentos no me apetece una mierda.

—Entonces, ¿me llamaba a mí, capitán? Juraría que había dicho «stalker»...

—Vaya, ¿es que ya no eres stalker?

—Después de salir de la cárcel, donde me metieron gracias a usted, lo dejé. Se acabó. No sabe lo agradecido que le estoy por haberme abierto los ojos. Si no hubiera sido por usted...

—¿Qué estás haciendo en la Prezona?

—¿Cómo que qué hago? Trabajo aquí. Desde hace dos años.

Y para poner fin a esta conversación tan desagradable, me saco la documentación del bolsillo y se la enseño. El capitán Quarterblood me coge la cartilla, hojea cada paginita, casi olfatea cada sello, poco le falta para lamerlos. Me la devuelve, satisfecho, con los ojos brillantes y por poco ruborizado.

—Perdona, Schuhart. No me lo esperaba. Así que los consejos que te di no han caído en saco roto. Cuánto me alegro. Te lo creas o no, desde entonces he estado convencido de que saldría algo bueno de ti. No podía creer que un chico como tú...

Bla, bla, bla. Vaya, parece que he curado a otro melancólico sin comerlo ni beberlo. Cómo no, lo escucho con la cabeza gacha, confuso, le digo a todo que sí, me encojo de hombros, diría que hasta froto la suela del zapato en la acera. Los matones de detrás del capitán escuchan un rato, pero pronto se asquean y pierden la mirada en busca de algo más entretenido. El capitán me mete un rollo sobre perspectivas de futuro: que si el conocimiento es luz, y la ignorancia, tinieblas; que si Dios aprecia y valora el trabajo honrado... Me suelta la misma sarta de gilipolleces que nos soltaba el cura de la cárcel todos los domingos. Tengo mucha sed y se me está agotando la paciencia. Te toca aguantar, hermanito, esto no es nada para ti. ¡Resiste, Red! No podrá mantener el ritmo mucho rato, ya ha empezado a ahogarse... Y, entonces, qué suerte la mía: uno de los coches de policía empieza a hacer sonar la sirena. El capitán Quarterblood se gira, suelta un quejido de fastidio y me alarga la mano.

—Pues nada —dice—. Me alegro mucho de verte, honrado Schuhart. Me habría encantado brindar contigo por esta noticia. Aunque en realidad no puedo beber nada fuerte, me lo ha prohibido el médico, pero sí que me tomaría una cervecita contigo. En fin, ya lo ves: ¡el deber me reclama! Ya nos veremos.

No lo quiera Dios, pienso. Pero le doy la mano y sigo poniéndome rojo y restregando el pie en el suelo, tal como él espera. Por fin se marcha, y yo me voy como una flecha al Borcht.

A esas horas no hay nadie en el Borcht. Ernest está detrás de la barra; seca vasos y los mira al trasluz. Por cierto, qué cosa tan curiosa: no importa a qué hora aparezca uno en los bares; los camareros siempre están secando vasos como si de eso dependiera la salvación de su alma. Se pasan así todo el santo día: cogen un vaso, cucan los ojos, lo miran al trasluz, le echan el aliento y frotan. Al cabo de un rato, vuelven a observarlo al trasluz, esta vez por el fondo, y otra vez frota que te frota...

—¡Hola, Ernie! —lo saludo—. ¡Para ya de torturarlo, que vas a hacerle un agujero!

Me mira a través del vaso, suelta un gruñido que parece salirle del estómago y sin mediar palabra me sirve cuatro dedos de aguardiente. Me encaramo a un taburete, bebo un trago, cierro los ojos con fuerza, sacudo la cabeza y echo otro trago. La nevera ronronea, una musiquilla tranquila sale de la máquina de discos, Ernest echa el aliento al siguiente vaso... Qué bien, qué tranquilidad... Apuro el vaso, lo dejo en la barra y al momento Ernest me echa cuatro dedos más de líquido transparente.

—¿Qué, ya estás mejor? —gruñe—. ¿Más relajado, stalker?

—Frota y calla —le digo—. ¿Sabes que a un tipo, de tanto frotar, se le apareció un genio? Después vivió como un rey.

—¿Y quién es? —pregunta Ernest, incrédulo.

—El camarero que estaba antes que tú.

—¿Y qué pasó?

—Nada. ¿Por qué crees que tuvimos la Visitación? El tío frotó y frotó... ¿Quiénes crees que eran los que nos visitaron? ¿Eh?

—Mira que te gusta hablar —me dice con simpatía.

Va a la cocina y vuelve con un plato de salchichas recién hechas. Lo deja delante de mí, me acerca el ketchup y regresa a sus vasos. Ernest sabe hacer su trabajo. Tiene muy buen ojo; enseguida reconoce al stalker recién salido de la Zona, al que vuelve con un regalito, y sabe qué necesita. Es buen tío, este Ernie. Un benefactor.

Después de terminarme las salchichas, me enciendo un cigarrillo y me pongo a pensar en cuánto gana Ernest con nosotros. No sé por cuánto venden los regalitos en Europa, pero he oído por ahí que, por ejemplo, un vacío cuesta casi dos mil quinientos, y Ernest no nos da más de cuatrocientos. Las pilas no las venden allá por menos de cien, y a nosotros nos pagan veinte como máximo. Debe de pasar lo mismo con el resto de las cosas. Supongo que llevar los regalitos a Europa también saldrá caro. Soborna a uno, soborna a otro, seguro que hasta el jefe de estación recibe su parte... Bien pensado, igual Ernest no se saca tanto, tal vez el quince o el veinte por ciento, no más, y si lo pillan, diez años de trabajos forzados le caen seguro...

En ese momento, un tipo muy educado interrumpe mis piadosas reflexiones. Ni siquiera lo oigo entrar. Me lo encuentro de repente pegado al codo derecho.

—¿Puedo sentarme? —me pregunta.

—¡Faltaría más! Por favor.

Es un individuo flaco y bajo de naricilla afilada, con pajarita. Su cara me suena; lo he visto antes, en foto, pero no recuerdo dónde. Se sienta en un taburete a mi lado.

—Un bourbon, por favor —le dice a Ernest, y luego a mí—: Disculpe, pero creo que nos conocemos. Trabaja en el instituto internacional, ¿verdad?

—Sí. ¿Y usted?

Saca con soltura del bolsillo su tarjeta de visita y me la tiende. Leo: «Alois McNaught, agente de la Oficina de Emigración». Claro que lo conozco. Da la lata a la gente para que se vaya de la ciudad. Alguien tiene

mucho interés en que nos larguemos todos de Harmont. Ya se ha ido la mitad de la población, pero quieren que quede limpia de todos nosotros. Aparto la tarjeta con la uña.

—No, gracias —le digo—. No me interesa. ¿Sabe? Mi sueño es morirme en mi ciudad natal.

—¿Y por qué? —pregunta, vivaz—. Discúlpeme la indiscreción, pero ¿qué lo retiene aquí?

Como que le voy a decir qué me retiene aquí.

—¡Vaya pregunta! Pues los recuerdos felices de mi infancia. El primer beso, en el parque. Mamá y papá. La bulla que monté en este mismo bar la primera vez que me emborraché. La querida comisaría de mi corazón... —Entonces me saco un pañuelo lleno de mocos del bolsillo y me lo aprieto contra los ojos—. ¡No! ¡Ni hablar!

El tipo se ríe y da un traguito al bourbon.

—No entenderé nunca a los harmonteses —dice, pensativo—. La vida en esta ciudad es difícil. Los militares tienen el poder. Las provisiones son escasas. Tener la Zona aquí al lado es como vivir junto a un volcán. En cualquier momento puede estallar una epidemia o algo peor... Entiendo que los viejos no quieran marcharse del lugar en que han pasado toda la vida, pero usted... ¿Cuántos años tiene? No le echo más de veintidós o veintitrés. Supongo que sabe que nuestra agencia es una organización filantrópica y que no obtenemos ningún beneficio con ella. Lo único que deseamos es que la gente se marche de este infierno y tenga una vida normal. Incluso les proporcionamos dinero para el viaje y un trabajo en el nuevo destino. Y a los jóvenes como usted les ofrecemos la posibilidad de estudiar... ¡No, no lo entiendo!

—¿Qué pasa? ¿Nadie quiere marcharse?

—Hombre, tanto como nadie... Algunos aceptan, sobre todo gente con niños. Pero los jóvenes y los viejos... ¿Se puede saber qué le ven a esta ciudad? Es un agujero, una ciudad de provincias...

Entonces le contesto como Dios manda.

—¡Señor Alois McNaught! Tiene toda la razón. Nuestra ciudad es un agujero. Siempre lo ha sido y siempre lo será. Pero ahora es un agujero hacia el futuro. Y de él vamos a sacar un montón de cosas para cambiar su mundo podrido. La vida será distinta, justa, y todo el mundo tendrá lo que necesita. De él sale conocimiento. Y cuando tengamos conocimiento, nos volveremos todos ricos, volaremos a las estrellas y llegaremos adonde queramos. Así es nuestro agujero.

En aquel punto me interrumpí porque vi que Ernest me miraba con los ojos como platos y me sentí incómodo. No me gusta repetir palabras de otros, ni aunque esas palabras me gusten. Además, en mi boca el discurso no sonaba natural. Cuando lo decía Kiril, te quedabas escuchando embobado y se te olvidaba cerrar la boca, pero a mí, aunque dijera lo mismo, no me salía de la misma manera. Seguramente porque Kiril nunca le había pasado un regalito a Ernest por debajo de la barra. En fin...

Entonces, de repente, Ernie recuerda su deber y me llena el vaso con seis dedos más de aguardiente, como si quisiera decir: «Vuelve en ti, chaval. ¿Qué te pasa hoy?». Pero el señor McNaught vuelve a meter la nariz afilada en el vaso de bourbon.

—Sí, claro —dice—. Acumuladores eternos, la panacea azul... Pero ¿usted realmente cree que sucederá como dice?

—Lo que yo crea a usted ni le va ni le viene. Estaba hablando de la ciudad. Pero, si hablo por mí, le preguntaría qué tienen allá, en Europa, de tan especial. ¿El aburrimiento? Trabajan todo el día, ven la tele por la noche, se meten en la cama con una bruja insufrible y tienen degenerados por hijos. Hay huelgas y manifestaciones, la política es un asco... Por mí, ya le pueden dar por saco a su Europa.

—¿Y quién ha dicho que tendría que ir a Europa?

—En todas partes es lo mismo. Y en la Antártida, encima, hace frío.

Pero lo más asombroso era que me creía a pies juntillas lo que estaba diciendo. Nuestra Zona, esa cerda canalla y asesina, en aquel momento me era mil veces más querida que todas las Europas y Áfricas. No es que ya estuviera borracho, sino que sencillamente me imaginé en el metro abarrotado, volviendo hecho polvo del trabajo con un rebaño de cretinos que me aplastaban por todas partes, harto de todo y sin ganas de nada.

—¿Y usted qué opina? —pregunta a Ernest.

—Yo tengo un negocio —le responde Ernie, muy serio—. ¡No soy ningún chiquillo! He invertido todo mi dinero en esto. Aquí vienen a veces el comandante en persona o el general; no son unos pelagatos... ¿Por qué iba a marcharme de aquí?

El señor Alois McNaught empieza a explicarle algo con cifras y dejo de escuchar. Pego un buen trago, me saco del bolsillo un puñado de calderilla, bajo del taburete, me acerco a la máquina de discos y la pongo a toda castaña. Hay una canción, «No vuelvas si no estás seguro», que me sienta muy bien después de salir de la Zona. La música truena y aúlla. Agarro el vaso y me

voy al rincón a ajustar cuentas con mi amiga la tragaperras. Y el tiempo pasa veloz como un pájaro...

Justo cuando pierdo la última moneda aparecen Richard Noonan y Betún por la hospitalaria puerta del bar. Betún ya va hasta arriba: es incapaz de enfocar la vista y busca con quién liarse a tortas. Noonan lo sujeta por el brazo con cariño y le va contando chistes para distraerlo. ¡Qué pareja tan rica! Betún es fuerte y negro como unas botas de oficial y tiene el pelo rizado y los brazos tan largos que le llegan a las rodillas, mientras que Dick es bajito y regordete, sonrosado y amable; poco le falta para brillar.

—¡Ah! —grita Dick al verme—. ¡Pero si está aquí Red! ¡Ven con nosotros!

—¡Sí! —ruge Betún—. Solo hay dos personas de verdad en esta ciudad: ¡Red y yo! El resto son todos unos cerdos y unos hijos de Satanás. ¡Red! Tú también sirves a Satanás, pero sigues siendo un hombre...

Me acerco a ellos con el vaso en la mano. Betún me tira de la cazadora y me sienta a su mesa.

—¡Siéntate, Pelirrojo! ¡Siéntate, servidor de Satanás! Te quiero. Lloremos por los pecados de la humanidad. ¡Lloremos con toda nuestra amargura!

—Lloremos —le contesto—. Bebámonos las lágrimas del pecado.

—Porque se acerca el día —declama Betún—. Porque ya lleva el bocado el caballo bayo y el jinete ha metido el pie en el estribo. Y las plegarias de quienes han vendido el alma a Satanás serán vanas. Y se salvarán solo los que se levanten contra él. A vosotros, hijos de los hombres seducidos por Satanás, que jugáis con sus juguetes, que ansiáis sus tesoros, yo os digo: ¡estáis ciegos! ¡Recapacitad, canallas, antes de que sea tarde! ¡Pisotead las chucherías del diablo! —De repente se interrumpe, como si hubiera olvidado lo que iba a decir—. ¿Aquí se puede pedir algo para beber? —pregunta ya con otra voz—. ¿O dónde estoy? Pelirrojo, ¿sabes que me han vuelto a echar del trabajo? Dicen que soy un agitador. Yo les estaba diciendo: «¡Recapacitad, ciegos de vosotros! ¡Os caeréis por el abismo y arrastraréis a otros ciegos detrás!». Y ellos se reían. Bah, le pegué una hostia al jefe y me largué. Ahora me encerrarán. ¿Y por qué?

Dick se acerca y deja una botella en la mesa.

—¡Hoy invito yo! —grito a Ernest.

Dick me mira de reojo.

—Es legal —le aclaro—. Vamos a gastarnos la prima en pillar una buena.

—¿Habéis ido a la Zona? —pregunta Dick—. ¿Habéis sacado algo?

—Un vacío lleno. Para el altar de la ciencia. Y también mucha alegría. ¿Nos llenas los vasos, o qué?

—¡Un vacío! —dice Betún con tristeza—. ¡Has arriesgado la vida por un vacío! Sigues vivo, pero en el mundo hay un nuevo objeto diabólico. Y no sabes cuántas desgracias y pecados...

—Calla, Betún —le digo, severo—. Bebe y celebra que he vuelto con vida. ¡Por la fortuna, chicos!

Bebemos. Betún se desmorona del todo, se echa a llorar como una Magdalena, parece un grifo abierto. Nada grave; ya lo conozco. Siempre pasa por la misma fase: se deshace en lágrimas y predica que la Zona es una tentación del diablo, que no debe sacarse nada de allí, que hay que devolver lo que se ha cogido y que hay que vivir como si la Zona no existiera. Lo que es del diablo, para el diablo. Quiero mucho a Betún. Me gusta la gente rara en general. Cuando tiene dinero, le compra a cualquiera un regalito, sin regatear, por el precio que le piden, y por la noche carga con él, lo devuelve a la Zona y lo entierra... ¡Cómo berrea, por el amor de Dios! Pero no pasa nada; enseguida se cansará.

—¿Y qué es un vacío lleno? —pregunta Dick—. Sé qué es un vacío, pero ¿qué quiere decir que está lleno? Es la primera vez que lo oigo.

Se lo explico. Menea la cabeza y chasquea los labios.

—Ya —responde—. Interesante. Es una cosa nueva. ¿Y con quién has ido? ¿Con el ruso?

—Sí. Con Kiril y Tender. El auxiliar de laboratorio, ya lo conoces.

—Pues las habrás pasado canutas con esos dos...

—Para nada. Se han comportado la mar de bien. Sobre todo Kiril. Es un stalker nato. Si tuviera un poco más de experiencia y no fuera impaciente como un niño, me iría a la Zona con él todos los días.

—¿Y también todas las noches? —pregunta Dick con una risilla borracha.

—Cierra la boca. Bromas, las justas.

—Ya lo sé. Bromas, las justas, porque puedo ganarme un puñetazo en la cara. Bueno, haz como que te debo un par de hostias...

—¿A quién hay que dar un par de hostias? —pregunta Betún, resucitando.

Lo agarramos de los brazos y volvemos a sentarlo a duras penas. Dick le mete un cigarro entre los dientes y le acerca un mechero. Lo tranquilizamos. El bar ha ido llenándose. La barra entera está ocupada y también muchas mesas. Ernest ha llamado a sus chicas, que corren sirviendo a cada cliente lo suyo, cerveza a uno, un combinado a otro, aguardiente a un tercero... Observo a la gente. Últimamente han aparecido muchas caras nuevas en la

ciudad, la mayoría criajos con bufandas de colores hasta el suelo. Se lo comento a Dick, y está de acuerdo.

—Sí, ya. Van a empezar a construir a destajo —me explica—. El instituto quiere hacer tres edificios nuevos, y además están pensando levantar un muro que separe la Zona, desde el cementerio hasta el rancho viejo. A los stalkers se les va a terminar la buena vida...

—¿Y cuándo han tenido buena vida los stalkers? —le digo.

Pero pienso: toma ya, ¿y qué más? Ya no podré sacarme un sobresueldo. Bueno, quizá sea para bien, así tendré menos tentaciones. Iré a la Zona de día, como un chico formal; no ganaré tanto dinero, claro, pero será mucho más seguro: iremos en el chanclo, con el mono especial y todo eso, y no habrá que preocuparse por las patrullas. El sueldo normal da para vivir, y me emborracharé cuando me den una prima. Ah, pero ¡qué vida tan triste! Otra vez habrá que contar cada céntimo: esto te lo puedes permitir, pero esto no; ahorra para algún trapito para Guta; nada de ir al bar, sino al cine... Qué gris, qué gris todo... Todos los días serán grises, y las tardes, y las noches.

Así estaba yo, pensando en esas cosas, cuando Dick me habló al oído.

—Ayer pasé por el bar del hotel para tomarme la última. Había gente nueva. No me gustaron nada desde el primer momento. Uno vino a sentarse a mi lado y empezó a hablar conmigo, a tantearme. Me dio a entender que me conocía, que sabía quién era y dónde trabajaba, e insinuó que podía pagar cierta clase de trabajos...

—Un secreta —le digo. El asunto no me interesa especialmente. Ya me he encontrado con suficientes secretas y he oído suficientes conversaciones sobre «cierta clase de trabajos».

—Pues no, no era un secreta. Escucha. Hablé un poco con él, con pies de plomo, claro, haciéndome el tonto. Le interesaban ciertos objetos de la Zona, pero no cualquier cosa. No quería acumuladores, ni picapicas, ni lágrimas negras, ni ninguna baratija. Lo que quería no lo dijo; nada más lo insinuó.

—¿Y qué era? —le pregunto.

—Gelatina de bruja, o eso entendí —dice Dick, y me mira de forma extraña.

—Ah, ¡quiere gelatina de bruja! ¿Y no querría por casualidad una lámpara de la muerte?

—Eso mismo le pregunté yo.

—¿Y bien?

—Pues imagínate: sí.

—¿Sí? Pues que vaya él a la Zona y se lleve todo lo que quiera. ¡Es coser y cantar! Los sótanos están llenos de gelatina. Que coja un cubo y lo llene. Su entierro corre de su cuenta.

Dick guarda silencio, me mira con el ceño fruncido y no sonrío. ¿Qué coño pasa? ¿Es que quiere contratarme? Y entonces me caigo del guindo.

—Espera —le digo—. ¿De dónde ha salido ese tipo? Pero si hasta en el instituto está prohibido estudiar la gelatina...

—Exacto —responde Dick despacio, sin dejar de observarme—. Algunas investigaciones representan un peligro para la humanidad. ¿Entiendes ahora quién era?

No, no entiendo nada.

—¿Un visitante? —digo.

Dick suelta una carcajada y me da una palmada en el brazo.

—Desde luego, eres un alma sencilla. ¡Vamos a beber!

—Bueno —digo, pero me he enfadado. Vaya capullo. ¡Dejadme en paz con mi alma sencilla, mamones!—. ¡Eh, Betún! Deja de dormir y vamos a beber.

Nada, Betún sigue durmiendo. Tiene el careto negro encima de la mesa negra y las manos colgando hasta el suelo. Dick y yo bebemos sin Betún.

—Muy bien —sigo—. Yo puedo ser un alma sencilla o compleja, pero informaría de ese tipo a quien corresponde. Mira que no me gusta la policía, pero yo iría y lo denunciaría.

—Ya. Y la policía te preguntaría: ¿y cómo es que el susodicho se ha dirigido precisamente a usted? ¿Eh?

—Da igual —digo, meneando la cabeza—. Tú, cerdo gordo, llevas en la ciudad tres años, pero nunca has estado en la Zona. Solo has visto la gelatina de bruja en las películas, y si hubieras visto en vivo y en directo qué le hace a la gente, te cagarías vivo. Es una cosa horrible, no debe sacarse de la Zona. Ya sabes que los stalkers son tíos brutos que solo miran por la guita y poco más, pero ni siquiera el difunto Babosa iría a buscar gelatina. El Buitre Burbridge no iría. Por mi parte, me da miedo imaginarme quién quiere gelatina de bruja y para qué...

—Vale —dice Dick—. Todo lo que dices es verdad. Pero no tengo puñeteras ganas de que un buen día me encuentren muerto en la cama con una nota de suicidio. No soy un stalker, pero sí un tío bruto y práctico, y me gusta vivir. Ya hace unos años que estoy vivo y le he cogido el gusto...

—¡Señor Noonan! —grita Ernest de repente desde la barra—. ¡Al teléfono!

—Joder —gruñe Dick, enfadado—. Seguro que es otra reclamación. Me meta donde me meta, me encuentran. Disculpa.

Dick se levanta y va al teléfono. Yo me quedo con Betún y la botella, y, como está claro que no voy a sacar ningún provecho de Betún, dedico toda mi atención a la botella. Estoy hasta las pelotas de la Zona; no hay manera de olvidarse de ella. Vayas adonde vayas, hables con quien hables, siempre sale la Zona. La Zona por aquí, la Zona por allá. Claro que está muy bien que Kiril diga que la Zona nos traerá la paz eterna y un clima ideal. Kiril es un tío cojonudo. Nadie piensa que sea tonto; al contrario, es listo como él solo, pero no tiene ni idea de la vida. No puede ni imaginarse qué clase de chusma merodea alrededor de la Zona. Sin ir más lejos, ahora alguien quiere gelatina de bruja. No, Betún puede ser un borracho y un chiflado, puede ser un fanático religioso, pero a veces a uno le da por pensar y dice: igual sí que deberíamos dejar al diablo las cosas del diablo. Cuanto más se revuelve la mierda...

Entonces, un mocoso con bufanda de colores se sienta en el sitio de Dick.

—¿Señor Schuhart?

—¿Qué?

—Me llamo Creon. Soy de Malta.

—Ah, muy bien. ¿Y qué tal van las cosas por Malta?

—No van mal, pero eso no viene al caso. Ernest me ha dicho que hable con usted.

Ya, pienso. Al fin y al cabo, este Ernest es un cerdo. No tiene ni sombra de compasión. Aquí tenemos a este chaval, morenito, inmaculado, guapo, que no tiene pinta de haberse afeitado todavía ni besado a una chica, pero a Ernest le da igual. Cuanta más gente meta en la Zona, mejor. Uno de cada tres volverá con un regalito, y un regalito significa pasta...

—¿Y cómo le va la vida al amigo Ernest? —le pregunto.

—Pues yo diría que nada mal —contesta, mirando un momento la barra—. No me importaría cambiarme por él.

—A mí, sí. ¿Quieres un trago?

—No, gracias, no bebo.

—Bueno, pues toma un cigarrillo.

—Lo siento, tampoco fumo.

—¡Maldita sea! Entonces, ¿para qué quieres el dinero?

El chico se pone rojo y deja de sonreír.

—Eso es algo que a usted no le importa lo más mínimo, señor Schuhart —dice en voz baja—. ¿No le parece?

—Cuando uno tiene razón, hay que dársela —contesto, y me echo cuatro dedos más de aguardiente en el vaso. Ya noto un zumbido en la cabeza y aquella flojera tan agradable en el cuerpo: la Zona me ha soltado del todo—. Estoy borracho. Como ves, estoy de fiesta. He ido a la Zona y he vuelto vivo y con dinero. No es algo que pase todos los días: no se suele volver vivo y mucho menos con dinero. Así que vamos a dejar las conversaciones serias para otro rato...

Entonces el chaval se levanta de un brinco y musita: «Disculpe». Veo que Dick ha vuelto. Se queda de pie al lado de su silla y le noto en la cara que ha pasado algo.

—¿Qué pasa? ¿Otra vez han vuelto a fallar tus contenedores?

—Sí. Otra vez.

Se sienta, se sirve y me rellena el vaso, y me doy cuenta de que el problema no es la reclamación. La verdad es que las reclamaciones le importan un bledo. Un trabajador ejemplar.

—Bebamos, Red —me dice. Sin esperarme se bebe de un trago el vaso y vuelve a llenárselo—. Kiril Panov ha muerto.

Perdido en mi borrachera, no lo comprendo a la primera. Se ha muerto alguien, y punto.

—Brindemos por el reposo de su alma —digo.

Me miró con los ojos como platos y entonces me sentí romper por dentro. Recuerdo que me levanté, me apoyé en la mesa y lo miré de arriba abajo.

—¿Kiril?

Tengo ante los ojos la telaraña plateada y vuelvo a oír el crujido que hace al romperse. A través de ese sonido espantoso me llega la voz de Dick como si viniera de otra habitación.

—Un ataque al corazón. Lo han encontrado en la ducha, desnudo. Nadie entiende nada. Han preguntado por ti y les he dicho que estabas perfectamente...

—¿Y qué es lo que no entienden? —digo—. Es la Zona...

—Siéntate. Siéntate y bebe.

—La Zona —repito, y no puedo parar—. La Zona, la Zona...

No veo nada a mi alrededor excepto la telaraña de plata. Todo el bar está envuelto en la telaraña. La gente se mueve y la telaraña se rompe cuando la tocan. En el centro está el chico maltés, con cara de sorpresa, esa carita infantil, sin entender nada.

—Niño —le digo con dulzura—, ¿cuánto dinero necesitas? ¿Mil es suficiente? Toma. ¡Cógelo, cógelo! —Le meto el dinero en el bolsillo y me

pongo a gritar—: ¡Ve y dile a Ernest que es un cabrón y un hijo de puta, sin miedo, ve y díselo! ¡Es un cobarde! ¡Díselo y luego vete a la estación, cómprate un billete y vuélvete a Malta! ¡Y no pares hasta llegar allá!

No sé qué más grité. Recuerdo encontrarme de repente en la barra, con Ernest delante de mí llenándome el vaso de refresco.

—Hoy tienes dinero, ¿eh? —me pregunta.

—Sí, hoy tengo...

—¿Podrías devolverme lo que me debes? Mañana tengo que pagar los impuestos.

Y en ese momento veo que tengo un fajo de pasta en el puño.

—Mira qué cosas. Creon el Maltés no lo ha cogido. Eso quiere decir que es orgulloso... En fin, ahora el resto es el destino.

—¿Qué te pasa? —me pregunta el amigo Ernie—. ¿Te has pasado bebiendo?

—No, no. Estoy perfectamente. Para meterme en la ducha ahora mismo.

—Vete a casa, anda —me aconseja el amigo Ernie—. Te has pasado bebiendo.

—Kiril ha muerto.

—¿Qué Kiril? ¿El tiñoso?

—Tiñosa tu puta madre. Ni con mil como tú harían un Kiril. Maldita rata de cloaca, cerdo vendido, que comercias con la muerte, que nos compras por cuatro chavos. ¿Quieres que te destroce esta mierda de local ahora mismo?

En cuanto levanté la mano, me sujetaron y se me llevaron a rastras. Yo no entraba en razón ni quería entrar. No sé qué grité, intenté soltarme, le pegué patadas a alguien... Después me calmé, me senté en el baño, todo empapado y con los morros partidos. Me miré en el espejo y no me reconocí. La mejilla se me contraía con un tic que nunca había tenido antes. De la sala llegaba mucho ruido, golpes, vajilla rota, las chicas chillando... De repente oí gritar a Betún como un oso blanco en el momento de cubrir a la hembra: «¡Arrepentíos, parásitos! ¿Dónde está el Pelirrojo? ¿Qué habéis hecho con él, semilla del demonio?». Y luego, el aullido de una sirena de policía.

En cuanto la oí, mi cerebro se aclaró como un cristal. Lo recordé todo, lo supe todo, lo entendí todo. Y en mi alma no había nada más que odio helado. Sí, pensaba, esta noche voy a montarte un numerito que no se te va a olvidar. Te vas a enterar de lo que es un stalker, cerdo vendido. Me saqué una picapica nuevecita, sin estrenar, del bolsillo del pantalón. La apreté un par de veces entre los dedos para activarla, entreabrí la puerta que daba a la sala y la arrojé sin hacer ruido a la escupidera. Abrí el ventanuco del baño y salté a la calle.

Me moría de ganas de ver qué pasaba, pero había que poner tierra de por medio. No aguanto las picapicas; me hacen sangrar la nariz.

Mientras cruzaba corriendo el patio me llegaron los ruidos que confirmaban que la picapica funcionaba de maravilla. Primero empezaron a aullar y a ladrar los perros de los bloques cercanos; son los primeros que la notan. Luego se oyó un chillido en la taberna, tan fuerte que me ensordecí, y eso que ya estaba bastante lejos. Me imaginé como la gente empezaba a alterarse: unos se hundían en la tristeza; otros montaban una bronca tremenda; otros se ponían histéricos de miedo... La picapica es una cosa muy rara. A Ernest le costaría un rato volver a llenar el bar. El tío sospechará de mí, pero me la pela... Basta. Se acabó el stalker Red. Ya estoy harto de esta vida. Estoy harto de jugar con la muerte todos los días y de enseñar lo mismo a otros idiotas. Estabas equivocado, Kiril, mi querido amigo. Tendrás que perdonarme, pero al final no eras tú quien tenía razón, sino Betún. Aquí no hay nada bueno que hacer. No hay nada bueno en la Zona.

Salté la valla y eché a andar despacio hacia casa. Me mordía los labios; tenía ganas de llorar y no podía. Ante mí no había nada, el vacío. Una tristeza infinita, la rutina. Kiril, mi único amigo, ¿cómo ha podido pasarnos esto? ¿Qué voy a hacer ahora sin ti? Tú me dibujabas un mundo nuevo, un mundo distinto... Y ahora, ¿qué? Alguien llorará por ti en la lejana Rusia, pero yo no puedo llorar. Porque yo tengo la culpa de todo, parásito de mí. Nadie más que yo tiene la culpa. Soy un animal. ¿Cómo se me ha ocurrido hacerlo entrar en el garaje cuando sus ojos aún no se habían acostumbrado a la oscuridad? He vivido toda la vida como un lobo, solo pensando en mí... Y un buen día se me ocurre ayudar a alguien, hacerle un regalo. En mala hora le hablé de aquel vacío... Y cada vez que me acordaba, sentía como si me agarraran la garganta y quería aullar como un lobo. Seguro que llegué a aullar, porque la gente se apartaba de mí. Pero de repente llegó un poco de alivio: vi a Guta por la calle.

Venía hacia mí, mi preciosa, mi niña. La faldita, que le llegaba por encima de las rodillas, se le balanceaba al caminar, sobre aquellas piernas preciosas, atrayendo miradas desde todas las puertas, pero ella caminaba en línea recta, sin mirar a nadie y, no sé por qué, supe que estaba buscándome.

—Hola, Guta. ¿Adónde vas?

Me miró de arriba abajo y se quedó con todos los detalles: la sangre de mi cara, la chaqueta mojada, los puños llenos de rasguños. Pero no comentó nada sobre eso.

—Hola, Red —se limitó a decir—. Precisamente estaba buscándote.

—Ya lo sé. Vamos a mi casa.

Guta no respondió, se volvió y miró a un lado. Ay, qué manera tiene de erguir la cabeza y el cuello, como una yegua joven y orgullosa, pero dócil con su amo.

—No sé, Red —dijo—. Igual ya no querrás verme más.

Se me encogió el corazón. ¿Qué más podía pasar?

—No lo entiendo, Guta —le dije con tono tranquilo pese a mi inquietud—. Perdóname, pero es que estoy un poco borracho y no puedo pensar bien... ¿Por qué ahora de golpe se me tienen que quitar las ganas de verte?

La cogí de la mano y nos fuimos caminando sin prisa hacia mi casa. Todas las cabezas que estaban mirándola se escondieron en un periquete. He vivido en esta calle toda la vida y todo el mundo conoce a Red el Pelirrojo. Y si hay alguien que aún no me conoce, no tardará en conocerme, y lo sabe.

—Mi madre dice que aborte —soltó Guta de repente—. Pero yo no quiero.

Tardé unos cuantos pasos en comprender de qué hablaba.

—No quiero abortar —siguió—. Quiero un niño tuyo. Tú haz lo que quieras. Puedes irte a la otra punta del mundo; no voy a retenerte.

La escuchaba aturdido y notaba como se iba encendiendo poco a poco, como se embalaba; la escuchaba y me sentía flotar cada vez más alto. No podía pensar con claridad. Una idea estúpida me rondaba por la cabeza: una persona se marcha, otra llega.

—Está con la matraca de que es hijo de un stalker, y a saber qué clase de monstruo sale. Es un granuja, dice, y no seréis una familia, no seréis nada. Un día está en la calle y al otro entre rejas. Pero a mí me da igual, estoy dispuesta a todo. Puedo apañármelas sola. Puedo tenerlo sola, puedo criarlo sola, haré una persona de él yo sola. Puedo arreglármelas sin ti. La única condición es que no vengas a verme nunca. No te dejaré pasar de la puerta.

—¡Guta, mi niña! Espera un momento... —Una risa nerviosa, idiota, no me dejaba hablar—. Cariño mío, entonces, ¿por qué venías a buscarme?

Me reí a carcajadas como un loco de remate, y ella se paró, me hundió la cabeza en el pecho y rompió a llorar.

—¿Qué vamos a hacer ahora, Red? ¿Qué vamos a hacer?

DOS

Redrick Schuhart, 28 años, casado, ocupación desconocida

Tumbado detrás de una lápida, Redrick Schuhart apartó una rama de serbal para observar la carretera. Los reflectores del coche patrulla barrían el cementerio, y cuando le daban en los ojos los cerraba con fuerza y aguantaba la respiración.

Ya habían pasado dos horas y la carretera seguía igual. El coche patrulla estaba en el mismo sitio, con el motor ronroneando monótonamente y los tres reflectores recorriendo sin cesar las tumbas abandonadas y cubiertas de maleza, las cruces y las losas torcidas y oxidadas, los arbustos de serbal que crecían al azar y la cresta de la alambrada de tres metros de alto que terminaba a la izquierda. Las patrullas tenían miedo de la Zona. Ni siquiera salían de los coches. Allí, junto al cementerio, tampoco se atrevían a disparar. De vez en cuando, Redrick oía voces indistintas o veía una brasa de cigarro salir volando del coche y rodar por la calzada desprendiendo chispas rojas, débiles y saltarinas. Acababa de llover y el aire estaba cargado de humedad, y Redrick sentía como le calaba el frío a través del mono impermeable.

Soltó la rama con cuidado, volvió la cabeza y aguzó el oído. A la derecha, ni muy lejos ni muy cerca, dentro del cementerio, había alguien más. Le llegó el susurro de las hojas, un sonido como si vertieran tierra y el golpe atenuado de algo duro y pesado contra el suelo. Sin darse la vuelta, Redrick se arrastró marcha atrás, reptando por la hierba mojada. La luz del reflector volvió a deslizarse por encima de su cabeza. Redrick se quedó paralizado y la siguió con la mirada sin hacer el menor ruido. Le pareció ver a un hombre de negro sentado en una tumba entre las cruces, totalmente inmóvil. No se escondía; tenía la espalda apoyada en un obelisco de mármol y miraba en dirección a Redrick con cara pálida y unos ojos negros como pozos. En realidad, Redrick no percibió todos aquellos detalles, no pudo verlos en el transcurso de una décima de segundo, pero se imaginó qué aspecto debía de tener. Se arrastró

unos metros más, se palpó el pecho en busca de la petaca, la sacó y se quedó tumbado apretando el metal cálido contra la mejilla. Después siguió arrastrándose con ella en la mano, esa vez sin aguzar el oído ni mirar a los lados.

En la alambrada había un agujero, y justo al lado, encima de una capa de vinilo impregnado de plomo, estaba Burbridge, tumbado de espaldas, en la misma postura que antes. Se manoseaba el cuello del jersey con las dos manos intentando separárselo de la piel y, en voz muy queda y atormentada, exhalaba lamentos que de vez en cuando se convertían en gemidos. Redrick se sentó a su lado, desenroscó el tapón de la petaca y le deslizó una mano por debajo de la cabeza, cuidadoso. La palma se le empapó de sudor; el viejo tenía la calva ardiendo. Redrick le acercó la petaca a los labios. Estaba oscuro, pero al resplandor débil de los reflectores le vio los ojos vidriosos y abiertos como platos y reparó en la barba negra e hirsuta que le cubría las mejillas. Burbridge bebió con avidez y empezó a removerse, palpando el saco donde llevaba el regalito.

—Has vuelto —murmuró Burbridge—. Eres un buen tío. Pelirrojo... No dejes tirado a este viejo... No dejes que la palme...

Redrick echó la cabeza atrás y dio un buen trago a la petaca.

—Los perros siguen ahí —dijo Redrick—. Como si los hubieran pegado con pegamento.

—Tienen un buen motivo. —Burbridge hablaba entrecortadamente y solo cuando espiraba—. Alguien les ha dado el chivatazo. Están esperándonos.

—Puede ser. ¿Quieres más?

—No, ahora no. No me dejes. No me dejes morir. No te arrepentirás. No me dejarás, ¿verdad, Pelirrojo?

Redrick no respondió. Se giró y miró a la carretera, hacia la luz azulada de los reflectores. Desde allí se veía el obelisco de mármol, pero era imposible decir si *ese* aún estaba allí o se había esfumado.

—Escucha, Pelirrojo. No estoy diciendo tonterías. No te arrepentirás. ¿Sabes por qué el viejo Burbridge sigue vivo? ¿No? Bob el Gorila murió. Banker el Faraón la diñó; era un gran stalker, pero acabó muerto igual. El Babosa, también. Norman Cuatrojos. Callohen. Pete el Llagas. Todos. Solo quedo yo. ¿Por qué? ¿Lo sabes?

—Siempre has sido un canalla —respondió Redrick, sin apartar la mirada de la carretera—. Un buitre.

—Es cierto, soy un canalla. Hay que serlo. Todos lo eran. El Faraón. El Babosa. Y solo quedo yo. ¿Sabes por qué?

—Sí —respondió Redrick para hacerlo callar.

—No es verdad. No lo sabes. ¿Has oído hablar de la Bola Dorada?

—Sí.

—¿Crees que es un cuento?

—Es mejor que no hables —le aconsejó Redrick—. Estás malgastando las fuerzas.

—Da igual, tú me sacarás de aquí. ¡Con lo que hemos vivido tú y yo juntos! ¿Cómo ibas a dejarme tirado? Te conozco desde que eras así de pequeño. Y a tu padre...

Redrick guardó silencio. Tenía muchas ganas de fumar, así que sacó un cigarro, lo desmenuzó en la palma de la mano y aspiró el olor. No sirvió de nada.

—Tienes que sacarme de aquí —prosiguió Burbridge—. Me he quemado por tu culpa. Fuiste tú quien no quiso traer al Maltés.

El Maltés les había insistido mucho en acompañarlos. Estuvo invitándolos toda la noche, les ofreció un buen depósito, juró que conseguiría un traje especial, y Burbridge, que estaba sentado a su lado, se tapaba la cara con la mano enorme y surcada de arrugas y guiñaba el ojo a Redrick con apremio como diciéndole: «Venga, di que sí; no perdemos nada». Tal vez por eso Redrick dijo que no.

—Te has quemado por culpa de tu avaricia —le espetó Redrick con frialdad—. A mí no me metas. Es mejor que te calles.

Burbridge se limitó a gemir durante un rato. Luego volvió a meterse un dedo por el cuello del jersey, tiró de él y echó la cabeza atrás.

—Quédate con el regalito para ti solo —profirió con un sollozo—. Pero no me abandones.

Redrick miró el reloj. Quedaba muy poco para el amanecer y el coche patrulla aún no se había ido; seguía peinando los arbustos con los reflectores. Habían dejado el todoterreno camuflado muy cerca de donde se encontraba la patrulla; podían descubrirlo en cualquier momento.

—La Bola Dorada —balbuceó Burbridge—. Yo la encontré. Mira que se han inventado mentiras sobre ella. Yo mismo solté unas cuantas. Dicen que es capaz de cumplir cualquier deseo. ¡Y una mierda! Si fuera verdad, hace tiempo que me habría largado de aquí. Estaría viviendo en Europa, nadando en dinero.

Redrick lo miró desde arriba. Al reflejo azulado y fugaz de los reflectores, la cara de Burbridge, inclinada hacia atrás, parecía la de un muerto. Sin

embargo, los ojos vidriosos y desencajados estaban clavados en él, siguiéndolo adonde se moviera.

—Y una mierda conseguí la eterna juventud —masculló—. ¿Dinero? Otra mierda. Pero salud, sí. Y mis hijos están bien. Y estoy vivo. No puedes ni imaginarte los sitios en los que he estado. Y sigo vivo. —Se pasó la lengua por los labios—. Solo pido eso: vivir. Y salud. Y para los niños, también.

—Cállate ya —le espetó por fin Redrick—. Pareces una vieja chocha. Si puedo, te sacaré de aquí. Pobre Dina, tendrá que ponerse a hacer la calle...

—Dina... —murmuró Burbridge—. Mi hijita. Es preciosa. Los tengo muy mimados, Pelirrojo. Nunca les he negado nada. No sabrán salir adelante. Arthur. Mi Archie. Tú lo conoces. ¿Dónde has visto chicos como ellos?

—Ya te lo he dicho: si puedo, te sacaré.

—No —replicó, testarudo—. Me sacarás como sea. La Bola Dorada. ¿Quieres que te diga dónde está?

—Bueno, dímelo.

Burbridge empezó a gemir y a removerse.

—Las piernas... —se quejó—. Tócalas, mira a ver cómo están.

Redrick alargó la mano y le palpó una pierna desde la rodilla hasta un poco más abajo.

—Los huesos —susurró Burbridge—. ¿Aún tengo huesos?

—Sí, sí —mintió Redrick—. No te muevas.

En verdad solo se notaba la rótula. Por debajo, hasta la planta del pie, la pierna parecía de goma. Podría haber hecho un nudo con ella.

—No es verdad —replicó Burbridge—. ¿Por qué me mientes? ¿Te crees que no sé qué pasa, que no lo he visto nunca?

—Las rodillas están enteras —dijo Redrick.

—Seguro que es mentira —repuso Burbridge—. Bueno, da igual. Tú sácame de aquí. Te lo daré todo. La Bola Dorada. Te haré un mapa. Te marcaré todas las trampas. Te lo contaré todo...

Siguió hablando y prometiendo, pero Redrick dejó de escuchar. Miró a la carretera y vio que los reflectores ya no iluminaban los arbustos, sino que se habían detenido, entrecruzados, en el obelisco de mármol. En la neblina azul, Redrick vio una figura encorvada que vagaba a ciegas entre las cruces en dirección a los reflectores. Chocó con una cruz enorme, reculó, volvió a darse con ella y al fin la rodeó, y siguió avanzando con los largos brazos extendidos hacia delante y los dedos abiertos. Después desapareció como si se lo hubiera tragado la tierra y volvió a aparecer más adelante caminando de forma un tanto grotesca, con una obstinación poco humana, como un autómata.

Entonces los reflectores se apagaron de golpe y se oyó el chirrido del embrague y el rugido furioso del motor. Los destellos rojos y azules atravesaron los arbustos y el coche patrulla arrancó, pegó un acelerón, salió disparado y desapareció detrás de la alambrada en dirección a la ciudad. Redrick tragó saliva y se desabrochó la cremallera del mono.

—Parece que se han ido —susurró febrilmente Burbridge—. Vamos, Pelirrojo... ¡Vamos, deprisa! —Empezó a revolverse y a tantear a su alrededor, cogió el saco del regalito e intentó incorporarse—. ¡Venga, vamos! ¿A qué esperas?

Redrick no dejaba de observar la carretera. Estaba oscura y no se veía nada, pero por allí cerca andaba *ese*, avanzando a zancadas como un muñeco mecánico, tropezando, cayéndose, pegándose contra las cruces y enredándose en los matorrales.

—Está bien —dijo Redrick en voz alta—. Vámonos.

Levantó al viejo Burbridge, quien le clavó en el cuello la mano izquierda como si fuera unas tenazas. Sin fuerzas para erguirse, a cuatro patas, Redrick lo pasó a rastras por el agujero de la alambrada, agarrándose a la hierba mojada para avanzar.

—Vamos, vamos —siseaba Burbridge—. No te preocupes; no suelto el regalito, lo llevo bien sujeto... ¡Venga!

Conocía el camino, pero la hierba mojada resbalaba, las ramas de los serbales le azotaban la cara, el viejo robusto pesaba como un muerto y el saco tintineante con el regalito le daba golpes y se enzarzaba constantemente en la maleza. Sin embargo, más miedo le daba tropezarse en la oscuridad con *ese*, que estaría vagabundeando por ahí cerca.

Cuando salieron a la carretera aún era noche cerrada, pero se percibía la proximidad del alba. En el bosquecillo que corría de aquel lado de la carretera, los pájaros soñolientos mantenían conversaciones vacilantes; ya azuleaba el cielo sobre las casas negras del lejano arrabal y sus escasas farolas de luz amarilla, y se había levantado un vientecillo helado y húmedo. Redrick dejó a Burbridge en la cuneta, miró alrededor y cruzó corriendo la carretera como una enorme araña negra. No tardó en encontrar el todoterreno. Quitó las ramas que había puesto en la capota y la carrocería para camuflarlo, se sentó al volante y, sin encender los faros, salió a la calzada con mucho tiento. Burbridge estaba sentado, agarrando el saco del regalito con una mano y palpándose las piernas con la otra.

—¡Deprisa! —susurró con voz ronca—. ¡Venga, deprisa! Aún tengo las rodillas enteras... ¡Aún me salvarán las rodillas!

Apretando los dientes del esfuerzo, Redrick lo levantó y lo subió al vehículo. Burbridge cayó como un saco en el asiento trasero y empezó a gemir, pero no soltó el regalito. Redrick recogió del suelo la capa de vinilo de plomo y se la echó por encima. Se las había apañado para llevarse hasta la capa.

Redrick sacó la linterna y recorrió con el haz varias veces la cuneta en busca de huellas, pero no encontró ninguna. Al salir a la carretera, el todoterreno había dejado aplastada la hierba alta y espesa, pero volvería a erguirse al cabo de unas horas. Alrededor de donde se había detenido el coche patrulla había un montón de colillas. Redrick recordó que hacía rato que quería fumar, así que sacó un cigarro y lo encendió, aunque de lo que más ganas tenía era de meterse en el coche y largarse de allí cuanto antes. Pero todavía no podían. Había que actuar despacio y con cabeza.

—¿Qué te pasa? —preguntó Burbridge desde el coche, con voz llorosa—. No has echado el agua, los aparejos están secos... ¿Qué haces ahí plantado? ¡Esconde el regalito!

—¡Cierra la boca! —le gritó Redrick—. ¡Déjame tranquilo! —Dio una calada al cigarrillo—. Vamos a ir por el barrio del sur.

—¿Cómo que por el sur? ¿Estás loco? ¡Vas a hacer que pierda las rodillas, desgraciado! ¡Mis rodillas!

Redrick echó una última calada y guardó la colilla en la caja de fósforos.

—Menos gritos, Buitre. No podemos pasar por en medio de la ciudad. Hay tres controles; seguro que nos paran al menos en uno.

—Bueno, ¿y qué?

—Te verán las pezuñas, y ya podemos despedirnos.

—¿Y qué? Estábamos pescando con dinamita, me he jodido las piernas, y sanseacabó.

—¿Y si te palpan?

—Si me palpan... Gritaré tanto que se les van a quitar las ganas de palpar a nadie más en la vida.

Pero Redrick ya había tomado la decisión. Iluminándose con la linterna, levantó el asiento del conductor y abrió el compartimento secreto.

—Dame el regalito —ordenó.

Debajo del asiento había un depósito de combustible falso. Redrick cogió el saco, cuyo contenido tintineó al moverse, y lo metió ahí.

—No puedo correr ningún riesgo —murmuró Redrick—. No tengo derecho.

Cerró la tapa del compartimento, esparció por encima un poco de basura, extendió unos trapos y bajó el asiento. Burbridge gemía y se lamentaba, le exigía que se diera prisa, suplicaba y hacía promesas sobre la Bola Dorada mientras se revolvía en el asiento y lanzaba miradas inquietas a la creciente claridad. Redrick no le hizo el menor caso. Rompió la bolsa de plástico que contenía el agua con los peces, la vertió sobre los aparejos de pesca que yacían en el suelo del coche y esparció los peces convulsos por el saco de lona. Dobló la bolsa de plástico y se la metió en el bolsillo del mono. Ya estaba todo en orden: unos pescadores volvían con un botín poco afortunado. Se sentó al volante y arrancó. Condujo hasta la curva sin encender los faros. A la izquierda se extendía la imponente alambrada de tres metros de alto que rodeaba la Zona, y a la derecha había arbustos, bosquecillos ralos y alguna que otra caseta abandonada con tablones en las ventanas y las paredes descascarilladas. Redrick veía bien en la oscuridad; además, ya no era tan densa, y sabía con qué se encontraría. Por eso, cuando ante ellos apareció una figura encorvada que caminaba despacio, Redrick no disminuyó la velocidad, sino que se limitó a agacharse un poco tras el volante. *Ese iba por en medio de la carretera; como todos los demás, se dirigía a la ciudad.* Redrick lo adelantó, arremetiendo a la cuneta y, cuando lo rebasó, apretó con fuerza el acelerador.

—¡Madre de Dios! —murmuró Burbridge desde el asiento trasero—. Pelirrojo, ¿lo has visto?

—Sí.

—¡Santo cielo! ¡Lo que nos faltaba! —balbuceó Burbridge, y se puso a rezar en voz alta.

—¡Cállate! —le chilló Redrick.

Debían de estar a punto de llegar a la curva. Redrick aminoró la marcha mientras escrutaba la línea de cercas y casitas torcidas que se alargaba a la derecha. La antigua garita del transformador, el poste eléctrico, el puentecito medio podrido sobre la zanja... Redrick giró el volante y el coche se metió en una hondonada.

—¿Adónde vas? —gritó Burbridge como un loco—. ¡Vas a desgraciarme las piernas, cabrón!

Redrick se volvió a la velocidad del rayo y le pegó un revés en la cara; notó el pómulo afilado en el dorso de la mano. Burbridge se atragantó y calló. El coche botaba sobre los baches y las ruedas patinaban en el barro a causa de la lluvia nocturna. Redrick encendió los faros. La luz blanca y saltarina iluminó unas rodadas antiguas cubiertas de hierba, charcos enormes y, a los

lados, sendas vallas podridas e inclinadas. Burbridge lloraba, gemía y se sorbía los mocos. Ya no lanzaba promesas; solo se lamentaba y amenazaba, pero en voz tan bajita e ininteligible que Redrick solo acertaba a entender palabras sueltas: las piernas, las rodillas, su precioso Archie... Al cabo de un rato también dejó de hablar.

Aquel barrio se extendía al oeste de la ciudad. Tiempo atrás hubo casitas de fin de semana, huertos, campos de árboles frutales, residencias de verano de los dueños de las fábricas y de las autoridades de la ciudad. Era un lugar verde y alegre, con lagunas de limpias orillas de arena, bosquecillos de abedules y estanques atestados de carpas. El hedor y el humo acre de las fábricas no llegaban hasta allí, aunque tampoco el alcantarillado de la ciudad. Después todo aquello quedó abandonado y desierto. Al cabo de un rato pasaron por la única casa habitada del lugar: tras las cortinas de un ventanuco brillaba una luz amarilla; en unas cuerdas había ropa tendida, empapada por la lluvia, y un perro enorme salió de la nada ladrando con furia y persiguió un trecho el coche y el remolino de bolas de barro que levantaban las ruedas.

Redrick cruzó con cuidado un viejo puentecito combado y, cuando a lo lejos apareció la curva que desembocaba en la carretera del oeste, detuvo el coche y apagó el motor. Bajó sin siquiera mirar a Burbridge, se metió las manos en los bolsillos húmedos del mono y echó a andar en el aire frío. Ya había bastante luz. Alrededor todo estaba mojado, silencioso y soñoliento. Caminó hasta la carretera, se escondió tras unos arbustos y observó. El control de policía se veía muy bien: una garita sobre ruedas con tres ventanucos iluminados y un hilo de humo por la chimenea alta y estrecha. Un coche patrulla estaba aparcado en la cuneta, vacío. Redrick observó unos momentos más. No se advertía ningún movimiento: los policías, helados y agotados tras la noche de guardia, estarían calentándose en la garita, adormilados, con el cigarrillo colgando del labio inferior.

—Perros —musitó Redrick.

Palpó el puño de acero que llevaba en el bolsillo, introdujo los dedos en los orificios ovales y cerró la mano contra el metal helado. Regresó sobre sus pasos encogido de frío, sin sacar las manos de los bolsillos. El todoterreno estaba entre unas matas, un poco inclinado. Era un sitio apartado, abandonado; no habría pasado nadie haría al menos diez años.

Cuando Redrick llegó al coche, Burbridge se incorporó y lo miró con la boca entreabierta. Parecía más viejo que de costumbre, calvo, arrugado como una pasa, con la barba sucia y desaliñada y los dientes cariados. Se miraron en silencio unos momentos.

—Te daré el mapa —farfulló de repente Burbridge—. Con todas las trampas, todo... La encontrarás... No te arrepentirás...

Redrick lo escuchó sin moverse. Después abrió los dedos y dejó caer el puño de acero en el bolsillo.

—Está bien —respondió—. Tú hazte el desmayado. Gime y no dejes que te toquen.

Se sentó al volante, puso el motor en marcha y arrancó.

Pero no hubo ningún contratiempo. El todoterreno pasó por el puesto de control muy despacio, obedeciendo las señales y las indicaciones, pero nadie salió de la garita. Después, Redrick pisó el acelerador a fondo y llegó a la ciudad por el sur. Eran las seis de la mañana. Las calles estaban vacías; el asfalto, mojado y negro; los solitarios semáforos intercambiaban guiños vanos en los cruces. Pasaron por una panadería cuyas altas ventanas irradiaban luz, y a Redrick lo envolvió un aroma cálido y tremendamente apetitoso.

—Qué hambre —dijo, y estiró los brazos en el volante para desentumecerse los músculos, agarrotados por la tensión.

—¿Qué? —preguntó Burbridge, asustado.

—Que tengo hambre. ¿Adónde quieres ir? ¿A tu casa o directamente a ver al Carnicero?

—¡A casa del Carnicero! ¡Llévame a casa del Carnicero! —balbuceó atropelladamente mientras se incorporaba en el asiento. Redrick notó su aliento febril y caliente en la nuca—. ¡Directos a su casa! ¡Venga! Aún me debe setecientos. ¡Venga, corre, corre, que vas más lento que una tortuga! —Y de pronto se puso a blasfemar sin fuerzas, pero con palabras tan iracundas, oscuras y groseras que lo hacían escupir y atragantarse, y al final se ahogó en un ataque de tos.

Redrick no le respondió. No tenía ni tiempo ni fuerzas para tranquilizar al desquiciado Buitre. Había que terminar cuanto antes con todo aquello para ver si podía echar una cabezada de una hora, o al menos de media horita, antes de la cita en el Metropol. Torció por la calle Dieciséis, siguió dos manzanas más y se detuvo frente a una mansión gris de dos plantas.

El Carnicero en persona les abrió la puerta. Al parecer, acababa de levantarse y estaba a punto de meterse en el baño. Llevaba el pelo desgreñado, un batín elegantísimo con borlas doradas y un vaso con la dentadura postiza en la mano. Tenía unas profundas ojeras bajo los ojos empañados.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Peligoso! ¿Qué pasha?

—Ponte los dientes y vámonos —dijo Redrick.

—Oh, oh. —El Carnicero lo invitó a pasar al vestíbulo con un movimiento de cabeza y se dirigió al cuarto de baño arrastrando las babuchas a una velocidad sorprendente—. ¿Quién es? —preguntó desde allí.

—Burbridge —respondió Redrick.

—¿Qué le pasa?

—Las piernas.

Se oyó como abrían el grifo. Luego, resoplidos y el chapoteo del agua en la cara; algo cayó y rodó por el suelo de azulejos. Agotado, Redrick se sentó en un sillón, sacó un cigarro y lo encendió mientras estudiaba el alrededor. Pues no, no estaba nada mal el vestíbulo. El Carnicero no escatimaba en lujos. Era un cirujano experimentado y estaba en el candelero; se lo consideraba una autoridad de la medicina no solo en la ciudad, sino en todo el estado. Pero no se relacionaba con los stalkers por dinero: él también sacaba tajada de la Zona. Se cobraba en especie con regalitos de toda clase que utilizaba luego en la práctica de la medicina; ampliaba sus conocimientos estudiando a stalkers mutilados o que sufrían enfermedades desconocidas, lesiones y malformaciones; obtenía fama, la de ser el primer médico del planeta especializado en enfermedades no humanas padecidas por humanos. Y, en honor a la verdad, tampoco le hacía ascos al dinero.

—¿Y qué le pasa en las piernas? —preguntó, mientras salía del baño con una toalla enorme al hombro, secándose delicadamente los dedos largos y nervudos con el borde.

—Se ha pringado con la gelatina.

El Carnicero silbó.

—Le ha llegado el final —murmuró—. Qué lástima. Era un stalker extraordinario.

—No pasa nada —repuso Redrick, retrepándose en el sillón—. Hazle una prótesis y ya verás cómo brinca por la Zona como un chaval.

—Bien —respondió el Carnicero, y adoptó una expresión profesional—. Espera un momento; voy a vestirme.

Mientras se vestía y llamaba por teléfono a algún sitio, seguramente a su clínica para que empezaran los preparativos de la operación, Redrick siguió fumando, hundido en el sillón. Solo se movió una vez para sacar la petaca. Estaba casi vacía, así que bebió a sorbos cortos. Trató de no pensar y se limitó a esperar.

Después salieron de la casa y se metieron en el coche. Redrick se puso al volante; el Carnicero se sentó a su lado, enseguida se giró y le palpó las piernas a Burbridge. Este acabó por calmarse, se acurrucó y empezó a musitar

quejas vagas, a jurar que se harían de oro, a recordar a sus hijos y a su difunta mujer y a rogar que le salvara al menos las rodillas. Cuando llegaron a la clínica, no había ningún enfermero esperando y el Carnicero se puso a renegar. Saltó del coche en marcha y desapareció por la puerta de la clínica. Redrick se encendió otro pitillo.

—Has querido matarme —observó Burbridge de re-pente con voz clara y serena, como si estuviera completamente lúcido—. No lo olvidaré.

—Pero no te he matado —repuso Redrick con indiferencia.

—Ya, es verdad. —Burbridge hizo una pausa—. Tampoco lo olvidaré.

—No lo olvides, no lo olvides. Porque, desde luego, tú no me habrías matado... —Se giró y lo miró. Burbridge torció el gesto, vacilante, retrayendo los labios secos—. Tú me habrías abandonado. Me habrías dejado tirado allá para que se me tragara la Zona. Como a Cuatrojos.

—Cuatrojos se murió solo —replicó sombrío Burbridge—. No fue culpa mía. Se quedó atrapado.

—Hijo de puta —dijo Redrick sin sentimiento, dándole la espalda—. Buitre.

Por la puerta de la clínica emergieron unos enfermeros despeinados y medio dormidos que corrieron al coche mientras desplegaban una camilla. Redrick, dando caladas distraídas al cigarro, observó como sacaban hábilmente a Burbridge, lo tumbaban en la camilla y se lo llevaban adentro. Durante el proceso, Burbridge permaneció inmóvil con las manos cruzadas sobre el pecho y la mirada perdida en el cielo. Las enormes plantas de sus pies, brutalmente corroídas por la gelatina, estaban vueltas del revés de manera antinatural.

Era el último de los viejos stalkers, los que empezaron la caza de tesoros extraterrestres justo después de la Visitación, cuando la Zona aún no se llamaba Zona; cuando aún no existían ni el instituto, ni la alambrada, ni las fuerzas de la onu; cuando la ciudad estaba paralizada por el miedo y el mundo se reía de las fabulaciones de los periodistas. Redrick tenía entonces diez años, y Burbridge era un hombretón fuerte y astuto; le encantaba beber a costa de los demás, meterse en jaleos y acorralar a chicas en los rincones. En aquel entonces no tenía ningún interés por sus hijos y ya era un perfecto cabrón, porque cuando se emborrachaba le daba por pegar a su mujer, cosa que hacía con repugnante deleite, armando tanto ruido como podía, para que se enterara todo el mundo. Y un día le pegó tanto que la mató.

Redrick dio media vuelta con el todoterreno y puso rumbo a casa sin detenerse en los semáforos, apurando las esquinas y pitando a los pocos

transeúntes que encontró.

Se detuvo frente a su garaje. Cuando bajó del coche vio al administrador, que surgía de un extremo del jardín comunitario y caminaba hacia él. Estaba de mal humor, como siempre. La cara pequeña y arrugada de ojos saltones reflejaba una repugnancia extrema, como si no caminara por el suelo, sino sobre estiércol líquido.

—Buenos días —lo saludó Redrick educadamente.

El administrador se detuvo a dos pasos de él y señaló hacia atrás con el pulgar.

—¿Eso es cosa suya? —preguntó, casi sin articular. Seguramente era su primera frase del día.

—¿A qué se refiere?

—El columpio. ¿Lo ha puesto usted?

—Sí.

—¿Para qué?

Sin contestar, Redrick se dirigió a la puerta del garaje y metió la llave en la cerradura. El administrador lo siguió y se quedó detrás de él.

—Le he preguntado para qué ha puesto ese columpio. ¿Quién se lo ha pedido?

—Mi hija —respondió Redrick muy tranquilo mientras empujaba la puerta.

—¿A qué viene ahora su hija? —El administrador alzó la voz—. Su hija, eso es otra historia. Estoy preguntándole quién le ha dado permiso. ¿Quién le ha dicho que puede poner lo que le dé la gana en el jardín?

Redrick se volvió y, sin moverse, se le quedó mirando fijamente el caballete de la nariz, lívido y venoso. El administrador retrocedió un paso.

—Y no vuelva a pintar el balcón —le dijo, bajando el tono—. Cuántas veces tendré que decirle que...

—No gaste saliva en balde —replicó Redrick—. No voy a irme de aquí.

Redrick volvió al coche y lo puso en marcha. Asió el volante con fuerza y, de reojo, vio como se le ponían blancos los nudillos. Entonces, ya sin aguantarse, se asomó por la ventanilla.

—Pero como tenga que largarme ya puede usted empezar a rezar, hijo de puta.

Metió el coche en el garaje, encendió la luz y cerró el portón. Entonces abrió el falso depósito de combustible, extrajo el saco con el regalito y lo dejó en una cesta vieja de mimbre. Ordenó el coche, añadió a la cesta los aparejos de pesca, aún mojados y con hierba y hojas pegadas, y en último lugar los

peces muertos que había comprado Burbridge la tarde anterior en una tenducha de las afueras. Por última vez examinó el coche por todos lados; lo hacía por costumbre. Encontró un cigarro pegado en el guardabarros de la rueda trasera derecha. Lo quitó y vio que era sueco. Tras dudar un instante, lo metió en la caja de cerillas. Ya había tres colillas.

No se encontró con nadie en la escalera. Llegó a su rellano y, antes de que le diera tiempo a sacar la llave, la puerta se abrió. Entró de lado con la pesada cesta bajo el brazo y se zambulló en el calor y los aromas familiares. Guta le echó los brazos al cuello y se quedó inmóvil con la cara enterrada en su pecho. Incluso a través del mono y la camisa gruesa, Redrick sintió los latidos furiosos de su corazón. No la apartó; esperó con paciencia a que ella se separase, pese a que justo en aquel momento se dio cuenta de lo agotado y desfallecido que estaba.

—Bueno... —articuló por fin Guta con un hilo de voz ronca. Lo soltó, encendió la luz del recibidor y sin volverse fue a la cocina—. Te hago un café.

—He traído pescado —anunció Redrick con tono falsamente animado—. ¿Por qué no lo asas? Venga, sí, que me comería una vaca. ¡Estoy reventado!

Guta volvió con el rostro oculto tras el cabello suelto. Redrick dejó la cesta en el suelo y la ayudó a sacar la bolsa con los peces; entre los dos la llevaron a la cocina y echaron los peces al fregadero.

—Ve a lavarte —le dijo Guta—. Yo preparo el pescado mientras tanto.

—¿Cómo está Tití? —preguntó Redrick mientras se sentaba y se quitaba las botas.

—No paró de hablar en toda la tarde. No veas lo que me costó acostarla. Todo el rato dando la lata: ¿dónde está papá?, ¿dónde está papá? Quería a su papá ya.

Guta se movía por la cocina sin hacer ruido, segura, fuerte, elegante. Mientras el agua hervía en un cazo, ella descamaba el pescado con un cuchillo. La mantequilla chisporroteaba en la sartén más grande y el aroma del café recién hecho inundaba el aire, delicioso.

Redrick se levantó y volvió descalzo al recibidor para coger la cesta y llevarla al trastero. Después fue a echar una ojeada al dormitorio. Tití dormía apaciblemente con la manta desarreglada colgando de la cama y el camisón arremangado, de modo que la fierecilla que roncaba quedaba entera a la vista. Redrick no pudo contenerse y le acarició la espalda, el cálido pelaje dorado que la recubría, y por enésima vez se sorprendió de lo sedoso y largo que era. Le entraron muchas ganas de cogerla y estrecharla en los brazos, pero no

quería despertarla, y además iba sucio como un cerdo y olía a Zona y a muerte. Volvió a la cocina y se sentó de nuevo en la silla.

—Ponme un cafetito. Después me lavo.

Encima de la mesa estaba la correspondencia de la tarde anterior: el *Diario de Harmont*, la revista *Athlete*, la *Playboy* y otras, que formaban una pila considerable, además del número 56 de los *Informes del Instituto Internacional de Culturas Extraterrestres*, un ejemplar grueso y de tapa gris. Redrick cogió la taza que le ofreció Guta y se acercó los *Informes*. Garabatos, signos, dibujos... Las fotografías mostraban objetos conocidos desde ángulos insólitos. Y había otro artículo póstumo de Kiril: «Sobre una propiedad sorprendente de las trampas magnéticas del tipo 77-b». El apellido Panov estaba encerrado en un recuadro negro, y debajo había una nota en letra diminuta que rezaba: «El doctor Kiril A. Panov, natural de la urss, falleció trágicamente durante la ejecución de un experimento en abril de 19...». Redrick apartó la revista y tomó un sorbo de café, pero se quemó.

—¿Ha venido alguien? —preguntó.

—Betún. —Guta, que estaba junto a los fogones, vaciló un instante antes de responder y lo miró—. Estaba borracho como una cuba y lo eché.

—¿Y Tití?

—No quería que se fuera, por supuesto. Iba a ponerse a berrear, pero le dije que el tío Betún no se encontraba bien. Y va y me contesta en tono de marisabidilla: «Betún ya ha estado mamando otra vez».

Redrick sonrió y bebió un poco más de café.

—¿Y los vecinos? —preguntó después.

Guta volvió a vacilar antes de contestar.

—Como siempre —dijo al cabo de un momento.

—Vale, no me lo cuentes.

—¡Bah! —replicó Guta, haciendo un gesto de disgusto con la mano—. En mitad de la noche subió la vecina de abajo. Tenía los ojos así y sacaba espuma por la boca. Que qué estábamos serrando en el baño en plena noche.

—Qué mala puta —masculló Redrick—. Escucha, ¿y por qué no nos vamos? Podríamos comprarnos algo en las afueras, donde estemos solos, una de esas casitas abandonadas...

—¿Y Tití?

—Por todos los santos, ¿crees que tú y yo no seremos capaces de hacerla feliz?

—A ella le encantan los niños —objetó Guta, meneando la cabeza—. Y a ellos les gusta Tití. No tienen la culpa de que...

—Ya. Desde luego, ellos no tienen la culpa.

—Mira, es igual... Ah, llamó alguien preguntando por ti. No dijo quién era. Le dije que habías ido de pesca.

Redrick dejó la taza y se levantó.

—Bueno, voy a asearme. Tengo un montón de cosas por hacer.

Se encerró en el cuarto de baño, echó la ropa sucia al balde y dejó en la repisa el puño de acero, las tuercas que le habían sobrado, el tabaco y el resto de las cosas. Se metió en la ducha y se demoró un buen rato bajo el agua caliente, casi hirviendo, gimiendo y frotándose el cuerpo con la áspera manopla hasta que la piel se le puso roja. Luego cerró el grifo, se sentó en el borde de la bañera y encendió un cigarro. El agua corría por el desagüe, Guta trajinaba con la vajilla en la cocina y le llegó el olor del pescado frito. Al cabo de un momento, Guta llamó a la puerta y le dio ropa limpia.

—Date prisa, que el pescado se enfría.

Guta ya había vuelto a su ser y había recobrado el espíritu de mando. Sonriendo, Redrick se vistió; mejor dicho, se puso una camiseta y unos calzoncillos, y fue así a la cocina.

—Ahora sí que estoy listo para comer —anunció, sentándose.

—¿Has puesto la ropa sucia en el balde? —le preguntó Guta.

—Sí —respondió con la boca llena—. ¡Qué rico está el pescado!

—¿La has dejado en remojo?

—Ay, no... Lo siento, señor; no volverá a repetirse, señor. ¡Anda, deja eso, ya lo harás luego, y ven aquí a sentarte!

La cogió de la mano y trató de sentársela en las rodillas, pero ella se zafó y se sentó en la silla de enfrente.

—O sea, que rechazas a tu marido —dijo Redrick con la boca llena otra vez—. ¿Te haces la dura?

—Valiente marido eres tú ahora. Eres un saco vacío, y no un marido. Tienes que llenarte primero.

—Eh, ¿qué pasa? ¿No crees en los milagros?

—Todavía no te he visto hacer ninguno. ¿Quieres beber algo?

Redrick jugueteó indeciso con el tenedor.

—No, creo que no. —Miró el reloj y se levantó—. Tengo que irme. Prepárame ropa elegante. El mejor traje que tenga. Con camisa y corbata...

Pisando con deleite el suelo frío con los pies limpios y descalzos se dirigió al trastero y cerró con pestillo. Se puso un delantal de caucho y se enfundó unos guantes del mismo material hasta los codos, y fue sacando el contenido del saco y colocándolo en la mesa. Dos vacíos. Una caja de alfileres. Nueve

pilas. Tres pulseras. Una especie de aro, parecido a una pulsera, pero de metal blanco, más ligero y unos treinta milímetros mayor de diámetro. Dieciséis piezas de lágrimas negras envueltas en polietileno. Dos esponjas magníficas, en muy buen estado, del tamaño de un puño. Tres picapicas. Un bote de barro con gas. En el saco aún había un pesado contenedor de porcelana empaquetado cuidadosamente con fibra de vidrio, pero no lo tocó. Sacó un cigarro y lo encendió mientras observaba el botín esparcido en la mesa.

Después abrió un cajón, cogió un papel, lo que quedaba de un lápiz y una tabla de precios. Con el cigarro en la comisura de los labios y los ojos entornados para que no le entrara el humo, escribió tres columnas de cifras y luego sumó las dos primeras. Los resultados eran considerables. Apagó la colilla en el cenicero, abrió con precaución la cajita de alfileres y los desparramó encima del papel. La luz eléctrica les confería reflejos azules, y de vez en cuando emitían un limpio destello con algún color del espectro: amarillo, rojo, verde. Cogió un alfiler y, con cuidado de no pincharse, lo sostuvo entre el pulgar y el índice. Después apagó la luz y esperó unos momentos para que se le acostumbraran los ojos a la oscuridad. El alfiler, sin embargo, guardó silencio. Lo dejó a un lado. Palpó, cogió otro y también lo sujetó entre los dedos. Nada. Lo apretó con más fuerza, a riesgo de pincharse, y entonces el alfiler habló: lo recorrieron unas débiles llamaradas rojizas que luego se volvieron verdes y más espaciadas. Durante unos segundos, Redrick admiró aquel extraño juego de fuego, que, según sabía por los *Informes*, tenía algún significado, seguramente muy importante, tal vez crucial. Después dejó el alfiler separado del primero y cogió otro.

En total había setenta y tres alfileres, de los cuales doce hablaban; el resto guardaban silencio. En realidad también aquellos hablarían, pero con la presión de los dedos no bastaba: se necesitaba una máquina especial del tamaño de una mesa. Redrick volvió a encender la luz y añadió dos cifras a la lista. Y después se decidió.

Metió las dos manos en el saco y, aguantando la respiración, sacó un paquete suave y liso y lo dejó en la mesa. Se quedó un rato mirándolo, frotándose pensativo la barbilla. Cogió un lápiz, le dio vueltas entre los torpes dedos enguantados y volvió a dejarlo. Sacó otro cigarrillo y, sin quitar los ojos del paquete, se lo fumó entero.

—¡Joder! —exclamó. Cogió el paquete con decisión y volvió a meterlo en la bolsa—. Joder ya. Se acabó.

Recogió rápidamente los alfileres, los devolvió a la cajita y se levantó; era hora de irse. Tal vez podría dormir media horita, para que se le aclarara un

poco la cabeza. Pero, por otro lado, sería mejor llegar un poco antes y observar el panorama. Se quitó los guantes, colgó el delantal y salió del trastero sin apagar la luz. Encontró el traje extendido encima de la cama y empezó a vestirse. Mientras se anudaba la corbata frente al espejo, oyó crujir despacio las tablas del suelo a su espalda y luego un resoplido pícaro. Redrick frunció el ceño para no romper a reír.

—¡Bu! —exclamó de repente una vocecita aguda, y algo lo cogió de la pierna.

—¡Ay! —gritó Redrick, cayendo en la cama como si le hubiera dado un vahído.

Chillando y desternillándose de risa, Tití se le subió encima, lo pisó, le tiró del pelo y empezó a acribillarlo con un aluvión de noticias y comentarios variopintos. Willy, el vecino, le había arrancado una pierna a una muñeca. En el segundo piso había aparecido un gatito blanco y con los ojos rojos; seguro que había desobedecido a su madre y se había escapado a la Zona. Para cenar hubo gachas con confitura. El tío Betún había mamado otra vez y se había puesto malo y se había echado a llorar. ¿Por qué los peces no se ahogaban, si estaban en el agua? ¿Por qué mamá no había dormido en toda la noche? ¿Por qué tenemos cinco dedos, dos manos y una nariz? Redrick abrazó con delicadeza a aquella criatura cálida que reptaba por él, la miró a los ojos enormes, enteramente oscuros, sin blanco, y estrechó su mejilla contra la suya, cubierta de un vello esponjoso, suave y dorado.

—Tití... Ay, Tití... Mi Tití...

En aquel momento sonó el timbre estridente del teléfono, justo encima de su oreja. Redrick alargó la mano y lo cogió.

—¿Diga? —Del auricular no salió ningún sonido—. ¿Diga? ¿Quién es?

Nadie respondió. Después se oyó un chasquido y unos pitidos breves. Redrick se levantó, dejó a Tití en el suelo y, ya sin escucharla, se puso los pantalones y la chaqueta. Su hija no cesaba de parlotear, pero él se limitó a sonreír distraído. Al final, Tití sentenció que a papá se le había comido la lengua el gato y lo dejó en paz.

Redrick volvió al trastero, metió en la cartera los objetos de la mesa, corrió al baño para buscar el puño de acero, regresó de nuevo al trastero y cogió la cartera con una mano y con la otra el cesto con el saco. Salió y cerró la puerta con delicadeza.

—¡Me voy! —gritó a Guta.

—¿Cuándo vas a volver? —preguntó ella, saliendo de la cocina.

Se había peinado y maquillado, y ya no llevaba la bata, sino un vestido de estar por casa, el favorito de Redrick, uno azulón de escote generoso.

—Ya te llamaré —respondió, mirándola de arriba abajo. Después se acercó a ella, bajó la cabeza y la besó en el escote.

—Anda, vete —le dijo Guta en voz baja.

—¿Y yo? ¿Y a mí? —chilló Tití con voz aguda, metiéndose entre los dos. Redrick tuvo que agacharse un poco más. Guta lo miró fijamente.

—No pasa nada —dijo Redrick—. No te preocupes. Luego te llamo.

En el rellano de la planta inferior, Redrick vio a un tipo corpulento en pijama de rayas que hurgaba la cerradura de su propia puerta. Del interior del piso salía un olor acre y caliente.

—Buenos días —saludó Redrick, deteniéndose.

El tipo corpulento giró la cabeza, lo miró con recelo y rezongó.

—Anoche su mujer subió a vernos —le dijo Redrick—. Preguntó si estábamos serrando algo. Debió de confundirse.

—Y a mí, ¿qué? —replicó entre dientes.

—Anoche mi mujer hizo la colada —siguió Redrick—. Si les hemos molestado, le pido disculpas.

—¿He dicho algo yo? Faltaría más...

—Muy bien, pues mejor —concluyó Redrick.

Siguió bajando hasta el garaje, dejó la cesta con la bolsa en un rincón, la cubrió con un asiento viejo, echó un último vistazo al garaje y salió a la calle.

El sitio adonde tenía que ir no estaba lejos: dos manzanas hasta la plaza, cruzar el parque y una manzana más hasta la avenida Central. Frente al Metropól, como siempre, brillaba una hilera de coches niquelados y lacados de diversos colores; los lacayos de uniforme granate entraban y salían con maletas; señores con aspecto de extranjeros respetables conversaban en la escalera de mármol en grupitos de dos o tres en medio del humo de los puros. Redrick decidió que aún era pronto para entrar. Cruzó la calle y se acomodó bajo el toldo de una pequeña cafetería con un café y un cigarrillo. En la mesa de al lado, a dos pasos, tres agentes de la policía internacional vestidos de paisano engullían salchichas asadas a la harmontesa, sin hablar, ante sendas jarras de cerveza negra. Al otro lado, a diez pasos, un sargento con cara de pocos amigos devoraba unas patatas fritas, estrujando con fuerza el tenedor. Su casco azul descansaba boca abajo junto a la silla y la pistolera colgaba de la cinta de cuero en el respaldo. No había más clientes. La camarera, una mujer madura a quien no conocía, estaba de pie a un lado y bostezaba de

cuando en cuando tapándose con delicadeza los labios pintados. Eran las nueve menos veinte.

Redrick vio que Richard Noonan salía por la puerta del hotel, masticando y encasquetándose el sombrero, y bajaba brioso las escaleras. Era menudo, regordete, sonrosado, afortunado, afable, siempre tan pulcro y limpio, siempre seguro de que el día le sonreiría. Saludó a alguien con la mano, se echó la gabardina plegada al hombro derecho y se dirigió a su Peugeot. El Peugeot de Dick también era rechoncho, pequeño, siempre limpio, y también parecía estar seguro de que no sufriría ningún percance.

Ocultándose la cara con la mano, Redrick observó como Noonan se acomodaba en el asiento del conductor con aire atareado y aplicado, se giraba, dejaba algo en el asiento de atrás, se inclinaba para coger otra cosa y ajustaba el espejo retrovisor. Después, el Peugeot estornudó una bocanada de humo azulado, pitó a un africano vestido con capuz y se alejó alegremente. Al parecer, Noonan se dirigía al instituto; por tanto, debía dar la vuelta por la fuente y pasar por delante de la cafetería. Ya era tarde para levantarse y marcharse, por lo que Redrick se limitó a taparse aún más la cara y a inclinarse sobre la taza. Sin embargo, no sirvió de nada. En su oído sonaron el pitido del Peugeot, el chirrido de los frenos y la voz alegre de Noonan.

—¡Eh! ¡Schuhart! ¡Red!

Maldiciendo para sus adentros, Redrick levantó la cabeza. Noonan caminaba hacia él, tendiéndole la mano. Irradiaba cordialidad.

—¿Qué haces aquí tan temprano? —le preguntó Noonan cuando estuvo junto a él—. Gracias, reina, no quiero nada —dijo a la camarera, y se dirigió a Redrick de nuevo—: Hacía siglos que no te veía. ¿Dónde te habías metido? ¿Qué has estado haciendo?

—Bueno... —respondió Redrick con desgana—. Unas cosillas por aquí, otras por allá...

Noonan, con su hormiguillo y su prolijidad habituales, se acomodó en la silla de enfrente, apartó a un lado el vaso de las servilletas y al otro el plato de un bocadillo con las manos rollizas y dio rienda suelta a su palique, todo dicharachero.

—Tienes mala cara. Has dormido poco, ¿verdad? Yo también voy cansadísimo últimamente por culpa de la maquinaria nueva, pero el sueño, hermano, el sueño es lo primero para mí, y la maquinaria puede irse al diablo... —De repente miró alrededor—. Perdona, igual estabas esperando a alguien. ¿Te molesto?

—No, qué va... —contestó Redrick, de mal aire—. Tenía un ratito y he pensado: voy a tomarme un café.

—Bueno, no te entretengo —dijo Dick, mirando el reloj—. Escucha, Red, ¿por qué no dejas tus cosillas y vuelves al instituto? Sabes de sobra que te cogerían cuando quisieras. ¿Quieres trabajar otra vez con un ruso? No hace mucho que ha entrado uno.

—No —respondió Redrick, negando con la cabeza—. Todavía no ha nacido en este mundo un segundo Kiril. Además, no tengo nada que hacer en vuestro instituto. Ahora todo funciona con máquinas; mandan robots a la Zona, así que es de suponer que las primas se las llevan también ellos... Y para los ayudantes de laboratorio, cuatro chavos... No me llegaría ni para tabaco.

—Bueno, pero eso siempre se puede arreglar... —repuso Noonan.

—Pero a mí no me gusta que me arreglen nada. Siempre me las he arreglado solo y pienso seguir así.

—Sí que te has vuelto orgulloso... —observó Noonan en tono reprobatorio.

—No es cuestión de orgullo. Es que no me gusta ir contando el dinero hasta fin de mes.

—Ya, tienes razón —corroboró Noonan, distraído. Miraba indiferente la cartera de Redrick, que descansaba en la mesa, y pasaba el dedo por la lámina plateada grabada con letras cirílicas—. Es así: nos hace falta el dinero para no tener que pensar en él. ¿Te la regaló Kiril? —preguntó, señalando la cartera.

—La heredé. Últimamente no se te ve el pelo por el Borcht.

—Más bien es a ti a quien no se le ve —objetó Noonan—. Yo como allí casi todos los días; aquí, en el Metropol, por una simple hamburguesa te cobran un ojo de la cara. Oye —dijo de repente—, ¿qué tal vas de dinero?

—¿Quieres que te preste? —preguntó Redrick.

—No, al revés.

—Entonces es que quieres prestarme tú.

—Tengo un trabajo para ti.

—¡Oh, Dios! ¿Tú también?

—¿Quién más? —preguntó Noonan de inmediato.

—La cantidad de... patronos que me han salido...

Como si acabara de caer en la cuenta, Noonan estalló en risas.

—No, este no es de tu especialidad.

—¿De cuál, entonces?

Noonan volvió a consultar el reloj.

—Mira —resolvió, levantándose—, ven a comer hoy al Borcht a eso de las dos y hablamos.

—A las dos puede que no llegue —replicó Redrick.

—Entonces, por la tarde, hacia las seis. ¿De acuerdo?

—Ya veremos —contestó Redrick, y miró también el reloj. Las nueve menos cinco.

Noonan se despidió y se alejó en su Peugeot. Redrick lo acompañó con la mirada, llamó a la camarera, le pidió un paquete de Lucky Strike y pagó. Cogió la cartera y cruzó la calle lentamente en dirección al hotel. El sol ya picaba, hacía un calor sofocante y Redrick sintió una quemazón bajo los párpados. Frunció los ojos con fuerza, lamentando no haber tenido tiempo de dormir al menos una hora antes de encarar un asunto tan importante. Y entonces le ocurrió algo extraño.

Nunca le había sucedido nada parecido fuera de la Zona, y allá solo le había pasado dos o tres veces. Fue como si hubiera aterrizado en otro mundo. Lo invadieron miles de olores al mismo tiempo, aromas penetrantes, dulces, metálicos, suaves, peligrosos, inquietantes, enormes como casas, minúsculos como motas de polvo, toscos como guijarros, sutiles y complejos como mecanismos de reloj. El aire se volvió sólido, aparecieron aristas, superficies, ángulos; el espacio pareció llenarse de esferas grandes y ásperas, de pirámides resbaladizas, de cristales gigantescos de mil puntas afiladas, y había que abrirse camino entre todo aquello, como si estuviera en un sueño y avanzara a tientas por la tenducha oscura de un traperero, atiborrada de muebles antiguos y deformados. La sensación duró tan solo un momento. Abrió los ojos y todo desapareció. No había estado en otro mundo. El orbe familiar de siempre se había vuelto del revés y se le había mostrado desde otra perspectiva, se había abierto ante él un instante y había vuelto a cerrarse herméticamente sin haberle dado tiempo a comprenderlo...

Un bocinazo irritado le perforó el oído. Redrick apretó el paso, luego echó a correr y no se detuvo hasta llegar a la pared del Metropol. El corazón le latía desaforado. Dejó la cartera en el suelo, abrió precipitadamente el paquete de cigarrillos y encendió uno. Dio una profunda calada y descansó como si saliera de una pelea. Un policía se le acercó.

—¿Se encuentra bien, señor? —le preguntó, preocupado.

—S... sí... —pronunció Redrick con dificultad, y tosió—. Es el calor...

—¿Quiere que lo acompañe a algún sitio?

Redrick se agachó y cogió la cartera.

—No. Estoy bien. Muchas gracias, muy amable.

Caminó deprisa hacia la entrada, subió los escalones y entró en el vestíbulo. El interior era fresco, oscuro y reverberante. Debería sentarse en uno de aquellos sillones inmensos de cuero, descansar y recuperar el resuello, pero llegaba tarde. Solo se permitió terminarse el cigarrillo mientras observaba con los ojos entrecerrados a la gente que iba y venía por el vestíbulo. El Flaco ya estaba allí, hojeando revistas del expositor de periódicos con cara de vinagre. Redrick tiró la colilla a una papelería y se dirigió al ascensor.

Antes de que le diera tiempo a cerrar la puerta, se metieron en el ascensor un tipo grande y gordo de respiración asmática, una señora demasiado perfumada acompañada de un niño hosco que comía chocolate y una vieja oronda de mentón mal afeitado. Redrick quedó aplastado en un rincón. Cerró los ojos para no ver al niño, con la barbilla llena de churretones de chocolate, aunque de carita tierna, limpia y sin rastro de vello; para no ver a su madre y su exiguo pecho adornado con un collar de gruesas lágrimas negras engarzadas en plata; para no ver los ojos escleróticos y desencajados del gordo ni las repulsivas verrugas de la cara hinchada de la vieja. El gordo quiso encenderse un cigarro, pero la anciana empezó a reprimirlo y no paró hasta el cuarto piso, donde bajó. En cuanto desapareció, el gordo se puso a fumar como quien defiende sus derechos civiles, pero entonces le sobrevino un ataque de tos: se ahogaba y jadeaba, sacaba los labios hacia fuera como un camello y, sin querer, le daba dolorosos codazos a Redrick en el costado.

Redrick bajó en el séptimo y sintió la necesidad de desahogarse un poco.

—Me cago en tu puta madre, arpía con barba, mala pécora —enumeró con diligencia en voz alta—, y en la tuya, cerdo tísico, que tienes un pie en el hoyo, y en la tuya, mocososo con babas de chocolate...

Echó a andar por el pasillo. La alfombra era mullida, y la iluminación, cálida, procedente de lámparas ocultas. Olía a tabaco caro, a perfume francés, a relucientes billeteras de cuero auténtico repletas de dinero, a señoritas de quinientos la noche, a pitilleras de oro macizo; olía a chabacanería, a las garrapatas abominables que crecían a la sombra de la Zona, que se aferraban a ella, que bebían, comían y engordaban a su costa, y a las que todo les importaba un rábano, sobre todo lo que sucediera después, cuando se hubieran atiborrado hasta hartarse y todo lo que había en la Zona estuviera fuera, en el mundo.

Sin llamar, Redrick empujó la puerta de la habitación 874.

Sentado a una mesa junto a la ventana, el Ronco estaba concentrado preparándose un puro. Tenía la cara hinchada y enfermiza. Todavía iba en

pijama, pero se había peinado el pelo ralo, aún mojado, hacia atrás y con raya, y llevaba un afeitado impecable.

—Ajá —dijo el Ronco, sin levantar la mirada—. La puntualidad es la deferencia de los reyes. ¡Buenos días, muchacho!

Terminó de cortar la punta del puro, lo cogió con ambas manos y se lo pasó varias veces por debajo de la nariz.

—¿Y dónde está el bueno de Burbridge? —preguntó, alzando la cabeza. Sus ojos eran de un azul traslúcido, angelicales.

Redrick dejó la cartera en el sofá, se sentó y sacó el paquete de tabaco.

—Burbridge no viene.

—El bueno de Burbridge —repitió el Ronco, cogió el puro con dos dedos y se lo llevó con delicadeza a la boca—. Está muy nervioso últimamente...

Aquellos ojos azul cristalino estaban clavados en Redrick sin pestañear. Nunca pestañeaba. La puerta se entreabrió y el Flaco se escurrió en la habitación.

—¿Quién era el tipo con el que estaba hablando? —preguntó desde la puerta.

—Ah, buenos días —lo saludó amablemente Redrick, tirando la ceniza al suelo.

El Flaco se metió las manos en los bolsillos, se acercó a zancadas con sus pies enormes y zompos y se plantó frente a Redrick.

—Se lo he dicho mil veces —le recriminó—. No debe haber ningún contacto antes de la cita. Y usted, ¿qué hace?

—Saludar —replicó Redrick—. ¿Y usted?

El Ronco rompió a reír.

—Buenos días, buenos días —replicó el Flaco, irritado. Cesó de taladrar a Redrick con la mirada y se dejó caer como un saco en el sofá—. No puede hacer eso. ¿Entiende? ¡No puede!

—Pues la próxima vez quedamos en un sitio donde no conozca a nadie —repuso Redrick.

—El muchacho tiene razón —intervino el Ronco—. Ha sido fallo nuestro. Así pues, ¿quién era el tipo?

—Richard Noonan —respondió Redrick—. Es representante de algunas empresas que suministran maquinaria al instituto. Vive aquí, en el hotel.

—¿Ves qué fácil? —indicó el Ronco al Flaco. Cogió un mechero gigantesco con forma de Estatua de la Libertad, lo observó con suspicacia y volvió a dejarlo en la mesa.

—Y Burbridge, ¿dónde está? —preguntó el Flaco, más amistoso.

—Burbridge está jodido —respondió Redrick.

El Ronco y el Flaco intercambiaron una mirada rápida.

—Que descanse en paz —dijo el Ronco, cauto—. ¿O lo han detenido?

Sin responder, Redrick se terminó el cigarrillo a caladas lentas y lo tiró al suelo.

—No se preocupen; todo está en orden —respondió por fin—. Está en el hospital.

—¿Cómo que «en orden»? —exclamó el Flaco, alterado. Se levantó de un salto y se acercó a la ventana—. ¿En qué hospital?

—No se preocupen —repitió Redrick—. En el adecuado. Pasemos a los negocios; quiero irme a dormir.

—¿En qué hospital está? —volvió a preguntar el Flaco, enfadado.

—Ya se lo he dicho —replicó Redrick, y cogió la cartera—. ¿Vamos a hacer negocios hoy o no?

—Claro que sí, muchacho —respondió el Ronco alegremente. Se puso en pie de un salto con agilidad inesperada, arrimó la mesita de las revistas a Redrick, tiró la pila de revistas a la alfombra de un manotazo y se sentó enfrente, apoyando las manos velludas y rosadas en las rodillas—. Enséñenos qué trae.

Redrick abrió la cartera, sacó el papel con las listas de cifras y lo dejó frente al Ronco. Este le echó una ojeada y lo apartó con una uña. El Flaco, detrás de él, clavó los ojos en las listas.

—Esto es la factura —explicó Redrick.

—Ya lo veo —repuso el Ronco—. Enséñenos qué trae.

—Primero el dinero —dijo Redrick.

—¿Qué es esto del «aro»? —inquirió suspicaz el Flaco, poniendo el dedo en la lista.

Redrick no respondió. La cartera abierta reposaba en sus rodillas. No apartó la mirada de los ojos azules y angelicales que tenía delante. El Ronco por fin sonrió.

—Ay, ¿cómo es que le quiero tanto, muchacho? —lo arrulló—. ¡Y dicen que el amor a primera vista no existe! —suspiró teatralmente—. Phil, amigo mío, ¿cómo dicen por aquí? Pásale la guita, suelta los pavos... ¡y dame una cerilla! Ya ves... —Agitó el puro, sujeto entre dos dedos.

Phil el Flaco masculló algo incomprensible, le tiró una caja de cerillas y cruzó a la habitación contigua por una puerta oculta tras una cortina. Se lo oyó hablar con alguien en tono irritado. No se lo entendía bien; solo les llegó algo de darles gato por liebre. El Ronco, que por fin se había encendido el

puro, no le quitó a Redrick los ojos de encima, con una sonrisa congelada en los labios finos y pálidos, como si estuviera reflexionando, y Redrick, con la barbilla apoyada en la cartera, también lo miraba fijamente, tratando de no pestañear, aunque los párpados le escocían como si fueran de fuego y se le saltaban las lágrimas. El Flaco regresó, lanzó dos fajos de billetes a la mesita y, con un bufido, se sentó al lado de Redrick. Este alargó la mano hacia el dinero con desinterés, pero el Ronco lo detuvo con un gesto. Cogió los billetes, les quitó la faja y se la metió en el bolsillo.

—Todo suyo —dijo.

Redrick tomó el dinero y se lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta, sin contarlos. Entonces empezó a sacar los regalitos, despacio, para que pudieran observarlos con calma y comprobar que cada uno se correspondía con una cifra de la lista. En la habitación reinaba el silencio; solo se oía la respiración trabajosa del Ronco, y desde el otro lado de la cortina llegaba un tintineo débil, como si alguien golpeara un vaso con una cucharilla.

Cuando Redrick cerró la cartera y le echó el cierre, el Ronco lo miró.

—Bien, ¿y qué hay de lo más importante?

—Nada de nada —respondió Redrick. Se quedó callado un instante y añadió—: Por ahora.

—Me gusta este «por ahora» —señaló el Ronco con dulzura—. ¿A ti no, Phil?

—No nos enrede, Schuhart —refunfuñó Phil el Flaco—. Vamos a ver, ¿a santo de qué tanto misterio?

—Es lo que tiene este oficio —respondió Red—. Está lleno de misterios.

—Está bien —prosiguió el Ronco—. ¿Y la cámara de fotos?

—¡Ah, mierda! —exclamó Redrick. Se rascó la mejilla sintiendo cómo se ruborizaba—. Lo siento. Me la he dejado.

—¿Allí? —preguntó el Ronco, señalando con el cigarro a un lugar indeterminado.

—No me acuerdo... Puede que sí... —Redrick cerró los ojos y se recostó en el respaldo del sofá—. No. No me acuerdo. Ni idea.

—Qué pena —repuso el Ronco—. Pero, al menos, la vería con sus propios ojos...

—Pues no —respondió Redrick, molesto—. Ese es el problema. No llegamos a los altos hornos. Burbridge se metió en la gelatina y tuve que volver por patas. Les aseguro que, si la hubiera visto, me acordaría...

—¡Eh, Hugh, mira! —señaló de repente el Flaco en un susurro asustado—. ¿Qué es esto?

Estaba sentado muy tenso con el índice derecho extendido. Alrededor del dedo giraba un aro de metal blanco, y lo miraba con ojos desencajados.

—¡No para! —exclamó, pasando los ojos como platos del aro al Ronco y del Ronco al aro.

—¿Qué quiere decir que no para? —El Ronco, sorprendido, se apartó un tanto.

—Me lo he puesto en el dedo y lo he hecho girar. Le he dado solo un golpecito... ¡Y ya hace un minuto que no para!

El Flaco se levantó de un salto y corrió hacia la cortina con el dedo estirado. El aro rotaba regularmente, como la hélice de un avión, y soltaba destellos plateados.

—¿Qué nos ha traído? —preguntó el Ronco.

—¿Y yo qué coño sé? —replicó Redrick—. No sabía qué era. Si llego a saberlo, les pido más pasta.

El Ronco lo miró unos momentos; después se levantó y desapareció también tras la cortina. A Redrick le llegaron más murmullos. Sacó un cigarro, lo encendió, cogió una revista del suelo y la hojeó distraídamente. Estaba llena de fotografías de tías buenas desnudas, pero, sin saber por qué, le dieron asco. Tiró la revista y recorrió la habitación con la mirada buscando algo para beber. Después se sacó un fajo de billetes del bolsillo y los contó. La cantidad era correcta, pero, para no dormirse, contó el segundo fajo. Cuando se lo volvió a guardar, apareció el Ronco.

—Está de suerte, muchacho —dijo el Ronco, sentándose de nuevo frente a Redrick—. ¿Sabe lo que es el *perpetuum mobile*?

—No —respondió Redrick—. Eso no lo dimos en el colegio.

—Ni falta que hace. —Sacó otro paquete de billetes y le quitó la faja—. Esto, por el primer ejemplar. Por cada aro de estos que me traiga le daré dos fajos. Recuérdelo, muchacho: dos fajos. Pero con una condición: que nadie excepto usted y nosotros sepa de su existencia. ¿De acuerdo?

Sin decir palabra, Redrick se metió el fajo en el bolsillo y se levantó.

—Me voy. ¿Cuándo y dónde la próxima vez?

El Ronco también se levantó.

—Lo avisaremos. Espere nuestra llamada los viernes, de nueve a nueve y media de la mañana. Dirán que le llaman de parte de Phil y Hugh, y lo citarán.

Redrick asintió y se encaminó a la puerta. El Ronco lo siguió y le puso la mano en el hombro.

—Me gustaría que lo entendiera. Todo este material está muy bien, es muy bonito y tal, y el aro... El aro es extraordinario. Pero lo que necesitamos ante todo son dos cosas: las fotografías y el contenedor lleno. Devuélvanos nuestra cámara, obviamente con las fotos hechas, y nuestro contenedor de porcelana, obviamente lleno, y no tendrá que volver a la Zona nunca más...

Redrick sacudió el hombro levemente para librarse de la mano del Ronco, abrió la puerta y se fue. Recorrió la alfombra mullida sin girarse, sintiendo todo el tiempo en la nuca los ojos celestes y angelicales que no parpadeaban. No esperó el ascensor; bajó los siete pisos a pie.

Al salir del Metropol cogió un taxi y se dirigió al otro extremo de la ciudad. Redrick no conocía al taxista; era un chaval de los nuevos, narigudo y lleno de granos, uno de tantos que habían llegado a Harmont en los últimos años en busca de emociones fuertes, riquezas incalculables, fama mundial o alguna religión extraña. Llegaban en masa y acababan trabajando de taxistas, camareros, albañiles o gorilas de prostíbulo; codiciosos, infelices, atormentados por deseos oscuros, enfadados con el mundo y profundamente desengañados, terminaban convencidos de que allí habían vuelto a estafarlos. La mitad, después de malvivir un mes o dos, regresaban a casa maldiciendo a Dios y a su madre y voceaban su enorme decepción por todos los rincones del planeta. Los pocos que se convertían en stalkers morían tan deprisa que no tenían tiempo de entender nada, y después de muertos se convertían en héroes de leyenda. Otros pocos conseguían entrar en el instituto, y los más competentes e instruidos a veces servían para ayudantes de laboratorio. El resto se dedicaban a fundar partidos políticos, sectas religiosas o asociaciones benéficas y se pasaban las noches en los bares, metidos en broncas por culpa de diferencias de opinión, de chicas o simplemente porque estaban borrachos. De cuando en cuando organizaban marchas reivindicativas, promovían huelgas o convocaban manifestaciones de protesta, ya fuera con una sentada, de pie o hasta tumbados; descargaban su rabia contra la policía municipal, los militares y los autóctonos, y, cuanto más tiempo pasaba, más abatidos y resignados estaban y menos les importaba saber qué hacían allí.

El taxista granujiento apestaba a la borrachera de la noche anterior y tenía los ojos rojos como un conejo. Estaba alterado. Se pasó el trayecto contándole a Redrick como aquella mañana había aparecido en su calle un muerto que se había escapado del cementerio.

—Se ha presentado en la casa donde vivía con su familia. Llevaba años cerrada y tapiada, todos la habían abandonado: la viuda, ya vieja; la hija con el marido, y los nietos. Dicen los vecinos que el tipo murió hace treinta años,

antes de la Visitación, ¡y de repente va y aparece como si tal cosa! Se ha puesto a dar vueltas alrededor de la casa y a arañar la puerta, y luego se ha sentado al lado de la cerca. Han empezado a llegar vecinos de todo el barrio para verlo, pero tenían miedo de acercarse. Entonces alguien ha dicho: «Vamos a forzar la puerta de la casa y a abrirla para que pueda entrar». ¿Y qué cree que ha hecho el muerto? Se ha levantado, ha entrado y ha cerrado la puerta. Yo tenía que trabajar y me he ido corriendo, así que no sé cómo habrá terminado la cosa. Solo sé que iban a llamar al instituto para que fueran a buscarlo y se lo llevaran cuanto más lejos mejor. ¿Sabe qué dicen que van a hacer los militares? Que, si los parientes de estos muertos se han marchado de aquí, los enviarán adonde estén, a su nuevo lugar de residencia. ¡Menuda gracia le hará a la familia! Y no se imagina la peste que echan... Bueno, es lo que tienen los muertos...

—Para —dijo Redrick—. Para aquí.

Se rebuscó en el bolsillo. No llevaba monedas y tuvo que pagarle con un billete de los nuevos. Se quedó unos momentos frente a la verja y esperó a que desapareciera el taxi. El chalet del Buitre no estaba nada mal: tenía dos pisos, un pabellón acristalado que albergaba una sala de billar, un jardín bien cuidado, un invernadero y una glorieta blanca entre los manzanos. Una verja de hierro forjado verde claro pintada al aceite rodeaba el conjunto. Redrick llamó varias veces al timbre y la puerta se abrió con un chirrido. Avanzó despacio por el camino de tierra, flanqueado por rosales. En el porche estaba Ardilla, encorvado, con la piel púrpura oscuro, tan deseoso de servir que temblaba de nervios. Impaciente, se puso de lado y bajó un pie convulso e inseguro al escalón inferior, lo tanteó y se afianzó en él; empezó a bajar el otro pie y alargó la mano hacia Redrick, como diciendo: «Ya voy, ya voy».

—¡Eh, Pelirrojo! —lo llamó una voz femenina desde el jardín.

Redrick se volvió. Entre las plantas, junto a una glorieta de techo blanco de filigrana, distinguió unos hombros desnudos y tostados, unos labios rojos como el fuego y una mano que le hacía señales. Saludó a Ardilla con la cabeza, salió del camino, franqueó los rosales y se encaminó a la glorieta por la hierba mullida y verde.

Tumbada en una enorme estera roja se hallaba Dina Burbridge, con un vaso en la mano y un biquini casi invisible. A su lado, descuidado, había un librito de cubierta abigarrada, y a la sombra de un arbusto se veía un cubo de hielo pequeño y brillante del cual sobresalía el cuello largo y estrecho de una botella.

—¡Hola, Pelirrojo! —dijo Dina Burbridge, saludándolo con el vaso—. ¿Dónde está el viejuco? ¡No me digas que lo han pillado otra vez!

Redrick se acercó con la cartera a la espalda y se detuvo para mirarla de arriba abajo. Desde luego, al Buitre le había dado resultado lo de pedirle a la Zona, o a lo que hubiera allí, que le salieran bien los hijos. Dina era suave como la seda, de carne prieta, sin un solo defecto, sin un pliegue de más, sesenta kilos de sabrosos veinte años, ojos refulgentes de color esmeralda, boca grande y húmeda, dientes blancos bien alineados y cabello azabache y lustroso, desparramado con descuido sobre un hombro. Los rayos de sol le acariciaban el cuerpo, desde los hombros hasta el vientre y las caderas, dibujando sombras entre los pechos casi desnudos. Redrick, de pie a su lado, la miró sin disimulo, y ella le devolvió la mirada con una sonrisa de buen entendedor. Se llevó el vaso a los labios y bebió largamente.

—¿Quieres? —preguntó. Se relamió, esperó el tiempo justo para que él pudiera captar el doble sentido de la pregunta y le alargó el vaso.

Redrick le dio la espalda y buscó con la mirada. Descubrió una tumbona a la sombra, se sentó y estiró las piernas.

—Burbridge está en el hospital. Van a amputarle las piernas.

Sin dejar de sonreír, Dina lo miró con un ojo; el otro estaba oculto por un denso bucle de pelo. Pero se le había helado la sonrisa, un rictus azucarado en la tez morena. Agitó mecánicamente el vaso, como si estuviera escuchando el tintineo del hielo contra el cristal.

—¿Las dos? —preguntó.

—Sí. Quizá por debajo de las rodillas, quizá por encima.

Dina dejó el vaso y se apartó el pelo de la cara. Ya no sonreía.

—Qué pena —dijo Dina—. Entonces, tú...

Precisamente a ella, a Dina Burbridge, podía contarle con todo lujo de detalles qué había ocurrido. Incluso podía explicarle cómo regresó al coche con el puño de acero preparado, cómo su padre le suplicó, no por él, sino por sus hijos, por ella y por Archie, y cómo le prometió la Bola Dorada. Pero no le contó nada. En silencio, se metió la mano en la chaqueta, sacó un fajo de billetes y lo arrojó a la estera roja, junto a las largas piernas desnudas. El fajo se abrió como un abanico deslumbrante. Dina cogió algunos billetes con aire distraído y se puso a estudiarlos como si los viera por primera vez pero no le despertaran demasiado interés.

—O sea, que este es el último cobro —dijo ella.

Redrick se incorporó, alcanzó el cubo de hielo, sacó la botella y leyó la etiqueta. El agua goteaba por el cristal oscuro y Redrick apartó la botella para

no mancharse los pantalones. No le gustaba el whisky caro, pero en aquel momento se habría echado un buen trago hasta de aquello. Estaba a punto de llevarse la botella a los labios cuando lo interrumpieron unos vagos sonidos de protesta a su espalda. Se giró y vio que Ardilla se acercaba tan deprisa como se lo permitían los pies torcidos, que arrastraba dolorosamente por el césped. Sujetaba con las dos manos un vaso alto con un combinado transparente. Le costaba tanto esfuerzo que el sudor le caía a chorros por la cara amoratada, casi negra, y los ojos inyectados en sangre se le salían de las órbitas. Al ver que Redrick lo miraba, alargó los brazos para tenderle el vaso, desesperado, con la boca desdentada muy abierta, emitiendo mugidos y gemidos de impotencia.

—Ya me espero, ya me espero —lo tranquilizó Redrick, y volvió a meter la botella en el cubo.

Por fin llegó Ardilla, le dio a Redrick el vaso y, con tímida familiaridad, le palmeó el hombro con la mano de pinza.

—Gracias, Dickson —pronunció Redrick muy serio—. Es justo lo que necesitaba. Como siempre, estás en todo.

Y mientras Ardilla, presa de la turbación y el entusiasmo, sacudía la cabeza y se golpeaba repetidamente la cadera con la mano buena, Redrick levantó el vaso en gesto solemne, le dedicó una inclinación de cabeza y se bebió la mitad de golpe. Después miró a Dina.

—¿Quieres? —le preguntó, mostrándole el vaso.

Ella no respondió. Estaba doblando un billete por la mitad, luego otra vez por la mitad, y otra vez, y otra...

—Venga, déjalo —dijo Redrick—. No va a pasaros nada. Tu padre...

—Así que lo sacaste a rastras —lo interrumpió Dina. No era una pregunta, sino una afirmación—. Cargaste con él por toda la Zona, idiota, pelirrojo imbécil. Cogiste a ese desgraciado y te lo echaste a la espalda, bragazas, y dejaste pasar semejante oportunidad...

Redrick la miró, olvidándose del vaso. Dina se levantó, se le acercó pisando los billetes esparcidos y se detuvo frente a él con los puños apretados contra las firmes caderas, eclipsando el mundo entero con ese cuerpo espléndido que olía a perfume y a sudor dulce.

—Os tiene a todos engañados, idiotas. Hasta el tuétano. Os está tomando el pelo que os adorna esa cabeza de chorlito. Espera, espera un poco, ¡y verás como os pisotea la cabeza hueca hasta con las muletas! ¡Verás cuando os enseñe qué es el amor fraternal y la misericordia! —Casi gritaba—. Te ha prometido la Bola Dorada, ¿verdad? El mapa con las trampas, ¿verdad?

¡Imbécil! ¡Estúpido! Se te ve en esa cara llena de pecas que te lo ha prometido... Sí, hombre, sí, ya te dará el mapa, y que Dios acoja el alma de Schuhart el gilipollas...

Redrick se levantó, calmoso, y le pegó un bofetón. Dina se interrumpió, cayó en la hierba como si la hubieran segado y enterró la cara en las manos.

—Pelirrojo... estúpido... —balbuceaba—. Qué oportunidad has dejado pasar... Qué oportunidad...

Mirándola desde arriba, Redrick apuró el vaso y, sin volverse, se lo alargó a Ardilla. No había nada más que hablar. Qué hijos tan buenos le había concedido la Zona a Burbridge. Cuánto lo querían y lo respetaban.

Salió a la calle y cogió un taxi para ir al Borcht. Había que concluir todos aquellos asuntos, pero se moría de sueño, y a su alrededor el mundo flotaba y se desdibujaba. Se quedó dormido en el taxi con todo su peso encima de la cartera y no se despertó hasta que el taxista lo sacudió por el hombro.

—Ya hemos llegado, caballero.

—¿Dónde estamos? —preguntó medio dormido, mirando a todos lados—. Le he dicho que me llevara al banco...

—No, caballero, nada de eso. —El conductor sonrió—. Me ha dicho al Borcht. Estamos en el Borcht.

—Ah —murmuró Redrick—. No sé qué habré soñado...

Pagó al taxista y bajó con torpeza, pues se le habían dormido las piernas. Hacía muchísimo calor y el asfalto ardía bajo el sol. Redrick notó que estaba empapado en sudor, tenía mal sabor de boca y le lloraban los ojos. Antes de entrar al bar, echó una ojeada alrededor. La calle del Borcht estaba desierta, como siempre a esa hora. Los establecimientos de enfrente aún no habían abierto y en realidad el Borcht también estaba cerrado, pero Ernest se encontraba ya en su puesto, detrás de la barra, sacando brillo a los vasos y echando miradas sombrías a tres tipejos que bebían cerveza en un rincón. El resto de las mesas aún tenía las sillas encima; un negro al que no conocía, ataviado con chaqueta blanca, abrillantaba el suelo con una mopa, y otro negro trasteaba con las cajas de cerveza detrás de Ernest. Redrick se acercó a la barra, dejó la cartera encima y saludó. Ernest le devolvió un gruñido desagradable.

—Ponme una cerveza —pidió Redrick sin poder contener un bostezo entrecortado.

Con un golpe violento, Ernest dejó una jarra vacía en la barra, cogió de malas maneras una botella de la nevera, la abrió y vertió el contenido en la jarra. Redrick se quedó mirándole la mano con los ojos perdidos mientras se

tapaba la boca para ocultar otro bostezo. Aquella mano temblaba. La boca de la botella chocó varias veces con el borde de la jarra. Redrick miró a Ernest a la cara. Tenía los gruesos párpados caídos, la boca pequeña torcida y las mejillas regordetas flácidas. El negro pasó la mopa por debajo de Redrick, dándole con ella en los pies; los tres tipos del rincón discutían furiosos y acalorados sobre carreras de caballos; el negro que cargaba cajas empujó a Ernest por detrás, casi lo hizo caer y de inmediato se puso a farfullar disculpas.

—¿Lo has traído? —preguntó Ernest a Redrick con voz ahogada.

—¿El qué? —Redrick volvió la cabeza para mirar tras él.

Uno de los tres tipos se levantó de la mesa con desgana, fue hasta la puerta y se encendió un cigarro.

—Ven, vamos a hablar —indicó Ernest.

El negro de la mopa se encontraba entre Redrick y la puerta. Qué fortachón era el negro aquel; como Betún, pero el doble de ancho.

—Vamos —dijo Redrick, y cogió la cartera. Se había despabilado de repente.

Se metió detrás de la barra y pasó junto al negro de las cajas de cerveza, quien al parecer se había pellizcado un dedo y se succionaba la uña mientras miraba a Redrick con cara de pocos amigos. Aquel negro también estaba fuerte, y tenía la nariz rota y las orejas deformadas. Ernest se introdujo en la trastienda. Redrick lo siguió, porque ya estaban los tres tipejos apostados en la puerta, y el negro de la mopa, frente al pasillo que llevaba al almacén.

En la trastienda, Ernest se echó a un lado y se sentó en una silla junto a la pared, encogido. El capitán Quarterblood, cetrino y afligido, se levantó de la mesa. Por la penumbra de la izquierda emergió un ciclópeo militar de la onu con el casco calado hasta los ojos, que al instante apresó a Redrick y le metió las manazas en los bolsillos. Se demoró en el bolsillo derecho, sacó el puño de acero y empujó suavemente a Redrick hacia el capitán. Redrick se acercó a la mesa y dejó la cartera frente al capitán Quarterblood.

—¿Qué has hecho, hijo de puta? —preguntó Redrick a Ernest.

Ernest arrugó las cejas con gesto triste y encogió un hombro. Estaba todo clarísimo. Los dos negros se hallaban ya en la puerta, sonriendo. No había más puertas, y la ventana estaba cerrada y tenía una sólida reja por la parte de fuera.

Con una mueca de repugnancia, el capitán Quarterblood metió las manos en la cartera y fue dejando el contenido en la mesa: dos vacíos pequeños,

nueve pilas, dieciséis lágrimas negras de distintos tamaños envueltas en polietileno, dos esponjas en muy buen estado, un bote de barro con gas...

—¿Llevas algo en los bolsillos? —preguntó el capitán en voz baja—. Pon en la mesa todo lo que lleves encima...

—Cerdos —dijo Redrick—. Hijos de puta.

Se metió la mano debajo de la chaqueta y tiró a la mesa un fajo de billetes, que salieron volando en todas direcciones.

—¡Vaya! —exclamó el capitán Quarterblood—. ¿Algo más?

—¡Perros de mierda! —rugió Redrick. Se sacó el otro fajo del bolsillo y lo arrojó a sus pies con un amplio ademán—. ¡Coméoslos! ¡Ahí os atragantéis!

—Muy interesante —observó el capitán Quarterblood con tranquilidad—. Ahora, recógelos.

—¡Que te follen! —contestó Redrick, poniéndose las manos a la espalda—. Que los recojan tus lacayos. ¡O recógelos tú!

—Recoge el dinero, stalker —repitió el capitán Quarterblood sin levantar la voz, apoyando los puños en la mesa e inclinando todo su peso hacia delante.

Se miraron unos segundos en silencio, y después Redrick, farfullando palabrotas, se puso en cuclillas y empezó a recoger los billetes a regañadientes. A su espalda, los negros soltaron unas risitas por lo bajo y el de la onu rio por la nariz con toda su malicia.

—¡No te rías, tú! —le espetó Redrick—. ¡Que se te van a salir los mocos!

Fue cogiendo los billetes de uno en uno, de rodillas, acercándose cada vez más al anillo de cobre oscuro que descansaba apaciblemente en un hueco cochambroso del parquet, y adoptó una postura conveniente sin dejar de gritar palabrotas feas, todas las que recordaba y hasta otras que se inventaba sobre la marcha, y cuando llegó el momento, calló, alargó la mano, cogió el anillo y tiró de él con todas sus fuerzas. La trampilla se abrió y, antes de que chocara contra el suelo, Redrick ya se había zambullido de cabeza en el agujero frío, negro y húmedo de la bodega.

Cayó sobre las manos, dio una voltereta, se puso en pie de un salto y, sin ver nada en absoluto, confiando solo en lo que recordaba y en la suerte, echó a correr por un pasillo estrecho entre pilas de cajas, agachado, golpeándolas y tirándolas al pasar, y oyó como caían con estrépito tras de sí. Tropezó con lo que resultaron ser escalones, los subió a la carrera, arremetió con todo su peso contra una puerta de metal oxidada y apareció en el garaje de Ernest. Temblaba y jadeaba. Ante sus ojos flotaban manchas de sangre y el corazón

le dolía y le latía con tanta fuerza que parecía que iba a salirse por la boca, pero no se detuvo. Corrió al rincón opuesto y, desgarrándose las manos, derribó una montaña de trastos. Detrás había unos tablones arrancados de la pared. Se tumbó boca abajo y se arrastró por el agujero, oyó como se le rasgaba la chaqueta, salió a un patio angosto como un pozo y se escondió entre los contenedores de basura. Se quitó la chaqueta, se arrancó la corbata y la tiró, se echó una rápida mirada a sí mismo, se sacudió los pantalones, se levantó, atravesó corriendo el patio y se metió en un pasadizo apestoso que llevaba a un patio vecino. Prestó atención mientras corría, pero aún no se oían las sirenas de la policía; apretó el paso aún más, asustando a los niños, metiéndose entre la ropa tendida, colándose por los agujeros de las vallas podridas, tratando de salir de aquel bloque cuanto antes, antes de que el capitán Quarterblood montara un cordón policial. Se conocía el lugar como la palma de la mano. Había pasado la infancia jugando en esos patios, sótanos, lavaderos abandonados y carboneras. Tenía muchos conocidos allí, incluso amigos, y en otras circunstancias le habría sido muy fácil esconderse en el lugar; podría pasar oculto una semana entera. Pero no para eso había «evadido el arresto con huida temeraria», es decir, se había escabullido ante las narices del capitán Quarterblood ganándose doce meses más de golpe.

Tuvo suerte. Por la calle Siete, entre gritos y levantando polvo, pasaba una manifestación de unas doscientas personas de a saber qué asociación, unos idiotas de pelo largo y unas idiotas de pelo corto que llevaban pancartas idiotas tan destrozadas y desaliñadas como él, peor incluso, como si ellas también se hubieran desgarrado en trampillas y cercas rotas, les hubieran echado por encima un cubo de basura y hubieran pasado una mala noche en una carbonera. Redrick emergió por el arco de acceso a un patio y se metió en la manifestación. Se abrió paso a codazos y pisotones, recibiendo golpes y respondiendo a ellos, llegó al otro lado de la calle y se metió por otro arco en el mismo momento en que oyó, al frente, el aullido odioso y familiar de las sirenas de policía. La manifestación se detuvo y se encogió como un acordeón, pero él ya estaba en otra manzana de casas, y el capitán Quarterblood no podía saber en cuál.

Llegó a su garaje desde el lado del almacén de aparatos electrónicos y tuvo que esperar a que los empleados cargaran un camión con enormes cajas de televisores. Se acomodó entre unos ralos arbustos de lilas, junto al muro de la casa vecina, y recuperó un poco las fuerzas. Encendió un cigarro y fumó con avidez, en cuclillas, con la espalda apoyada en la pared enlucida, tocándose de vez en cuando la mejilla para calmarse el tic nervioso. Pensó,

pensó y pensó, y cuando el camión hizo sonar el claxon y se marchó con los empleados por el arco del patio, empezó a reírse y les dijo en voz queda: «Gracias, chicos, habéis hecho detenerse a un imbécil... Le habéis dado un rato para pensar». A partir de ese momento actuó de prisa pero sin precipitarse, diestro y calculador, como si estuviera en la Zona.

Entró en su garaje por un acceso secreto, retiró el asiento viejo sin hacer ruido, metió la mano en la cesta, extrajo con cuidado el paquete del saco y se lo metió en el seno. Cogió una chaqueta de cuero vieja y raída de un clavo de la pared, encontró una boina pringosa en un rincón y se la caló hasta los ojos. En la penumbra del garaje se filtraban rayos de sol por las fisuras de la puerta cochera, cargados de resplandecientes motas de polvo, y del patio llegaban los chillidos alegres y entusiasmados de los chiquillos. Se disponía a marcharse cuando, de repente, reconoció la voz de su hija. Apretó un ojo contra la rendija más ancha y miró. Tití corría alrededor del columpio nuevo agitando dos globos, y tres vecinas viejas hacían punto en una banqueta y la miraban con la boca fruncida en gesto hostil. Que esas coles revenidas intercambien sus opiniones infectas, pensó. Los niños, en cambio, jugaban con ella como si nada; no en vano se los había camelado como mejor sabía: les había hecho un tobogán de madera, una casita de madera, el columpio... La banqueta en la que estaban las tres viejas también la había armado él. Bien, murmuró. Se apartó de la puerta, echó un último vistazo al garaje y salió por el acceso secreto.

En el barrio del sudoeste de la ciudad, al lado de una gasolinera abandonada, al final de la calle Mineros, había una cabina de teléfono. Dios sabía quién la usaría entonces, ya que alrededor solo se alzaban casas tapiadas y más al sur se extendía una explanada inmensa donde había estado el vertedero municipal. Redrick se sentó en el suelo, a la sombra de la cabina, y metió la mano por un hueco entre esta y el suelo. Tocó un papel pringoso y polvoriento y luego el mango de la pistola envuelta en él. También estaba allí la caja galvanizada con munición, el saquito de pulseras y la billetera vieja con documentos falsos. El escondrijo estaba en orden. Entonces se quitó la chaqueta de cuero y la boina y se metió la mano en el seno. Estuvo un minuto sopesando en la palma la bombona de porcelana cargada de muerte, de muerte irreversible, irreparable, y volvió a notar el tirón en la mejilla.

—Schuhart —murmuró, sin oír su propia voz—, ¿qué haces, hijo de puta? Eres un desgraciado, van a matarnos a todos con esto... —Se apretó los dedos contra la mejilla convulsa, pero no sirvió de nada—. Cerdos —dijo, dirigiéndose a los empleados que cargaban televisores en el camión—, teníais

que cruzaros en mi camino. Habría devuelto esta mierda a la Zona, es lo mejor que podría haber hecho...

Miró alrededor, angustiado. Sobre el asfalto agrietado temblaba el aire caliente, las ventanas condenadas lo miraban sombrías y por la explanada corrían remolinos de polvo. Estaba solo.

—Muy bien —declaró con resolución—. Que cada cual cuide de sí mismo y Dios de todos. Total, en este mundo lo que sobran son idiotas.

Deprisa, antes de que volviera a cambiar de opinión, metió la bombona en la boina y lo envolvió todo en la chaqueta. Se puso de rodillas, se apoyó en la cabina, la empujó con todo su peso y la inclinó. El voluminoso paquete cupo en el hueco y dejó bastante sitio libre. Volvió a asentar la cabina con cuidado, la encajó en el suelo y se levantó sacudiéndose las manos.

—Ya está. No se hable más.

Entró en la cabina, donde hacía un calor asfixiante, introdujo una moneda y marcó.

—Guta, por favor, no te pongas nerviosa. Me han pillado otra vez. —Redrick oyó un suspiro entrecortado y se apresuró a continuar—: No será nada, seis u ocho meses, y con visitas... Lo llevaremos bien. Y no te quedarás sin dinero, te mandarán dinero... —Ella no decía nada—. Mañana por la mañana te llamarán a comandancia, nos veremos allí. Lleva a Tití.

—¿Van a registrarnos? —preguntó Guta con voz sorda.

—Puede que sí, pero no importa. La casa está limpia. No pasa nada, ya verás, sé valiente... Las orejas tiesas, la cola levantada. Te casaste con un stalker; ahora no te quejes. Venga, hasta mañana. Ah, y sobre todo: yo no te he llamado. Un beso en el culito.

Redrick colgó bruscamente y se quedó inmóvil unos segundos. Cerró los ojos con todas sus fuerzas y apretó los dientes hasta que le pitaron los oídos. Después sacó otra moneda y marcó otro número.

—¿Diga? —respondió el Ronco.

—Soy Schuhart. Escúcheme bien y no me interrumpa.

—¿Schuhart? —El Ronco parecía sorprendido de veras—. ¿Qué Schuhart?

—¡Que no me interrumpa, le he dicho! Me han cogido, pero me he escapado. Ahora voy a entregarme. Me caerán dos años y medio o tres. Mi mujer se quedará sin dinero. Usted se lo proporcionará. Que no le falte nunca de nada, ¿entiende? ¡Le he preguntado si lo entiende!

—Siga.

—No muy lejos del lugar donde usted y yo nos encontramos por primera vez hay una cabina de teléfono. Es la única que hay, no puede confundirse. La porcelana está debajo, en la base. Si la quiere, cójala, y si no, pues déjela, pero que a mi mujer no le falte nunca de nada. Usted y yo aún tenemos que trabajar mucho juntos. Y si, cuando vuelva, me entero de que ha jugado sucio... En fin, no le aconsejo que juegue sucio. ¿Entendido?

—Perfectamente. Gracias. —Después preguntó, titubeante—: ¿Quiere un abogado?

—No. Todo el dinero, hasta el último céntimo, para mi mujer. Adiós.

Colgó el auricular, miró alrededor, hundió las manos en los bolsillos del pantalón y echó a andar despacio entre las casas vacías y condenadas de la calle Mineros.

TRES

Richard H. Noonan, 51 años, representante de los proveedores de equipamiento electrónico para la filial del iice de Harmont

Richard H. Noonan estaba sentado a la mesa de su despacho dibujando garabatos en un bloc enorme. Sonreía con cariño, balanceaba la cabeza calva y no escuchaba a su visita. Estaba esperando una llamada de teléfono, y la visita, el doctor Pillman, lo regañaba sin ganas. O se imaginaba que lo regañaba. O quería convencerse de que lo regañaba.

—Tendremos todo eso en cuenta, Valentine —pronunció al fin Noonan, terminando más o menos el décimo garabato, y cerró el bloc—. De todas formas, es un desastre...

Valentine extendió un brazo delgado y sacudió el cigarro en el cenicero con delicadeza.

—¿Y qué van a tener en cuenta exactamente? —preguntó, educado.

—Pues todo lo que ha dicho —respondió Noonan, alegre, reclinándose en el sillón—. Hasta la última palabra.

—¿Y qué he dicho?

—Eso es lo de menos. Cualquier cosa que haya dicho se tendrá en cuenta.

Valentine (el doctor Valentine Pillman, el del Premio Nobel y todo eso) estaba frente a él, sentado en un sillón mullido. Era menudo, pulcro y distinguido; llevaba una chaqueta de ante impecable, pantalones sin una arruga, una camisa deslumbrante, una severa corbata monocroma y unos botines relucientes. Los labios finos y pálidos dibujaban una sonrisa irónica, las grandes gafas oscuras le ocultaban los ojos y una mata de pelo negro tiesa como un erizo le coronaba la frente estrecha.

—Creo que le están pagando un sueldo fantástico por nada, Dick. Además, creo que es un saboteador.

—¡Chsss! Por Dios, no grite —susurró Noonan.

—En realidad —siguió Valentine—, hace un tiempo que lo observo y me da la impresión de que no trabaja en absoluto...

—¡Un momento! —lo interrumpió Noonan, agitando un dedo rosado y rollizo en señal de protesta—. ¿Cómo que no trabajo? ¿Es que ha quedado alguna queja sin atender?

—No lo sé —repuso Valentine, y de nuevo sacudió la ceniza—. Llega equipamiento bueno, llega equipamiento malo. El bueno llega con más frecuencia, pero ¿qué tiene usted qué ver? No tengo ni idea.

—Pues eso: si no estuviera, el bueno llegaría con menos frecuencia. Además, ustedes, los científicos, se pasan el tiempo estropeando el bueno y luego presentan reclamaciones, ¿y quién los cubre entonces? Por ejemplo, ¿qué hicieron con el sabueso? Era un aparato magnífico, hacía unas prospecciones geográficas estupendas, era resistente, autónomo... Pero lo emplearon en condiciones completamente anómalas y quemaron el mecanismo, como si fuera un caballo de carreras.

—Le faltaban agua y avena, ¿no? —comentó Valentine—. ¡Habla usted como un mozo de cuadra, Dick, no como un industrial!

—Un mozo de cuadra... —repitió Noonan, pensativo—. Algo hemos mejorado... Hace unos años trabajó aquí el doctor Panov, a quien seguro que llegó a conocer; murió. Él pensaba que mi vocación era criar cocodrilos.

—He leído sus trabajos. Era un hombre muy serio y concienzudo. Si yo estuviera en su lugar, reflexionaría sobre sus palabras.

—Bien. Ya lo meditaré cuando tenga tiempo. Pero ahora dígame: ¿qué tal fue ayer el recorrido piloto del bf-3?

—¿El bf-3? —Valentine arrugó la frente pálida—. Ah, el Bufón... No ocurrió nada de particular. Pasó bien por el itinerario, cogió unas cuantas pulseras y un disco que no sabemos para qué sirve... —Hizo una pausa—. Y la hebilla de unos tirantes de la marca Lux.

—¿Y cómo es ese disco?

—Una aleación de vanadio, pero es difícil añadir nada más. El comportamiento es nulo.

—Entonces, ¿por qué lo cogió el bf?

—Pregúnteselo a la fábrica. Esto ya cae de su lado.

Pensativo, Noonan tamborileó con el lápiz en el bloc.

—Al fin y al cabo, era un recorrido de prueba. Puede que el disco haya perdido la energía... ¿Sabe qué le aconsejo? Vuelva a tirarlo a la Zona y al cabo de unos días mande a un sabueso. Me acuerdo de que hace dos años...

Sonó el teléfono. Noonan se olvidó de Valentine y lo cogió.

—¿Señor Noonan? —preguntó una secretaria—. Es otra vez el señor Lemchen.

—Pásemelo.

Valentine se levantó, dejó la colilla en el cenicero, se llevó dos dedos a la sien a modo de despedida y salió, menudo, erguido y elegante.

—¿Señor Noonan? —preguntó una voz lánguida y conocida.

—Sí.

—No es fácil encontrarlo en su puesto de trabajo.

—Ha llegado nuevo material...

—Sí, ya lo sé. Señor Noonan, he venido por poco tiempo. Hay unas cuantas cuestiones concernientes a los últimos contratos de Mitsubishi Denshi que debemos tratar en persona. Aspectos legales.

—Estoy a su disposición.

—Bien. Entonces, si no le importa, quedamos dentro de treinta minutos en nuestro departamento. ¿Le va bien?

—Perfecto. Dentro de treinta minutos.

Richard Noonan colgó el teléfono, se levantó y caminó por el despacho frotándose las manos regordetas. Hasta se puso a tararear una cancioncilla de moda, pero se le escapó un gallo y se echó a reír bonachonamente. Cogió el sombrero, se colgó la gabardina del brazo y salió a la recepción.

—Cielo —le dijo a la secretaria—, me voy a ver a unos clientes. Quédese al mando de la guarnición, guarde el fuerte, como dicen, y le traeré una chocolatina.

La secretaria se ruborizó. Noonan le lanzó un beso por el aire y salió. Por los pasillos del instituto intentaron abordarlo varias veces, pero se escabulló, respondió con bromas, les pidió que aguantaran en sus puestos mientras él no estuviera, que les fuera leve, que no se cansaran, y al final salió zafo del edificio, mostrando de lejos al sargento de guardia el pase sin abrir, como siempre.

Hacía bochorno. El cielo estaba encapotado y empezaban a caer, vacilantes, las primeras gotas, que formaban estrellas negras en el asfalto. Noonan se tapó la cabeza y los hombros con la gabardina y trotó entre las filas de coches hasta su Peugeot. Entró, se quitó la gabardina de la cabeza y la tiró al asiento trasero. Del bolsillo lateral de la chaqueta sacó un palito negro y cilíndrico, un así, lo colocó en una ranura de la batería y lo empujó con el dedo gordo hasta que hizo clic. Después removi6 el culo en el asiento, se acomodó al volante y pisó el pedal. Sin hacer ruido, el Peugeot avanzó hasta el centro de la calzada y se dirigió a la salida de la Prezona.

De repente empezó a llover a cántaros, como si hubieran volcado una cuba de agua desde el cielo. El pavimento se volvió resbaladizo y los coches patinaban en las curvas. Noonan accionó los limpiaparabrisas y aminoró la velocidad. Así que han recibido el informe, pensó. Ahora me alabarán. Bueno, me lo merezco. Me encanta que me alaben. Sobre todo cuando me alaba el señor Lemchen en persona, con lo que le cuesta. Qué cosa tan curiosa: ¿por qué nos gustará tanto que nos alaben? No sacamos dinero de ello. ¿Gloria? Pero ¿qué significa para nosotros la gloria? «Se hizo famoso: ahora solo lo conocen tres». O cuatro, si contamos a Baileys. ¡Qué ridículos somos! Al parecer nos gusta que nos alaben porque sí, como los helados a los niños. Es por el complejo de inferioridad. Los halagos son el bálsamo de los complejos. Pues vaya estupidez. ¿Cómo es posible que yo me eleve ante mis propios ojos? ¿Es que no me conozco? ¿No soy el bueno (y gordo) de Richard H. Noonan? Por cierto, ¿qué significa esa *H*? ¡Ostras! ¿A quién se lo pregunto? Al señor Lemchen no, desde luego... ¡Ah, ya me acuerdo! Herbert. Richard Herbert Noonan. Cómo llueve...

Giró por la avenida Central y de repente pensó: ¡Sí que ha crecido la ciudad en estos últimos años! Menudos rascacielos han construido... Mira, ahí están levantando otro. ¿Qué será? Ah, el Luna Complex, con las mejores bandas de jazz del mundo, las mejores variedades y un burdel con mil jamonas, porque nuestra valiente guarnición, nuestros intrépidos turistas (casi todos viejos) y nuestros nobles caballeros de ciencia se merecen lo mejor... Mientras, los barrios de las afueras están cada vez más vacíos. Mientras, los muertos se levantan de las tumbas y no tienen adónde volver.

—Los que se levantan de su tumba no pueden volver a casa —dijo en voz alta—, por eso están tristes y enfadados...

Sí, me gustaría saber cómo terminará todo esto. Qué curioso: hace diez años sabía perfectamente cómo debía terminar. Cordones infranqueables. Un cinturón de cincuenta kilómetros a la redonda totalmente despejado. Científicos y soldados, nadie más. Que esa horrible úlcera en el cuerpo de mi planeta quedara aislada por completo. Todos pensaban así, no solo yo. Qué sermones soltaban, qué leyes dictaban... Y ahora ni siquiera nos acordamos de cómo aquella decisión férrea y universal quedó al final en agua de borrajas. «Por una parte, es imposible no verlo; pero, por otra, es imposible no aceptarlo». Y, al parecer, el cambio empezó cuando los stalkers empezaron a sacar de la Zona los primeros asíes. Las pilas... Sí, parece que empezó con eso. Sobre todo cuando se descubrió que los asíes se reproducían. La úlcera no resultó tan mala, hasta dejó de ser una úlcera; todo lo contrario: se

convirtió en una cámara del tesoro. Y ahora ya nadie sabe qué es: una úlcera, un tesoro, una tentación del mal, una caja de Pandora, el demonio, una maldición... Se saca provecho de ella poco a poco. Lleva veinte años ahí, se han gastado millones en ella, y aún no se ha podido controlar la rapiña organizada. Mientras todo quisqui hace su pequeño negocio, los entendidos pontifican con aires de importancia: por una parte, es imposible no verlo; pero, por otra, es imposible no aceptarlo, puesto que el objeto tal, sometido a rayos X en un ángulo de dieciocho grados, emite electrones cuasitérmicos en un ángulo de veintidós grados... ¡Al diablo! Tampoco viviré para ver cómo termina todo...

Pasó por delante de la mansión del Buitre Burbridge. Todas las luces de la casa estaban encendidas a causa de la lluvia, y en las ventanas del primer piso, en las habitaciones de la bellísima Dina, se veía bailar a varias parejas. O habían empezado muy temprano por la mañana, o la fiesta de la noche anterior se resistía a terminar. En la ciudad se habían puesto de moda los guateques que duraban veinticuatro horas. Mira qué juventud tan justa y firme en sus propósitos hemos criado, que cuando toma una decisión no se echa atrás...

Noonan se detuvo frente a un edificio vulgar con un modesto letrero que rezaba: «Consultoría jurídica Korsh, Korsh y Saymak». Extrajo el así y se lo guardó en el bolsillo, se puso la gabardina encima de la cabeza, cogió el sombrero y corrió al portal. Pasó junto al portero, absorto en el periódico, y subió la escalera, tapizada con una alfombra gastada. Sus pasos resonaron por el pasillo oscuro del primer piso, impregnado de un olor que había dejado de intentar identificar hacía tiempo. Abrió la puerta del final del pasillo y entró en una recepción. En el lugar de la secretaria había un desconocido, un joven bronceado, sin chaqueta y con la camisa remangada. Hurgaba en las entrañas de un complejo artilugio electrónico que ocupaba el lugar de la máquina de escribir. Richard Noonan colgó la gabardina y el sombrero en una percha, se atusó el poco pelo que le quedaba detrás de las orejas y lanzó una mirada interrogativa al joven. Este asintió y Noonan abrió la puerta del despacho.

El señor Lemchen, sentado en una gran butaca de piel junto a una ventana con la cortina echada, se levantó pesadamente. Su cara angulosa de general se transformó en una masa de arrugas que podía significar tanto una sonrisa cordial como una mueca de disgusto por el mal tiempo. O tal vez solo se trataba de un estornudo reprimido con dificultad.

—Ya lo tenemos a usted aquí —lo saludó, hablando despacio—. Pase, haga el favor de tomar asiento.

Noonan recorrió la estancia con la mirada, pero solo vio una silla dura de respaldo recto bastante apartada, de modo que se sentó en el borde de la mesa. El buen humor con el que había llegado empezó a desvanecerse sin que supiera por qué. De repente comprendió que no iba a recibir alabanzas; más bien todo lo contrario. El día de la ira, pensó filosóficamente, y se preparó para lo peor.

—Si quiere fumar, adelante —lo invitó el señor Lemchen mientras se hundía de nuevo en la butaca.

—No, gracias, no fumo.

El señor Lemchen inclinó la cabeza como si se confirmaran sus suposiciones más siniestras, juntó las yemas de los dedos delante de su cara y examinó la figura resultante.

—En realidad no vamos a discutir los aspectos jurídicos de la casa Mitsubishi Denshi —explicó por fin.

¿Estaba de broma? Richard Noonan esbozó una sonrisa perfecta.

—¡Como usted quiera!

La mesa resultaba un asiento incomodísimo. Las piernas no le llegaban al suelo y el canto se le clavaba en el trasero.

—Por desgracia, debo comunicarle que su informe ha provocado una impresión increíblemente favorable en las altas esferas.

—Ajá... —Ya empieza, pensó Noonan.

—Incluso se disponían a ofrecerle una distinción, pero yo propuse que esperáramos. E hice bien. —Por fin dejó de contemplar la figura de los diez dedos y miró ceñudo a Noonan—. Me preguntará por qué he mostrado una cautela al parecer tan exagerada.

—Tendrá sus razones —repuso Noonan con voz hastiada.

—En efecto. ¿Qué podemos extraer de su informe, Richard? La banda del Metropol está liquidada. Gracias a sus esfuerzos. A la banda del Florecita Verde la han pillado con las manos en la masa. Un trabajo espléndido, también suyo. Warr, Quasimodo, Músicos Ambulantes y otras, no me acuerdo de los nombres, se han disuelto al darse cuenta de que iban a echarles el guante en cualquier momento. Todo esto que dice es cierto, lo hemos confirmado con informaciones cruzadas. El campo de batalla está limpio. Y todo gracias a usted, Richard. El enemigo retrocede ante la confusión y sufre grandes pérdidas. ¿He descrito con acierto la situación?

—En cualquier caso —repuso Noonan con cautela—, en los últimos tres meses, la fuga de material de la Zona a través de Harmont ha cesado... Al menos, por lo que yo sé —añadió.

—El enemigo se ha batido en retirada, ¿no es eso?

—Bueno, si insiste en usar esa expresión en particular... Sí.

—¡No! El problema es que el enemigo nunca se retira. Esto es así. Con ese informe victorioso tan apresurado, lo único que ha hecho es revelar su inmadurez. Precisamente por eso propuse que nos refrenáramos en concederle una distinción precipitada.

Que os den por culo a ti y a tus distinciones, pensó Noonan, balanceando la pierna y mirándose lúgubremente la brillante punta de la bota. Por el váter tiraría yo tus premios de mierda. Moralista de pacotilla, educador de la juventud, no hace falta que me digas con quién tengo que vérmelas, no tengo que leer sobre moral para saber quién es el hijo de puta que tengo por enemigo. Dilo lisa y llanamente: dónde, cómo y en qué me he equivocado; qué han robado esta vez estos cabrones; por dónde y cómo se han colado... Y deja de marear la perdiz, que no soy un mocoso que va al colegio, que tengo más de cincuenta años y no estoy aquí para que me des tus distinciones de mierda...

—¿Ha oído hablar de la Bola Dorada? —le preguntó de repente el señor Lemchen.

Dios santo, pensó Noonan, irritado, ¿a santo de qué sale este ahora con la Bola Dorada? Que te den por culo con tus rodeos...

—La Bola Dorada es una leyenda, una invención mítica de la Zona —le explicó, sin embargo, con voz asqueada—. Tendría la forma y el aspecto de una bola dorada y poseería la capacidad de satisfacer los deseos humanos.

—¿Cualquier deseo?

—Según la versión oficial de la leyenda, sí. Pero hay algunas variantes que...

—Ya —lo cortó el señor Lemchen—. ¿Y qué sabe de la lámpara de la muerte?

—Hace ocho años —prosiguió Noonan con el mismo tono aburrido—, un stalker llamado Stephan Norman, apodado Cuatrojos, sacó de la Zona cierto artilugio que debía de ser, por lo poco que se sabe, una especie de sistema emisor de rayos letal para los organismos terrestres. El susodicho quiso vender el aparato al instituto. No se pusieron de acuerdo en el precio, y Cuatrojos se metió otra vez en la Zona y no volvió. Nadie sabe dónde está ahora el aparato. Desde entonces, en el instituto se tiran de los pelos. Hugh, el del Metropol, a quien usted conoce bien, ofreció pagar por el aparato cualquier suma que cupiera en un cheque.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo. —Noonan recorrió la habitación con la mirada haciendo un ademán exagerado. Era monótona y no había nada de interés.

—Ya —dijo Lemchen—. ¿Y qué sabe de los ojos de cangrejo?

—¿Qué ojos?

—De cangrejo. ¿Sabe a qué me refiero? —El señor Lemchen cortó el aire con dos dedos—. Los de las pinzas.

—Es la primera vez que lo oigo —repuso Noonan, frunciendo el ceño.

—¿Y qué sabe de las servilletas de cascabel?

Noonan bajó de la mesa, se encaró con Lemchen y se metió las manos en los bolsillos.

—Nada. ¿Y usted?

—Por desgracia, tampoco. Ni de los ojos de cangrejo, ni de las servilletas de cascabel. Pero existen.

—¿En mi Zona? —preguntó Noonan.

—Siéntese, siéntese —lo invitó el señor Lemchen, haciendo un gesto con la mano—. La conversación acaba de empezar. Siéntese.

Noonan rodeó la mesa y se sentó en la silla rígida de respaldo alto. ¿Adónde quiere ir a parar?, se preguntó, nervioso. ¿Qué novedades hay? Habrán encontrado algo en otras Zonas y estará intentando tenderme una trampa, el muy cerdo. Nunca le he gustado a este malnacido, no puede olvidar aquella rimilla...

—Continuemos con nuestro pequeño examen —prosiguió Lemchen. Apartó la cortina y miró por la ventana—. Llueve. Me gusta. —La soltó, se arrellanó en la butaca y miró al techo—. ¿Cómo le va al viejo Burbridge?

—¿Burbridge? El Buitre Burbridge está bajo vigilancia. Está tullido, pero no le falta el dinero. No tiene ninguna relación con la Zona. Es dueño de cuatro bares y una escuela de baile, y organiza pícnicos para militares y turistas. Su hija, Dina, lleva una vida disipada, y su hijo, Arthur, acaba de terminar la carrera de derecho.

El señor Lemchen meneó la cabeza con satisfacción.

—Excelente —lo felicitó—. Y el Creón Maltés, ¿qué hace?

—Es uno de los pocos stalkers en activo. Estaba relacionado con la banda de Quasimodo y ahora vende regalitos al instituto, a través de mí. Lo mantengo en libertad: alguna vez picará alguien. La verdad es que últimamente bebe demasiado y tengo miedo de que no aguante mucho más.

—¿Tiene conexiones con Burbridge?

—Va detrás de Dina, sin suerte.

—Muy bien. ¿Y qué se sabe de Schuhart el Pelirrojo?

—Salió hace un mes de la cárcel. No le falta el dinero. Intentó emigrar, pero tiene... —Noonan se interrumpió—. En fin, tiene problemas familiares. La Zona no está entre sus prioridades.

—¿Nada más?

—Nada más.

—No es mucho —observó el señor Lemchen—. ¿Y cómo le va a Carter el Suertudo?

—Hace muchos años que ya no es stalker. Compra y vende automóviles usados y tiene un taller de coches donde los adapta para que funcionen con asés. Cuatro hijos; su mujer murió el año pasado. Tiene a la suegra con él.

Lemchen asintió.

—A ver, ¿a quién me dejo de los viejos? —le preguntó con aire bondadoso.

—Se ha dejado a Jonathan Miles, apodado el Cactus. Está en el hospital muriéndose de cáncer. Y se ha olvidado de Betún...

—Ah, sí, ¿qué hace Betún?

—Sigue igual. Tiene un grupo de tres personas. Pasan semanas en la Zona y destrozan lo que encuentran en el sitio. Pero su sociedad de los Ángeles Guerreros se disolvió.

—¿Por qué?

—Como recordará, se dedicaban a comprar todos los regalitos que podían y después Betún los devolvía a la Zona. Al diablo lo que es del diablo. Ahora ya no hay nada que comprar y, además, el nuevo director del instituto les ha echado encima a la policía.

—Ya. ¿Y los jóvenes?

—Bueno, los jóvenes... Llegan y se van. Hay cinco o seis con algo de experiencia, pero últimamente no encuentran a nadie a quien vender los regalitos y se han desanimado. Los voy domesticando poco a poco. Creo, jefe, que la vida de stalker ha terminado en mi Zona. Los veteranos lo dejan, los jóvenes no saben el oficio, y el prestigio de la profesión ya no es el que era. Ha llegado la tecnología, los stalkers autómatas.

—Sí, sí, algo he oído —repuso el señor Lemchen—. Sin embargo, gastan tal cantidad de energía que no sale a cuenta. ¿O me equivoco?

—Es cuestión de tiempo. No tardarán en empezar a compensarla.

—¿Cuánto tardarán?

—Cinco o seis años...

El señor Lemchen volvió a asentir.

—Por cierto, seguramente usted no sabrá que el enemigo también ha empezado a utilizar stalkers autómatas.

—¿En mi Zona? —preguntó de nuevo Noonan, con súbito interés.

—En su Zona, sí. Tienen la base en Rexopolis, y lanzan las máquinas desde helicópteros que cruzan las montañas hasta el pie del pico Boulder por el cañón de la Serpiente y el lago Negro.

—Pero eso es muy periférico —apuntó Noonan, desconfiado—. Allí no hay nada. ¿Qué podrían encontrar allí?

—Muy poca cosa. Pero algo encuentran. De todas formas, a usted no le afecta, solo son datos para los informes... Resumamos: casi no quedan stalkers profesionales en Harmont. Los que quedan no tienen relación con la Zona. Los jóvenes están confusos y se encuentran en proceso de domesticación. El enemigo está destrozado, rechazado, escondido en algún agujero lamiéndose las heridas. No hay regalitos, y cuando aparece algo no hay a quien venderlo. La fuga de material de la Zona de Harmont ha cesado hace tres meses. ¿Es así?

Noonan guardó silencio. Ahora, pensó. Ahora es cuando me da el golpe de gracia. Pero ¿por dónde? ¿Dónde tengo la brecha? Y, por lo que parece, no es pequeña. ¡Venga, carcamal chocho! Suéltalo ya...

—No he oído la respuesta —lo apremió el señor Lemchen, poniéndose una mano cóncava en la oreja peluda y arrugada.

—De acuerdo, jefe —respondió Noonan de mala gana—. Ya está bien. Me ha pelado y me ha cocido; lléveme ya a la mesa.

El señor Lemchen carraspeó con suavidad.

—Ni siquiera tiene nada que decirme —protestó con amargura inesperada—. Se queda pasmado como un bobo delante de su superior, pero imagínese cómo me quedé yo cuando anteayer... —Se interrumpió de repente, se levantó y atravesó el despacho en dirección a la caja de caudales—. En definitiva, durante los dos últimos meses, solo según los datos que tenemos nosotros, el enemigo ha conseguido más de seis mil unidades de material de las distintas Zonas... —Se detuvo junto a la caja de caudales, le acarició la superficie tintada y se volvió de golpe hacia Noonan—. ¡No se haga ilusiones! —bramó—. ¡Llevan las huellas dactilares de Burbridge! ¡Las huellas dactilares del Maltés! ¡Las huellas dactilares de Ben Halevi el Narizota, al cual ni siquiera ha considerado necesario mencionar! ¡Las huellas dactilares de Geresh el Gangoso y Cmig el Enano! ¿Así es como domestica a los jóvenes? ¡Pulseras! ¡Agujas! ¡Escarabajos blancos! Y, encima, esos ojos de cangrejo, esos sonajeros de puta, esas servilletas de cascabel que no

tenemos ni idea de qué son... ¡Maldita sea toda esa basura! —De nuevo se interrumpió, regresó al sillón, volvió a unir las yemas de los dedos y le preguntó muy educadamente—: ¿Qué opina de todo esto, Richard?

Noonan se sacó un pañuelo del bolsillo y se lo pasó por el cuello y la nuca.

—No opino nada —respondió con toda sinceridad—. Perdone, jefe, pero ahora estoy un poco... Deme un respiro... ¡Burbridge! Límpiese el culo con mi hoja de servicios si quiere, ¡pero Burbridge no tiene ninguna relación con la Zona! ¡Sé qué hace a cada paso que da! Organiza juergas y pícnicos en los lagos, gana muchísimo dinero, simplemente no necesita... Discúlpeme, seguro que estoy diciendo tonterías, pero le garantizo que no he perdido de vista a Burbridge desde que salió del hospital...

—No quiero entretenerlo más —concluyó el señor Lemchen—. Le doy una semana para que me dé una explicación de cómo llega el material de su Zona a las manos de Burbridge y de toda esa gentuza. Adiós.

Noonan se levantó, asintió con torpeza al perfil del señor Lemchen y salió a la recepción sin dejar de secarse el sudor que le caía a chorros por el cuello. El joven bronceado fumaba mientras observaba las entrañas del aparato electrónico, pensativo. Levantó la mirada hacia Noonan. Tenía los ojos vacíos, vueltos hacia dentro.

Richard Noonan se puso el sombrero de cualquier manera, se colgó el abrigo del brazo y salió. Esto no me había pasado nunca, pensó, confuso. No me lo puedo creer. ¡Ben Halevi el Narizota! ¿Ya le ha dado tiempo a ganarse un apodo? ¿Cuándo? Pero si ese piltrafilla no aguantaría nada... Es un niño... No, aquí hay algo que no encaja... ¡Ah, Buitre, cabrón lisiado! ¡Cómo me la has pegado! Me has dejado con el culo al aire, me has tirado por los suelos... ¿Cómo ha podido suceder? ¡No puede estar sucediendo! Lo mismo que aquella vez en Singapur: la cara contra la mesa, la cabeza contra la pared...

Se sentó en el coche y, con la mente totalmente aturdida, estuvo palpando debajo del salpicadero en busca del contacto. El agua del sombrero le chorreaba en las piernas; se lo quitó y lo lanzó sin mirar al asiento de atrás. La lluvia inundaba el parabrisas, y Richard Noonan sintió, inexplicablemente, que ese era el motivo por el que no sabía qué hacer a continuación. Al darse cuenta, se pegó un puñetazo en la frente calva con todas sus fuerzas. De algo sirvió. Se acordó de que no había ningún botón de arranque y de que tenía el así en el bolsillo. La pila eterna. Tenía que sacarlo del puto bolsillo, meterlo en la puta ranura, y entonces ya podría largarse de allí, lejos de aquel edificio, desde cuyas ventanas lo estaría observando ese viejo pellejo...

Noonan se quedó inmóvil con el así en la mano. Sí. Por lo menos ya sé con quién voy a empezar. Empezaré por él. ¡Oh, y de qué manera! Se va a enterar. Qué a gusto me voy a quedar... Puso en marcha los limpiaparabrisas y condujo por la avenida, casi sin ver nada, un poco más calmado. Bien. Que sea como en Singapur. Al fin y al cabo, en Singapur todo terminó bien. Tampoco fue para tanto: solo te estamparon la cara contra la mesa una vez. Podría haber sido peor. Podría no haber sido la cara y podría no haber sido una mesa, sino una tabla con clavos... ¡Señor, con lo sencillo que sería! Podríamos coger a toda esta gentuza y meterla en el trullo quince años... ¡o mandarlos al quinto infierno! En Rusia no han oído hablar de stalkers. Allí, alrededor de la Zona hay un espacio vacío de cien kilómetros y no hay nadie que moleste, ni turistas apestosos ni Burbridges. ¡Hay que actuar con más simplicidad, señores, con más simplicidad! No hace falta complicarse la vida, por Dios. No hay nada que hacer en la Zona: adiós muy buenas en cien kilómetros a la redonda. Bueno, no te distraigas. ¿Dónde está mi burdel? No se ve una mierda. Ah, ahí está.

El Cinco Minutos, cosa extraña a aquella hora del día, tenía tantas luces encendidas que parecía el Metropol. Sacudiéndose como un perro mojado, Richard Noonan entró en el vestíbulo vivamente iluminado, que apestaba a tabaco, perfumes y champán rancio. El viejo Benny, aún sin librea, estaba comiendo en un mostrador que discurría oblicuo a la entrada, agarrando el tenedor con el puño. Delante de él, con los pechos descomunales apoyados entre las copas vacías, la Madame lo miraba comer con tristeza. Todavía no habían limpiado el vestíbulo después de la noche anterior. Cuando entró Noonan, la Madame volvió la cara grande y malhumorada, pero enseguida esbozó su sonrisa profesional.

—¡Oh! —exclamó con voz grave—. ¡Nada menos que el señor Noonan! ¿Echa de menos a las chicas?

Benny no dejó de comer; era sordo como una tapia.

—¡Hola, cariño! —la saludó Noonan, acercándose—. ¿Para qué quiero chicas, si tengo aquí a una mujer de verdad?

Benny por fin advirtió su presencia. Su terrible semblante, surcado de cicatrices azules y púrpuras, se quebró con esfuerzo en una sonrisa de bienvenida.

—¡Buenos días, patrón! —exclamó con voz ronca—. ¿Ha pasado por aquí a secarse?

Noonan sonrió en respuesta y le hizo un gesto con la mano. No le gustaba hablar con Benny: todo el rato tenía que gritar.

—¿Dónde está mi administrador, chicos? —preguntó.

—En su despacho —respondió la Madame—. Mañana hay que pagar los impuestos.

—¡Ay, los impuestos! —exclamó Noonan—. Bien. Madame, por favor, prepárame mi combinado favorito; vuelvo enseguida.

Recorrió el pasillo sin hacer ruido por la gruesa alfombra sintética. A ambos lados había cubículos cerrados con cortinas, acompañados de sendos cuadros de una flor en la pared. Dobló por un pasillito imperceptible y, sin llamar, abrió la puerta revestida de cuero que lo remataba.

Zarpazas Katiusha, sentado a una mesa, sujetaba un espejito y se examinaba con suma concentración una fea postilla de la nariz. No parecía muy preocupado por que al día siguiente hubiera que pagar los impuestos. En la mesa, por lo demás vacía, había un tarro de ungüento de mercurio y un vaso con un líquido transparente. Zarpazas Katiusha levantó los ojos inyectados en sangre, pegó un salto y dejó caer el espejito. Sin decir palabra, Noonan se hundió en el sillón de enfrente y observó al bribón mientras este murmuraba algo sobre la condenada lluvia y el reuma.

—Cierra la puerta con llave, chato —le espetó Noonan.

Zarpazas, de pies planos y piernas cortas, se precipitó a la puerta zapateando, echó la llave y regresó a la mesa. La montaña de pelo lo hacía mucho más alto que Noonan, pero lo miraba servilmente a la boca. Noonan lo escrutó con los ojos entrecerrados y de golpe recordó que Zarpazas Katiusha se llamaba en verdad Rafael. Lo apodaban Zarpazas por los monstruosos nudillos, entre grises y rojizos, que le sobresalían del vello de las manos, espeso como el puño de un jersey. Lo de Katiusha se lo había puesto él mismo, convencido de que era el nombre tradicional que se atribuían los antiguos zares mongoles. Rafael. Muy bien, entonces, Rafael. Vamos a empezar.

—¿Cómo van las cosas? —le preguntó con dulzura.

—Todo en orden, jefe —respondió de inmediato Rafael Zarpazas.

—¿Se ha arreglado el escándalo de la comandancia?

—Les he dado ciento cincuenta. Todos están contentos.

—Esos ciento cincuenta, de tu bolsillo. Ha sido culpa tuya, chato. Deberías haber estado más atento.

Zarpazas puso cara de desconsuelo y abrió las enormes manos en gesto de aceptación.

—Hay que cambiar el parquet del vestíbulo —señaló Noonan.

—Así se hará.

Noonan guardó silencio, con los labios apretados.

—¿Hay regalitos? —preguntó, bajando la voz.

—Algo tenemos —respondió Zarpazas, imitándolo.

—Enséñamelos.

Zarpazas corrió a la caja de caudales, sacó un paquete, lo puso en la mesa frente a Noonan y lo abrió. Con un dedo, Noonan removi6 un grupito de lágrimas negras, cogió una pulsera, la examinó por todos lados y la dejó donde estaba.

—¿Nada más?

—No traen nada —explicó Zarpazas con aire culpable.

—No traen nada —repitió Noonan.

Apuntó con cuidado y, con todas sus fuerzas, le dio una patada con la punta de la bota en la espinilla. Zarpazas gimió y empezó a agacharse para asirse la parte dolorida, pero se irguió de repente, en guardia. Noonan se levantó de un salto como si le hubieran dado una puñalada en el culo, empujó atrás el sillón, agarró a Zarpazas del cuello de la camisa y se abalanzó sobre él, pegándole con los ojos desorbitados y susurrándole insultos. Zarpazas, entre ayes y lamentos, echó atrás la cabeza como un caballo asustado y fue retrocediendo hasta caer en el sofá.

—¿Estás jugando a dos bandas, cabrón? —le siseó Noonan a dos dedos de los ojos, blancos de miedo—. El Buitre nada en regalitos ¿y tú me traes collares de cuentas envueltos en un hato? —Se volvió ligeramente y le dio un puñetazo en la cara, intentando acertarle en la postilla de la nariz—. ¡Voy a hacer que te pudras en la cárcel! ¡Voy a hacer que vivas en la mierda el resto de tu vida! Vas a comer mierda... ¡Vas a lamentar haber nacido! —Volvió a darle un puñetazo en la postilla—. ¿De dónde saca los regalitos el Buitre? ¿Por qué a él le llevan y a ti no? ¿Quién se los lleva? ¿Por qué no me he enterado de nada? ¿Para quién trabajas, cerdo peludo? ¡Habla!

Zarpazas abrió la boca y la cerró sin pronunciar ningún sonido. Noonan lo soltó, regresó al sillón y puso los pies encima de la mesa.

—¿Y bien?

Zarpazas se sorbió la nariz, llena de sangre.

—Válgame Dios, jefe... ¿De dónde ha sacado eso? ¿Qué regalitos tiene el Buitre? No tiene, no tiene nada. Nadie tiene ya...

—Vaya, ¿quieres llevarme la contraria? —le preguntó Noonan con dulzura, bajando los pies de la mesa.

—¡Claro que no, jefe! Válgame Dios... —exclamó Zarpazas a toda prisa—. ¡Discutir con usted! Jamás se me pasaría por la...

—Voy a despedirte —lo amenazó Noonan—. Una de dos: o te has vuelto un mierda o no sabes trabajar. ¿De qué coño me sirves, inútil? Los hay a patadas que pueden hacer tu trabajo. Necesito un hombre como Dios manda, y tú no haces más que meter mano a las chavalas y mamar cerveza.

—Un momento, jefe —replicó Zarpazas con serenidad, restregándose la sangre por la cara—. ¿A qué viene todo esto, así de repente? Vamos a ver si lo aclaramos... —Se tocó la postilla con la punta de los dedos, cuidadoso—. ¿Dice que el Buitre tiene muchos regalitos? Lo dudo. Perdone, pero creo que es a usted a quien han engañado. Ahora no hay nadie que tenga regalitos. A la Zona solo van los mocosos, y casi nunca vuelven. No, jefe, se lo juro, lo están engañando...

Noonan lo miró de reojo. Parecía que, en efecto, Zarpazas no sabía nada. Además, no le salía a cuenta mentir; tampoco ganaría tanto con el Buitre.

—Con esos pícnicos que organiza, ¿se saca mucha pasta? —preguntó.

—¿Con los pícnicos? No tanto. No puede decirse que haga un dineral. Es que en la ciudad no quedan ya negocios lucrativos...

—¿Dónde se montan los pícnicos?

—¿Dónde se montan? Pues... en distintos lados. En las montañas Blancas, muchas veces en Fuentes Calientes, en los lagos Irisados...

—¿Y qué clientela suele tener?

—¿Qué clientela? —Zarpazas volvió a tocarse la postilla, se miró los dedos y señaló con aire confidencial—: Jefe, si lo que quiere es meterse en ese negocio, no se lo aconsejo. No puede competir con el Buitre.

—¿Y eso por qué?

—La clientela del Buitre son: uno, cascos azules. —Zarpazas empezó a contar con los dedos—. Dos, militares de la comandancia. Tres, turistas del Metropól, del Lirio Blanco o del Visitante. Además, tiene anuncios por todas partes, y algunos harmonteses también se apuntan. Válgame Dios, jefe, no se meta en eso. Nos paga por las chicas; de acuerdo que no tanto, pero...

—¿Los harmonteses se apuntan a los pícnicos?

—Sobre todo los jóvenes.

—¿Y qué se hace en un pícnic de esos?

—¿Que qué se hace? Pues llegamos hasta el sitio en autocar. Allí hay tiendas de campaña, comida, música... No sé, cada uno se divierte como le apetece. A los militares les gustan las chicas, los turistas intentan ver algo de la Zona... Si están en Fuentes Calientes, la Zona queda a un tiro de piedra atravesando por la garganta de Azufre... El Buitre tira por allí huesos de caballo para que los turistas los miren por los prismáticos...

—¿Y los harmonteses?

—¿Los harmonteses? A ellos no les interesan esas chorradas, claro... Van a pasárselo bien un rato, cada uno a su manera...

—¿Y el Buitre?

—¿El Buitre? Pues como todos...

—¿Y tú?

—¿Yo? Pues como todos. Vigilo que a ninguna chica le pase nada y... Bueno... Allí... Bueno, pues como todo el mundo, ¿no?

—¿Y cuánto dura?

—Depende. A veces tres días, a veces una semana entera.

—¿Y cuánto cuesta esta fiesta? —preguntó Noonan, pensando ya del todo en otra cosa.

Zarpazas respondió, pero Noonan no lo escuchaba. Ahí está el agujero, pensó. Varios días... Varias noches. En esas condiciones es simplemente imposible seguirle la pista al Buitre, ni siquiera aunque uno se dedicara en exclusiva a eso, no se revolcara con ninguna chica ni se pusiera hasta arriba de cerveza, como mi zar mongol... Pero la cosa sigue sin estar clara. Le falta una pierna, y hay una garganta... No, no encaja...

—¿Quién de los de aquí va regularmente?

—¿De los de aquí? Ya se lo he dicho: jóvenes, la mayoría. Lo peorcito de la ciudad. Haleví, Razhba..., el Pollito Perno... Este... Cmig... Ah, el Maltés, a veces. Una panda de sinvergüenzas. Lllaman a los pícnicos «la escuela del domingo». Dicen: «¿Qué, vamos a la escuela del domingo?». Van sobre todo por las turistas maduritas, suelen ganar bastante con ellas. Qué sé yo, llega una vieja europea y...

—La escuela del domingo —repitió Noonan.

Se le ocurrió de repente una idea extraña. Una escuela. Se levantó.

—Bien. Vamos a olvidarnos de los pícnicos. No es negocio para nosotros. Pero entérate bien, chato: el Buitre tiene regalitos, y eso sí es nuestro problema. No podemos dejar que la cosa quede así. Busca, Zarpazas, y encuentra, porque si no te voy a pegar la patada en el culo. De dónde saca los regalitos, quién se los proporciona... Acláralo todo y ofrece el veinte por ciento más que él. ¿Entendido?

—Entendido, jefe. —Zarpazas también se levantó y se quedó bien tieso, con la lealtad escrita en la cara sucia.

—¡Y deja ya de sobar a las chicas, animal! —tronó Noonan de súbito, y se marchó.

En la barra del vestíbulo saboreó su aperitivo mientras charlaba con la Madame sobre la degeneración de las costumbres. Insinuó que en un futuro cercano tenía la intención de ampliar el local y, bajando la voz para darle importancia, le pidió consejo acerca de qué hacer con Benny: el tipo se había vuelto viejo, estaba sordo, había perdido reflejos, no estaba tan en forma como antes... Ya eran las seis y tenía hambre, pero todo giraba alrededor de una idea insignificante y repentina que le corroía el cerebro, una idea chocante pero al mismo tiempo muy esclarecedora. No obstante, una vez aclaradas tantas cuestiones y desaparecido el manto irritante y amenazador de misticismo, lo único que le quedó fue una sensación de enfado consigo mismo por no haber pensado antes en esa posibilidad. En fin, no importaba; lo que importaba de verdad era esa idea que lo concomía y no le daba descanso.

Noonan se despidió de la Madame, saludó a Benny con la mano y fue a coger el coche para ir al Borcht. El problema es que no nos damos cuenta de que los años pasan, pensaba. Y una mierda, los años; no nos damos cuenta de que las cosas cambian. Sabemos que cambian, desde pequeños nos han dicho que cambian, hemos visto mil veces con nuestros propios ojos cómo cambian, y a pesar de todo somos totalmente incapaces de captar el momento en que se produce el cambio, o bien buscamos el cambio en el lugar equivocado. Han aparecido nuevos stalkers, equipados con tecnología cibernética. Los viejos stalkers eran tipos sucios y sombríos que recorrían la Zona milímetro a milímetro arrastrándose con obstinación animal y se sacaban una fortuna. Los nuevos stalkers son tipos con traje y corbata, ingenieros, que se sientan a un kilómetro de la Zona con un cigarro en la boca y un vaso con reconstituyente y miran por unas pantallitas. Unos caballeros que cobran un sueldo. Es una situación perfectamente lógica. Es tan lógica que ni siquiera cabe plantearse otra posibilidad. Y, sin embargo, existen otras: por ejemplo, la escuela del domingo.

Y de repente, como salida de la nada, lo invadió la desesperación. Todo era inútil. Todo era en vano. Madre mía, pensó; a fin de cuentas, ¡nada de lo que hagamos servirá! ¡Es imposible parar esto, hacerlo desaparecer! No hay dique que pueda contener este caudal, pensó con pavor. No es que trabajemos mal. No es que sean más listos que nosotros. Simplemente, el mundo es así. El hombre es así. Si no hubieran venido los visitantes, sería por otra cosa. Los cerdos siempre acaban revolcándose en el barro...

El Borcht estaba vivamente iluminado y saturado de olores deliciosos. El local también había cambiado: ya no albergaba borracheras ni alegría. Betún lo consideraba indigno y había dejado de frecuentarlo, y Redrick Schuhart

seguramente había asomado la nariz pecosa por la puerta, la había fruncido y se había largado. Ernest aún estaba en la cárcel y la que llevaba el negocio era su mujer, contenta por fin de tener una clientela fija; todo el instituto iba allí a comer, y también los militares más veteranos. Tenía unas mesas agradables, la cocina era sabrosa, no era caro, siempre había cerveza fresca... Era una taberna estupenda.

Noonan vio a Valentine Pillman en una mesa. El laureado estaba tomándose un café y leyendo un periódico doblado por la mitad. Noonan se acercó.

—¿Puedo sentarme con usted?

Valentine, ataviado con gafas oscuras, levantó la cabeza para mirarlo.

—Oh. Claro.

—Enseguida vuelvo. Voy a lavarme las manos —dijo Noonan al acordarse de repente de la postilla.

Noonan era un habitual del Borcht. Cuando regresó y se sentó frente a Valentine, lo esperaban una cazuelita con un churrasco humeante y una jarra alta de cerveza, ni muy fría ni tibia, tal como le gustaba. Valentine apartó el periódico y se llevó la taza a los labios.

—Dígame, Valentine —dijo Noonan mientras separaba un trozo de carne y lo mojaba en salsa—, ¿cómo cree usted que va a acabar todo esto?

—¿A qué se refiere?

—A la Visitación, las Zonas, los stalkers, los complejos militar-industriales... Todo. ¿Qué final puede tener todo esto?

Valentine lo miró largamente a través de los cristales oscuros y se encendió un cigarro.

—¿Para quién? —replicó—. Concrete.

—Pues, digamos, para el conjunto de la humanidad.

—Eso dependerá de la suerte que tengamos. Ahora sabemos que, para el conjunto de la humanidad, la Visitación pasó sin dejar huella. Para la humanidad todo pasa sin dejar huella. No obstante, entra dentro de lo posible que, al ir sacando castañas de este fuego, nos encontremos con una que transforme nuestro planeta en un lugar inhabitable. Eso sería si tuviéramos mala suerte. De todas formas, estará de acuerdo en que la humanidad siempre ha estado amenazada en ese sentido. —Apartó el humo del tabaco y sonrió—. ¿Sabe? Hace tiempo que he perdido la costumbre de hablar del conjunto de la humanidad. El conjunto de la humanidad es un sistema demasiado estacionario; nada le afecta.

—¿Eso piensa? —dijo Noonan, decepcionado—. Entonces, puede ser que...

—Sea sincero, Richard —lo interrumpió Valentine, claramente divertido—. En su vida, en su trabajo, ¿qué ha cambiado con la Visitación? Ahora que sabe que en el universo existe al menos una especie inteligente además de la humana, ¿qué?

—¿Qué quiere que le diga? —gruñó Noonan. Ya se arrepentía de haber entablado la conversación. No había nada que decir sobre el tema—. ¿Qué ha cambiado para mí? Por ejemplo, hace ya muchos años que me siento incómodo, que siento una especie de inquietud. De acuerdo, llegaron y se marcharon enseguida. Pero ¿y si vuelven y les da por quedarse? Para mí, un hombre de negocios, no es una pregunta banal, ¿sabe? Quiénes son, cómo viven, qué necesitan... En el sentido más primario, tengo que pensar si debo cambiar mi mercancía. Tendré que estar preparado. ¿Y si resulta que no soy necesario para su sistema? —Noonan se animó—. ¿Y si ninguno de nosotros resulta necesario? Dígame, Valentine, ya que ha salido el tema, ¿existen respuestas para estas preguntas? ¿Quiénes son? ¿Qué necesitaban? ¿Volverán?

—Claro que existen —repuso Valentine con una sonrisa—. Hay muchísimas; escoja la que quiera.

—Pero ¿usted qué opina?

—Francamente, nunca me he permitido reflexionar sobre ello con seriedad. Para mí, la Visitación es, sobre todo, un acontecimiento único que contiene la posibilidad de saltarse varios pasos en el proceso del conocimiento. Una especie de viaje a la tecnología futura. No sé, como si en el laboratorio de Isaac Newton hubiese caído un emisor de luz coherente actual...

—Newton no habría entendido nada.

—¡Me extrañaría mucho! Newton era muy perspicaz.

—¿Sí? Bien, es igual, dejemos tranquilo a Newton. ¿Cómo explica usted la Visitación? Aunque sea en plan informal...

—De acuerdo, se lo diré. Pero debo advertirle que su pregunta cae en el campo de la seudociencia llamada xenología. La xenología es un híbrido artificial entre la ciencia ficción y la lógica formal. Su metodología se basa en la aceptación de una falacia: la asunción de que la psicología humana puede aplicarse a una inteligencia extraterrestre.

—¿Por qué es una falacia?

—Pues porque los biólogos ya se pillaron los dedos hace tiempo, cuando intentaron aplicar la psicología humana a los animales. Y eran seres terrestres.

—Disculpe, pero aquí la cuestión es completamente distinta. De lo que estamos hablando es de la psicología de seres *inteligentes*...

—Sí. Y todo sería la mar de fácil si supiéramos qué es la inteligencia.

—Ah, ¿es que no lo sabemos? —Noonan se quedó asombrado.

—Pues figúrese que no. A menudo se parte de una proposición muy trivial: la inteligencia es un atributo de las personas que hace que sus acciones sean distintas de las de los animales. Esta tentativa intenta diferenciar, por ejemplo, al amo del perro, el cual al parecer lo entiende todo, pero no puede hablar. No obstante, esta definición tan trivial deriva en otras menos simples que se basan en tristes observaciones de las acciones humanas. Por ejemplo: la inteligencia es la capacidad de los seres vivos de realizar acciones absurdas o antinaturales.

—Sí, como en nuestro caso —convino Noonan.

—Por desgracia. O tomemos una definición hipotética: la inteligencia es un instinto complejo que aún no ha acabado de desarrollarse. Tengamos en cuenta que las acciones instintivas son siempre útiles y naturales. Dentro de un millón de años, el instinto habrá acabado de formarse y dejaremos de cometer errores, los cuales son, con toda probabilidad, atributos intrínsecos de la inteligencia. Y entonces, si en el universo se produce algún cambio, nos extinguiremos felizmente, porque habremos olvidado cómo cometer errores, es decir, probar otras variantes, otras posibilidades que no estén contempladas en un sistema rígido.

—Todo esto que dice resulta un tanto... humillante.

—Bueno, hay otra posibilidad, una noble y sublime. La inteligencia es la capacidad de utilizar las fuerzas del mundo que nos rodea sin destruirlo.

Noonan se encogió y negó con la cabeza.

—No. Es demasiado... Eso no somos nosotros... ¿Y qué hay de esa definición que dice que las personas, a diferencia de los animales, son seres que sienten una imperiosa necesidad de conocer? Lo he leído en alguna parte.

—Yo también. Pero la cuestión es que la persona, en todo caso el hombre masa, satisface con mucha facilidad esa ansia de conocimiento. En realidad, y es mi opinión, el hombre no tiene tal ansia en absoluto. Lo que sí posee es la necesidad de comprender, pero para eso no es imprescindible el conocimiento. La hipótesis de Dios, por ejemplo, ofrece una posibilidad incomparable de entenderlo absolutamente todo sin aprender absolutamente nada... Dele a una persona un sistema del mundo reduccionista en extremo e

interprétele un acontecimiento cualquiera sobre la base de ese modelo. Este enfoque no exige ningún conocimiento; solo unas cuantas fórmulas memorizadas junto con lo que llamamos intuición, perspicacia o sentido común.

—Un momento —replicó Noonan. Se terminó la cerveza y dejó la jarra en la mesa con un golpe—. No se vaya por las ramas. Pongamos la siguiente situación: una persona se encuentra con un extraterrestre. ¿Cómo pueden saber el uno del otro que son seres inteligentes?

—No tengo ni idea —respondió Valentine, divertido—. Todo lo que he leído al respecto desemboca en un círculo vicioso. Si son capaces de establecer comunicación, entonces son inteligentes. Y a la inversa: si son inteligentes, serán capaces de comunicarse. En general: si un ser extraterrestre tiene el honor de poseer una psicología humana, es inteligente. Así es. ¿Ha leído a Vonnegut?

—Pues sí que estamos bien. Y yo que pensaba que usted lo tenía todo ordenado y clasificado...

—Los monos también saben ordenar y clasificar.

—No, espere. —Noonan no entendía por qué, pero se sentía engañado—. Pero si ni siquiera usted sabe estas cosas tan simples... De acuerdo, dejemos la inteligencia a un lado. Por lo visto, es un asunto con el que hasta el diablo se pillaría los dedos. Pero ¿y la Visitación? ¿Qué opina de la Visitación?

—Mire... Imagínese un pícnic.

—¿Cómo dice? —preguntó Noonan, sobresaltado.

—Un pícnic. Imagínese un bosque, un camino, un prado. Un coche recorre el camino hasta el prado; un grupo de jóvenes se apea con botellas, cestas de comida, chicas, radios, cámaras de foto y de vídeo... Encienden una hoguera, montan tiendas, ponen música. Y por la mañana se marchan. Los animales, los pájaros y los insectos que se han pasado la noche observando aterrorizados salen de sus guaridas. ¿Y qué ven? Un charco de lubricante en la hierba, gasolina derramada, cerillas usadas tiradas por ahí, filtros de aceite. Trozos de tela, bombillas fundidas, una llave inglesa que se le ha caído a alguien... Los neumáticos dejan restos de barro procedente de un pantano desconocido. Aparte, faltaría más, hay restos de la hoguera, corazones de manzana, envoltorios de chucherías, tarros de conservas, botellas vacías, un pañuelo, una navaja, periódicos viejos y rasgados, monedas, flores marchitas de otros prados...

—Ya entiendo. Un pícnic de camino.

—Exactamente. Un pícnic de camino por el universo. Y preguntaba usted si volverían o no.

—Deme un cigarro. ¡Vaya con su pseudociencia! Desde luego, nunca me lo había imaginado de esta forma.

—Está en su derecho.

—Pero, dígame, ¿y ni siquiera se han dado cuenta de nuestra presencia?

—¿Por qué?

—Bueno, en cualquier caso, no nos prestaron la menor atención...

—Mire, yo en su lugar no me ofendería —le aconsejó Valentine.

Noonan dio una calada al cigarro, tosió y lo tiró.

—Da igual —siguió, tozudo—. No puede ser. ¡Váyanse al infierno, ustedes los científicos! ¿Por qué sienten semejante desprecio por la humanidad? ¡Nunca pierden ocasión de humillarla!

—Espere —intervino Valentine—. Escuche. —Y citó—: «Usted me pregunta: ¿dónde reside la grandeza del hombre? ¿En haber creado una segunda naturaleza? ¿En haber puesto en movimiento fuerzas casi cósmicas? ¿En haber dominado el planeta en un tiempo brevísimo y haber abierto una ventana al universo? ¡No! En el hecho de que, a pesar de todos estos logros, ha sobrevivido y tiene la intención de sobrevivir durante mucho tiempo».

Se hizo el silencio. Noonan reflexionaba.

—Puede ser... —respondió, inseguro—. Desde ese punto de vista, entonces...

—Pero no se preocupe —lo consoló Valentine, afable—. Lo del pícnic es solo una hipótesis mía. Ni siquiera llega a hipótesis; es más bien una impresión, una estampa. Los llamados xenólogos serios intentan ofrecer variantes más sólidas y más complacientes con el amor propio de la humanidad. Por ejemplo, que no existió la Visitación, que todavía está por llegar. Una inteligencia superior lanzó a la Tierra contenedores con objetos de su cultura a la espera de que los estudiemos, demos un salto tecnológico y encontremos la manera de enviarles una señal de respuesta, lo cual significará que estamos realmente preparados para el contacto. ¿Qué le parece esta hipótesis?

—Hombre, dónde va a parar. Menos mal que entre los científicos de vez en cuando hay alguien decente.

—O esta: la Visitación tuvo lugar, en efecto, pero todavía no ha terminado. De hecho, nos encontramos en situación de contacto, lo que pasa es que no lo sabemos. Los visitantes se alojaron en las Zonas y están

estudiándonos a conciencia, al tiempo que nos preparan para los «milagros crueles del porvenir».

—¡Mucho mejor esta! —exclamó Noonan—. Al menos, así se entiende a qué se debe el misterioso alboroto de las ruinas de la fábrica. Por cierto, su pícnic no explica ese alboroto.

—¿Y por qué no? —lo contradijo Valentine—. Igual una de las chicas se dejó su osito mecánico en el prado...

—Pero ¿qué dice? —le espetó Noonan—. ¿Qué osito ni qué niño muerto? ¡La tierra tiembla! Oh, está bien, por qué no, puede ser un osito. ¿Quiere una cerveza? ¡Rosalia! ¡Eh, mujer! ¡Dos cervezas para los señores xenólogos! Es muy agradable charlar con usted. Es como si me aclararan el cerebro, como si me echaran sal inglesa en la mollera. Uno no hace más que trabajar y trabajar, y ¿para qué? Lo que será, será, y quién sabe cuál será el bálsamo del alma...

Llegaron las cervezas. Noonan bebió y, por encima de la espuma, vio como Valentine observaba su jarra con una expresión entre vacilante y aprensiva.

—¿Qué pasa? ¿No le gusta? —le preguntó Noonan, lamiéndose los labios.

—Es que no bebo —repuso Valentine, titubeante.

—¿En serio? —Noonan estaba sorprendido.

—¡Demonios! ¡Algún abstemio tendrá que haber en el mundo! —Echó la jarra a un lado con decisión—. Mejor pídamme un coñac, ya que estamos.

—¡Rosalia! —rugió de inmediato Noonan, muy animado. Cuando les hubieron servido el coñac, continuó—: No, es del todo imposible. No me refiero a su pícnic (eso es una indecencia, se mire por donde se mire), sino a que, aunque aceptara la versión de que esto es, por ejemplo, un prelude del contacto, tampoco resultaría nada bueno. Puedo entender las pulseras, los vacíos... Pero ¿qué es la gelatina de bruja? ¿Y los claros de mosquitos? ¿O esa pelusa asquerosa?

—Disculpe —lo interrumpió Valentine, cogiendo una rodaja de limón. No comprendo la terminología que emplea. ¿A qué claros se refiere?

—Es puro folclore —explicó Noonan, soltando una carcajada—. La jerga de los stalkers. Los claros de mosquitos son las áreas de gravedad alta.

—Ah, los graviconcentrados... La gravedad dirigida. Mire, de eso sí que puedo hablarle encantado, pero no entendería nada.

—¿Y por qué no iba a entender nada? ¡Oiga, que soy ingeniero!

—Porque ni siquiera yo lo entiendo. Dispongo de un sistema de ecuaciones, pero no tengo ni idea de cómo interpretarlas... ¿La gelatina de bruja es el gas coloidal?

—Eso mismo. ¿Se ha enterado de la catástrofe de los laboratorios Carrigan?

—Algo he oído —respondió Valentine de mala gana.

—Esos idiotas tenían un contenedor de porcelana con gelatina y lo pusieron en una cámara especial, totalmente hermética. O eso creían, que era hermética. Pero, cuando abrieron el contenedor con los manipuladores, la gelatina empapó el metal y el plástico igual que el agua el papel secante, escapó de la cámara, y todo lo que fue tocando se transformó en gelatina. Murieron treinta y cinco personas, más de cien resultaron mutiladas y el edificio entero de los laboratorios quedó inutilizado. ¿Ha estado allí alguna vez? ¡Son unas instalaciones impresionantes! Ahora la gelatina corre por los sótanos y los pisos inferiores. Aquí tiene el preludio del contacto.

Valentine se encogió.

—Sí, ya sabía todo eso. Sin embargo, Richard, estará de acuerdo en que los visitantes no tuvieron nada que ver. ¿Cómo iban a saber que teníamos complejos militar-industriales?

—¡Pues deberían saberlo! —proclamó Noonan en tono aleccionador.

—Ellos le dirían que hace mucho que deberíamos haber destruido los complejos militar-industriales.

—Y tendrían razón —convino Noonan—. Ya podrían encargarse de eso, si son tan poderosos.

—O sea, ¿sugiere que intervengan en los asuntos internos de la humanidad?

—Hum. Si siguiéramos por ahí, podríamos llegar demasiado lejos. Dejémoslo. Volvamos mejor al principio de la conversación. ¿Cómo terminará todo esto? Por ejemplo, tomémoslos a ustedes, los científicos. ¿Esperan que en la Zona se encuentre algo fundamental, algo que realmente dé un vuelco a la ciencia, a la tecnología, al modo de vida...?

Valentine apuró la copa y se encogió de hombros.

—Ha llamado a la puerta equivocada, Richard. No me gusta fantasear en balde. Cuando la conversación toma derroteros tan serios, opto por la cautela del escepticismo. Si nos basamos en lo que tenemos actualmente en nuestro poder, se nos abre un amplio espectro de posibilidades; es imposible decir nada concreto.

—¡Rosalia, otro coñac! —gritó Noonan—. De acuerdo, entonces probemos desde el otro extremo. Según usted, ¿qué es lo que tenemos?

—Pues, por raro que parezca, muy poca cosa. Hemos descubierto multitud de prodigios. En algunos casos hemos aprendido a utilizar los prodigios para

nuestras necesidades. Incluso nos hemos acostumbrado a tenerlos a mano. Un mono de laboratorio aprieta un botón rojo y le cae un plátano; aprieta uno blanco y le cae una naranja. Pero no sabe cómo conseguir plátanos o naranjas sin los botones. Tampoco entiende qué relación guardan los botones con los plátanos y las naranjas. Cojamos, por ejemplo, los asíes. Hemos aprendido a usarlos. Hasta hemos descubierto en qué condiciones se reproducen por división. Pero hasta el momento no tenemos ni idea de cómo hacer un así ni comprendemos cómo funciona, y, a juzgar por lo presente, vamos a tardar mucho en sacar algo en claro... Yo lo veo de la siguiente manera: hay objetos a los que les hemos encontrado aplicación. Los utilizamos, aunque casi con toda seguridad de modo distinto al que los usan los visitantes. Estoy completamente convencido de que en la gran mayoría de los casos clavamos clavos con microscopios. Sin embargo, algunos los usamos a nuestra manera: asíes, pulseras que estimulan los procesos vitales, distintos tipos de masa cuasibiológica que han supuesto una revolución para la medicina... Hemos obtenido nuevos tranquilizantes, nuevos tipos de fertilizantes que han revolucionado también la agricultura... En fin, qué voy a contarle. Usted lo sabe tan bien como yo; veo que lleva una pulserita. Bien, llamemos «útiles» a este grupo de objetos. Podríamos decir que, hasta cierto punto, han hecho bien a la humanidad, pero no olvidemos que, en nuestro mundo euclidiano, toda moneda tiene dos caras...

—¿Aplicaciones no deseadas? —intervino Noonan.

—Exacto. Por ejemplo, el uso de asíes en la industria armamentística. No voy a entrar en eso. Los efectos de los objetos útiles ya están más o menos estudiados, más o menos explicados. Ahora nos frena la falta de tecnología, pero dentro de cincuenta años aprenderemos a fabricar sellos reales y con ellos podremos cascar todas las nueces que queramos. Más complicado es qué hacer con otro grupo de objetos. La dificultad radica precisamente en que no les encontramos ningún uso y, en el marco de nuestras nociones actuales, no hay manera de explicar sus propiedades. Por ejemplo, las distintas trampas magnéticas. Sabemos que son trampas magnéticas; Panov lo mostró con suma lucidez. Pero no sabemos dónde está el origen de ese campo magnético tan potente ni en qué se basa su ultraestabilidad... No entendemos nada. No podemos hacer más que elaborar hipótesis fantasiosas con respecto a esas propiedades espaciales que antes ni sospechábamos que existían. O los k-23... ¿Cómo llaman ustedes a esas bolas negras tan bonitas que se usan como adornos?

—Lágrimas negras —contestó Noonan.

—Eso, lágrimas negras... Bonito nombre. Bueno, ya conoce sus propiedades. Si se lanza un rayo de luz a una bolita, la luz sale de ella con cierto retardo, retardo que depende del peso de la bola, del tamaño y de otros parámetros, y la frecuencia de la luz que emerge es siempre menor que la de la que entra. ¿Qué son? ¿Por qué se comportan así? Existe la idea descabellada de que las lágrimas negras son regiones gigantes de un espacio que posee propiedades distintas del nuestro y que adquirieron esa forma coagulada al entrar en contacto con nuestro espacio... —Valentine sacó un cigarro y lo encendió—. Resumiendo: en sentido práctico, los objetos de este grupo de momento son inútiles para la humanidad, aunque tengan una importancia fundamental desde un punto de vista científico. Son respuestas caídas del cielo a preguntas que todavía no sabemos formular. El mencionado sir Isaac tal vez no habría comprendido cómo funciona el láser, pero en todo caso habría entendido que semejante elemento pudiera existir, cosa que habría influido muy profundamente en su visión científica del mundo. No voy a extenderme en los detalles, pero la existencia de objetos como las trampas magnéticas, los k-23 o el aro blanco borra de un plumazo todo el campo de teorías recientes en desarrollo y genera ideas totalmente nuevas. Pero aún hay un tercer grupo...

—Sí —convino Noonan—. La gelatina de bruja y porquerías por el estilo.

—No, no. Ese tipo de cosas pertenecen o bien al primer grupo, o bien al segundo. Me refiero a los entes de los que no sabemos nada o que solo conocemos de oídas, los que nunca hemos tenido en las manos. Aquellos que los stalkers se han llevado delante de nuestras narices y luego han escondido o han vendido a saber a quién. Los que mantienen en secreto. Los que son leyendas o semileyendas: la máquina de los deseos, Dick el vagabundo, los fantasmas alegres...

—Un momento, un momento —lo interrumpió Noonan—. ¿De qué está hablando? La máquina de los deseos ya imagino qué es...

Valentine rio.

—Ya ve: nosotros también tenemos nuestra jerga. Dick el vagabundo es el hipotético osito mecánico que hace el gamberro en las ruinas de la fábrica. Y los fantasmas alegres son unas turbulencias muy peligrosas que tienen lugar en ciertos puntos de la Zona.

—Es la primera vez que lo oigo.

—Es normal, Richard. Llevamos veinte años zascandileando por la Zona y no conocemos ni una milésima parte de lo que contiene. Y si hablamos del impacto de la Zona en las personas... En este punto es necesario incorporar a

la lista un nuevo grupo, el cuarto. No de objetos, sino de efectos. Es una vergüenza lo mal estudiado que está este grupo, y eso que, en mi opinión, se han recogido datos más que suficientes. Ya sabe usted que soy físico y, por tanto, escéptico. Pero a veces, cuando pienso en esos datos, siento un escalofrío de los pies a la cabeza.

—Los muertos vivientes... —murmuró Noonan.

—¿Qué? Ah, no. Eso es un misterio, pero poco más. Cómo lo diría... Es imaginable. Pero cuando alrededor de una persona, de repente, empiezan a ocurrir fenómenos que van más allá de lo físico y lo biológico...

—Ah, está pensando en los emigrantes.

—Eso es. La estadística matemática es una ciencia muy precisa, ¿sabe?, aunque trabaje con magnitudes aleatorias. Y, además, es una ciencia muy elocuente, muy gráfica...

Parecía que Valentine empezaba a achisparse. Cada vez hablaba más alto, se le habían subido los colores y, sobre las gafas oscuras, tenía las cejas enarcadas y la frente arrugada como un acordeón.

—¡Rosalia! —ladró de repente—. ¡Otro coñac! ¡En copa grande!

—Cómo me gustan los abstemios —comentó Noonan, muy respetuoso.

—¡No cambie de tema! —lo reprendió Valentine con severidad—. Escuche con atención lo que voy a contarle. Es muy extraño. —Levantó la copa, se bebió de un trago la mitad y continuó—: No sabemos qué les sucedió a los pobres harmonteses en el momento de la Visitación. Pero uno de ellos decide emigrar. Un ciudadano de lo más normal. Un peluquero. Hijo de peluquero y nieto de peluquero. Se marcha, digamos, a Detroit. Abre una peluquería y empieza el delirio. Más del noventa por ciento de sus clientes muere en el curso de un año: fallecen en accidentes de automóvil, se caen por una ventana, se los cargan mafiosos o delincuentes, se ahogan en aguas poco profundas, etcétera. La cosa no acaba ahí. El número de catástrofes del municipio de Detroit se dispara. Se duplican las explosiones de calderas de gas. Se producen incendios por fallos en la red eléctrica con una frecuencia tres veces y media mayor. Se triplica el número de accidentes automovilísticos. Se duplican las muertes por epidemia de gripe. Pero la cosa tampoco acaba ahí. Crece el número de desastres naturales en Detroit y alrededores. Surgen huracanes y tifones de no se sabe dónde, cuando en esos lares no se habían visto desde hacía mil setecientos largos años. El cielo se desgaja, caen lluvias torrenciales y se desborda el lago Ontario, o el Michigan, donde sea que esté Detroit. En fin, y más cosas del estilo. Lo mismo ocurre en cualquier ciudad, en cualquier pueblo, donde se establece un

emigrante del área de la Visitación, y el número de catástrofes es directamente proporcional al número de emigrantes que se instalan en el sitio en cuestión. Y fíjese: estos efectos solo los provocan los emigrantes que han vivido la Visitación. Los nacidos después no causan ningún impacto en las estadísticas de infortunios. Usted lleva diez años viviendo en Harmont, pero llegó después de la Visitación, y puede instalarse sin miedo hasta en el Vaticano. ¿Cómo se explica tal cosa? ¿Qué hay que rechazar: las estadísticas o el sentido común? —Valentine agarró la copa y la apuró de un trago.

—Hum, sí —repuso Noonan, rascándose detrás de la oreja—. Algo he oído. Pero, si le soy sincero, siempre he creído que todo eso, por decirlo con delicadeza, era un poco exagerado. Simplemente necesitaban un pretexto para prohibir la emigración.

Valentine esbozó una sonrisa torcida.

—¿Un pretexto? Qué va. ¿Quién iba a creerse ese delirio? No, se inventarían una epidemia o algo así... O el peligro de que se propagaran rumores alarmantes... ¡Cualquier otra cosa! —Se acodó en la mesa y apoyó la cara en las palmas de las manos, triste.

—Le entiendo y lo siento —dijo Noonan—. De hecho, desde el punto de vista de nuestra poderosa ciencia positivista...

—O, no sé, las mutaciones que provoca la Zona —lo cortó Valentine. Se quitó las gafas y clavó los ojos negros y débiles en Noonan—. Todo el que está en contacto prolongado con la Zona experimenta cambios, ya fenotípicos, ya genotípicos. Ya sabe qué les pasa a los hijos de los stalkers, ya sabe qué les pasa a los propios stalkers. ¿Por qué? ¿Dónde está el factor mutágeno? En la Zona no hay radiación. De acuerdo, la estructura química del aire y del suelo tiene sus particularidades, pero no ofrece amenazas mutágenas. ¿Qué debemos hacer en estas circunstancias? ¿Hay que empezar a creer en brujerías? ¿En el mal de ojo? Oiga, Richard, pídamme otra copa. Me estoy animando, maldita sea mi sombra...

Richard Noonan, sonriendo, pidió otra copa de coñac para el laureado y una jarra de cerveza para él.

—Pues sí —dijo después—. Desde luego que entiendo sus dudas. Pero, hablando con franqueza, a mí lo de los muertos vivientes me impacta mil veces más que los datos estadísticos. Sobre todo porque nunca he visto unos datos estadísticos, pero a los muertos sí que los he visto, y los he oído también...

Valentine hizo un gesto de desdén con la mano.

—Ah, usted y sus muertos... Pero, Richard, ¿no le da vergüenza? Al fin y al cabo es usted una persona instruida... En serio: desde el punto de vista de los principios fundamentales, esos muertos no deberían asombrarlo más que los acumuladores eternos. Fíjese: los asíes violan el primer principio de la termodinámica, y los muertos, el segundo. Esa es toda la diferencia. En cierto sentido, no hemos dejado de ser hombres de las cavernas: no podemos imaginar nada más terrorífico que un fantasma o un vampiro. Y, sin embargo, violar el principio de la causalidad es muchísimo peor que una horda de fantasmas o que cualquier monstruo de Rubinstein... ¿o era Valenstein?

—Frankenstein.

—Eso, Frankenstein. Madame Shelley. La mujer del poeta. O la hija. —Soltó una carcajada repentina—. Esos muertos presentan una característica curiosa: la vitalidad autónoma. Por ejemplo, se les puede cortar una pierna y la pierna anda sola... Bueno, no es que ande, claro, pero está viva. Por separado. Sin suero fisiológico ni nada de eso... Hace poco llevaron al instituto uno de esos muertos... no reclamados. Pueees... lo prepararon para examinarlo. Esto me lo contó el ayudante de laboratorio de Boyd. Le cortaron la mano derecha para hacer no sé qué con ella, volvieron a la mañana siguiente y se la encontraron haciendo la higa. —Valentine estalló en carcajadas—. ¿Qué le parece? ¡Pues así está hasta ahora! Abre los dedos, los cierra, los abre, los cierra. ¿Qué cree usted que quiere decirnos?

—Yo creo que el mensaje está clarísimo... Oiga, ¿no es hora de irnos a casa, Valentine? —dijo Noonan, mirando el reloj de pulsera—. Aún tengo un recado importante que hacer.

—Vamos —accedió Valentine de buena gana. Cogió las gafas y trató en vano de encajar la cara entre las patillas—. Uf, me ha emborrachado, Richard... —Sujetó las gafas con las dos manos y se las colocó con sumo cuidado—. ¿Tiene coche?

—Sí, ya lo llevo.

Pagaron y se dirigieron a la puerta. Valentine iba aún más tieso que de costumbre y, con un amplio movimiento de brazo, se llevaba un dedo a la sien para saludar a todos los ayudantes de laboratorio que veía, quienes observaban con curiosidad y asombro a la estrella mundial de la física. Llegaron a la salida, donde estaba el portero, que sonreía de oreja a oreja, y Valentine, al saludarlo, se dio tal golpe en las gafas que le cayeron al suelo; los tres se agacharon para recogerlas.

—Uf, Richard... —farfulló Valentine mientras se metía en el Peugeot—. Me ha emborrachado a base de bien. Maldita sea, esto no puede ser... Qué

vergüenza. Mañana tengo un experimento, ¿sabe?, uno muy interesante...

Y se puso a contar el experimento del día siguiente, salpicándolo con anécdotas a cada momento y repitiendo: «Me ha emborrachado... ¡Hay que ver! A hacer puñetas...». Noonan llevó al laureado al complejo científico, lo cortó en seco cuando lo poseyó el repentino deseo de seguir bebiendo («¡Que le den morcilla al experimento! ¿Sabe qué voy a hacer con el experimento? ¡Lo voy a posponer!») y lo dejó literalmente en manos de su esposa, quien, al ver la pinta de su marido, no supo si reír o echarle la bronca.

—¿Un i... invitado? —exclamó el marido—. ¿Quién? Ah, ¿el profesor Boyd? ¡Excelente! ¡Saca una botella! Pero nada de chupitos, ¿eh?, ¡vasos, vasos grandes! Richard, ¿dónde se ha metido? ¡Richard!

Pero Noonan ya corría escaleras abajo cuando lo oyó. Así que ellos también tienen miedo, pensó mientras volvía a subir al Peugeot. Tienen miedo estos cerebritos, vaya si lo tienen... Es normal. Deben de estar más asustados que todos nosotros juntos, simples ciudadanos de a pie. Porque nosotros no entendemos nada, pero ellos al menos entienden hasta qué punto no entienden nada. Miran ese abismo y saben que no les queda más remedio que tirarse al vacío; se les hace un nudo en el estómago, pero tienen que arrojar, aunque no sepan cómo, ni qué hay al fondo, ni, lo más importante, si podrán salir después. Y nosotros, pecadores, miramos hacia otro lado. ¿Será que tiene que ser así? Que las cosas sigan su curso, y nosotros ya iremos tirando como sea. Ya lo ha dicho bien el doctor: el logro más heroico de la humanidad es que sobrevive y tiene la intención de sobrevivir mucho tiempo... Pues, con todo, que os den por saco, visitantes. Ya podíais haberos montado el pícnic en otro sitio. En la Luna, por ejemplo. O en Marte. Por mucho que hayáis aprendido a plegar el espacio, sois unos capullos, os da igual todo, como a todo el mundo. Han tenido que montar aquí el pícnic... El pícnic...

Mejor que me dedique a mis pícnicos, pensó mientras conducía el Peugeot despacio por las calles mojadas y bañadas de luz viva. ¿Cuál es la mejor manera de solucionar este asunto? Según el principio de mínima acción. Como en la mecánica. ¿De qué coño me sirve la mierda de título de ingeniero si no encuentro la forma de pescar a ese cabrón cojo?

Detuvo el coche frente al edificio donde vivía Redrick Schuhart y se quedó unos momentos ahí sentado, al volante, rumiando cómo encauzar la conversación. Después extrajo el así, bajó del coche y se dio cuenta de que el bloque parecía vacío. Casi todas las ventanas estaban oscuras y no había nadie en el jardín; ni siquiera estaban encendidas las farolas. Le hizo pensar en lo que se encontraría y un escalofrío le recorrió el cuerpo. Hasta se le pasó por la

cabeza que quizá sería mejor llamarlo por teléfono y hablar con él en el coche o en algún bar tranquilo, pero al final descartó la idea. Por unos cuantos motivos. Sobre todo, se dijo, para no parecernos a todos esos desgraciados que han salido huyendo de aquí como ratas en un barco que se va a pique.

Entró en el portal y subió sin prisa la escalera, que llevaban mucho tiempo sin limpiar. Reinaba un silencio sepulcral. Las puertas de los pisos estaban entreabiertas; algunas, abiertas de par en par. De los recibidores oscuros llegaban olores punzantes de polvo y humedad. Se detuvo frente a la puerta de Redrick, se atusó el pelo de detrás de las orejas, respiró hondo y llamó al timbre. Al principio no se oyó nada, pero después crujieron las tablas del suelo, giraron la llave en la cerradura y la puerta se abrió muy despacio. Noonan no había oído pasos.

Tití, la hija de Redrick Schuhart, estaba en el umbral. La intensa luz del recibidor invadió el rellano en penumbra y, en un primer momento, al ver la silueta negra, Noonan pensó cuánto había crecido en los últimos meses. Pero entonces ella dio un paso atrás, se quedó en mitad del recibidor, y él le vio la cara. Se le hizo un nudo en la garganta.

—Hola, Maria —saludó, intentando hablar con dulzura—. ¿Cómo te va, Tití?

Ella no respondió y sin hacer el menor ruido retrocedió hasta las puertas del salón, mirándolo con el ceño fruncido. Al parecer no lo había reconocido. En realidad, él tampoco la habría reconocido. La Zona, pensó. Qué asco...

—¿Quién es? —preguntó Guta, asomando la cabeza por la cocina—. ¡Dick! ¡Madre mía! ¿Dónde se había metido? ¡Redrick ha vuelto! ¿Lo sabía?

Guta fue a su encuentro, secándose las manos en un trapo que llevaba al hombro. Estaba tan guapa como siempre, con la misma energía, la misma fuerza, pero parecía más delgada: tenía la cara chupada y una especie de brillo febril en los ojos...

Noonan le dio un beso en la mejilla y le tendió la gabardina y el sombrero.

—Eso me han dicho, sí... No he tenido tiempo de escaparme hasta hoy. ¿Está en casa?

—Sí, pero ha venido uno a verlo y está con él... Seguro que se irá pronto, ya llevan mucho rato hablando. Pase.

Avanzó por el pasillo y se paró en las puertas del salón. Había un viejo sentado a la mesa. Solo, inmóvil, ligeramente ladeado. El fulgor rosado de la lámpara le iluminaba la cara ancha y oscura, como tallada en madera vieja, con la boca hundida y sin labios y los ojos fijos y apagados. Y entonces Noonan percibió el olor. Sabía que era una jugarreta de su imaginación, que el

hedor solo se apreciaba los primeros días y después desaparecía sin dejar rastro, pero Richard Noonan notó, como si fuera un recuerdo, el olor húmedo y opresivo de la tierra removida.

—Venga, vamos a la cocina —se apresuró a decir Guta—. Estoy haciendo la cena; mientras podemos charlar.

—Sí, sí, claro —respondió Noonan, jovial—. ¡Cuánto tiempo hacía que no nos veíamos! ¿Se acuerda de qué me gusta beber antes de cenar?

Ya en la cocina, lo primero que hizo Guta fue abrir la nevera. Noonan se sentó a la mesa y la observó. Como siempre, todo estaba limpio, todo relucía, las cazuelas humeaban. Los fogones eran nuevos, semiautomáticos, lo que quería decir que había dinero en casa.

—Bueno, ¿y cómo está? —preguntó Noonan.

—Igual que siempre —respondió Guta—. Ha adelgazado mucho en la cárcel, pero ya está comiendo bien.

—¿Sigue pelirrojo?

—¡Pues claro!

—¿Y la mala leche?

—¡Cómo no! No la perderá hasta que se muera.

Guta le puso delante un Bloody Mary. Una capa transparente de vodka ruso flotaba sobre una capa de zumo de tomate.

—¿Es mucho? —le preguntó Guta.

—Está perfecto. —Noonan respiró hondo, cerró los ojos con fuerza y se echó al colete el combinado. Qué bien. Recordó que, de hecho, era lo primero sustancioso que bebía en todo el día—. Esto es otra cosa. Ya se ve la vida de otro color.

—¿Cómo le va? ¿Cómo es que hacía tanto que no pasaba por aquí?

—Por el maldito trabajo. Todas las semanas he tenido la intención de pasarme o al menos llamar, pero primero salió lo de Rexopolis, luego nos vimos envueltos en un escándalo, después me enteré de que Redrick había vuelto y pensé: «Bueno, déjalos, no voy a molestarlos ahora»... En fin, que he estado ajetreado. A veces me pregunto: ¿por qué demonios trabajamos tanto? ¿Para ganar dinero? Pero ¿para qué queremos el dinero, si todo lo que hacemos es trabajar?

Guta tapó las cazuelas con un tintineo, cogió un cigarrillo del paquete y se sentó frente a Noonan con los ojos bajos. Este se apresuró a sacar el mechero y ofrecerle fuego, y por segunda vez en su vida vio que le temblaban los dedos, igual que cuando acababan de condenar a Redrick y Noonan fue a verla para darle dinero (al principio se quedó sin blanca y no hubo ni un

capullo en el edificio que le prestara un céntimo). Al cabo de un tiempo entró dinero en la casa, y a la vista estaba que no era poco. Noonan sospechaba de dónde procedía, pero siguió yendo a visitarlas, a llevarle golosinas y juegos a Tití, a pasar tardes enteras tomando café con Guta y a planear con ella la feliz vida futura de Redrick, y después de haber escuchado hasta la saciedad sus historias, iba a ver a los vecinos y trataba como fuera de hacerlos entrar en razón, de explicarles la situación, de convencerlos, y al final, cuando se le terminaba la paciencia, acababa amenazándolos: «Cuando vuelva el Pelirrojo, no os va a dejar un hueso en su sitio». Pero nada servía.

—¿Y cómo le va a su chica? —le preguntó Guta.

—¿A quién?

—A aquella con la que salía... Una muy blanquita...

—¿Cómo que mi chica? Esa era mi taquígrafa. Se casó y dejó el trabajo.

—Tendría que casarse, Dick. ¿Quiere que le busque novia?

Noonan habría querido contestar, como siempre, «Ya crecerá Tití», pero se mordió la lengua a tiempo. Ya no sonaría gracioso.

—Lo que me hace falta es una taquígrafa, no una mujer —masculló—. Deje a su demonio pelirrojo y véngase conmigo a hacer de taquígrafa. Era usted excelente. El viejo Harris aún la recuerda.

—No me extraña, con lo que me costaba quitármelo de encima...

—Ah, ¿en serio? —Noonan fingió sorprenderse—. ¡Vaya con Harris!

—¡Santo cielo! —exclamó Guta—. ¡Pero si no me dejaba en paz! De lo único que tenía miedo era de que Red se enterara.

Tití entró sin hacer ruido. Apareció en la puerta, miró las cazuelas, a Richard, después se acercó a su madre y se arrimó a ella ocultando la cara.

—¿Qué, Tití? —le preguntó Richard alegremente—. ¿Quieres una chocolatina?

Se metió la mano en el bolsillo del chaleco, sacó un cohecito de chocolate envuelto en plástico transparente y se lo alargó. La niña no se movió. Guta cogió la chocolatina y la dejó en la mesa. Los labios se le pusieron blancos de repente.

—¿Sabe, Guta? —siguió Noonan con la misma jovialidad—. Tengo la intención de mudarme. Estoy harto del hotel. En primer lugar, está muy lejos del instituto...

—Ya no entiende casi nada —susurró Guta, y él calló, cogió el vaso con las dos manos y se puso a darle vueltas entre los dedos de manera inconsciente—. No me pregunta cómo nos va la vida, y hace bien. Es usted un

amigo de hace mucho tiempo, Dick, y por eso no tenemos nada que ocultarle. Tampoco podría, aunque quisiera.

—¿Han ido al médico? —preguntó Noonan sin levantar los ojos.

—Sí. No pueden hacer nada. Y uno dijo...

Se interrumpió. Él tampoco añadió nada. No había nada que decir y no tenía ganas de pensar en ello, pero de repente lo asaltó un pensamiento siniestro: es una invasión. Ni pícnicos de camino, ni invitaciones al contacto: una invasión. No pueden cambiarnos, pero pueden penetrar en el cuerpo de nuestros hijos y transformarlos a su imagen y semejanza. Lo sacudió un escalofrío, pero entonces recordó que había leído algo parecido en algún sitio, en un libro de bolsillo de cubierta chillona y estridente, y se aplacó un poco. La imaginación no tiene límites. Y después la realidad nunca tiene que ver con lo que uno ha imaginado.

—Y uno dijo que ya no es humana —terminó Guta.

—Qué tontería —murmuró Noonan—. Vayan a un especialista de verdad. Vayan a ver a James Catterfield. Si quiere, hablo con él y les concierto una visita...

—¿El Carnicero? —Guta soltó una risa nerviosa—. No hace falta, Dick, gracias. Fue él quien nos lo dijo. Parece que es el destino.

Cuando Noonan por fin se atrevió a levantar los ojos, Tití ya no estaba y Guta permanecía inmóvil con la boca entreabierta y los ojos vacíos, y el cigarro que tenía entre los dedos iba convirtiéndose poco a poco en un cilindro alargado y curvo de ceniza gris. Noonan empujó el vaso hacia ella.

—Prepáreme otro, corazón... Y prepárese uno para usted también. Bebamos.

Guta dejó caer la ceniza, buscó con la mirada dónde tirar la colilla y al final la echó en el fregadero.

—¿Por qué? ¡Eso es lo que no entiendo! ¿Qué hemos hecho? No somos las peores personas de esta ciudad...

Noonan pensó que Guta se echaría a llorar. Pero no. Abrió la nevera, sacó el vodka y el zumo y cogió otro vaso del estante.

—No desespere —le dijo Noonan—. No hay nada en este mundo que no se pueda arreglar. Créame, Guta, tengo muchos contactos. Haré todo lo que esté en mi mano...

En ese momento se creía todo lo que decía. Hizo memoria de nombres, clínicas y ciudades, y hasta le pareció haber oído de casos semejantes ocurridos en otros sitios que por lo visto habían terminado bien; solo necesitaba saber dónde habían ocurrido y de qué médico se trataba. Pero de

repente se acordó de por qué estaba allí, se acordó del señor Lemchen, se acordó de por qué había trabado amistad con Guta, y ya no tuvo ganas de pensar en nada más, de modo que desterró todos los pensamientos relacionados con el asunto, se acomodó en la silla, se relajó y esperó a que le sirvieran la bebida.

En ese momento se oyeron pasos procedentes del recibidor, como si arrastraran los pies, acompañados de una sucesión de golpes amortiguados y la voz, más repulsiva que nunca, del Buitre Burbridge.

—¡Eh, Pelirrojo! Parece que alguien le ha echado el ojo a tu chati. Aquí hay un sombrero. Yo en tu lugar no dejaría que las cosas quedaran así...

Y la voz de Redrick:

—Tú cuídate de tu prótesis, Buitre, y vigila esa lengua. Ahí está la puerta. No te olvides de largarte. Tengo que ir a cenar.

Y Burbridge:

—Joder, tío, ¿no se puede hacer ni una broma!

Y Redrick:

—Conmigo te ahorras las bromas. Y punto. Muévete, venga, espabila.

Se oyó el clic de la cerradura y después las voces llegaron atenuadas. Al parecer, habían salido al rellano. Burbridge dijo algo en voz baja, y Redrick le respondió: «¡Ya está bien, no hay nada más que hablar!». Se oyó un nuevo gruñido del Buitre y la voz cortante de Redrick: «¡Ya te lo he dicho! ¡Punto!». La puerta chirrió, sonaron pasos rápidos en el recibidor y Redrick Schuhart apareció por la cocina. Noonan se levantó para recibirlo y se estrecharon la mano con fuerza.

—Ya sabía yo que eras tú —señaló Redrick, y repasó a Noonan de arriba abajo con sus ojos verdosos—. Eh, ¿te has puesto de buen año! Ese culo lo has engordado en los bares, je, je. Vaya, ¡ya veo que os lo estabais pasando bien! Guta, cariño, hazme uno a mí también, que tengo que alcanzaros...

—¡Si aún no hemos empezado! —repuso Noonan—. Todavía estábamos preparándonos. ¡Como si fuera tan fácil sacarte ventaja!

Redrick soltó una carcajada abrupta y le propinó un puñetazo en el hombro.

—¡Vamos a ver quién alcanza a quién y quién saca ventaja a quién! Ay, hermano, llevo dos años de sequía, para alcanzarte a ti tendría que beberme una cuba entera... Vamos, vamos, ¿qué hacemos en la cocina? Guta, saca la cena...

Abrió la nevera, se agachó y volvió a erguirse con dos botellas de etiquetas distintas en cada mano.

—¡Vamos a divertirnos! En honor del mejor de los amigos, Richard Noonan, que no deja tirados a los suyos. Aunque no saque ningún provecho de ello. Oh, Betún no está, qué pena...

—Llámallo —propuso Noonan.

Redrick meneó la cabeza de color zanahoria.

—Aún no llega el teléfono allí donde está ahora. Pero vamos, vamos...

Entró el primero en el salón y dejó las botellas en la mesa con estruendo.

—¡Estamos de fiesta, papá! —informó al viejo inmóvil—. ¡Este es nuestro amigo Richard Noonan! Dick, este es Schuhart padre...

Richard Noonan, convirtiendo su mente en una bola hermética, sonrió con su mejor sonrisa y saludó al muerto con la mano.

—Encantado de conocerlo, señor Schuhart. ¿Qué tal? —Luego se dirigió a Schuhart hijo, quien rebuscaba en el mueble bar—. Creo que ya nos conocíamos, Red. Nos vimos una vez, de pasada...

—Siéntate —lo invitó Redrick, señalando una silla, enfrente del anciano—. Si quieres decirle algo, tendrás que hablar más alto; está sordo como una tapia. —Colocó los vasos en la mesa y abrió las botellas en un santiamén—. Sirve tú. A papá, poco, un culillo nada más.

Noonan empezó a servir despacio. El anciano estaba en la misma postura de antes, mirando a la pared, y no reaccionó de forma alguna cuando Noonan le acercó el vaso. Noonan se adaptó a la nueva situación. Era un juego terrible y lastimero; Redrick lo orquestaba y él se dejó llevar, igual que se había dejado llevar toda la vida por los juegos ajenos: juegos terribles, lastimeros, vergonzosos, absurdos y bastante más peligrosos que ese. Redrick levantó el vaso y dijo: «Bueno, qué, ¿empezamos?». Noonan miró al anciano con completa naturalidad, y Redrick, impaciente, entrechocó su vaso con el de Noonan y añadió: «Empecemos, empecemos, tú no te preocupes por él, ya beberá...», y Noonan asintió con completa naturalidad y bebieron.

Redrick soltó un gruñido y, con los ojos brillantes, empezó a hablar con tono emocionado y a la vez un poco artificial.

—¡Ya está, hermano! Ya no me verán más por la cárcel. ¡Si supieras lo bien que se está en casa! Tenemos dinero, he encontrado una casa preciosa, con jardín y todo, igual o mejor que la del Buitre. ¿Sabías que quería emigrar? Lo decidí en la cárcel. ¿Para qué coño iba a quedarme en esta mierda de ciudad? Que se jodan todos. Total, vuelvo ¿y qué me encuentro? ¡Que me prohíben emigrar! ¿Qué pasa, que en estos dos años nos hemos vuelto de golpe todos unos apestados?

Y siguió hablando y hablando, y Noonan asentía, se bebía el whisky a tragos cortos e intervenía con palabrotas empáticas y preguntas retóricas; después le preguntó por el chalet (¿cómo era?, ¿dónde?, ¿cuánto valía?) y discutieron un rato: Noonan objetó que era muy caro y que no estaba en buen sitio, sacó un cuaderno, lo hojeó y leyó la dirección de unas casas abandonadas que podían comprarse por menos de nada, y luego las reformas salían muy baratas, sobre todo si el interesado había rellenado una solicitud de emigración, las autoridades se la habían denegado y pedía una compensación.

—Te veo muy puesto en los negocios inmobiliarios —observó Redrick.

—Estoy puesto en todo un poco —repuso Noonan con un guiño.

—Ya, ya, ¡algo he oído de tu putiferio!

Noonan abrió los ojos como platos, se llevó un dedo a los labios y señaló con la cabeza a la cocina.

—No pasa nada, todo el mundo lo sabe —le aseguró Redrick—. El dinero no huele. Ahora entiendo qué significa esa frase... Pero mira que buscarte a un administrador como Zarpazas... ¡Casi me muero de risa cuando me enteré! Has puesto a un lobo a cuidar del rebaño. ¡Está chalado, lo conozco desde que éramos críos!

En ese momento, el anciano, como si fuera un muñeco enorme de madera, levantó la mano de la rodilla con un movimiento rígido y la dejó caer en la mesa, junto al vaso, con un golpe que sonó a madera. La oscura extremidad tenía un tinte azulado y los dedos engarfiados como una pata de gallina. Redrick lo miró sin decir nada, y un breve temblor le sacudió la cara. Para su asombro, Noonan advirtió en aquel semblante pecoso y rapaz el amor y la ternura más genuinos y sinceros.

—Beba, papá, beba —le indicó Redrick con cariño—. Un poco sí que puede, beba... No pasa nada —le explicó a Noonan en voz baja, guiñándole el ojo con complicidad—. Acabará cogiendo el vaso, no te preocupes...

Al mirarlo, Noonan recordó qué había ocurrido cuando los ayudantes de laboratorio de Boyd se presentaron en casa de Redrick para llevarse al muerto. Los ayudantes eran dos, ambos jóvenes y fornidos, deportistas, y también había un médico del hospital municipal acompañado de dos enfermeros, unos tipos duros y musculosos enviados para transportar la camilla y apaciguar a quien se pusiera furioso. Más tarde, un ayudante le contó que, al principio, «el pelirrojo» no parecía entender qué pasaba y los dejó entrar en casa y examinar a su padre. Seguramente se lo habrían llevado sin problemas, porque por lo visto se imaginó que querían ingresarlo en el hospital para tenerlo en observación. Pero cuando llamaron a los inútiles de

los enfermeros, que durante las negociaciones previas habían estado vagando por el recibidor y espiando a Guta mientras limpiaba la ventana de la cocina, cogieron al viejo como si fuera un tronco, lo arrastraron y lo dejaron caer al suelo. Redrick perdió los estribos, y en esto que salió el inútil del médico y se puso a explicar con pelos y señales qué harían con él, adónde se lo llevaban y por qué. Redrick lo escuchó un minuto o dos y, sin previo aviso, explotó como una bomba de hidrógeno. El ayudante que le contó todo eso dijo que se encontró en la calle sin saber cómo. El diablo pelirrojo los echó a los cinco escaleras abajo, y ninguno bajó por su propio pie. En palabras del ayudante, todos volaron por el portal como balas de cañón. Dos acabaron en el suelo sin conocimiento y Redrick persiguió a los otros tres a lo largo de cuatro manzanas. Después volvió y rompió todos los cristales del coche fúnebre del instituto. El conductor no estaba; había salido corriendo en dirección contraria.

—El otro día, en un bar, me dieron a probar un cóctel nuevo —contaba Redrick mientras tanto, a la par que servía más whisky—. «Gelatina de bruja» se llama. Después de cenar te lo hago. Te puede mandar al otro barrio si te lo tomas con el estómago vacío: te bebes un vaso y se te paralizan los brazos y las piernas, hermano. Ya puedes decir lo que quieras, Dick, pero hoy te voy a poner fino. A ti y a mí, vamos a ponernos finos los dos. Vamos a recordar los viejos tiempos, el Borcht... El pobre Ernie todavía está en la cárcel, ¿lo sabías? —Apuró el vaso, se secó los labios con el dorso de la mano y preguntó como quien no quiere la cosa—: ¿Y qué tal por el instituto? ¿Todavía no se han puesto a estudiar la gelatina de bruja? Es que me he descolgado un poco de los avances científicos...

Noonan comprendió de golpe por qué Redrick había conducido la conversación hasta ese punto.

—¡Qué va, chaval! —exclamó, dando una palmada—. ¿No sabes qué pasó con la gelatina? ¿No te has enterado de lo de los laboratorios Carrigan? Un negocio de lo más feo... No se sabe cómo, pero se hicieron con algo de gelatina...

Le habló de la catástrofe, del escándalo, de que no se sabía de dónde había salido la gelatina; nunca se llegó a explicar. Redrick escuchaba como ausente, chasqueando la lengua, balanceando la cabeza. De repente, con gesto resuelto, echó más whisky en los vasos.

—Les está bien empleado a esos parásitos, por mí que se mueran todos...

Se bebieron el vaso entero. Redrick miró a su padre y de nuevo le tembló la cara. Alargó una mano y le acercó más la bebida a los dedos contraídos,

que se abrieron de repente y volvieron a cerrarse en torno al vaso.

—Así iremos más deprisa —dijo Redrick—. ¡Guta! —bramó—. ¿Cuánto rato más vas a matarnos de hambre? Se está esmerando por ti —le explicó a Noonan—. Seguro que está preparando tu ensalada favorita, la de marisco; hace tiempo que te tiene las latas reservadas, que lo he visto yo... Bueno, ¿y cómo van las cosas en el instituto? ¿Han encontrado algo nuevo? Dicen que ahora tenéis autómatas trabajando a toda máquina, pero que sacan poca cosa...

Noonan le contó acerca del instituto y, mientras hablaba, Tití apareció en el comedor sin hacer el menor ruido y se puso al lado del anciano. Permaneció un rato de pie, sin moverse, colocó las manitas peludas en la mesa y, con un gesto repentino y entrañablemente infantil, se arrimó al muerto y le apoyó la cabeza en el hombro. Noonan, sin dejar de parlotear, miró a esos dos hijos monstruosos de la Zona y pensó: Dios mío, ¿qué más? ¿Qué más tiene que pasarnos para que reaccionemos? ¿De verdad no es suficiente? No, sabía que no era suficiente. Sabía que millones y millones de personas no sabían nada ni querían saber nada, y si se enteraran se horrorizarían durante diez minutos y volverían a su vida normal. Voy a emborracharme, pensó con desesperación. A la mierda con Burbridge, a la mierda con Lemchen... A la mierda con esta familia maldita. Voy a emborracharme.

—¿Por qué los miras tanto? —le preguntó Redrick en un susurro—. No te preocupes, no le pasará nada a Tití. Al revés, más bien. Dicen que desprenden salud.

—Sí, ya lo sé —repuso Noonan, y apuró el vaso de un trago.

Entró Guta, toda diligente, mandó a Redrick que repartiera los platos y colocó en la mesa una fuente de plata con la ensalada preferida de Noonan. Entonces, el anciano, como si de pronto alguien se hubiera acordado de darle cuerda, levantó el vaso y abrió la boca en un solo movimiento.

—Bueno, chicos —anunció Redrick muy animado—, ¡hoy vamos a divertirnos de lo lindo!

CUATRO

Redrick Schuhart, 31 años

Por la noche había bajado la temperatura en el valle, y el amanecer era muy frío. Caminaban por el terraplén, entre los raíles oxidados, pisando las traviesas podridas. Redrick contemplaba cómo resplandecían las gotas condensadas de niebla en la chaqueta de cuero de Arthur Burbridge. El chico andaba ligero, alegre, como si no hubiera pasado una noche angustiosa, cargada de tensión, que le hubiese dejado cada fibra del cuerpo temblando; como si no hubieran pasado dos horas espeluznantes en la cima húmeda de una colina pelada, sumidos en una somnolencia torturadora, acurrucados espalda contra espalda para darse calor, esperando a que pasara la corriente de forraje que rodeaba la colina y desapareciera en el barranco.

A los lados del terraplén flotaba una niebla densa que lanzaba sus tentáculos grises, casi sólidos, a los raíles, de modo que, al andar, las nubes reptantes les llegaban a las rodillas. Olía a óxido mojado y por la derecha del terraplén subía el hedor corrupto del pantano. No se veía más que niebla, pero Redrick sabía que a ambos lados se extendía una planicie ondulada y pedregosa, y al final de esta, ocultas por el manto de oscuridad, estaban las montañas. También sabía que, cuando saliera el sol y la niebla se convirtiera en rocío, vería el esqueleto de un helicóptero estrellado a su izquierda y una fila de vagonetas al frente. Y entonces empezaría todo.

Sin dejar de andar, Redrick se deslizó la mano entre la espalda y la mochila y se la subió un poco para que la bombona de helio no se le clavara en la columna. Cómo pesa la cabrona; ¿cómo voy a llevarla? Medio kilómetro a cuatro patas... Venga, stalker, no te quejes, que ya sabes a qué has venido. Te esperan quinientos mil al final del camino, así que ya puedes sudar un poco. Quinientos mil. Se dice pronto, ¿eh? Y una mierda lo vendo por menos de quinientos mil. Y una mierda le voy a dar al Buitre más de treinta. Y al

mocoso este... Al mocoso, nada. Si ese cerdo viejo ha dicho al menos media verdad, al mocoso, nada...

Volvió a mirar a Arthur y observó, con los ojos entrecerrados, con cuánta ligereza saltaba las traviesas de dos en dos. Era ancho de hombros y estrecho de caderas, y el pelo largo y negro, como el de su hermana, ondeaba al compás de sus pasos. Se ha ofrecido él a venir, pensó Redrick, sombrío. Él solito. ¿Por qué insistió tanto? Me lo pidió temblando y con lágrimas en los ojos... «¡Lléveme con usted, señor Schuhart! Me lo han propuesto otros, pero yo solo quiero ir con usted. ¡Los demás no son buenos! Mi padre... Pero ahora no puede». Redrick expulsó el recuerdo con todas sus fuerzas. Pensar en eso era abominable; tal vez por ello evocó a la hermana de Arthur, Dina: las veces en que se había acostado con ella, tanto sobrio como borracho, y la decepción que se había llevado cada vez. No podía entenderlo: era una tía tan despampanante que parecía que uno tuviera que pasarse la vida loco por ella, pero en realidad estaba tan vacía... Era un fraude, una muñeca muerta, y no una mujer. Le recordaba a los botones de ámbar de la chaqueta de su madre, dorados y traslúcidos, que cada vez que los veía le daban ganas de metérselos en la boca y chuparlos, pensando que serían dulces y deliciosos. Y se los metía en la boca, los chupaba, y siempre se llevaba una enorme decepción, pero luego cada vez se olvidaba... En realidad, no era que se olvidase, sino que se negaba a dar crédito a sus propios recuerdos en cuanto volvía a ver los botones.

O igual lo manda su papaíto en secreto, reflexionó, pensando en Arthur. Lleva una pistola en el bolsillo trasero. No, no creo... El Buitre me conoce. Sabe que no me gustan las bromas. Y sabe cómo soy en la Zona. No, es una tontería. No es el primero que me lo ha pedido ni el primero que ha llorado, ha habido hasta quien se ha puesto de rodillas, y todos llevan una pistola la primera vez que entran. La primera y la última. ¿De verdad será la última? ¡Ay, la última, chico! Esto es lo que hay, Buitre: la última. Sí, papaíto, si te hubieras enterado de su plan, le habrías dado una buena tunda con las muletas, a este hijito por el que tanto has rogado a la Zona...

De repente sintió que delante había algo, muy cerca, a unos treinta o cuarenta metros.

—Para —indicó a Arthur.

Obediente, el chico se quedó inmóvil. Su reacción fue buena: se había quedado petrificado con un pie en el aire y lo bajó al suelo lentamente y con cuidado. Redrick se detuvo a su lado. En ese punto, la vía descendía, se zambullía en la niebla y se perdía de vista. Y allí, oculto, había algo. Algo

grande e inmóvil. Inofensivo. Redrick olfateó con atención el aire. Sí. Inofensivo.

—Adelante —ordenó en voz baja. Esperó a que Arthur diera un paso y siguió tras él.

Por el rabillo del ojo vio la cara del muchacho, su perfil distinguido, la piel clara de la mejilla y los labios apretados con resolución bajo el fino bigote.

Se internaron en la niebla hasta la cintura, luego hasta el cuello, y al cabo de unos segundos vislumbraron al frente el bulto indefinido de las vagonetas atravesadas.

—Hasta aquí —dijo Redrick, y empezó a aflojarse la mochila—. Siéntate ahí donde estás. Vamos a echar un cigarro.

Arthur lo ayudó a descargarse la mochila y se sentaron uno al lado del otro en un raíl oxidado. Redrick desabrochó una solapa, sacó un paquete de comida y un termo de café y, mientras Arthur desenvolvía el paquete y colocaba los bocadillos encima de la mochila, se sacó la petaca del seno, la destapó, cerró los ojos y dio unos cuantos tragos lentos.

—¿Quieres un sorbito? —lo invitó, limpiando con la palma la boca de la petaca—. Para coger valor...

Arthur rehusó, ofendido.

—No me hace falta nada para coger valor, señor Schuhart. Prefiero un poco de café, si puede ser. Hay mucha humedad, ¿verdad?

—Sí —convino Redrick. Guardó la petaca, escogió un bocadillo y se puso a comer—. Cuando se levante la niebla, verás que estamos rodeados de ciénagas. Antes aquí había un montón de mosquitos, era horrible...

Calló y se sirvió café. Estaba caliente, rico y dulce; en ese momento era más agradable que el alcohol. Olía a hogar. A Guta. No simplemente a Guta, sino a Guta en camión, recién levantada, todavía con las marcas de la almohada en la mejilla. No sé para qué me habré metido en esto, pensó. Quinientos mil... ¿Y para qué coño quiero yo quinientos mil? ¿Es que quiero comprarme un bar, o qué? Hay que tener dinero para no pensar en él, es verdad, Dick tenía toda la razón del mundo. Pero últimamente no he tenido que pensar en él. Entonces, ¿para qué coño quiero todo ese dinero? Tengo una casa con jardín, y en Harmont no me quedará sin trabajo... El Buitre me ha engatusado, ese mamón apestoso, me ha engatusado como a un crío...

—Señor Schuhart —dijo Arthur de repente, mirando al otro lado—, ¿usted cree de verdad que esa cosa puede cumplir deseos?

—¡Qué tontería! —respondió Redrick, ausente, pero al momento se quedó petrificado con el vaso a medio camino de la boca—. ¿Y tú cómo sabes qué vamos a buscar?

Arthur soltó una risita nerviosa, se pasó los dedos por el pelo negro y se tiró de él.

—¡Me lo imaginé! Ya no me acuerdo de cómo se me ocurrió... Bueno, por una parte, antes mi padre no paraba de hablar de la Bola Dorada, pero hace poco dejó de mencionarla de un día para otro y empezó a ir a verlo a usted, y yo sé que ustedes no son amigos, por mucho que diga... Además, está un poco raro últimamente... —Arthur volvió a reírse y torció la cabeza al recordar algo más—. Y, sobre todo, acabé de entenderlo cuando usted y él probaron el dirigible en el descampado... —Dio una palmada a la mochila, que contenía el globo aerostático envuelto en un firme paquete—. La verdad es que los seguí. Cuando vi como levantaban el saco de piedras y lo transportaban por el aire, lo entendí todo. Creo que, aparte de la Bola Dorada, en la Zona no queda nada tan pesado. —Dio un mordisco al bocadillo, masticó y añadió, pensativo, con la boca llena—: Lo único que no entiendo es cómo va a agarrarla, porque seguro que es toda lisa...

Mientras hablaba, Redrick no dejó de observarlo por encima del vaso, pensando qué poco se parecían padre e hijo. No tenían nada en común. Ni la cara, ni la voz, ni el alma. El Buitre era de voz ronca, obsequiosa y un poco vil; sin embargo, cuando hablaba de eso, hablaba de maravilla. Era imposible no escucharlo. «Pelirrojo —le había dicho, inclinándose por encima de la mesa—. Solo quedamos nosotros dos, y solo tenemos dos piernas, y las dos son tuyas. ¿Quién va a ir sino tú? ¡Es lo más valioso que hay en la Zona! ¿Quién va a quedársela? ¿Quieres que la cojan esos señoritos con sus máquinas? ¡Pero la encontré yo! ¡Yo! ¿Cuántos de los nuestros han caído en el camino? ¡Yo la encontré! Me la guardaba para mí. Y no se la daría a nadie, pero ya no puedo ir, ya lo ves. A nadie excepto a ti. Qué sé yo a cuántos críos habré entrenado, hasta he abierto una escuela para ellos; pero no pueden, no tienen lo que hay que tener... Está bien, no me crees. No hace falta. Quédate con el dinero. Dame lo que quieras, tú mismo, sé que serás justo... Y quizá pueda recuperar las piernas. Las piernas, ¿entiendes? La Zona me quitó las piernas, así que puede que me las devuelva...».

—¿Qué? —preguntó Redrick, volviendo al presente.

—Que si puedo fumar, señor Schuhart.

—Sí, fuma, fuma. Yo también voy a fumar.

Se terminó el café de un trago, sacó un cigarrillo y, mientras lo manoseaba, observó como se disipaba la niebla. Está chalado, pensó. Como una cabra. Quiere unas piernas. Qué cabrón, qué cerdo...

Todas aquellas conversaciones le habían dejado en el alma una especie de poso que no sabía identificar. Y no se disolvía con el tiempo; al contrario, cada vez había más cantidad. No sabía qué era, pero le molestaba, como si el Buitre le hubiera contagiado algo, pero no algo malo, sino al revés. ¿Fuerza? No, fuerza no era. ¿Qué, entonces? De acuerdo, se dijo. Vamos a ver: imaginemos que no he llegado hasta aquí. Lo tengo todo preparado, he llenado la mochila, y de repente pasa algo... Me pillan, por ejemplo. ¿Sería malo? Desde luego. ¿Por qué? ¿Porque perdería el dinero? No, no es por el dinero. ¿Porque los indeseables del Flaco y el Ronco se quedarían con el tesoro? Sí, algo de eso hay. Sería una vergüenza. Pero ¿a mí qué más me da? Si al final se lo quedarán todo ellos...

—Brrr. —Arthur se estremeció—. Este frío se te mete en los huesos. Señor Schuhart, ¿le importaría darme ahora un traguito?

Redrick sacó la petaca en silencio y se la pasó. Pero me costó aceptar, pensó de repente. Veinte veces mandé a paseo al Buitre, y a la veintiuna acabé por ceder. No sé por qué, pero ya no pude más. La última conversación que tuvimos fue corta y puramente de negocios. «Hola, Pelirrojo. Traigo el mapa. ¿Quieres verlo?». Lo miré a los ojos y eran como bolas de pus, amarillos con un punto negro en medio, y dije: «Venga». Y nada más. Recuerdo que estaba borracho, llevaba toda la semana bebiendo. Sentía el alma sucia... Pero, joder, ¿qué más da? Lo hecho, hecho está. ¿Qué sentido tiene ahora remover la mierda? ¿Es que tengo miedo, o qué pasa?

Se sobresaltó. Un chirrido prolongado y melancólico emergió de la niebla de improviso. Redrick se puso en pie como un resorte y, al instante, como un segundo resorte, Arthur lo imitó. Pero ya volvía a reinar la calma; solo se oía el susurro de los guijarros que empujaban con los pies y rodaban terraplén abajo.

—Debe de ser que las rocas se han asentado —apuntó Arthur, vacilante, articulando las palabras con dificultad—. En las vagonetas hay rocas... Hace mucho que están ahí...

Redrick miró al frente y no vio nada. Lo asaltó el recuerdo de una noche en que aquel sonido melancólico y prolongado lo había despertado y paralizado como en un sueño. Pero no era un sueño. Era Tití, que gritaba sentada en la cama, al lado de la ventana, y desde la otra punta de la casa respondía el padre de forma parecida, con chillidos largos y agudos, pero con

una especie de burbujeo. Y así, en la oscuridad, estuvieron llamándose el uno al otro durante una vida, cien vidas, una eternidad. Guta también se despertó y cogió a Redrick de la mano; él sintió su hombro empapado de sudor. Permanecieron tumbados así, escuchando, durante esa vida, esas cien vidas, esa eternidad, y cuando por fin Tití calló y volvió a acostarse, él esperó un poco, se levantó, bajó a la cocina y se bebió con avidez media botella de coñac. Aquella fue la noche en que empezó a beber.

—... las rocas —decía Arthur—. Con el tiempo se asientan. Por la humedad, por la erosión o por otros motivos...

Redrick miró al chico, blanco como el papel, y volvió a sentarse. Se le había caído el cigarro de los dedos y encendió otro. Arthur se quedó de pie unos momentos más, mirando temeroso alrededor, y al poco también se sentó.

—Dicen que vive gente en la Zona —murmuró Arthur—. No son visitantes, sino personas. Que la Visitación los pilló aquí y mutaron, se adaptaron a las nuevas condiciones. ¿Ha oído hablar de eso, señor Schuhart?

—Sí. Pero no es aquí, sino en las montañas. Al noroeste. Son pastores.

Ya sé qué me ha contagiado, pensó. Me ha contagiado la locura. Por eso estoy aquí. Por eso tenía que venir. Una sensación nueva y extraña lo invadió lentamente. Pero no, se dio cuenta de que en realidad esa sensación no era nueva. Hacía tiempo que había anidado en algún rincón de sus entrañas y no la había comprendido hasta aquel momento. Todas las piezas se colocaron en su sitio. Y lo que antes pareciera una tontería, los delirios dementes de un viejo chocho, se convirtió en la única esperanza, en lo único que daba sentido a la vida. Por fin lo entendió: lo único que le quedaba en el mundo, lo único por lo cual había vivido los últimos meses, era la esperanza de un milagro. Estúpido de él, zoquete, había desterrado esa esperanza, la había pisoteado, se había burlado de ella, la había ahogado en alcohol, porque eso era lo que estaba acostumbrado a hacer, porque nunca en la vida, desde niño, había contado con nadie excepto consigo mismo, y porque desde niño ese contar consigo mismo se medía por la cantidad de billetes que conseguía arrancar, extirpar del caos indiferente que lo rodeaba. Así había sido siempre y así habría sido para siempre si no se hubiera encontrado en un pozo del que ni siquiera todo el dinero del mundo podía rescatarlo, en el que no servía de nada contar con uno mismo. Y esa esperanza (no, ya no era una esperanza, era una certeza) lo llenaba hasta rebosar, y se preguntaba cómo había podido vivir hasta entonces sumido en aquel abismo negro e inconsolable. Se rio y empujó a Arthur por el hombro.

—¿Qué, stalker, te has cagado en los pantalones? —le dijo—. Acostúmbrate, hermano. No pasa nada, ya te los lavarán en casa.

Arthur lo miró con sorpresa y sonrió vacilante. Redrick arrugó el papel pringoso del bocadillo, lo arrojó bajo una vagoneta y se tumbó con los codos en la mochila.

—De acuerdo. Imaginemos que lo de la Bola Dorada es verdad... ¿Qué le pedirías?

—¿Eso quiere decir que lo cree? —preguntó Arthur al instante.

—Que yo me lo crea o no es lo de menos. Contéstame a la pregunta.

Sintió un repentino interés por saber qué podría pedirle a la Bola Dorada aquel chico, un crío como quien dice recién salido del colegio, y entre divertido y curioso observó como Arthur fruncía el ceño, se frotaba el bigotillo, lo miraba y volvía a bajar los ojos.

—Bueno, unas piernas para mi padre, claro —declaró por fin—. Que todo vaya bien en casa...

—¡Mentirosillo! —replicó Redrick de buena fe—. Ten en cuenta, hermano, que la Bola Dorada solo concede los deseos más profundos, esos que, como no se cumplan, ya puedes tirarte por la ventana.

Arthur Burbridge empezó a ruborizarse y volvió a levantar la mirada hacia Redrick, pero la bajó de inmediato, rojo como un tomate, y se le inundaron los ojos de lágrimas. Redrick lo miró con una sonrisa.

—Entiendo —añadió casi con dulzura—. No es asunto mío. Guárdate tus secretos para ti. —De repente se acordó de la pistola y pensó que, aprovechando que aún había tiempo, no convenía dejar ningún cabo suelto—. ¿Qué llevas en el bolsillo de atrás? —le preguntó inocentemente.

—Una pistola —gruñó Arthur, y se mordió el labio.

—¿Para qué la llevas?

—¡Para disparar! —exclamó, desafiante.

—Quita, quita —repuso Redrick, tajante, y se incorporó—. Trae aquí. En la Zona no hay nadie a quien disparar. Trae.

Arthur abrió la boca para protestar, pero al final no dijo nada. Se llevó la mano a la espalda, sacó un Colt del ejército y se lo tendió a Redrick. Este lo agarró por el cañón, lo sopesó por la empuñadura tibia y estriada, lo lanzó hacia arriba y lo cogió.

—¿Tienes un pañuelo o algo parecido? Voy a envolverlo.

Arthur le dio un pañuelo de bolsillo limpio y que olía a colonia, y Redrick envolvió el arma y la dejó en una traviesa.

—Vamos a dejarla aquí mientras tanto —le explicó—. Si Dios quiere, volveremos a pasar y la recogeremos. Pensándolo bien, puede que nos disparen las patrullas y tengamos que defendernos. Bueno, ojalá lleguemos a defendernos de las patrullas, hermano...

Arthur negó con vehemencia.

—No la he traído para eso —le explicó con cierto despecho—. Solo lleva un cartucho. Por si me pasa como a mi padre.

—Oh... —Redrick lo miró a los ojos—. Bueno, no te preocupes por eso. Si te pasa como a tu padre, te traeré hasta aquí. Te lo prometo. ¡Mira, sale el sol!

La niebla desapareció ante sus ojos. En el terraplén ya no quedaba ni rastro; debajo y a lo lejos, la bruma lechosa se asentaba, se licuaba y daba paso a las cimas redondas y erizadas de los cerros. Aquí y allá empezaba a distinguirse la superficie moteada de las apestosas ciénagas, cubiertas de matojos ralos y escuálidos. En el horizonte, más allá de los cerros, los picos de las montañas centelleaban con un esplendor amarillo y el cielo clareaba. Arthur volvió la cabeza y soltó un chillido de admiración. Redrick también miró. Al este, por encima de las montañas negras, ardía y resplandecía un fulgor esmeralda y familiar: el amanecer verde de la Zona. Redrick se levantó y se desabrochó el cinturón.

—¿No necesitas aligerarte? Mira que después no encontraremos tiempo ni el sitio adecuado...

Se puso detrás de una vagoneta, se acuclilló en el terraplén y, soltando un gruñido de cuando en cuando, contempló cómo el fulgor esmeralda se fundía y se extinguía veloz, engullido por el rosa; después, una hendidura naranja de sol apareció tras la cresta y los cerros proyectaron largas sombras violáceas. El paisaje se hizo visible, cobró relieve, se definió, y justo frente a él, a unos doscientos metros, vio el helicóptero. Por lo visto, había caído en medio de un claro de mosquitos y el fuselaje se había aplastado como una torta de metal. Lo único entero era la cola, que sobresalía de un calvero entre los cerros, torcida como un anzuelo negro, y el rotor de cola, que crujía al balancearse en la brisa. El claro debió de ser muy fuerte, pues el aparato ni siquiera había llegado a incendiarse, y en el metal aplastado se distinguía con nitidez el emblema rojiazul de la Real Fuerza Aérea, que Redrick no había visto en años y casi había olvidado.

Una vez satisfechas sus necesidades, Redrick volvió a la mochila, sacó el mapa y lo extendió sobre la amalgama de piedras de la vagoneta. La cantera no se veía desde ahí, pues quedaba oculta tras un cerro coronado por un árbol

quemado. Había que rodear el cerro por la derecha, por la cañada que lo separaba del collado contiguo, también visible desde allí, totalmente pelado y con un pedregal marrón en la ladera.

Todas las marcas del mapa coincidían con el paisaje visible, pero Redrick no se dio por satisfecho. Su viejo instinto de stalker protestaba categóricamente contra la idea, absurda y antinatural, de pasar entre las dos elevaciones. De acuerdo, pensó. Nunca se sabe. Ya lo veremos cuando lleguemos. El camino hasta la cañada discurría por el pantano, por un espacio llano y abierto que desde allí no parecía peligroso. Sin embargo, Redrick aguzó la vista y distinguió una mancha gris oscuro entre dos montículos áridos. Consultó el mapa. En aquel punto había una crucecita y una anotación con caligrafía tosca: «Listillo». El camino de puntos rojos pasaba por la derecha de la cruz. El nombre le sonaba, pero era incapaz de recordar quién fue ese Listillo, qué cara tuvo ni cuándo vivió. Lo único que le vino a la cabeza fue un recuerdo curioso: la sala llena de humo del Borcht, caras borrachas y feroces, vasos sujetos por manos rojas y enormes como zarpas, carcajadas como truenos, bocas abiertas con los dientes amarillos... Un rebaño fantasmagórico de titanes y gigantes reunidos en torno al abrevadero. Era uno de los recuerdos más nítidos de su adolescencia: la primera visita al Borcht. ¿Qué llevé entonces? Un vacío, me parece. Llegué directamente de la Zona, entré en el antro con el saco al hombro, empapado, hambriento, desquiciado. Tiré el saco en la barra, delante de Ernest, mirando a la gente con toda mi mala hostia. Soporté la tormenta de burlas, esperé a que Ernest —todavía joven, siempre con su pajarita— contara los pavos... No, entonces aún no había pavos, entonces estaban esos cuadrados, reales, con una tía medio desnuda con capa y corona... Esperé el dinero, me lo metí en el bolsillo y, harto de las risas, sin imaginar que sería capaz de algo así, agarré una jarra grande de cerveza de la barra y la estampé en la cara del que tenía más cerca... Redrick sonrió y pensó: ¿sería ese el Listillo?

—¿Se puede pasar entre los cerros, señor Schuhart? —le preguntó Arthur a media voz, casi al oído. Estaba a su lado y también estudiaba el mapa.

—Lo veremos allí —respondió Redrick, sin levantar la vista. Había dos crucecitas más: una en la ladera de la colina del árbol y otra en el pedregal. Caniche y Cuatrojos. El sendero trazado discurría por abajo, entre ambas—. Lo veremos allí —repitió, dobló el mapa y se lo metió en el bolsillo. Después miró a Arthur y le preguntó—: ¿Qué tal va el canguelo? —Sin esperar la respuesta, continuó—: Ponme la mochila a la espalda. Iremos como antes. —Zarandéó la mochila y se ajustó las correas—. Tú irás delante para que te vea

todo el tiempo. Mira siempre al frente y ten las orejas alertas. Mis órdenes son ley. Ten presente que habrá que arrastrarse mucho; que no te dé miedo la porquería. Si te digo que pegues la boca al barro, me obedecerás sin rechistar. Abróchate la chaqueta. ¿Estás preparado?

—Sí —respondió Arthur con voz hueca. Estaba muy nervioso. El rubor le había desaparecido por completo de las mejillas.

—Vamos primero hacia ahí. —Redrick señaló con presteza el cerro más cercano, a cien pasos del terraplén—. ¿Lo tienes claro? Vamos.

Con un suspiro entrecortado, Arthur salvó el raíl y empezó a descender el terraplén de costado, acompañado por el susurro de los guijarros al resbalar.

—Tranquilo, tranquilo —le indicó Redrick—. No tenemos ninguna prisa.

Él también empezó a bajar, con cuidado, contrarrestando la inercia de la pesada mochila con la fuerza de las piernas musculosas. Siquiera por el rabillo del ojo, nunca perdía de vista a Arthur. El chaval tiene miedo, pensó. Hace bien. Puede que tenga un presentimiento. Si tiene olfato, como su padre, entonces seguro que tiene un presentimiento. Si supieras, Buitre, cómo han cambiado las cosas... Si supieras, Buitre, que esta vez te he hecho caso. «Pero esta vez, Pelirrojo, no puedes ir solo. Lo quieras o no, tienes que llevarte a alguien. Puedo darte a alguno de los críos, alguno al que no necesite...». Me convenció. Por primera vez en la vida accedí a algo así. Bueno, da igual, pensó. Puede que al final todo salga bien, yo no soy el Buitre, puede que salgamos de esta...

—¡Para! —ordenó a Arthur.

El chaval se detuvo con un pie metido hasta el tobillo en el agua herrumbrosa. Mientras Redrick lo alcanzaba, el lodazal lo sorbió hasta la rodilla.

—¿Ves esa piedra? —le preguntó Redrick—. La que está en el cerro. Ve ahí.

Arthur avanzó. Redrick esperó a que se alejara diez pasos y lo siguió, chapoteando en la ciénaga apestosa y absorbente. Estaba muerta: no había moscas ni ranas; hasta los matojos se hallaban secos y podridos. Redrick miró mecánicamente a los lados, pero todo parecía tranquilo. El cerro se acercaba despacio; ocultó el sol todavía bajo y luego eclipsó la parte oriental del cielo. Al llegar a la piedra, Redrick se volvió para mirar el terraplén, que el sol iluminaba con viveza. En la cima yacía un tren de diez vagonetas, algunas de las cuales estaban tumbadas de lado, fuera de los raíles. Debajo de ellas, estrías rojizas de piedras derrumbadas surcaban el terraplén. Y más adelante, en dirección a la cantera, al norte del tren, el aire temblaba y reverberaba

encima de los raíles, y de vez en cuando diminutos arcoíris ardían un instante y se extinguían. Redrick contempló los destellos, lanzó un escupitajo casi seco y se volvió.

—Sigamos —dijo, y Arthur se giró para mirarlo, tenso—. ¿Ves esos trapos? ¡Ahí no, más a la derecha!

—Sí.

—Eso de ahí fue en su día, hace mucho, un tal Listillo. No hizo caso a los viejos y ahora está aquí para enseñar el camino a los inteligentes. Tienes que pasar a dos dedos del Listillo, por la derecha... ¿Está claro? ¿Te has quedado con el punto? Donde el arbusto se hace más espeso... Ve hacia allí. ¡Vamos!

Caminaron en paralelo al terraplén. El agua fue disminuyendo y enseguida pisaron el suelo seco y blando del cerro. Pero en el mapa dice que el pantano llega hasta aquí, pensó Redrick. El mapa se ha quedado anticuado. Como hace tanto que Burbridge no viene por aquí, se ha quedado anticuado. Mal. Claro que es más cómodo andar por suelo seco, pero más valdría que el pantano llegara hasta aquí... Mira cómo anda, pensó de Arthur. Como si fuera por la avenida Central.

A Arthur se lo veía más animado y caminaba con pasos seguros. Llevaba una mano en el bolsillo y balanceaba la otra, contento, como si estuviera de paseo. Redrick se rebuscó en el bolsillo, sacó una tuerca de veinte gramos, apuntó y se la arrojó a la cabeza. La tuerca le dio justo en la nuca. El chaval ahogó un grito, se llevó las manos a la cabeza, se encogió y se tiró a la hierba seca. Redrick se detuvo junto a él.

—Aquí las cosas funcionan así, Archie —le explicó en tono didáctico—. Esto no es una alameda. Tú y yo no hemos salido a dar un paseíto. —Arthur se levantó poco a poco. Estaba pálido como una sábana—. ¿Está claro? —Arthur tragó saliva y asintió—. Estupendo. La próxima vez te saltaré los dientes. Si sigues vivo. ¡Vamos!

El chico podría convertirse en un buen stalker, pensó Redrick. Seguro que lo llamarían el Guapito. Archie el Guapito. Ya hubo un Guapito, uno que se llama Dickson y al que ahora apodan Ardilla. Es el único stalker que cayó en la picadora de carne y sobrevivió. Tuvo suerte. El muy pirado todavía piensa que Burbridge lo sacó de la picadora. ¡Y un cuerno! No se puede sacar a nadie de la picadora. Sí que lo sacó de la Zona, eso es verdad. ¡Qué acción tan heroica la de Burbridge! Claro, ¡como para no sacarlo! Por aquel entonces todo el mundo estaba ya harto de sus jugarretas, y los chicos le dijeron bien clarito que más le valía no volver solo la siguiente vez. Y fue entonces cuando

a Burbridge empezaron a llamarlo el Buitre; hasta entonces lo conocíamos como el Percherón...

De repente, un soplo de aire apenas perceptible le rozó a Redrick la mejilla izquierda.

—¡Para! —gritó antes de pararse a pensar qué podía ser.

Alargó la mano hacia la izquierda. La ráfaga era más intensa allí. En algún lugar entre ellos y el terraplén había un claro de mosquitos; tal vez discurría por el propio terraplén. Por algo se habían caído los vagones. Arthur se quedó inmóvil como una estatua, sin volverse siquiera.

—Ve hacia la derecha —ordenó Redrick—. Venga.

Sí, no sería un mal stalker... Pero ¿qué coño me pasa? ¿Me da lástima o qué? Esto es el colmo. ¿Le he dado yo lástima a alguien alguna vez? Bueno, la verdad es que sí. Kiril sentía compasión por mí. Dick Noonan se compadece de mí. Bueno, igual no es tanto que le doy lástima como que le gusta Guta. Y, quién sabe, quizá también me compadece; en las personas decentes, esos sentimientos no tienen por qué estar reñidos... Pero yo no tengo por qué compadecerme de nadie. Tengo que escoger entre una cosa y otra... Por primera vez se le representó esa elección con toda claridad: o ese muchacho o su Tití. Estaba claro. No había nada que considerar. Bueno, eso si suponemos que el milagro ocurrirá..., le dijo una escéptica voz interior, pero la acalló con terror y desesperación.

Pasaron junto a un montón de harapos grises. No había quedado nada del Listillo; solo un palo largo y oxidado unos pasos más allá, en la hierba agostada: un detector de minas. Hubo un tiempo en que muchos usaban detectores; los compraban de contrabando a intendentes del ejército, confiando en esos artefactos como en Dios nuestro señor. Pero en un lapso de pocos días dos stalkers que los llevaban murieron por descargas subterráneas, y se acabaron los detectores... Pero ¿quién era ese Listillo? ¿Lo trajo el Buitre hasta aquí o vino él solo? ¿Y por qué todos tenían tantas ganas de ir a la cantera? ¿Por qué no he oído nunca nada sobre esto? ¡Señor, qué calor hace! Y es temprano; no quiero saber cómo será luego...

Arthur, que iba cinco pasos por delante, levantó la mano y se secó el sudor de la frente. Redrick miró de reojo al sol. Aún estaba bajo. Y de golpe se dio cuenta de que ya no oía el susurro de sus pasos sobre la hierba seca, como antes, sino que parecía chirriar, como si fuera almidón, y ya no estaba tiesa y recia, sino blanda y arenosa; se desintegraba bajo las botas como si estuviera hecha de andrajos de hollín. Y vio las huellas de Arthur perfectamente marcadas en la hierba y echó cuerpo a tierra, gritando:

—¡Al suelo!

Hundió la cara en la hierba, que se pulverizó bajo la mejilla, y rechinó los dientes de rabia por la mala suerte que habían tenido. Intentó no moverse en absoluto, aún con la vaga esperanza de que pasara, aunque bien sabía que estaban atrapados. El calor se intensificó, caía a plomo, le envolvía el cuerpo como una mortaja empapada de agua hirviendo, y tenía los ojos nublados por el sudor.

—¡No te muevas! —le gritó a Arthur con retraso—. ¡Aguanta!

Y se dispuso a aguantar, y habría aguantado hasta el final, solo habría sudado un poco más hasta que hubiera vuelto la calma, pero Arthur no aguantó. O bien no entendió lo que gritaba Redrick, o bien no soportó el miedo, o bien el calor lo abrasó más que a Redrick; en cualquier caso, perdió la cabeza y, con un aullido gutural, echó a correr agachado, a ciegas, hacia donde lo empujó el instinto irracional: hacia atrás, justo hacia donde no debía. Redrick apenas tuvo tiempo de incorporarse y aferrarle un pie con las dos manos. Arthur cayó al suelo de bruces, levantando una nube de ceniza, lanzó un grito agudo e inhumano, asestó una patada a Redrick en la cara con la otra pierna, se debatió y se retorció, pero Redrick, quien tampoco podía pensar bien por el dolor, se puso encima de él, apretó la cara chamuscada contra la chaqueta de cuero y lo aplastó contra el suelo, como si quisiera hundirlo en él, le agarró la cabeza rebelde y la cabellera con las dos manos y le atizó patadas y rodillazos furiosos a las piernas, el culo, la tierra. Percibió gemidos y gruñidos confusos que procedían de debajo de él y su propio rugido ronco: «Tumbate, perro, tumbate o te mato...». Mientras, encima de ellos se iban amontonando pedazos de carbón incandescente, la ropa empezaba a prender, la piel de las piernas y los costados se llenaba de ampollas que se hinchaban y estallaban. Hundió la frente en el polvo gris, agarró la cabeza del maldito crío, la enterró en su pecho y, ya sin poder soportarlo más, aulló con todas sus fuerzas...

No supo cuándo terminó la pesadilla. Solo se dio cuenta de que de repente podía respirar de nuevo, de que el aire volvía a ser aire y no un vapor ardiente que abrasaba la garganta, y comprendió que había que darse prisa, que debían largarse de inmediato de aquella sartén infernal, antes de que volviera a desplomarse sobre ellos. Se separó de Arthur, que estaba completamente inmóvil, lo cogió por los pies, los agarró bajo una axila y se arrastró hacia delante impulsándose con la otra mano, sin apartar los ojos de la línea tras la cual volvía a empezar la hierba, muerta, seca, tiesa, pero hierba de verdad; en esos momentos le pareció el paraje más maravilloso del mundo. La ceniza le

rechinaba en los dientes, oleadas residuales de calor le bañaban la cara quemada, el sudor le empañaba los ojos, seguramente porque no tenía ya cejas ni pestañas. Llevaba a rastras a Arthur, cuya condenada chaqueta parecía engancharse a propósito con todo lo que encontraba; le dolía el culo escaldado y la mochila le golpeaba a cada paso la nuca achicharrada. El dolor y la sensación de asfixia eran tan insoportables que pensó, horrorizado, que se había quemado entero y que no podría salir de allí. Aquel miedo lo azuzó a impulsarse aún más fuerte con el codo libre y las rodillas, y empezó a arrancar de la garganta seca las palabrotas más abominables que le pasaban por la cabeza. De golpe, con una especie de alegría demente, recordó que bajo la chaqueta llevaba la petaca y que aún estaba casi llena, mi amorcito, preciosa, no te rindas, avanza un poquito más, venga, Red, tú puedes, Pelirrojo, así, muy bien, un poco más, por mis muertos, por Dios, por los ángeles, por los visitantes y por el alma del Buitre...

Después se quedó tumbado largo rato con la cara y las manos sumergidas en el agua fría y herrumbrosa, respirando con deleite el hedor fresco que desprendía. Habría estado allí tumbado toda la eternidad, pero se obligó a ponerse de rodillas, se despojó de la mochila, se acercó a cuatro patas a Arthur, quien seguía inmóvil a treinta pasos del agua, y lo colocó boca arriba. Pues sí, el muchacho era muy guapo. La linda carita parecía una máscara negra y gris compuesta de ceniza y sangre coagulada, surcada de líneas longitudinales, y Redrick se quedó observando las rayas atontado: eran las huellas de las piedras y los montículos. Después se puso en pie, lo cogió por las axilas y lo arrastró hasta el agua. El muchacho respiraba con dificultad y de vez en cuando exhalaba un quejido. Redrick lo soltó boca abajo en el charco más grande y se desplomó a su lado para volver a experimentar la fría caricia líquida. Arthur borboteó y empezó a agitarse, puso las manos debajo del cuerpo y levantó la cabeza. Tenía los ojos desorbitados; no entendía nada. Engulló aire con avidez, escupiendo y tosiendo al mismo tiempo. Después su mirada recuperó la cordura y se detuvo en Redrick.

—Uf, uf... —Arthur sacudió la cabeza, salpicando agua sucia—. ¿Qué era eso, señor Schuhart?

—La muerte —murmuró Redrick casi sin articular, y tosió.

Se tocó la cara. Le dolía. Tenía la nariz hinchada, pero, para su sorpresa, conservaba las cejas y las pestañas. Y la piel de las manos también seguía intacta, solo un poco enrojecida. Cabía esperar, entonces, que el culo no se le hubiera achicharrado hasta el hueso. Se lo palpó. No, hasta el hueso no, si

tenía los pantalones de una pieza... Estaba como si lo hubieran escaldado con agua hirviendo.

Arthur también se examinó la cara con los dedos. Después de que el agua le limpiara la horrible máscara, sus rasgos parecían casi los de siempre. Unos cuantos rasguños, un arañazo en la frente, un corte en el labio inferior y poco más.

—Nunca había oído hablar de esto —profirió Arthur, mirando atrás.

Redrick también se giró. La hierba grisácea y chamuscada estaba llena de huellas, y se asombró al ver lo corto que era en realidad el camino que había recorrido para salvarse de la muerte, con lo terrible e interminable que se le había hecho. El área quemada mediría a lo sumo veinte o treinta metros de largo, pero a causa del miedo y de ir a ciegas había trazado un absurdo zigzag, como una cucaracha en una sartén caliente. Y menos mal que se había arrastrado en la dirección correcta, porque podría haberse dirigido al claro de mosquitos de la izquierda o haber vuelto atrás... No, no habría ido, pensó con irritación. Igual este criaño sí, pero yo no soy ningún criaño, y si no hubiera sido por él no habría pasado nada; nos habríamos churruscado el culo y ahí se habrían acabado las complicaciones.

Miró a Arthur. Se estaba limpiando entre gemidos y resoplidos, tocándose las heridas. Redrick se levantó y salió del agua. El contacto de la ropa rígida en la piel quemada le arrancó una mueca de dolor. Se acercó a la mochila y se inclinó para examinarla. No parecía haberle pasado nada. Las solapas superiores se habían calcinado, los viales del botiquín habían estallado y una mancha endurecida de algún medicamento desprendía un olor insufrible. Redrick desabrochó la tapa y empezó a retirar plásticos y cristales rotos.

—¡Muchas gracias, señor Schuhart! —exclamó Arthur de sopetón a su espalda—. Me ha sacado de allí.

Redrick no dijo nada. ¿Qué coño gracias? Como si no tuviera nada mejor que hacer que salvarte.

—Ha sido culpa mía —siguió Arthur—. Lo he oído cuando me ha ordenado que me tumbara, pero me he asustado mucho, y cuando ha empezado el calor he perdido la cabeza. Tengo mucho miedo al dolor, señor Schuhart...

—Venga, levanta —repuso Redrick sin girarse—. Esto no ha sido nada. ¿Qué haces tumbado a la bartola? ¡Levanta!

Se echó la mochila a la espalda e introdujo los brazos en las asas, siseando de dolor por los hombros quemados, con la sensación de que la piel le tiraba, se le cubría de dolorosas arrugas y se le iba a romper. Miedo al dolor... ¡Vete

a tomar por culo! Miró alrededor. Bien, no se habían salido del camino. Ahora, hacia esos cerros llenos de muertos. Cerros asquerosos, ahí están los muy cabrones, plantados como culos de buitre, y la cañada entre ellos... Con un movimiento mecánico levantó la nariz y olisqueó el aire. Ah, puta cañada, ahí está toda la mierda del mundo. Perra.

—¿Ves la cañada que pasa entre los cerros? —le preguntó a Arthur.

—Sí.

—Pues derecho hacia allí. ¡Andando!

Arthur se secó la nariz con la mano y se puso en marcha, pisando los charcos. Cojeaba un poco y ya no caminaba tan erguido y elegante, sino algo encorvado, con mucho cuidado y mucho miedo. Mira, ya he sacado a otro, pensó Redrick. ¿Cuántos van ya? ¿Cinco, seis? Y digo yo: ¿por qué? ¿Acaso es algo mío? ¿Es de mi sangre? ¿Tengo que velar por él? Oye, Pelirrojo, ¿por qué lo has sacado de allí? Te ha ido de un pelo palmarla por su culpa... Pero ahora que tengo la cabeza clara sé que he hecho bien en sacarlo, porque lo necesito, es como un rehén a cambio de Tití. No he salvado a una persona, sino a mi detector de minas. Mi dragaminas. Mi llave maestra. Pero cuando estábamos allí, en el calor, he actuado sin pensar. Lo he sacado como si fuera de mi sangre, ni se me ha ocurrido dejarlo allí, y no me he acordado ni de Tití, ni de si era una llave maestra, ni de nada... Muy bien, ¿y eso qué significa? Pues significa que soy buen tío. Guta siempre me lo repite, el difunto Kiril estaba convencido de ello y Richard me lo ha dicho mil veces... ¡Creen que soy bueno! Cállate ya, se dijo. ¡Aquí no sirve de nada la bondad! Primero hay que pensar y luego mover las piernas y los brazos. Que sea la primera y la última vez, ¿entendido? Que soy bueno, dicen... Tengo que reservarlo para la picadora de carne, pensó con claridad, impasible. Se puede superar todo menos la picadora.

—¡Para! —le gritó a Arthur.

La cañada se abría frente a ellos, y Arthur se detuvo y miró confuso a Redrick. El fondo estaba cubierto por un fango verdoso y purulento que brillaba al sol como si fuera grasa. Sobre la superficie flotaba un vapor liviano que se volvía más denso a medida que se internaba entre los cerros, y a treinta pasos ya no se veía nada. Y qué peste despedía. El diablo sabía qué fermentaba en aquel mejunje, pero a Redrick le pareció que una pila de cien mil cabezas de pescado y gatos muertos rebozada con cien mil huevos podridos olería mejor que aquello. «El olor no se irá, Pelirrojo, así que tira adelante y no seas cobarde».

Arthur emitió un sonido gutural y reculó, lo cual provocó que Redrick se sacudiera el estupor. Se apresuró a sacarse del bolsillo un paquete de algodón impregnado de desodorante, formó unos tapones, se los introdujo en los orificios de la nariz y le pasó el algodón a Arthur.

—Gracias, señor Schuhart —contestó este con voz débil—. ¿No hay manera de ir por arriba?

Redrick lo cogió del pelo y le giró la cabeza hacia la pila de harapos que había en el pedregal.

—Ese era Cuatrojos. Y en el cerro de la izquierda, desde aquí no se ve, está el Caniche. En el mismo estado. ¿Entiendes? Camina.

El fango estaba tibio y pegajoso; parecía pus. Al principio avanzaron erguidos, sumergidos hasta la cintura, pisando el fondo, que era, por suerte, de piedras y bastante plano; sin embargo, al poco, Redrick oyó un zumbido familiar procedente de los lados. En el cerro de la izquierda, iluminado por el sol, no se veía nada, pero en la ladera de la derecha, que quedaba en sombra, empezaron a saltar chispas lila claro.

—¡Agáchate! —ordenó Redrick entre dientes, encorvándose—. ¡Más, idiota!

Arthur se agazapó muerto de miedo, y al cabo de un segundo un trueno retumbó en el aire. Un relámpago ramificado, que apenas se distinguía del fondo del cielo, tembló en una danza demente encima de ellos. Arthur se encogió y se hundió hasta los hombros. Ensordecido por el estruendo, Redrick se giró hacia el pedregal en sombra y vio una mancha carmesí brillante que se desvanecía rápidamente, y justo allí cayó otro relámpago.

—¡Adelante! ¡Adelante! —bramó, sin oír su propia voz.

Avanzaron en cuclillas, manteniendo solo la cabeza fuera del fango, y con cada relámpago Redrick veía que a Arthur se le erizaba la melena y sentía como si mil agujas le punzaran la cara.

—¡Adelante! —repetía monótonamente—. ¡Adelante!

Ya no oía nada. Una vez Arthur se volvió hacia él y Redrick le vio el perfil: un ojo desenfocado y desorbitado de horror lo miraba de soslayo, los labios le temblaban, blancos, y la mejilla estaba sudada y embadurnada de verde. Después los relámpagos empezaron a caer tan bajos que tuvieron que sumergir la cabeza. El cieno verdoso se les pegaba a la boca y les impedía respirar bien. Cogiendo aire con la boca, Redrick se quitó los tapones de la nariz y descubrió que el hedor había desaparecido, que el olor fresco y penetrante del ozono saturaba el aire. El vapor se había vuelto más denso o quizá había menos luz, y ya no se veían los cerros ni a derecha ni a izquierda;

Redrick no distinguía nada, excepto la cabeza de Arthur, pringada de barro verde y envuelta en volutas de vapor amarillo.

Vamos, saldrás de esta, pensó Redrick. Ya has pasado por esto, toda la vida ha sido así: metido en la mierda hasta el cuello y los relámpagos por encima; la historia de siempre... ¿De dónde ha salido toda esta mierda? Cuánta mierda... Es una locura, tanta mierda en un mismo sitio, la mierda del mundo entero toda aquí... Ha sido el Buitre, pensó, furioso. Ha sido el Buitre, que ha venido y ha dejado esto al pasar... Cuatrojos está a la derecha; el Caniche, a la izquierda, y todo para que el Buitre pasara entre los dos y dejara su rastro de mierda... Es lo que hay: quien va detrás del Buitre siempre come mierda. ¿Qué pasa? Como si no lo supieras desde hace tiempo. Siempre es así, en todas partes. Hay demasiados Buitres, por eso no queda ni un sitio limpio en el mundo, todo está sucio... Noonan es imbécil. Dice: Pelirrojo, eres el que rompe el equilibrio, el destructor del orden. Pelirrojo, cualquier orden te parece mal, un orden malo te parece mal, un orden bueno te parece mal. Por culpa tuya y de los que son como tú no habrá nunca un reino de los cielos en la tierra... No tienes ni idea de lo que dices, gordo. ¿Cuándo he visto yo un orden bueno? ¿Cuándo me has visto tú en un orden bueno? Lo único que he visto en mi vida es que los Kiriles y los Cuatrojos mueren, y que los Buitres se cuelan como gusanos por en medio de los dos, por en medio de todos los muertos, y cagan mierda y más mierda y más mierda...

Pisó una piedra inestable y resbaló. Se hundió hasta la cabeza, volvió a emerger, vio justo al lado la cara distorsionada de Arthur y sus ojos como platos, y de golpe se quedó helado: le pareció que estaban avanzando en dirección equivocada. Pero no. Solo se divisaba una piedra negra que sobresalía del cieno y, a pesar de que la niebla amarilla no dejaba ver nada más, supo de inmediato que había que ir hacia ella.

—¡Para! ¡Ve más a la derecha! ¡A la derecha de la piedra!

Tampoco esa vez se oyó la voz, de modo que alcanzó a Arthur, lo cogió del hombro y le hizo señas: ve a la derecha de la piedra, baja la cabeza. Me las pagaréis por esto, pensó. Arthur se sumergió al llegar a la piedra, y justo en ese momento un rayo cayó en la cima con todo su estruendo y volaron fragmentos incandescentes. Me las pagaréis por esto, repitió, hundiendo la cabeza e impulsándose con todas sus fuerzas con brazos y piernas. En los oídos le resonó un nuevo trueno fortísimo. ¡Vais a desear no haber nacido! Lo asaltó un pensamiento fugaz: ¿de quién estoy hablando? No sé. Pero alguien tiene que pagar por esto, ¡alguien me las pagará por esto! Esperad, dejadme

llegar a la Bola, solo dejadme llegar hasta allí y os voy a hacer comer toda esta mierda, yo no soy ningún Buitre, yo os pasaré cuentas a mi manera...

Cuando salieron del fango, al pedregal ya ardiente por el sol, ensordecidos, con el cuerpo revuelto, tambaleándose y apoyándose el uno en el otro para no caer, Redrick vio el camión desconchado que se aguantaba sobre los ejes y recordó vagamente que a su sombra se podía descansar. Y allí se cobijaron. Arthur se tumbó de espaldas y empezó a desabrocharse la chaqueta con los dedos flácidos, y Redrick apoyó la mochila contra el lateral del camión, se limpió las manos en la grava del suelo y se tanteó bajo la ropa.

—Yo también... —pidió Arthur—. Yo también quiero, señor Schuhart.

Redrick se sorprendió ante la voz poderosa del chico. Bebió un trago y cerró los ojos, escuchando como aquel líquido caliente que todo lo limpiaba le fluía por la garganta y se le extendía por el pecho. Dio otro trago y le tendió la petaca a Arthur. Ya está, pensó, aturdido. Hemos pasado. Esto también lo hemos pasado. Ahora vamos a hacer la suma. ¿Creíais que me había olvidado? Pues no, yo nunca me olvido de nada. ¿Creéis que voy a daros las gracias por haberme dejado con vida, por no haberme ahogado en la mierda? Ni gracias ni hostias: que os den. Estáis acabados, ¿me oís? Voy a acabar con todo. Ahora soy yo quien decide. Yo, Redrick Schuhart, en plena posesión de mis facultades mentales, voy a decidirlo todo y por todos. Y todos vosotros, buitres, perros, visitantes, huesudos, quarterbloods, parásitos, billetes, roncós, señoritos, encorbatados, uniformados, todos esos tipos con maletines, con discursos, con buenas obras, con empleos que ofrecer, con pilas eternas, con móviles perpetuos, con claros de mosquitos, con promesas de felicidad, basta ya de hacerme bailar a vuestro son, toda la vida llevándome de aquí para allá por las narices como a los bueyes, y yo siempre presumiendo de que hacía lo que me daba la gana, y vosotros, cerdos, me decíais que sí y luego os guiñabais el ojo y me tirabais de las narices, me toreabais, me arrastrabais por la mierda, por la cárcel, por los bares... ¡Se acabó! Desabrochó las correas de la mochila y cogió la petaca que le devolvía Arthur.

—Nunca se me había ocurrido —decía el chico con voz dócil y perpleja—. Ni siquiera podía imaginarme algo así... Claro que sé qué es la muerte, el fuego... Pero ¿eso? ¿Cómo vamos a volver?

Redrick no lo escuchaba. Lo que decía esa personita no tenía ningún sentido en esos momentos. No porque antes hubiera tenido sentido, sino porque antes era una persona. En esos momentos... Bueno, era una llave maestra parlante. Qué más da, que hable.

—Si pudiéramos lavarnos... —Arthur miró alrededor, ansioso—. Para limpiarnos la cara...

Redrick lo observó, ausente. Le miró el pelo pegajoso y tieso como el fieltro, la cara manchada de lodo seco y marcada con las huellas de sus dedos y el cuerpo cubierto con una costra de barro agrietado, y no sintió pena ni rabia. Nada. Una llave maestra parlante. Se giró. Enfrente se extendía un descampado lúgubre, como un solar en construcción abandonado, lleno de cascajos puntiagudos, cubierto de polvo blanco, bañado por el sol cegador, insoportablemente blanco, caliente, abyecto, muerto. Ya se veía la pared más lejana de la cantera, de un blanco igual de deslumbrante, que a esa distancia parecía totalmente lisa y vertical. En cambio, la pared más cercana revelaba las huellas de los enormes fragmentos desgajados de la roca, que yacían en el suelo, y entre ellos, como una mancha roja, sobresalía la cabina de una excavadora. Por allí pasaba el camino de bajada a la cantera. Era el único punto de referencia. Había que ir en línea recta hacia allí, confiando simplemente en la vieja amiga, la suerte.

Arthur se incorporó de repente, metió una mano bajo el camión y sacó un tarro de conservas oxidado.

—Mire esto, señor Schuhart —anunció, animado de nuevo—. Seguro que mi padre lo dejó aquí. Y hay más.

Redrick no respondió. ¿Qué más te da?, pensó con indiferencia. Mejor sería que no pensaras en tu padre ahora, mejor sería que cerraras la boca. Aunque, en realidad, da igual... Se levantó y siseó de dolor, porque toda la ropa se le había pegado al cuerpo, a la piel quemada, y de súbito sintió un doloroso desgarrón por dentro, como si le hubieran arrancado una venda seca de una herida. Arthur también se levantó, siseando igualmente y gimiendo, y miró a Redrick con unos ojos rebosantes de sufrimiento. Era evidente que quería quejarse, pero no se atrevía.

—¿Podría dar otro traguito, señor Schuhart? —se limitó a pronunciar con vocecita débil.

Pero Redrick, que todavía tenía la petaca en la mano, se la guardó en el seno.

—¿Ves eso rojo entre las piedras?

—Sí —respondió Arthur, soltando un suspiro tembloroso.

—Pues allí vamos. Andando.

Arthur se desperezó con un gemido, irguió los hombros, hizo una mueca y miró alrededor.

—Me gustaría lavarme un poco... Estoy todo pegajoso.

Redrick aguardó impasible. Arthur lo miró sin esperanza, asintió y echó a andar, pero se detuvo de repente.

—La mochila. Se deja la mochila, señor Schuhart.

—¡Camina! —ordenó Redrick.

No tenía ganas de dar explicaciones ni de mentir; tampoco serviría de nada. Irá de todas formas. No hay otro sitio adonde ir. Irá. Y Arthur fue. Echó a andar desanimado, encorvado, arrastrando las piernas, intentando arrancarse el barro pegado de la cara. Se había hecho más pequeño, lastimoso, flaco, como un gatito callejero mojado. Redrick lo siguió. En cuanto salió de la sombra, el sol lo quemó y lo cegó, y se protegió con una mano arrepintiéndose de no haber cogido gafas de sol.

A cada paso levantaban una nube de polvo blanco que se les posaba en las botas. El polvo olía mal; no, era Arthur quien apestaba, era insoportable ir detrás de él... Tampoco; Redrick tardó un poco en comprender que el olor procedía de sí mismo. Era repugnante, pero no desconocido; olía como los días en que el viento del norte arrastraba el humo de las fábricas por las calles de la ciudad. Y su padre también olía de aquella manera cuando regresaba a casa, enorme, sombrío, con los ojos rojos y dementes, y Redrick corría a esconderse en el último rincón y observaba temeroso como su padre se despojaba de la chaqueta de trabajo y se la arrojaba a su madre, se quitaba las enormes botas gastadas de los pies enormes y las empujaba bajo la percha, se dirigía al baño con los calcetines pegajosos y se daba una larguísima ducha mientras se azotaba las carnes mojadas entre ayes y gruñidos, daba cacharrazos con las palanganas y farfullaba entre dientes. Luego, un rugido retumbaba por toda la casa: «¡Maria! ¿Te has dormido?». Había que esperar hasta que terminara de asearse y se sentara a la mesa, donde ya lo esperaban la botella de cuarto, un plato hondo con sopa espesa y un bote de ketchup; había que esperar a que vaciara la botella, se acabara la sopa, eructara y empezara la carne con judías, y solo entonces Redrick podía salir de su escondrijo, acercarse a él, subírsele a las rodillas y preguntarle a qué capataz o a qué ingeniero había ahogado ese día en aceite de vitriolo...

Alrededor todo era de un blanco candente, y estaba poniéndose enfermo del calor seco y brutal, del hedor, del cansancio. La piel abrasada y agrietada le ardía con rabia; le pareció que, a través de la calima ardiente que le embotaba la conciencia, quería gritarle, suplicarle que le diera descanso, agua, frescor. Recuerdos lejanos e irreconocibles se le amontonaban en el cerebro abotagado, se atropellaban, se eclipsaban, se mezclaban entre sí, se entrelazaban con el mundo blanco y tórrido que le danzaba ante los ojos

entornados, y todos eran amargos, todos apestaban, todos provocaban odio o lástima desgarradora. Trató de interrumpir ese caos, de rescatar del pasado algún espejismo agradable, alguna sensación de ternura o de alegría, excavó en lo más profundo de la memoria para extraer la carita fresca y sonriente de Guta, cuando todavía era una muchacha deseada e intacta, y la imagen apareció, pero enseguida se emborronó con herrumbre, se deformó y se convirtió en el hocico taciturno de Tití, cubierto de hirsuto pelo castaño. Trató de recordar a Kiril, aquel santo, sus movimientos rápidos y seguros, su risa, su voz, sus promesas de lugares y épocas hermosos y desconocidos, y Kiril apareció ante él, pero también refulgió al sol la telaraña plateada, y Kiril ya no estaba, y los ojos angélicos que miraban a Redrick sin parpadear eran los de Hugh el Ronco, y en la palma de la mano grande y blanca sopesaba un contenedor de porcelana... Las fuerzas oscuras que se agitaban en su conciencia rompieron la barrera de la voluntad y aniquilaron lo poco de bueno que aún conservaba en la memoria, y le pareció que no existía nada bueno en absoluto, solo caras brutales, monstruosas, aberrantes...

Durante todo aquel rato no dejó de comportarse como un stalker. Sin pensar, sin ser consciente, incluso sin retener lo que veía, registró el paisaje como si lo examinara con la médula espinal: a la izquierda, a una distancia segura, sobre una pila de tablones viejos había un fantasma alegre, un difunto ya marchito —no tenía ninguna importancia—; por la derecha sopló un viento vago, y al cabo de pocos pasos divisó un claro de mosquitos liso como un espejo, con muchas puntas, como una estrella de mar —estaba lejos, no pasaba nada—, en cuyo centro había un pájaro aplastado, reducido a una sombra, una imagen realmente rara, pues ya casi no volaban pájaros sobre la Zona. Y ahí, en el margen, había dos vacíos abandonados; tenía pinta de que el Buitre los había tirado en el camino de vuelta: el miedo pudo más que la codicia... Redrick lo veía todo, no se le escapaba nada, y en cuanto el encorvado Arthur estaba a un paso de desviarse de la dirección correcta, la boca de Redrick se abría sola y un mecánico grito de advertencia salía de la garganta ronca. Una máquina, pensó. Habéis hecho de mí una máquina... Los pedruscos de la pared de la cantera estaban cada vez más cerca, y ya podía distinguir el caprichoso dibujo de la herrumbre en el techo rojo de la cabina de la excavadora.

Mira que eres idiota, Burbidge, pensó Redrick. Astuto, pero idiota. ¿Cómo has podido confiar en mí, eh? Me conoces desde hace mucho, deberías conocerme mejor que yo mismo. Lo que pasa es que te has hecho viejo. Te has vuelto estúpido. Por otra parte, te has pasado la vida tratando

con idiotas... Y de repente se imaginó la cara que pondría el Buitre cuando se enterara de que Arthur, su Archie, su Guapito, su niño, había ido a la Zona con el Pelirrojo a buscar unas piernas para él, para el Buitre; que no lo había acompañado un mocoso prescindible, sino su propio hijo, su vida, su orgullo... Y, al imaginarse su careto, Redrick soltó una carcajada y, cuando Arthur lo miró asustado, le indicó con la mano sin parar de reír: ¡adelante, adelante! Y de nuevo, como en una pantalla, se le aparecieron las caras brutales, monstruosas, aberrantes... Todo tenía que cambiar. No una vida ni dos, no un destino ni dos: tenía que cambiar hasta el último tornillo de ese apestoso mundo...

Arthur se detuvo frente a la bajada abrupta que conducía a la cantera, se detuvo y se quedó inmóvil con el largo cuello estirado y los ojos clavados abajo y a lo lejos. Redrick lo alcanzó y se paró a su lado, pero no miró al mismo lugar que Arthur.

A sus pies partía un camino hacia las profundidades de la cantera, producto de las orugas y las ruedas de pesados camiones que circularon por él años atrás. A la derecha se alzaba una pendiente blanca y agrietada por el calor, mientras que a la pendiente de la izquierda le habían arrancado fragmentos de roca, y entre las piedras y los montones de grava estaba la excavadora, inclinada, con la pala apoyada en el borde del camino, dormida e impotente. Como era de esperar, no se veía nada más en el camino, aparte de unos carámbanos negros y retorcidos al lado de la pala, semejantes a cirios espirales, que colgaban de los toscos salientes de la pendiente; también había bastantes manchas negras en el polvo, como si fueran gotas de asfalto. Eso era todo lo que quedaba de ellos, y ni siquiera se podía decir cuántos fueron. Quizá cada carámbano fue una persona, un deseo del Buitre. Ese de ahí es el Buitre que ha vuelto sano y salvo del sótano del séptimo pabellón. Ese otro, más grande, es el Buitre que ha sacado sin contratiempos un imán inquieto de la Zona. Y aquel otro carámbano es la golfa de Dina Burbridge, la despampanante, la deseada por todos, que no se parece ni a su madre ni a su padre. Y esa mancha de ahí es Arthur Burbridge, que tampoco se parece a su madre ni a su padre, Archie, el guapito, el orgullo de su padre...

—¡Hemos llegado! —exclamó Arthur con un graznido ansioso—. Señor Schuhart, ¡lo hemos conseguido!

Soltó una carcajada de felicidad, se puso en cuclillas, cerró los puños y golpeó el suelo con todas sus fuerzas. El mazacote de pelo de la coronilla tembló y se balanceó de forma cómica y ridícula, y pegotes de barro seco salieron despedidos en distintas direcciones. Y entonces Redrick levantó los

ojos y contempló la bola. Con cuidado. Con miedo. Con el temor secreto de que resultara algo distinto de lo que esperaba, de que lo decepcionara, de que le suscitara dudas, de que lo expulsara del paraíso al que había logrado llegar después de haber tragado tanta mierda...

No era dorada, sino más bien color cobre, rojiza, totalmente lisa, y el sol le arrancaba un resplandor apagado. Estaba al pie de la pared más lejana de la cantera, instalada cómodamente entre la amalgama de rocas, e incluso desde aquella distancia se veía lo voluminosa que era y el peso que ejercía en el lecho donde descansaba.

No había nada en ella que provocara desilusión ni dudas, pero tampoco nada que inspirara esperanza. De improviso le vino el pensamiento de que seguramente estuviera hueca y muy caliente al tacto, pues se encontraba al sol. Era evidente que no brillaba con luz propia y también que no podía flotar en el aire ni danzar, como a menudo decían las leyendas. Estaba donde había ido a parar. Quizá se le cayó a alguien de un bolsillo enorme, o quizá se alejó rodando y se les perdió a unos gigantes mientras jugaban con ella. No la habían colocado allí adrede, sino que estaba allí como podía haber estado en otro sitio, desechada igual que todos esos vacíos, pulseras, pilas y demás basura que había dejado la Visitación.

Pero al mismo tiempo tenía algo y, cuanto más la contemplaba Redrick, más sentía que mirarla era agradable, que tenía ganas de acercarse a ella, tocarla, acariciarla, y se le coló el extraño pensamiento de que estaría muy bien sentarse a su lado y, aún mejor, apoyar la espalda en ella, recostar la cabeza, cerrar los ojos, reflexionar, recordar, y tal vez dormir un momentito, descansar...

Arthur se incorporó de un salto, se desabrochó todas las cremalleras de la chaqueta, se la quitó y la arrojó a sus pies con fuerza, con lo que levantó una nube de polvo blanco. Gritó y se echó a reír y a gesticular, se puso las manos a la espalda y, danzando, saltando, trazando intrincados pasos de baile con los pies, se lanzó pendiente abajo. Ya no miraba a Redrick, se olvidó de él, se olvidó de todo; corrió a cumplir sus deseos, sus pequeños y secretos deseos de colegial ruboroso, de niño que nunca ha visto más dinero que la paga semanal, de chaval al que han azotado sin piedad si ha vuelto a casa con un ligero efluvio de alcohol y al que han educado para ser abogado ilustre y, a la larga, ministro y, aún más a la larga, por qué no, presidente... Redrick entrecerró los ojos a la luz cegadora y lo observó en silencio. Estaba frío y calmado, sabía qué iba a ocurrir y sabía que apartaría la mirada cuando pasara, pero miraría mientras pudiera. Y, en efecto, miró, sin sentir nada

especial, aunque quizá en el fondo de sus entrañas empezó a agitarse un gusano desasosegado y a levantar la cabecita espinosa.

Y el niño corría por la cuesta empinada, inventando zapateados inimaginables, levantando polvo blanco tras los talones, y gritó algo con todas sus fuerzas, muy alto, muy alegre, muy solemne, como un canto o un conjuro, y Redrick pensó que era la primera vez en el tiempo que existía la cantera que alguien bajaba por ese camino como si fuera a una fiesta. Y al principio no prestó atención a qué chillaba aquella llave maestra parlante, pero luego pareció despertar algo en él y oyó:

—¡Felicidad para todos! ¡Gratis! ¡Tanta felicidad como se quiera! ¡Venid todos aquí! ¡Hay para todos! ¡Que todo el mundo se marche contento! ¡Gratis! ¡Felicidad! ¡Gratis!

Y de repente calló, como si una mano gigantesca le hubiera estampado una mordaza en la boca. Y Redrick vio que una nada transparente agazapada en la sombra de la pala de la excavadora lo apresaba, lo levantaba en el aire y lo retorció despacio, trabajosamente, como las mujeres que retuercen la colada para escurrir el agua. A Redrick le dio tiempo a ver como una bota polvorienta se le desprendía de una pierna contraída y salía volando muy arriba sobre la cantera. Entonces se dio la vuelta y se sentó. Tenía la mente en blanco, vacía de todo pensamiento, e incluso dejó de percibirse a sí mismo. Alrededor reinaba la calma, y el silencio era especialmente profundo a su espalda, en el camino. De repente se acordó de la petaca, pero sin particular alegría, más bien como si fuera un medicamento que era hora de tomar. Desenroscó el tapón y empezó a beber a traguitos parcos, y por primera vez en la vida deseó que la petaca no contuviera alcohol, sino agua fresca.

Transcurrió un rato y en su mente se formaron pensamientos más o menos conexos. Bien, ya está, pensó en contra de su voluntad. El camino está abierto. Ahora ya se puede bajar, pero es mejor esperar un poco más, claro. La picadora de carne puede ser traicionera. De todas formas, tengo que pensar. No estoy acostumbrado; ese es el problema. ¿Qué es pensar? Pensar significa marcarse faroles, trampear, dar camelo, escabullirse, pero nada de eso me sirve ahora...

Bien. Tití, mi padre... Saldar cuentas con todo, putear a todos esos cerdos, que coman mierda igual que la he comido yo... No es eso, no es eso, Pelirrojo... Sí que lo es, claro, pero ¿qué significa? ¿Qué debo hacer? Esto son palabrotas, no pensamientos. Se quedó helado ante un presentimiento terrible y, saltándose la multitud de razonamientos que estaban a la espera, se ordenó a sí mismo con violencia: Aquí estás, cabrón pelirrojo, no te irás a

ninguna parte hasta que no des con la idea buena, ya te puedes morir aquí, al lado de la bola esta, ya te puedes freír y pudrir, carroña, pero no te irás a ninguna parte...

Dios mío, pero ¿dónde están las palabras? ¿Dónde están mis pensamientos? Se dio un golpe en la cara con el puño medio abierto. ¡No he tenido un solo pensamiento en toda mi vida! Espera, Kiril solía decir algo sobre esto... ¡Kiril! Escarbó en sus recuerdos con ansia, emergieron algunas palabras, unas más familiares que otras, pero ninguna servía, porque Kiril no le había dejado palabras, solo algunas imágenes borrosas, muy bonitas, pero del todo inverosímiles...

Hijos de puta... Me han empujado hasta aquí, los muy cerdos me han dejado sin lengua... Canallas. El que nace canalla, canalla se queda... ¡Pero eso no debería ser así! Tú, ¿me oyes? ¡No dejes que esto suceda nunca más! Las personas han nacido para pensar (¡aquí estás, Kiril, por fin!). Pero el problema es que no me lo creo. No me lo he creído nunca y sigo sin creérmelo, y no sé para qué han nacido las personas. Han nacido y punto. Cada uno se gana la vida a su manera. Que nosotros tengamos salud y que se mueran todos esos. ¿Quiénes somos «nosotros»? ¿Quiénes son «esos»? No entiendo nada. Cuando yo estoy bien, Burbridge está mal; cuando Burbridge está bien, Cuatrojos está mal; cuando el Ronco está bien, todos están mal, aunque en realidad el Ronco también está mal, pero, idiota de él, se imagina que podrá escabullirse en el momento oportuno. ¡Dios mío, que lío! Llevo toda la vida peleándome con el capitán Quarterblood, y él lleva toda la vida peleándose con el Ronco, y del gilipollas de mí solo quería una cosa: que dejara de ser stalker. Pero ¿cómo quería que lo dejara, si tenía que alimentar a mi familia? ¿Quería que me buscara un trabajo? Pues no quiero trabajar para vosotros, me dan asco vuestros trabajos, ¿es que no lo entendéis? Cuando uno trabaja, siempre es para alguien, por tanto es un esclavo y nada más, y yo siempre he querido ir a la mía, siempre he querido ser yo mismo para mandar a la mierda a todo el mundo, a su aburrimiento y su tristeza...

Se bebió lo que quedaba de coñac y estrelló la petaca contra el suelo con todas sus fuerzas. La petaca rebotó, centelleó al sol y se perdió rodando; se olvidó de ella al instante. Siguió sentado tapándose los ojos con las manos, ya sin tratar de comprender ni imaginar; solo deseaba ver algo tal como debería ser, pero de nuevo aparecieron caras bestiales, monstruosas, abominables, dinero, botellas, montones de harapos que una vez fueron personas, columnas de cifras... Sabía que tenía que destruir todo eso, y deseaba destruirlo, pero sospechaba que, si desaparecía, entonces no quedaría nada, nada salvo la

tierra desnuda. Débil y desesperado, volvió a sentir el anhelo de apoyar la espalda y recostar la cabeza. Se levantó, se sacudió maquinalmente el polvo de los pantalones y empezó a bajar a la cantera.

El sol era abrasador, manchas rojas flotaban ante sus ojos, temblaba el aire del fondo de la cantera, y en ese temblor la bola parecía danzar sin moverse del sitio, como una boya en las olas. Pasó junto a la pala, levantando ligeramente los pies, supersticioso, con cuidado de no pisar los goterones negros, y después cruzó despacio la cantera, hundiendo las botas en el suelo poroso, en dirección a la bola flotante y refulgente. Estaba empapado en sudor y jadeaba, pero al mismo tiempo sentía un escalofrío helado, se estremecía con violencia, como si tuviera resaca, y notaba en los dientes la desagradable sensación del polvo insípido de creta. Ya no intentó pensar más. Solo se repetía la misma cantinela una y otra vez, como una oración desesperada: «Soy un animal, ya lo ves, soy un animal. No tengo palabras, no me han enseñado las palabras, y no sé pensar, esos cerdos no me dejaron aprender a pensar. Pero si de verdad todo lo puedes, todo lo haces, todo lo comprendes..., ¡lo verás! Mira dentro de mi alma, ahí tiene que estar todo lo necesario. Debería estar. ¡No le he vendido el alma a nadie, jamás! ¡Es mía, es humana! ¡Saca de mí lo que deseo, porque no puede ser que yo desee el mal! A la mierda todo, no se me ocurre nada más que sus palabras: “¡felicidad para todos, gratis, y que todo el mundo se marche contento!”».

COMENTARIO DE BORÍS STRUGATSKI

La historia de cómo se escribió esta novela (a diferencia de la historia de su publicación) no contiene nada digno de mención ni, digamos, didáctico. La idea de la trama surgió en febrero de 1970, cuando nos juntamos en la casa de cultura de Komarovo para escribir *Ciudad maldita*. Durante los paseos vespertinos que dábamos por las callejuelas desiertas y nevadas del pueblo para descansar del trabajo, concebimos algunos argumentos, entre los que se encontraban los futuros *Malish [El niño]* y *Pícnic*.

El primer apunte tenía este aspecto:

Un mono y un tarro de conserva. Treinta años después de la visita de unos extraterrestres, solo queda la basura que dejaron, que es objeto de caza y de búsqueda, de investigaciones y de calamidades. Crecen las supersticiones, hay un departamento que quiere poseer la basura para adquirir poder y una organización que quiere destruirla (el conocimiento caído del cielo es inútil y perjudicial; lo único que pueden conllevar los descubrimientos es el mal uso). Los buscadores de oro se consideran magos. La decadencia de la autoridad científica. Biosistemas abandonados (como si fueran pilas gastadas), muertos resucitados de distintas épocas...

En aquel momento surgió el título definitivo y consolidado, *Pícnic extraterrestre*. De la palabra *stalker* aún no había ni rastro; solo aparecían *buscadores*. Casi un año después, en enero de 1971, de nuevo en Komarovo, elaboramos el plan detallado y minucioso de la novela. En él seguía sin aparecer la palabra *stalker*, y así fue hasta, literalmente, la víspera del día en que por fin dejamos de pensar la trama y empezamos a escribirla. Los futuros stalkers se llamaban entonces *trappers*: el trapper Redrick Schuhart; la novia del trapper, Guta; el hermanito del trapper, Sedwick... Por lo visto, el término *stalker* surgió mientras trabajábamos en las primeras páginas del texto. De lo que sí me acuerdo bien es de que no nos gustaban *buscadores* ni *trappers*.

Stalker es una de las muchas palabras inventadas por nosotros que pasó a ser de uso común. La palabra *cíber* también arraigó, pero principalmente en el fándom, mientras que *stalker* se extendió a lo largo y a lo ancho, aunque la verdad es que creo que fue sobre todo gracias a la película de Tarkovski. Pero supongo que Tarkovski la adoptó por algo; al parecer, la palabrita nos salió de

lo más preciso y sonoro, y con gran potencial. Procede del inglés *to stalk*, cuyo significado específico es «acercarse a escondidas, ir furtivamente». Esta palabra se pronuncia *stok*, de modo que sería más correcto decir *stoker* y no *stalker*, pero nosotros no la sacamos del diccionario, sino de una novela de Kipling de traducción antigua, prerrevolucionaria, llamada *Compañía temeraria* o algo parecido. Trataba sobre unos alegres estudiantes ingleses de finales del siglo xix y principios del xx y sobre su cabecilla, un gamberrete astuto apodado Stalky. Más tarde encontré por casualidad en un mercadillo el librito *Stalky and Co.*, en inglés, y se lo regalé a Arkadi cuando aún estudiaba en el Instituto Militar de Lenguas Extranjeras. Se lo leyó, le encantó y lo tradujo de forma provisional con el título de *Stalky y compañía*, y se convirtió en uno de mis libros preferidos de mis tiempos de estudiante. Así pues, al inventar la palabra *stalker* estábamos pensando en el pillo de Stalky, quien, pese a ser un granuja duro y hasta cruel, en absoluto carecía de generosidad ni de cierta nobleza infantil. En ningún momento se nos pasó por la cabeza que no se llamaba *Stalky*, sino *Stoky*.

Escribimos la novela en tres sentadas sin ningún contratiempo ni crisis: el 19 de enero de 1971 empezamos el borrador y el 3 de noviembre del mismo año terminamos la versión definitiva. En el intervalo nos dedicamos a un sinfín de asuntos, la mayoría estúpidos: escribir quejas al Senado Gubernamental (es decir, a la Secretaría del Departamento de la Unión de Escritores de Moscú), responder cartas (cosa que hacíamos muy raramente juntos), solicitar una petición para rodar un largometraje científico popular sobre contactos con otras inteligencias llamado *Vstrecha mírov* [*Encuentro de mundos*], escribir tres guiones cortos para *Fital* [*La Mecha*, revista satírica de cine] (o para algo parecido), pensar el guion para la serie televisiva *Víbor pal na Ríbkina* [*Escogieron a Ribkin*], trabajar en el primer borrador del argumento de la nueva novela *Strannie sobitia na rife Oktopus* [*Acontecimientos extraños en el arrecife Octopus*], etcétera. Ninguna de estas actividades tuvo continuación ni resultados definitivos, ni entrañó relación alguna con lo sucedido después.

Cabe señalar que *Pícnic* pasó por el *Avrora* [*Aurora*, revista literaria] de Leningrado con relativa facilidad y sin ningún inconveniente considerable; solo sufrió algunas correcciones, pero nada grave. Cómo no, había que pulir el manuscrito de varios «mierdas» y «cabrones», tonterías habituales entrañables para nuestro corazoncito de escritor. Sin embargo, los autores no nos retractamos de ninguna postura principal y la versión apareció casi intacta en la revista a finales de 1972.

Por aquel entonces, la epopeya de *Pícnic* en la editorial Molodaya Gvardia [Guardia Joven, la principal editorial juvenil] no había hecho más que empezar. En realidad, la epopeya se había originado a principios de 1971, cuando la novela *Pícnic* aún no existía sobre papel y nos invitaron a elaborar una recopilación que se llamaría *Nenaznachennie vstrechi* [*Encuentros imprevistos*], que estaría dedicada a la cuestión del contacto de la humanidad con otras inteligencias y se compondría de tres novelas. Dos estaban preparadas —*Delo ob ubiistve* [*Sobre un asesinato*, que posteriormente se convertiría en *Otel “U poguívshevo alpinista”*] y *Malish*— y la otra estaba a medias.

Los problemas empezaron enseguida.

16-3-71. AN [Arkadi Natanóvich Strugatski]: «Los de arriba han leído la compilación, pero vacilan y no han dicho nada concreto. Han pedido que se presente la colección a cierto doctor en ciencias históricas (¿?), un tal Márkov, para que escriba una reseña, porque dicen que le gusta mucho la ciencia ficción. [...] Después devolverá el manuscrito, junto con su reseña, a Avramenko [la entonces redactora jefa adjunta] (¿será para darle la posibilidad de reconsiderar el valor que tiene pero que guardan en secreto?); luego ya lo mandarán a Ósipov [el redactor jefe], y solo entonces conoceremos nuestra suerte. Capullos. C-c-críticos literarios».

16-4-71. AN: «Estuve en la Molodaya Gvardia y vi a Bela. Dijo que no había nada que hacer. Avramenko le pidió que fuera diplomática con nosotros: que nos dijera que no había papel, que la cartera de contratos estaba llena, que si tal y que si cual, pero ella me soltó sin tapujos que en ciertos círculos dirigentes sugerían que no se tuviera nada que ver con los Strugatski. [...] ¡Ese es el puño de la clase hegemónica!».

La cuestión era que *Pícnic* ni siquiera estaba escrito, y estábamos hablando esencialmente de novelas que nunca habían despertado la Gran Ira Ideológica, de novelitas del todo inocentes e incluso apolíticas. Simplemente, las autoridades no querían tener ninguna relación en absoluto con «esos Strugatski», y a esa reticencia generalizada, encima, se añadía la difícil situación que estaban pasando en la editorial: precisamente en aquellos momentos hubo un cambio de poder y empezaron a extirpar los mejores frutos de la literatura de ciencia ficción que había dado el equipo dirigido por Serguéi Gueórguievich Zhemaitis y Bela Grigórievna Kliúyeva, gracias a cuyos esfuerzos y cuidados había nacido una segunda generación de literatura nacional de ciencia ficción...

A principios de los años ochenta, AN y yo consideramos muy seriamente poner en orden y difundir, aunque fuera en samizdat, la “Historia de una publicación” (o “Cómo se hizo”): una colección de documentos auténticos (cartas, críticas, reclamaciones, solicitudes, lamentos y gemidos de los autores plasmados en papel) relacionados con la historia de publicación de la

recopilación *Nenaznachennie vstrechi*, embrión del que surgió *Pícnic*. BN [Borís Natanóvich Strugatski] incluso empezó un trabajo sistemático de selección y clasificación del material que existía, pero lo abandonó al poco: era una tarea penosa, minuciosa, ingrata y sin perspectivas de futuro, y encima carecía de modestia: al fin y al cabo, ¿quiénes éramos nosotros para ilustrar con nuestro propio ejemplo el funcionamiento de la máquina ideológica de los años setenta, teniendo en cuenta el destino que habían sufrido Solzhenitsin, Vladímov, Voinóvich y muchos otros de valía infinitamente mayor?

Abandonamos la empresa, pero la retomamos cuando empezó la perestroika, cuando llegaron los nuevos (y hasta modernos) tiempos, cuando surgió la posibilidad real no solo de dar a conocer cierta colección de materiales, sino de publicarlos con todas las de la ley, con comentarios didácticos y descripciones venenosas de los personajes, muchos de los cuales, en aquel entonces, aún conservaban su puesto y tenían poder para influir en los procesos literarios. Se incorporaron a la tarea los infatigables ludens:^[3] Vadim Kazakov y sus compañeros. BN les entregó todo el material y prepararon la compilación casi por completo, pero muy pronto quedó claro que no existía la posibilidad de publicarla. Nadie tenía dinero para semejante volumen, el cual apenas presentaba interés comercial. Además, los acontecimientos se agolpaban: el intento de golpe de estado, la muerte de AN, el desmembramiento de la urss, la revolución democrática (si bien de terciopelo, no dejó de ser una revolución)... En varios meses, la empresa perdió literalmente toda vigencia.

Y ahora estoy sentado a la mesa delante de tres cartapacios tirando a gruesos y siento desencanto, vacilación y perplejidad mezclados a partes iguales. Los cartapacios contienen nuestras cartas a la editorial Molodaya Gvardia (a los editores, a los redactores adjuntos, al redactor jefe, al director...), las reclamaciones al Comité Central de las Juventudes Leninistas, las peticiones al Departamento de Cultura y al Departamento de Prensa y Propaganda del Comité Central del Partido Comunista, las solicitudes a la Agencia Estatal de Derechos de Autor y, naturalmente, las respuestas de todas estas instituciones, así como las cartas que nos escribíamos entre nosotros. Una montaña de papeles, doscientos y pico documentos, calculando a la baja. No tengo ni idea de qué hacer con todo eso.

Antes me regocijaba al imaginar cómo explicaría la historia de la publicación de *Pícnic*: mencionaría los nombres odiados; me burlaría hasta la saciedad de los cobardes, los estúpidos, los delatores y los canallas; sacudiría

la imaginación de los lectores con los disparates, las idioteces y la maldad del mundo al que pertenecemos; sería irónico y didáctico a la vez, premeditadamente objetivo e implacable, benévolo y mordaz. Pero ahora estoy aquí sentado mirando los cartapacios y me doy cuenta de que, irreparablemente, he llegado tarde y de que no le hago falta ya a nadie, de que a nadie le hacen falta mi ironía, mi benevolencia ni mi odio incendiario. Ya han caído esas organizaciones poderosas que poseían derechos casi ilimitados de decidir y atar. Han caído y están olvidadas hasta tal punto que sería tedioso y pesado explicar a los lectores actuales quién era quién; por qué no tenía sentido ir a reclamar al Departamento de Cultura del Comité Central y por qué había que ir al de Prensa y Propaganda, o quiénes eran Albert Andréyevich Beliáyev, Piotr Nílich Démichev y Mijaíl Vasílievich Zimianin. Sí, ¡esos eran los tigres y los elefantes de la fauna ideológica soviética, árbitros y prescriptores del destino! ¿Quién se acuerda hoy de ellos? ¿Qué interés pueden tener los que aún figuran entre los vivos? Entonces, ¿para qué hablar de los más pequeños, de la muchedumbre chillona y mezquina de funcionarios ideológicos, del sinfín de demonios de la ideología que causaron un daño incalculable, cuya maldad y vileza requiere una pluma (como les gustaba escribir en el siglo xix) mucho más experimentada, poderosa y aguda que la mía? Ni siquiera quiero mencionarlos. Que los engulla el pasado, como espíritus malignos de la noche, y desaparezcan para siempre...

Si, pese a todo, tuviera la intención de publicar aquí al menos una lista de los documentos relacionados con el trabajo y algunas de sus características, tendría más o menos este aspecto:

30-4-75	A → B (Los editores tienen «serias dudas» sobre <i>Pícnic</i> .)
5-6-75	Carta de ABS [Arkadi y Borís Strugatski] a Medvédev pidiendo una respuesta de los editores.
25-6-75	Carta de Ziberov explicando la demora.
8-7-75	Decisión editorial de Medvédev y Ziberov.
21-7-75	Respuesta de ABS a la decisión.
23-8-75	B → A (La compilación se terminó y se envió a los editores en julio.)
1-9-75	Ziberov notifica que ha recibido el manuscrito.
5-11-75	Carta de Medvédev donde rechaza <i>Pícnic</i> .
17-11-75	Carta de ABS a Medvédev con argumentos en contra del rechazo.
17-11-75	Carta de BN a Medvédev expresándole su perplejidad.

8-1-76	Carta de ABS a Poleschuk quejándose de Medvédev.
24-1-76	Parshin notifica que ha recibido la carta del Comité Central de las Juventudes Leninistas.
20-2-76	Carta de Parshin sobre las medidas adoptadas.
10-3-76	B → A (Propone escribir cartas a Parshin y Sinélnikov.)
24-3-76	Recordatorio de ABS a Parshin.
24-3-76	Recordatorio de ABS a Sinélnikov.
24-3-76	Carta de Parshin sobre las medidas adoptadas.
5-4-76	A → B (Propone escribir una carta a instancias más altas.)
12-4-76	Carta de Medvédev en que rechaza <i>Pícnic</i> .

Y así todo el tiempo. ¿A alguien le importa esto hoy en día? ¿Quién va a leérselo?

Pero, si no es sobre esto, ¿de qué queda escribir? ¿Cómo se puede explicar la historia de la publicación de *Pícnic* sin esta enumeración tosca y aburrida, con sus correspondientes comentarios malvados y tristes? Pues la historia, a su manera, es enigmática. Seguramente la novela tenía sus defectos, pero también sus evidentes virtudes: sin duda, era cautivadora, capaz de provocar en los lectores una fuerte impresión (inspiró a lectores tan notables como Andréi Tarkovski para filmar una película extraordinaria) y además no contenía *ningún* ataque al régimen imperante, sino al contrario: más bien se situaba en la corriente de ideología antiburguesa dominante... Así pues, ¿por qué misteriosos motivos (¿místicos?, ¿infernales?) estuvo condenada a pasar en la editorial nada menos que ocho años y pico?

Al principio, la editorial se negó en redondo a cerrar el contrato de la compilación; después accedió, pero, a saber por qué, se rebeló contra la novela *Delo ob ubiistve*; más tarde, consintieron en reemplazarla por *Qué difícil es ser dios*, aprobada con anterioridad, pero entonces se pusieron categóricamente en contra de *Pícnic*. Es imposible exponer aquí la historia de aquella pelea en pocas palabras; sería demasiado larga: fueron ocho años, a fin de cuentas. De repente nos rechazaban trabajos que habían pedido los propios editores (sin más ni más, ¡fuera *Qué difícil es ser dios*!); luego nos renovaban el contrato (hasta cinco y seis veces); después intentaban romper toda relación con nosotros (¡llegaron hasta los tribunales!)... Pero, sobre todo, siempre, invariablemente, de año en año, de conversación en conversación, de carta en carta: quiten de *Pícnic* los muertos vivientes; cambien el lenguaje de

Redrick Schuhart; introduzcan la palabra *soviético* cuando hablen de Kiril Panov; eliminen la tenebrosidad, la desolación, la rudeza, la brutalidad...

Conservo un documento curioso: las notas de la editorial acerca del lenguaje, página por página. En total había unas dieciocho páginas (!), divididas en «Notas sobre la conducta amoral de los personajes», «Notas sobre violencia física» y «Notas sobre vulgarismos y jerga». No puedo resistirme a citar algunos fragmentos. Tengan en cuenta que no he seleccionado las citas ni me he dedicado a buscar las tonterías; cito aquí en orden, tal cual.

notas sobre la conducta amoral de los personajes
[Hay noventa y tres notas en total; copio las diez primeras].

levantarás ese culo gordo que tienes (pág. 43)
Caminaré con los dientes si me lo dices (pág. 43)
que se ponga a cuatro patas (pág. 43)
saqué la petaca, la abrí y me amorré a ella como una
garrapata (pág. 62)
Apuré la petaca hasta la última gota (pág. 62)
Ya no quedaba para más tragos (pág. 62)
Hoy voy a ponerme como una cuba. Y voy a desplumar a
Richard, ¡vaya si no! Cómo juega, el cabrón (pág. 65)
Tengo mucha sed y se me está agotando la paciencia (pág.
71)
Me habría encantado brindar contigo por esta noticia (pág.
71)
sin mediar palabra me sirve cuatro dedos de aguardiente.
Me encaramo a un taburete, bebo un trago, cierro los ojos con
fuerza, sacudo la cabeza y echo otro trago (pág. 72)

notas sobre violencia física
[Hay noventa y seis en total; copio las diez últimas].

agarré una jarra grande de cerveza de la barra y la estampé
en la cara del que tenía más cerca (pág. 252)

Redrick se rebuscó en el bolsillo, sacó una tuerca de veinte
gramos, apuntó y se la arrojó a la cabeza. La tuerca le dio justo
en la nuca. El chaval ahogó un grito (pág. 256)

La próxima vez te saltaré los dientes (pág. 256)
asestó una patada a Redrick en la cara con la otra pierna, se
debatío y se retorció (pág. 259)
agarró la cabeza del maldito crío, la enterró en su pecho y,
ya sin poder soportarlo más, aulló con todas sus fuerzas (pág.
260)
La linda carita parecía una máscara negra y gris compuesta
de ceniza y sangre coagulada, surcada de líneas longitudinales
(pág. 262)
Redrick lo soltó boca abajo en el charco más grande (pág.
262)
putear a todos esos cerdos, que coman mierda igual que la
he comido yo (pág. 283)
Se dio un golpe en la cara con el puño medio abierto (pág.
283)

notas sobre vulgarismos y jerga
[Hay doscientas cincuenta y una en total; copio diez del medio
tomadas al azar].

Y de pronto se puso a blasfemar sin fuerzas, pero con
palabras tan iracundas, oscuras y groseras que lo hacían escupir
(pág. 110)
—Ponte los dientes y vámonos (pág. 111)
el Carnicero se puso a renegar (pág. 113)
Hijo de puta [...]. Buitre (pág. 114)
cabrón (pág. 115)
me comería una vaca. ¡Estoy reventado! (pág. 117)
Tití dormía apaciblemente (pág. 118)
iba sucio como un cerdo (pág. 118)
¡Joder! (pág. 124)
pitó a un africano (pág. 129)

«Desde luego —se comunicaba en la carta adjunta de los editores—, solo
hemos anotado aquellas expresiones y palabras que, a nuestro parecer, deben
eliminarse o cambiarse. Estas indicaciones se dan ante todo porque el libro va
dirigido a jóvenes y adolescentes, a los komsomoles, que ven en la literatura
soviética un manual de moralidad, una guía para la vida.»

Recuerdo que, tras recibir aquel brillante documento, me lancé a la estantería y saqué con alegría a nuestro querido, divino e insuperable Jaroslav Hašek. Con extraordinario deleite leí:

La vida no es una escuela donde se aprenden modales sociales. Cada uno habla como es. La manera de hablar del doctor Gut, el maestro de ceremonias, no tiene nada que ver con la de Palivec, el amo del restaurante El Cáliz. Y nuestra novela no es un manual para pisaverdes de salón ni un tratado que dicta qué expresiones deben emplearse en la alta sociedad. [...] Tiempo atrás alguien dijo, con razón, que quien ha recibido una buena educación puede leer cualquier cosa. Solo la gente de alma infame condena lo que es natural, esos obscenos refinados que, ateniéndose a unaseudomoral mezquina, no ven el contenido, sino que cargan con ira contra las palabras sueltas. Hace unos años leí la reseña de una novela. El crítico estaba fuera de sus casillas porque el autor había escrito: «Se sonó y se limpió los mocos». Esto, decía, iba en contra de toda la estética y la sublimidad que la literatura debía dar al pueblo. Este es solo un ejemplo, ni siquiera el más brillante, de qué tipo de asnos pacen bajo el sol...

Ah, ¡qué gusto me habría dado citar todo esto a los señores de la Molodaya Gvardia! Y añadir algo de mi propia cosecha. Pero, por desgracia, era totalmente absurdo y tal vez incluso un error táctico. Además, como comprendimos muchos años después, no habíamos entendido en absoluto los motivos ni la psicología de aquella gente.

Entonces estábamos convencidos de que, simplemente, nuestros redactores temían a los de arriba y no querían arriesgarse a publicar otra obra dudosa de unos autores más que dudosos. Y todo el tiempo, en todas nuestras cartas y solicitudes, continuábamos erre que erre con lo que nos parecía obvio: en la novela no había nada criminal; era ideológicamente acorde y por entero inofensiva en ese sentido. El mundo que se representaba en ella era grosero, brutal y sin futuro, como tenía que ser: un mundo de «un capitalismo podrido donde ha triunfado la ideología burguesa».

No se nos pasó por la cabeza que el problema no tenía nada que ver con la ideología. Aquellos modélicos y ejemplares «asnos que pacían bajo el sol» en realidad pensaban literalmente de la siguiente manera: que la lengua debía maquillar y ser cuanto más lisa y descolorida, mejor, y nunca grosera; que la ciencia ficción tenía que ser por fuerza eso, ficción, y bajo ningún concepto debía establecer contacto con la realidad grosera, visible y brutal; que había que proteger a los lectores de la realidad: que vivieran entre sueños, ilusiones y bellas ideas inmateriales... Los personajes de las obras no debían «andar», sino «avanzar»; no debían «decir», sino «proferir»; en ningún caso debían «gritar», sino limitarse a «exclamar»... Era una estética específica, una concepción de la literatura en general y la ciencia ficción en particular como si fuera autosuficiente o, por decirlo de otra manera, una visión particular del

mundo. Está bastante extendida, por cierto, y es del todo inofensiva, pero solo a condición de que quien piense así no tenga la posibilidad de influir en los procesos literarios.

Una carta de bn del 4-8-77 dice:

Con Medvédev hemos procedido así: a) Hemos incorporado 53 correcciones estilísticas de la lista de vulgarismos. En la carta explico que se lleva a cabo por respeto a las exigencias del Comité Central del Komsomol. b) Hemos introducido alguna indicación de que los difuntos son cíborgs investigados por los terrícolas, y la bola, cierto mecanismo biónico que detecta las corrientes biológicas de los deseos simples. En la carta se explica que lo hemos hecho para que nos dejen en paz. c) En la carta también se dice que las demás exigencias de los editores (las relacionadas con la violencia, etc.) constituyen un error ideológico, pues conducen a maquillar la realidad capitalista. Lo he enviado todo con acuse de recibo, y parece que lo han recibido en Molodaya Gvardia el 26 de junio del presente año. A la mierda, a la mierda...

Aquel fue el punto culminante de la batalla. Aún tenían que suceder muchísimas cosas: los paroxismos en los que a veces desembocaba la vigilancia de los editores; los intentos de rescindir el contrato; nuestras quejas y súplicas a la Agencia de Derechos de Autor, al Comité Central de las Juventudes Leninistas, al Comité Central del Partido Comunista... La compilación *Nenaznachennie vstrechi* salió a la luz en otoño de 1980, desfigurada, abofeteada y miserable. De la primera versión solo sobrevivió *Malish; Delo ob ubiistve* se había perdido en combate cinco años antes, y la nueva redacción de *Pícnic* era tal que los autores no quisieron leerla, ni siquiera hojearla.

Los autores vencieron. Fue uno de los casos más raros en la historia de la práctica editorial soviética. La editorial no quería sacar un libro, pero los autores se impusieron. Los entendidos consideraban que semejante hecho era simplemente imposible, pero al final resultó que sí. Ocho años. Catorce cartas a los comités centrales «grandes» y «pequeños». Doscientas humillantes correcciones. Una incalculable cantidad de energía malgastada en tonterías... Sí, los autores vencieron, es cierto. Pero fue una victoria pírrica.

Al menos, *Pícnic* fue y sigue siendo la novela más popular de ABS, por lo menos en el extranjero. Según los datos de finales de 1997, existen treinta y ocho ediciones en veinte países: en Bulgaria, cuatro; en la rda, cuatro; en Estados Unidos, cuatro; en Polonia, tres; en Checoslovaquia, tres; en Italia, dos; en Finlandia, dos; en la rfa, dos; en Yugoslavia, dos; etcétera. La popularidad de la novela en Rusia es también bastante elevada, aunque menor que, por ejemplo, la de *El lunes empieza el sábado*. La novela sigue viva y tal vez sobreviva hasta el siglo xxi.

Ni que decir tiene que el texto de *Pícnic* presentado aquí está plenamente restituido y se ofrece en la versión de los autores. De todas formas, sigue sin apetecerme siquiera tener entre las manos la compilación *Nenaznachennie vstrechi*, y mucho menos leerla.

NOTA ACERCA DE LOS AUTORES

Arkadi Natánovich Strugatski nació en 1925 en Batumi (Georgia), hijo de un crítico de arte y una maestra. Su familia se instaló en Leningrado (actual San Petersburgo) cuando él era niño. Tras sobrevivir al sitio de la ciudad y alistarse en el ejército en 1943, se trasladó a Moscú, donde obtuvo el título de traductor de inglés y japonés en el Instituto Militar de Idiomas. Trabajó como maestro e intérprete en Kansk, en el extremo oriental de la Unión Soviética. Tras ser desmovilizado en 1955 regresó a Moscú, donde empezó a colaborar en revistas y editoriales soviéticas. Fue entonces cuando comenzó su carrera literaria, que se desarrollaría habitualmente a cuatro manos con su hermano Borís. Falleció en Moscú en 1991.

Borís Natánovich Strugatski nació en 1931 en Leningrado. Mientras Arkadi atravesaba el cerco de Leningrado (cuando el padre de ambos falleció), la salud endeble de Borís lo obligó a quedarse en la ciudad junto a su madre. Tras la guerra estudió Astronomía en la Universidad de Leningrado, y después de licenciarse en 1956 entró a trabajar como matemático computacional en el observatorio de Púlkovo, cerca de su ciudad natal. Falleció en San Petersburgo en el 2012.

La narrativa de los hermanos Strugatski, que tiene a Wells, Verne y Doyle en sus orígenes, enseguida evoluciona de la ciencia ficción de estructura clásica y ánimo eminentemente didáctico, muy en boga en los cincuenta, a un estilo elegante y sobrio, heredero de la vanguardia literaria que se desarrolló en la edad de plata rusa (entre cuyos autores más destacados se encuentran Bulgákov, Zamiatin y Pilniak) y plagado de elementos simbólicos que beben de la rica tradición rusa. El papel del hombre a la hora de decidir su futuro, y las contradicciones y sinsentidos del poder establecido, son algunos de los ejes temáticos de sus obras, que tuvieron que labrar entre líneas para sortear la censura del régimen. Consagrados como los autores de ciencia ficción más importantes del país, sus títulos, traducidos a decenas de idiomas, se reeditan continuamente en todo el mundo.

UNIVERSO DEL MEDIODÍA

- 1959 — *Страна багровых туч*
— *El país de las nubes purpúreas*, Barcelona, Ed. Edhasa, col. Nebulae I núm. 121, 1966)
— *Путь на Амальтею*
— *El camino a Amaltea*, Moscú, Ed. Mir, 1968
- 1961 — *Стажеры*
- 1962 — *Возвращение*
- 1964 — *Трудно быть богом*
— *¡Qué difícil es ser dios!*, Moscú, Ed. Mir, 1970
— *Qué difícil es ser dios*, Barcelona, Luis de Caralt Ed., col. Gigante núm. 7, 1975
— *íd.*, Barcelona, Ed. Acervo, col. Ciencia Ficción núm. 7, 1975
— *íd.*, Barcelona, Ed. Círculo de Lectores, 1978
— *íd.*, Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Breve núm. 2, 2011
- 1967 — *Возвращение: Полдень, XXII век* [Edición aumentada de *Возвращение*]

UNIVERSO DEL MEDIODÍA: MAXIM KAMMERER

- 1971 — *Обитаемый остров*
- 1979 — *Жук в муравейнике*
- 1986 — *Волны гасят ветер*

NOVELAS

- 1962 — *Попытка к бегству*
- 1963 — *Далекая Радуга*
— *Cataclismo en iris*, Moscú, Ed. Mir, 1967
— *El lejano planeta Arco Iris*, Buenos Aires, Ed. Radar, 1968
— *Catástrofe en Iris*, Moscú, Ed. Mir, 1970
- 1964 — *Понедельник начинается в субботу*
— *El lunes empieza el sábado*, Madrid, Ed. Nevsky Prospects, 2011
— *íd.*, Barcelona, Ed. Gigamesh, en preparación
- 1965 — *Хищные вещи века*
- 1966 — *Улитка на склоне*

- 1967 — *Гадкие лебеди*
- 1968 — *Второе нашествие марсиан*
 — *La segunda invasión marciana*, Buenos Aires, Ed. Grupo Editor de Buenos Aires, col. Selecciones Fotón núm. 8, 1976
 — *Сказка о Тройке*
 — *Leyendas de la Troika*, Buenos Aires, Ed. Emecé, col. CF núm. 28, 1978
- 1970 — *Отель “У Погибшего Альпиниста”*
- 1971 — *Мальчи*
- 1972 — *Пикник на обочине*
 — *Pícnic extraterrestre*, Buenos Aires, Ed. Emecé, col. CF núm. 26, 1978
 — *Pícnic junto al camino*, Barcelona, Ed. B, col. Nova CF núm. 143, 2001
 — *Stalker. Pícnic extraterrestre*, Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Breve núm. 5, 2015
- 1974 — *Парень из преисподней*
- 1977 — *За миллиард лет до конца света*
 — *Decididamente tal vez*, Buenos Aires, Ed. Grupo Editor de Buenos Aires, col. Selecciones Fotón núm. 5, 1978
 — *Mil millones de años hasta el fin del mundo*, Madrid, Ed. Sexto Piso, 2017
- 1987 — *Хромая судьба*, incluye *Гадкие лебеди*
 — *Destinos truncados* (incluye *Los cisnes feos*), Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficción núm. 19, 2003
- 1989 — *Отягощённые злом, или Сорок лет спустя*
 — *Град обреченный*
 — *Ciudad maldita*, Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficción núm. 26, 2004

RECOPILACIONES

- 1960 — *Шесть спичек* [seis relatos pertenecientes al Universo del Mediodía]
- 1996 — *Сочинения*

OBRAS TEATRALES

1990 — *Жиды города Питера: или Невеселые беседы при свечах*

SOBRE LOS AUTORES

1986 — Marsh, Rosalind J., *Science Fiction Since Stalin: Science, Politics, and Literature*

1991 — Potts, Stephen W., *The Second Marxian Invasion: The Fiction of the Strugatsky Brothers*

1993 — Kajtoch, Wojciech, *Braccia Strugaccy. Zarys twórczosci*

1995 — Howell, Yvonne, *Apocalyptic Realism. The Science Fiction of Arkady and Boris Strugatsky*

PREMIOS

1978 — Fant (urss) por *За миллиард лет до конца света*

1979 — Jule Vern (Suecia) por *Pícnic junto al camino*

1980 — Fant (urss) por *Жук в муравейнике*

1981 — Aelita (urss) por *Жук в муравейнике*

— Mejor libro extranjero (Francia) por *Pícnic junto al camino*

1989 — Alkor (urss) por *Гадкие лебеди*

1990 — A. Beljaev (Francia) por el conjunto de sus obras

— Aelita (urss) por *Улитка на склоне*

2006 — Gran Maestro Europeo

NOTAS

[1] *Roadside Picnic* se publicó en el Reino Unido y en Estados Unidos en 1977, traducido por A.W. Bouis. Mi reseña, “A New Book by the Strugatskys”, se encuentra en *Science Fiction Studies* 12 (vol. 4, parte 2, julio de 1977). <<

[2] Barcelona, Ed. Plaza & Janés, 1970; Barcelona, Ed. Seix Barral, col. Biblioteca Breve de Bolsillo núm. 110, 1972; Barcelona, Ed. Tusquets, col. Andanzas núm. 154, 1991; Madrid, Ed. Alianza, col. El Libro de Bolsillo núm. 1609, 1993; Barcelona, Ed. Círculo de Lectores, col. Utopías, 2000; Zaragoza, Ed. Las Tres Sorores, col. Narrativa núm.34, 2005; Tres Cantos (Madrid), Ed. Akal, col. Básica de Bolsillo núm. 153, 2008; Madrid, Ed. Cátedra, col. Letras Populares núm. 3, 2011; Hermida Eds., col. El Jardín de Epicuro, 2016. <<

[3] Especie humanoide del universo del Mediodía, creada por abs. (N. de la T.)
<<